



BIBLIOTECA TEOLÓGICA VIDA

14

SIMPLEMENTE CRISTIANO

El por qué tiene sentido el cristianismo

N. T. WRIGHT

SIMPLEMENTE

CRISTIANO

Por qué el cristianismo tiene sentido

N.T. WRIGHT



Dedicado a Joseph y Ella-Ruth

Contenido

[Cover](#)

[Title Page](#)

[Introducción](#)

[Parte uno: Ecos de una voz](#)

[Uno: Arreglar el mundo](#)

[Dos: Manantiales tapados](#)

[Tres: Hechos el uno para el otro](#)

[Cuatro: Por la belleza de la tierra](#)

[Parte dos: Mirando al sol](#)

[Cinco: Dios](#)

[Seis: Israel](#)

[Siete: Jesús y la venida del reino de Dios](#)

[Ocho: Jesús: rescate y renovación](#)

[Nueve: El aliento de vida de Dios](#)

[Diez: Vivir por el Espíritu](#)

[Parte tres: Reflejar la imagen](#)

[Once: Adoración](#)

[Doce: La oración](#)

[Trece: El libro inspirado por Dios](#)

[Catorce: La historia y la tarea](#)

[Quince: Creer y pertenecer](#)

[Dieciséis: La nueva creación que empieza ahora](#)

[Epílogo: Para profundizar ...](#)

[About the Author](#)

[Copyright](#)

[About the Publisher](#)

[Share Your Thoughts](#)

Introducción

Hay dos clases de viajeros. Uno es el que emprende el viaje en la dirección general del destino y disfruta enterándose de las cosas sobre la marcha, leyendo los letreros, preguntando las direcciones y apañándose como puede. El otro es el que quiere saber de antemano cómo va a ser la carretera, cuándo se pasa de una nacional a una transitada autovía de varios carriles, cuánto se tarda en completar las diferentes etapas, etc.

Lo mismo ocurre con los asistentes a los conciertos. Algunos prefieren dejar que la música les impacte a su manera, llevándolos de un movimiento a otro sin saber qué viene a continuación. Otros lo disfrutan más si leen el programa primero, para poder así anticipar lo que van a oír y tener una idea mental de la totalidad antes de escuchar el desarrollo de las partes.

Los lectores de libros se dividen más o menos de la misma manera. Los primeros puede que se salten esta introducción y vayan directos al primer capítulo. El segundo tipo tal vez prefiera saber de antemano, más o menos, adónde nos dirigimos, qué forma hemos dado a la música. Esta Introducción se ha escrito para ellos.

Mi propósito es describir en qué consiste el cristianismo, tanto para recomendarlo a los que están fuera de la fe como para explicarlo a los de dentro. Es una enorme tarea y no pretendo haberlo tratado todo, ni siquiera haberme enfrentado a todas las cuestiones que uno esperaría en un libro de este tipo. Lo que he intentado hacer es aportar al tema una forma particular, dando como resultado la estructura triple de este libro.

En primer lugar, he explorado cuatro áreas que, en el mundo de hoy, pueden interpretarse como “ecos de una voz”: el anhelo de justicia, la búsqueda de espiritualidad, la necesidad de relacionarse y el deleite en la belleza. Mi sugerencia es que cada una de estas áreas señala hacia más allá de sí misma, aunque en sí no nos capacitan para deducir mucho más sobre el mundo, salvo que es un lugar extraño y emocionante. La Parte Uno del libro, con sus cuatro capítulos, funciona más bien como el movimiento de obertura de una sinfonía: una vez has oído sus temas, el truco está en mantenerlos en mente mientras se escuchan los movimientos segundo y tercero, cuyas melodías se reencuentran gradualmente con las de la obertura, produciendo “ecos” de un tipo diferente. La primera parte, dicho de otro modo, suscita preguntas que, poco a poco y no siempre directamente, se dirigen y, al menos en parte, reciben respuesta en lo que le sigue. Lo único que pido al lector es paciencia, a medida que se desarrollan las partes segunda y tercera, para esperar a ver cómo el libro acaba mostrándose unido.

La Parte Dos expone la creencia central del cristiano acerca de Dios. Los cristianos creemos que hay un Dios vivo y verdadero, y que este Dios, manifestado en hechos en Jesús, es el Dios que llamó al pueblo judío a ser sus agentes para llevar adelante su plan de rescate y de restauración de su creación. Después dedicamos un capítulo entero (Capítulo Seis) a considerar el relato y las esperanzas del antiguo Israel, antes de dedicar dos capítulos a Jesús y dos más al Espíritu. De forma gradual, a medida que se desarrolla esta parte, descubrimos que la voz cuyo eco empezamos a escuchar en la primera parte empieza a hacerse reconocible, conforme reflexionamos en el Dios creador que desea poner su mundo en orden; reflexionamos sobre el hombre llamado Jesús, que

anunció el reino de Dios, murió en una cruz y resucitó; y sobre el Espíritu, que se mueve como un viento poderoso por el mundo y por las vidas de los hombres.

Esto nos lleva, como es natural, a la Parte Tres, donde describo en qué consiste en la práctica seguir a Jesús, ser facultado por su Espíritu y, por encima de todo, promover el plan de este Dios creador. La adoración (incluida la sacramental), la oración y la Escritura nos empujan a pensar sobre “la iglesia”, no vista como un edificio, ni siquiera como institución, sino como la compañía de todos los que creen en el Dios a quien vemos en Jesús y a quien, con luchas, seguimos.

En particular, examino la cuestión de para qué está ahí la iglesia. El quid de seguir a Jesús no es simplemente tener la seguridad de ir a un sitio mejor después de morir. Nuestro futuro en el más allá es de enorme importancia, pero la naturaleza de esperanza cristiana es de tal índole que repercute en la vida presente. Hemos sido llamados, aquí y ahora, a ser instrumentos de la nueva creación de Dios, de un mundo “como Dios manda”, que ya se ha puesto en marcha en Jesús. Y lo que se espera de nosotros, los seguidores de Jesús, es que no seamos simples beneficiarios de él, sino agentes suyos. Esto nos da una nueva manera de acercarnos a distintos temas, en particular a la oración y la vida cristiana, y a la vez nos capacita, conforme el libro alcanza su conclusión, a volver a encontrar los “ecos” de la primera parte, ya no como pistas de un Dios al que podamos aprender a conocer por nuestros medios, sino como elementos clave del llamamiento cristiano a trabajar para su reino en el mundo.

La escritura de este libro me ha resultado muy emocionante, no solo por ser bastante personal; pero está, por así decirlo, al revés. He sido un cristiano de alabanza, oración y lectura bíblica (a menudo confundiéndome y cometiendo errores, pero aguantando el tipo) toda mi vida, por lo que en cierto sentido he comenzado desde la Parte Tres. He pasado buena parte de mi vida profesional estudiando a Jesús histórica y teológicamente, así como intentando seguirle personalmente, y la Parte Dos incorpora esa búsqueda polifacética. Pero, conforme lo he hecho, he descubierto que las cuestiones de la Parte Uno han llegado a ser más y más insistentes e importantes. Por dar un ejemplo, el primero y más obvio, cuanto más he aprendido sobre Jesús, más he descubierto acerca de la pasión de Dios por arreglar el mundo. Y en ese punto he descubierto también que las cosas hacia las que me ha dirigido mi estudio de Jesús—los “ecos de una voz” de la Parte Uno—están entre las cosas que el mundo posmoderno, poscristiano y ahora cada vez más postsecular no puede eludir como preguntas, extrañas señales de ruta que apuntan hacia la línea del horizonte de nuestra cultura contemporánea y salen hacia lo desconocido.

En estas páginas no he intentado distinguir entre las muchas diferentes variedades de cristianismo; he intentado hablar de lo que es, en su mejor expresión, común a todas. El libro no es “anglicano”, “católico”, “protestante” u “ortodoxo”, es simplemente cristiano. He intentado también que lo que tenía que decir quedara lo más franco y claro posible, de modo que quienes se acerquen por primera vez al tema no se vean inmersos en una jungla de términos técnicos. Ser cristiano en el mundo de hoy es, por supuesto, cualquier cosa menos sencillo. Pero hay un momento en que se debe intentar decir, con la mayor sencillez posible, en qué consiste, y yo creo que estamos en un tiempo así.

Entre la redacción del primer borrador de este libro y la preparación para publicarlo, he tenido la alegría de dar la bienvenida a este mundo a mis dos primeros nietos. Dedico el libro a Joseph y Ella-Ruth, con la esperanza y la oración de que ellos y su generación puedan llegar a oír la voz cuyos ecos trazamos en la primera parte, a conocer al Jesús a quien encontramos en la segunda y a vivir en y por la nueva creación que examinamos en la tercera.

Parte uno



Ecos de una voz

Arreglar el mundo

La otra noche tuve un sueño, intenso e interesante. Y lo realmente frustrante es que no puedo acordarme de qué trataba. Me relampagueó en la mente y me desperté, fue suficiente como para hacerme pensar en lo extraordinario y significativo que era; y desapareció. Así que, tergiversando a T.S. Eliot, tenía el significado, pero me quedé sin la experiencia.

Nuestra pasión por la justicia se parece a menudo a eso. Soñamos el sueño de la justicia. Vislumbramos, por un momento, un mundo unido, un mundo en orden, un mundo en el que las cosas van como deben, donde las sociedades funcionan de forma correcta y eficaz, donde no solo sabemos lo que debemos hacer, sino que lo hacemos. Y entonces nos despertamos y regresamos a la realidad. Pero ¿qué está-bamos oyendo cuando soñábamos ese sueño?

Es como si pudiéramos oír, tal vez no una voz propiamente dicha, sino el eco de una voz: una voz que nos habla con tranquila y sanadora autoridad, que nos habla de justicia, de cosas que se arreglan, de paz, esperanza y prosperidad para todos. La voz continúa resonando en nuestra imaginación, en el subconsciente. Queremos volver atrás y escucharla de nuevo, pero una vez despiertos ya no podemos regresar al sueño. A veces, los demás nos dicen que no era más que una fantasía, y casi nos inclinamos a hacerles caso, aunque eso nos condene al escepticismo.

Pero la voz sigue, nos llama, nos hace señas, nos atrae para pensar que debe de existir eso de la justicia, del mundo como Dios manda, a pesar de encontrarlo tan difícil de alcanzar. Somos como polillas tratando de volar hasta la luna. Todos sabemos que existe algo llamado justicia, pero nos resulta del todo inalcanzable.

Puede usted comprobarlo fácilmente. Vaya a cualquier escuela o sitio donde haya niños jugando, bastante mayores como para hablar. Escuche lo que dicen. Muy pronto un niño le dirá a otro, o tal vez al maestro: “Eso no está bien”.

A un niño no hace falta enseñarle lo que está bien y lo que está mal. Con el kit de persona le viene el sentido de justicia. Lo sabemos, como se suele decir, en nuestras entrañas.

Me caigo de la bicicleta y me rompo una pierna. Voy al hospital y me la arreglan. Ando tambaleándome un tiempo con las muletas. Luego, con bastante cuidado, empiezo a caminar de nuevo con normalidad. Muy pronto lo he olvidado todo. He vuelto a la normalidad. Existe eso de arreglar algo, curarlo, recuperar el buen rumbo. Podemos arreglar una pierna, un juguete, o un televisor rotos.

¿Por qué no podemos hacerlo con la injusticia?

Y no es por no intentarlo. Tenemos tribunales, letrados y jueces en abundancia. Yo viví en una parte de Londres donde había movimiento de justicia como para hartarse: legisladores, fuerzas de la ley, un presidente de tribunal, una comisaría de policía y, a solo un par de kilómetros, abogados suficientes como para llevar un barco. (Aunque, como se pasarían el tiempo en sus discusiones, puede que el barco solo se moviera en círculos). Otros países tienen aparatos de elaboración e implementación de la ley igual de pesados.

Sin embargo, tenemos la sensación de que la justicia se nos escurre entre los dedos. A veces funciona; a menudo, no. Se condena a inocentes; se libera a culpables. Los matones y los que pueden

librarse con sobornos salen impunes (no siempre, pero con la suficiente frecuencia como para que nos demos cuenta y nos preguntemos por qué). Hay personas que dañan gravemente a otras y se van de rositas. Las víctimas no siempre reciben su compensación. A veces se pasan el resto de su vida bregando con la pena, el daño y la amargura.

Sucede lo mismo a nivel mundial. Unos países invaden a otros y salen impunes. El rico usa el poder de su dinero para hacerse aún más rico mientras el pobre, que no puede hacer nada al respecto, se empobrece todavía más. La mayoría de nosotros movemos la cabeza y nos preguntamos por qué, y luego salimos y compramos otro producto cuyos beneficios van a una rica empresa.

No quiero parecer derrotista. La justicia existe y a veces sale victoriosa. Caen tiranías brutales. El *apartheid* se vino abajo. A veces surgen dirigentes sabios y creativos y el pueblo los sigue en acciones justas y buenas. A veces se apresa a autores de graves crímenes, son llevados a juicio, condenados y castigados. Hay cosas que van terriblemente mal en la sociedad y que se arreglan de una manera espléndida, nuevos proyectos que dan esperanza a los pobres. La diplomacia consigue paz sólida y duradera. Pero justo cuando uno cree que ya puede relajarse tranquilo ... todo vuelve a estropearse, y aunque podamos resolver algunos de los problemas del mundo, al menos temporalmente, sabemos con total certeza que hay otros que simplemente no podemos ni vamos a solucionar.

Justo después de la Navidad de 2004, un seísmo y una gigantesca ola mataron en un solo día a una cantidad de personas mayor que el número de soldados estadounidenses muertos en toda la guerra de Vietnam. Hay cosas en nuestro mundo, en nuestro planeta, que nos hacen decir: “¡No es justo!”, incluso cuando no hay a quién culpar. Una placa tectónica reacciona como ellas suelen hacerlo. El terremoto no lo provocó ningún malvado capitalista ni un trasnochado marxista, ni un fundamentalista con una bomba. Sucedió y ya está. Y en el hecho de que sucediera vemos un mundo que sufre, un mundo desquiciado, un mundo en el que ocurren cosas que parece que no podemos arreglar.

Los ejemplos más contundentes son los cercanos a casa. Yo tengo unos principios morales elevados. He pensado en ellos. He predicado sobre ellos. ¡Cielos, he escrito libros sobre ellos! Y aun así los violo. No podemos trazar la línea entre la justicia y la injusticia, entre las cosas que están bien y las que no, como se traza una línea entre “nosotros” y “ellos”, que pasa justo por en medio de cada uno de nosotros. Los filósofos antiguos, en particular Aristóteles, contemplaban esto como una arruga en el sistema, algo intrigante a varios niveles. Todos sabemos lo que debemos hacer (detalle más o detalle menos), pero todos nos las ingeniamos, al menos parte del tiempo, para no hacerlo.

¿No es curioso?

¿Cómo es que, por un lado, todos no solo compartimos un sentido de que existe eso que llamamos justicia, sino que nos apasionamos por ella, un sentido de anhelo profundo por que las cosas pudieran arreglarse, una sensación de estar fuera de quicio que sigue quejándose en nosotros, reconcomiéndonos y a veces gritando en nuestro interior, y, sin embargo, por otro lado, después de milenios de búsqueda, lucha, amor, anhelo, odio, esperanza, inconformismo y filosofía, no parece que los hombres nos hayamos acercado más a la justicia que las personas de las sociedades más antiguas que podamos descubrir?

Clamor por justicia

Los años recientes han presenciado ejemplos disparatados de acciones humanas que han indignado nuestro sentido de justicia. Las personas hablan a veces como si los últimos cincuenta años hubieran visto un declive de la moralidad. Pero, en realidad, estos años han sido de los tiempos más sensibles en cuanto a la moral, casi diría más moralistas, de la historia conocida. La gente se preocupa, y con pasión, por los lugares en los que el mundo necesita arreglo.

Los poderosos generales enviaron a millones a morir en las trincheras en la Primera Guerra Mundial, mientras ellos vivían a sus anchas detrás de las líneas o regresaban a casa. Cuando leemos a los poetas que se vieron metidos en esa guerra, sentimos, tras su conmovedora perplejidad, una ira ardiente por la insensatez y, sí, la injusticia de todo aquello. ¿Por qué tenía que ocurrir? ¿Cómo lo podemos arreglar?

Un cóctel explosivo de ideologías envió a millones de personas a morir en las cámaras de gas. Los ingredientes de prejuicios religiosos, filosofías perversas, miedo a los “diferentes”, dificultades económicas y la necesidad de chivos expiatorios se mezclaron de la mano de un brillante demagogo que dijo a las personas lo que al menos algunas de ellas querían creer, y que exigió sacrificios humanos como precio para el “progreso”. Uno no tiene más que mencionar a Hitler o el Holocausto para suscitar la pregunta: ¿Cómo ocurrió? ¿Dónde está la justicia? ¿Cómo alcanzarla? ¿Cómo subsanar las cosas? Y, en particular, ¿cómo podemos evitar que vuelva a ocurrir?

Pero no podemos, o eso parece. Nadie impidió a los turcos que mataran a millones de armenios entre 1915 y 1917 (de hecho, Hitler se refirió acertadamente a ello cuando alentó a sus colegas a matar judíos). Nadie impidió a tutsis y hutus de Ruanda que se aniquilaran entre ellos a millares en 1994. El mundo había dicho “nunca más” después del Holocausto de los nazis, pero el genocidio se *estaba* repitiendo y descubrimos, para nuestro horror, que no había nada que pudiéramos hacer para detenerlo.

Y luego estaba el *apartheid*. Fue una enorme injusticia perpetrada contra una amplísima población de Sudáfrica durante muchísimo tiempo. Otros países, claro está, habían hecho cosas semejantes, solo que ellos habían sido más efectivos a la hora de aplastar a la oposición. Pensemos en las “reservas” para los “nativos americanos”. Recuerdo la impresión, cuando vi una vieja película de indios y vaqueros, y me di cuenta de que, como la mayoría de mis contemporáneos, cuando era joven tuve durante mucho tiempo la idea incuestionable de que, esencialmente, los vaqueros eran los buenos y los indios los malos. El mundo ha despertado a la realidad del prejuicio racial desde entonces, pero liberarse de ello es como sacar el aire de un globo apretándolo. Lo quitas de una parte para darte cuenta de que sobresale por el otro extremo. El mundo se puso de acuerdo en torno al *apartheid* y dijo: “Esto no volverá a pasar”. Pero al menos una parte de la energía moral procedía de lo que los psicólogos llaman *proyección*, es decir, condenar a alguien por algo que estamos haciendo nosotros. Reprender a alguien del otro extremo del mundo es (mientras ignoramos esos mismos problemas en casa) muy conveniente, y proporciona un intenso, pero falso, sentido de satisfacción moral.

Y ahora tenemos los nuevos males mundiales: por un lado, el materialismo y el capitalismo rampantes, desconsiderados e irresponsables. Por otro, el enfurecido e irreflexivo fundamentalismo religioso. Como dice un conocido libro, tenemos “Yihad contra McWorld”. (No es ahora el momento de considerar si existe un capitalismo compasivo o un fundamentalismo moderado). Esto nos lleva de regreso a donde estábamos hace un momento. No hace falta un título universitario en Macroeconomía

para saber que si los ricos se hacen más ricos en cuestión de minutos, y los pobres más pobres, algo va realmente mal.

Entretanto, todos queremos una vida doméstica feliz y segura. El Dr. Johnson, el orador dieciochesco, subrayó en una ocasión que la meta y el propósito de todo empeño humano es “ser felices en casa”. Pero en el mundo occidental, y en muchas otras partes, los hogares y familias se están haciendo pedazos. El gentil arte de la gentileza—de la bondad y el perdón, de ser sensible y considerado, de la generosidad y la humildad y del buen, pero obsoleto, amor—ha pasado de moda. Irónicamente, todo el mundo exige sus “derechos”, y esta demanda es tan estridente que destruye uno de los más básicos “derechos”, si podemos llamarlo así: el derecho o, al menos, el anhelo y la esperanza, de tener un lugar pacífico, estable, seguro y agradable en el que vivir, estar, aprender y prosperar.

Una y otra vez, las personas plantean la pregunta: ¿Por qué es esto así? ¿Tiene que serlo? ¿Pueden arreglarse las cosas? Y si es que sí, ¿cómo? ¿Puede ser rescatado el mundo? ¿Podemos *nosotros* ser rescatados?

Y de nuevo nos vemos preguntando: ¿No es extraño que tenga que ser así? ¿No es curioso que todos debamos querer las cosas arregladas pero no parece que podamos hacerlo? ¿Y no es lo más extraño de todo que yo, yo mismo, sepa lo que debo hacer, pero a menudo no lo haga?

¿Una voz o un sueño?

Hay tres formas básicas de explicar esta sensación del eco de una voz, este llamamiento a la justicia, este sueño de un mundo (y todos nosotros dentro de él) en orden.

Podemos decir, si así lo queremos, que de hecho solo es un sueño, una proyección de fantasías infantiles, y que tenemos que acostumbrarnos a vivir en el mundo tal como es. Siguiendo esa vía encontramos a Maquiavelo y a Nietzsche, el mundo del poder al desnudo y de “agarra lo que puedas”, el mundo en el que el único pecado es que te atrapen.

O podemos decir, si lo preferimos, que es en definitiva el sueño de un mundo diferente, un mundo donde nosotros en realidad tenemos un sitio, donde todo está en orden, un mundo al que podemos escapar en nuestros sueños en el presente y al que esperamos huir un día para siempre (pero que es un mundo que tiene poca influencia en el entorno actual, a no ser porque las personas que viven en este se encuentran a veces soñando con aquel). Ese enfoque deja a los matones sin escrúpulos que gobiernen este mundo, pero nos consuela con el pensamiento de que las cosas serán mejores en alguna parte, en algún momento, aunque no haya mucho que podamos hacer al respecto aquí y ahora.

O podemos decir, si queremos, que la razón por la que tenemos tales sueños, y la sensación del recuerdo del eco de una voz, es que hay alguien que nos habla, que nos susurra en nuestro interior (alguien a quien le importa mucho este mundo presente y nuestros *vos* presentes, y que nos ha creado a nosotros y al mundo para un propósito que incluye la justicia, que se arreglen las cosas, que *nosotros* seamos arreglados, que al fin el mundo sea rescatado).

Tres de las grandes tradiciones religiosas han adoptado esta última opción, y, como es lógico, están relacionadas; son, por así decirlo, primas segundas. El judaísmo habla de un Dios que hizo el mundo y construyó en él la pasión por la justicia, porque era la suya propia. El cristianismo habla de que este mismo Dios la ha puesto en acción (de hecho, las “representaciones de la Pasión” son en varios sentidos un rasgo característico del cristianismo) en la vida y obra de Jesús de Nazaret. El islam se inspira en algunas de las historias e ideas judías y en algunas de las cristianas, y crea una nueva síntesis en la que la revelación de la voluntad de Dios en el Corán es el ideal que podría poner en orden el mundo, si lo obedeciéramos. Hay muchas diferencias entre estas tres tradiciones, pero coinciden en este punto, frente a otras filosofías y religiones: la razón por la que creemos haber oído una voz es porque la hemos oído. No ha sido un sueño. Hay maneras de volver a conectar con ella y hacer realidad lo que ella dice. En la vida real. En *nuestras* vidas reales.

Risas y lágrimas

Este libro se ha escrito para explicar y recomendar una de estas tradiciones, la cristiana. Trata de la vida real, porque los cristianos creemos que en Jesús de Nazaret la voz que estamos convencidos de oír se hizo hombre, vivió y murió como uno de nosotros. Trata sobre la justicia, porque los cristianos no solo hemos heredado la pasión judía por ella, sino que afirmamos que Jesús la encarnó y que lo que hizo, y lo que le sucedió, puso en movimiento el plan del Creador para rescatar el mundo y restaurarlo a su orden. Y también trata sobre nosotros, todos nosotros, porque estamos involucrados en ello. Como hemos visto, esa pasión por la justicia, o al menos ese sentimiento de que hay que poner las cosas en su sitio, es sencillamente parte de lo que significa ser humano y vivir en el mundo.

Podemos decirlo de esta manera. Los antiguos griegos contaban la historia de dos filósofos. Uno solía salir a la entrada de su casa por la mañana y reírse a carcajadas. El mundo era un sitio tan cómico que no podía resistirlo. El otro salía cada mañana y rompía a llorar. El mundo estaba tan lleno de penas y tragedias que no podía evitarlo. En cierto sentido, ambos tenían razón. La comedia y la tragedia nos hablan de cosas que no están como debieran. La primera nos habla por medio de cosas que, debido a su incoherencia, son divertidas. La segunda nos habla de cosas distintas a como deberían ser y que, como resultado, destrozan a las personas. Las risas y las lágrimas son un buen indicador de lo que es ser humano. Los cocodrilos parecen llorar, pero no están tristes. Uno puede programar su computadora para que diga algo divertido, pero nunca captará el chiste.

Cuando los primeros cristianos contaban la historia de Jesús—algo que hicieron de diversas maneras para aclarar distintas cuestiones—nunca mencionaron que riera y solo una vez dijeron que rompió a llorar. Pero, de todos modos, los relatos que contaban sobre él, en buena medida, llevaban a la risa y al llanto.

Jesús siempre acudía a las fiestas en que la gente tenía gran cantidad de comida y bebida, y parecía estar celebrando algo. Con frecuencia exageraba en lo que decía para exponer su argumento: aquí estás, decía, intentando sacar una paja del ojo de tu hermano, ¿cuando tú tienes una viga enorme en el tuyo! Puso divertidos sobrenombres a sus seguidores (“Pedro” significa “Rocoso”; a Jacobo y Juan los llamó “los Trueno *boys*”). Adondequiera que iba las personas se emocionaban, porque creían que Dios estaba en acción, que había una nueva operación de rescate en marcha, que las cosas iban a ponerse en orden. Cuando la gente está de ese humor, es como los viejos amigos que se encuentran al principio de un día festivo. Hay tendencia a la risa en abundancia. Van a pasar un rato bueno. Ha empezado la celebración.

Del mismo modo, dondequiera que Jesús fuera, se encontraba con un interminable surtido de personas cuyas vidas habían ido fatalmente mal. Enfermos, personas tristes, con dudas, desesperados, gente que tapaba su incertidumbre con arrogante fanfarronería, personas que usaban la religión como pantalla contra la cruda realidad. Y, aunque Jesús sanó a muchos de ellos, no era como cuando uno va moviendo su varita mágica sin más. Él participaba del dolor. Sufría con intensidad al ver a un leproso y al pensar en todo lo que el hombre había pasado. Lloró sobre la tumba de un íntimo amigo. Hacia el final de la historia, él mismo sufrió la agonía, la del alma, justo antes de enfrentarse a la del cuerpo.

No se trataba de que Jesús riera o llorase *en* el mundo. Estaba celebrando *con* el nuevo mundo que empezaba a nacer, el mundo en el que todo lo bueno y amable iba a triunfar sobre el mal y la miseria. Se lamentaba *con* el mundo tal como era, el mundo de la violencia, la injusticia y la tragedia que él y

las personas con las que se encontraba conocían tan bien.

Desde el principio, hace dos mil años, los seguidores de Jesús siempre han mantenido que él tomó las lágrimas del mundo y las hizo suyas, cargándolas todo el camino hasta su cruel e injusta cruz, para llevar a cabo la operación de rescate de Dios; y tomó el gozo del mundo y lo llevó a un renacer cuando se levantó de los muertos y así puso en marcha la nueva creación de Dios. Esta doble afirmación es muy importante y no voy a intentar explicarla antes de la Parte Dos. Pero llama la atención que la fe cristiana secunde la pasión por la justicia que conocen todos los hombres, el anhelo de ver las cosas en orden. Y afirma que, en Jesús, Dios mismo ha participado de dicha pasión y la ha llevado a término, de modo que al final toda lágrima será enjugada y todo el mundo será lleno de justicia y gozo.

Los cristianos y la justicia

“Bueno—puede que alguien diga en este punto—, no es que se pueda decir que los seguidores de Jesús hayan progresado mucho, ¿no? ¿Qué pasa con las Cruzadas? ¿Y con la Inquisición española? ¿Seguro que la iglesia no ha sido responsable de su buena porción de injusticia? ¿Qué pasa con los que ponen bombas en las clínicas abortistas? ¿Y con los fundamentalistas que creen que el Armagedón está cerca y les trae sin cuidado destruir el planeta mientras tanto? ¿No habrán sido los cristianos más parte del problema que de la solución?”

Sí y no.

Sí: desde el mismo comienzo siempre ha habido personas que han hecho cosas horribles en el nombre de Jesús. También ha habido cristianos que han hecho cosas horribles sabiendo que lo eran, sin afirmar que Jesús los apoyaba. No hay dónde esconderse de esta verdad, por incómoda que sea.

Pero también no: porque una y otra vez, cuando miramos a las maldades que los cristianos han cometido (estuvieran o no afirmando que Dios estaba de su lado), podemos ver en retrospectiva al menos que estaban confundidos y equivocados acerca de lo que realmente era el cristianismo. No es parte de la creencia cristiana decir que los seguidores de Jesús siempre lo han hecho todo bien. Jesús mismo enseñó a sus seguidores una oración que incluye una cláusula de petición de perdón a Dios. Seguro que pensó que la iban a necesitar.

Pero, al mismo tiempo, uno de los problemas mayores para la credibilidad de la fe cristiana en el mundo hoy es que una inmensa cantidad de personas sigue pensando que el cristianismo es lo mismo que “Occidente” (una curiosa expresión, ya que suele incluir a Australia y Nueva Zelanda, ¡lo más oriental que hay en el mapa!), en particular, Europa occidental y Norteamérica, y las culturas que crecieron partiendo de sus primeras colonias. Entonces, cuando, como ha ocurrido recientemente, “Occidente” hace la guerra a alguna otra parte del mundo, sobre todo cuando esa parte es de mayoría musulmana, a la gente no le cuesta decir que “los cristianos” están haciendo la guerra contra “los musulmanes”. De hecho, por supuesto, la mayoría de los habitantes del mundo occidental no son cristianos, y la mayoría de los cristianos del mundo actual no viven en “Occidente”. En realidad, la mayor parte viven en África o el sureste asiático. La mayoría de los gobiernos “occidentales” no procuran poner en práctica las enseñanzas de Jesús en sus sociedades, y muchos de ellos se enorgullecen de no hacerlo. Pero eso no hace que la gente deje de sumar dos más dos y tener cinco; dicho de otro modo, no hace que dejen de culpar al cristianismo de lo que “Occidente” escoge hacer. El susodicho mundo cristiano sigue cosechando mala prensa, en su mayor parte bien merecida.

En la práctica, esa es una de las razones por las que he empezado este libro hablando sobre la justicia. Es importante ver, y decir, que los que siguen a Jesús tienen un compromiso, como él nos enseñó a orar, para que la buena voluntad de Dios se haga “en la tierra como en el cielo”. Y esto significa que la pasión de Dios por la justicia tiene que ser la nuestra también. Cuando los cristianos usan sus creencias como una vía para escapar de las demandas y desafíos, están abandonando un elemento central de su propia fe. Ahí es donde radica la amenaza.

Del mismo modo, no deberíamos ser tímidos a la hora de contar las historias que muchos escépticos del mundo occidental se han esforzado en olvidar. Cuando el tráfico de esclavos estaba en su apogeo, cuando mucha gente lo justificaba basándose en las menciones a los esclavos que hay en la Biblia, hubo un grupo de devotos cristianos, conducidos por el inolvidable William Wilberforce en Gran Bretaña y por John Woolman en Estados Unidos, que se unieron y dedicaron sus vidas a acabar con ello. Cuando, con la esclavitud ya bien muerta y enterrada, los prejuicios raciales

siguieron rondando los Estados Unidos, fue la visión cristiana de Martin Luther King la que le guió a una pacífica, pero altamente efectiva, protesta. De Wilberforce se apoderó la pasión por la justicia de Dios en favor de los esclavos, que le costó perder lo que pudo haber sido una carrera política deslumbrante. La pasión por la justicia que tenía Martin Luther King por los afroamericanos le costó la vida. Su incansable dedicación a las campañas surgía directa y explícitamente de su lealtad a Jesús.

Del mismo modo, cuando el régimen sudafricano del *apartheid* estaba en su apogeo (y mucha gente lo justificaba basándose en que la Biblia habla de razas diferentes que viven vidas diferentes), fue la larga labor de campaña de Desmond Tutu la que trajo el cambio, con un notablemente bajo derramamiento de sangre. (Recuerdo bien cómo, en los años setenta, los políticos y los comentaristas de prensa daban por sentado que el cambio solo podría venir mediante una gran violencia). Tutu y numerosos otros oraron y leyeron mucho la Biblia con dirigentes y cargos del gobierno, dedicaron una gran cantidad de arriesgados discursos contra los aspectos malignos del *apartheid*, así como no pocos enfrentamientos, igualmente arriesgados, con los líderes negros y sus seguidores que creían que solo funcionaría la violencia.

Una y otra vez, Tutu se encontraba en el medio, objeto de odio y desconfianza por los dos bandos. Pero con el nuevo gobierno posterior al *apartheid* dirigió la más extraordinaria comisión sudafricana para la verdad y la reconciliación, que comenzó el largo y doloroso proceso de sanar la memoria y la imaginación de un país entero, de permitir que el dolor siguiera su curso adecuado y la ira se pudiera expresar y tratar apropiadamente. ¿Quién habría imaginado en los años 60, o incluso en los 80, que algo así fuera posible? Y, sin embargo, ocurrió; y todo gracias a personas cuya pasión por la justicia, junto con su lealtad a Jesús, lo llevaron a cabo.

Estas historias, y muchas otras como ellas, hay que contarlas y volverlas a contar. Ellas dan cuenta del tipo de cosas que pueden ocurrir y a menudo ocurren cuando las personas se toman el mensaje cristiano en serio. En ocasiones, hacerlo y hablar como resultado de ello, ha llevado a las personas a graves problemas, incluso a la muerte violenta: el siglo xx ha visto cómo una gran cantidad de cristianos han sufrido martirio no solo por su posición en cuestiones de fe, sino sobre todo por causa de que su fe los llevó a actuar sin temor en favor de la justicia. Pensemos en Dietrich Bonhoeffer, asesinado por los nazis hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Pensemos en Óscar Romero, tiroteado por un asesino por hablar en favor de los pobres de El Salvador. Y pensemos, otra vez, en Martin Luther King.

Ellos y otras nueve personas son recordados en las estatuas de la fachada occidental de la abadía de Westminster, en Londres. Son un recordatorio para nuestro mundo contemporáneo de que la fe cristiana sigue armando lío en el mundo y de que hay personas que están preparadas para arriesgar sus vidas por la pasión que la fe sostiene por la justicia.

Dicha pasión, como he estado explicando en este capítulo, es un rasgo central de toda vida humana. Se expresa de diferentes maneras y en ocasiones puede retorcerse e ir horriblemente mal. Sigue habiendo turbas, e incluso particulares, listos para matar alguien—a cualquiera—con la distorsionada idea de que al ser matado alguien se llevará a cabo alguna especie de justicia. Pero todo el mundo sabe, en frío, que esta extraña cosa que llamamos justicia, este anhelo por ver las cosas en orden, sigue siendo uno de los grandes objetivos y sueños del hombre. Los cristianos creen que esto es así porque todos hemos oído, en lo profundo de nuestro interior, el eco de una voz que nos llama a vivir así. Y creen que, en Jesús, esa voz se hizo hombre e hizo lo que había que hacer para que fuera posible.

Antes de seguir adelante en nuestro camino, tenemos que prestar atención a otros ecos de la misma

voz. Y el primer eco que alcanzamos a oír es uno que cada vez más personas están escuchando en estos días.

Manantiales tapados

Había una vez un poderoso dictador que rigió su país con voluntad de hierro. Cada aspecto de la vida se pensaba y realizaba de acuerdo con un sistema racional. Nada se dejaba al azar.

El dictador se dio cuenta de que los acuíferos del país seguían cursos erráticos y, en algunos casos, peligrosos. Había miles de fuentes de agua, a menudo en medio de pueblos y ciudades. Podían ser útiles, pero a veces causaban inundaciones y a veces se contaminaban; además, con frecuencia emergían en nuevos lugares y dañaban caminos, campos y casas.

El dictador decidió sobre la base de una política racional y sensible. Todo el país, o al menos todas las partes donde hubiese manantiales de aguas, serían pavimentados con cemento tan sólido que ninguna fuente de agua lo pudiese traspasar. El agua que las personas necesitasen la traerían mediante un complejo sistema de conductos. Además, el dictador decidió que, ya que estaba en ello, iba a usar la oportunidad para añadir al agua algunas sustancias químicas que hiciesen más saludables a los ciudadanos. Una vez el dictador controlase el abastecimiento de agua, todos tendrían lo que decidieran como necesario y ya no habría más molestias por los manantiales sin regular.

Durante muchos años, el plan funcionó. Las personas se acostumbraron a que el agua les llegara por el nuevo sistema. A veces tenía un gusto extraño, y de vez en cuando miraban con nostalgia a los borboteantes manantiales y frescas fuentes de los que solían disfrutar. Parte de los problemas que los ciudadanos achacaban al agua sin regular no habían desaparecido. Resultaba que el aire estaba tan contaminado como a veces lo estaba el agua, pero el dictador no podía hacer mucho al respecto, o al menos no lo hizo. Sin embargo, en su mayor parte, el nuevo sistema parecía eficaz. La gente alababa al dictador por su innovadora sabiduría.

Pasó una generación. Todo parecía ir bien. Luego, sin previo aviso, los acuíferos que habían estado borboteando y saltando por debajo del sólido pavimento ya no podían contenerse más. En una repentina explosión—una mezcla entre volcán y terremoto—estallaron, atravesando el cemento que todos tenían por inamovible. El agua sucia y lodosa salió disparada al aire y salpicó calles y casas, comercios y fábricas. Los caminos estaban impracticables; la ciudad entera era un caos. Algunas personas estaban encantadas: al menos podrían volver a tener agua sin depender del Sistema. Pero los que controlaban las tuberías oficiales salían perdiendo: de repente, todos tenían agua más que suficiente, pero no estaba limpia ni se podía controlar ...

Los del mundo occidental somos los ciudadanos de ese país. El dictador es la filosofía que ha dado forma a nuestro mundo durante los dos últimos siglos o más, y ha convertido a la mayoría en materialistas por defecto. Y el agua es lo que hoy llamamos “espiritualidad”, la fuente oculta que borbotea dentro de los corazones y las sociedades de los hombres.

Muchos reciben hoy la simple palabra “espiritualidad” como viajeros en un desierto que oyen noticias de un oasis. Y no es de extrañar. El descreimiento que se nos ha inculcado durante los dos últimos siglos ha puesto en nuestro mundo un pavimento de cemento que ha hecho que las personas se avergüencen de admitir que viven profundas e intensas experiencias “religiosas”. Cuando en otro tiempo habrían ido a la iglesia, rezado sus oraciones, adorado de tal o cual manera y concebido lo

que estaban haciendo como base del descanso en la vida, la moda del mundo occidental ya desde la década de 1780 hasta la de 1980 era muy diferente. Vamos a canalizar (decía la filosofía dominante) el agua que necesitas; vamos a tratar de que la “religión” se convierta en un pequeño subdepartamento de la vida ordinaria; estará a buen recaudo—de hecho, la mantendremos inocua—separando a conciencia la vida de iglesia de todo lo demás del mundo, ya sea política, arte, sexo, economía o cualquier otra cosa. Los que quieran religión tendrán suficiente para seguir con ella. Los que no deseen que su vida ni su estilo de vida se vea estorbado por nada “religioso” pueden disfrutar conduciendo sobre carreteras asfaltadas, visitando centros comerciales bien pavimentados, viviendo en casas con suelos de cemento. ¡Vivir como si el rumor de Dios nunca hubiese existido! ¡Después de todo, estamos al cargo de nuestro propio destino! ¡Somos los capitanes de nuestra alma (sea lo que sea el alma)! Esta es la filosofía que ha dominado nuestra cultura. Desde este punto de vista, la espiritualidad es una afición privada, una versión de lujo de los sueños despiertos que tienen quienes aprecian este tipo de cosas.

Millones de personas del mundo occidental han disfrutado del alejamiento temporal de las interferencias “religiosas” debido a esta filosofía. Otros millones más, conscientes del borboteo subterráneo profundo y añorando el sistema de aguas que llamamos “espiritualidad” (que al final no puede ser ignorado, como no pueden serlo los inagotables acuíferos bajo el grueso pavimento), se han esforzado en secreto para conectarse a él, usando los canales oficiales (las iglesias), pero conscientes de que el agua disponible es mucha más de la que las iglesias dejan correr. Muchos más todavía han tenido conciencia de una sed indefinible, de un anhelo por las fuentes de aguas vivas y refrescantes en las que bañarse, deleitarse y beber hasta saciarse.

Por fin, ya ha ocurrido: las aguas ocultas han emergido, las bases de cemento han saltado por los aires y la vida ya no puede volver a ser la misma. Los guardianes oficiales del viejo sistema de aguas (muchos de los cuales trabajan en los medios y en la política, y algunos de los cuales, cosa bastante lógica, trabajan en las iglesias) están, por supuesto, horrorizados de ver el volcán de la “espiritualidad” en su erupción de los últimos años. Todo este misticismo de “Nueva Era”, con el tarot, los cristales, los horóscopos y demás; todo este fundamentalismo, con cristianos, sijs y musulmanes militantes y muchos otros poniendo bombas a los demás con Dios en su bando. Seguro que todo esto, dicen los guardianes del sistema oficial de aguas, es terriblemente insalubre. Seguro que nos llevará de vuelta a la superstición, al antiguo abastecimiento de aguas irracional, caótico y contaminado.

Tienen su parte de razón. Pero tienen que enfrentarse a una pregunta: ¿No estará el fallo antes en los que quieren cubrir de cemento las fuentes? El 11 de septiembre de 2001 nos sirve como recordatorio de lo que sucede cuando se intenta organizar el mundo sobre el presupuesto de que la religión y la espiritualidad son asuntos privados, y que lo que realmente importa es la economía y la política. No fueron solo los suelos de hormigón y las gigantescas torres lo que hicieron pedazos ese día personas guiadas por creencias “religiosas” tan fuertes que sus creyentes estaban dispuestos a morir por ellas. ¿Qué deberíamos decir? ¿Que esto simplemente muestra cuán peligrosas son la “religión” y la “espiritualidad”? ¿O que deberíamos haberlas tenido en cuenta todo el tiempo?

Sedientos de espiritualidad

“La fuente oculta” de la espiritualidad es el segundo rasgo de la vida humana que, en mi sugerencia, funciona como el eco de una voz; como un letrero en el camino que señala desde el desolado paisaje del secularismo moderno hacia la posibilidad de que el hombre esté hecho para algo más que eso. Hay muchas señales de que, así como los habitantes de la Europa oriental están redescubriendo la libertad y la democracia, los de Europa occidental están redescubriendo la espiritualidad, pese a que algunos de los experimentos de regreso al camino sean arbitrarios, caóticos o incluso directamente peligrosos.

A algunos esto puede parecerles un punto de vista bastante eurocéntrico. En la mayor parte (aunque no en la totalidad) de Norteamérica, la espiritualidad de una u otra clase nunca se ha visto tan fuera de la moda como ocurre en Europa. Sin embargo, las cosas son más complicadas. En Norteamérica siempre ha estado vigente el axioma de que la religión y la espiritualidad tenían que quedarse en su sitio; en otras palabras, bien lejos del resto de la vida real. El hecho de que más estadounidenses que europeos asistan a la iglesia no significa que no hayan estado operando las mismas presiones para reprimir la fuente oculta, o que no hayan surgido las mismas preguntas.

Cuando miramos a mayor distancia, en seguida nos damos cuenta de que, para la mayor parte del mundo, el proyecto de cubrirlo todo con cemento nunca ha calado por completo. Si pensamos en África, en Oriente Medio, en el Extremo Oriente y, de hecho, en América central y del sur—en otras palabras, en la inmensa mayoría de la raza humana—, vemos que algo que podríamos a grandes rasgos describir como “espiritualidad” ha sido un factor constante en la vida de familias y aldeas, de pueblos y ciudades, de comunidades y sociedades. Esta asume diferentes formas. Se integra de mil maneras diferentes con la política, la música, el arte, el drama ..., en otras palabras, con la vida cotidiana.

Desde nuestra perspectiva occidental, puede que nos parezca extraño. Los antropólogos y otros viajeros comentan a veces lo pintoresco que resulta que estos pueblos que, por otro lado, pertenecen a culturas sofisticadas (como Japón) sigan aferrados a cosas que desde nuestra perspectiva parecen un conjunto de viejas supersticiones. Qué extraño que sigan bebiendo de las borboteantes fuentes que tienen a mano, cuando nosotros hemos descubierto que es mucho más saludable tener el agua potabilizada y canalizada por la autoridad competente. Pero por todas partes hay indicios de que ya no somos felices pensando así. Estamos dispuestos a mirar atrás, a las fuentes. En ocasiones (desde la perspectiva cristiana esto parece a menudo divertido), los columnistas de los periódicos cuentan sobre su visita a una iglesia o catedral, y *de haberlo encontrado conmovedor, incluso agradable*. “¿Seguro—implican sus palabras—que toda la gente de bien ha renunciado a este tipo de cosas?”. Suelen estar más que dispuestos a distanciarse de cualquier sugerencia de creer realmente en el mensaje cristiano. Pero el sonido del borboteo del agua fresca es difícil de ignorar. Cada vez son menos las personas, incluso en nuestro mundo materialista, que apenas se resisten a él.

Este resurgir del interés por un tipo de vida distinto del que se puede meter en un tubo de ensayo y medirse ha tomado muchas formas diferentes. En 1969, el mundialmente famoso biólogo Sir Alister Hardy fundó la Religious Experience Research Unit (Unidad de Investigación de la Experiencia Religiosa). Extendió por los medios un llamamiento a la gente para que le escribieran relatos de sus propias experiencias, con la intención de recopilar y clasificar los resultados de una forma muy parecida a como los biólogos y naturalistas del siglo XIX recopilaban y clasificaban los datos sobre los millones de formas de vida de nuestro planeta. El proyecto se ha hecho mayor y ha recogido con

el tiempo un importante archivo de material al que ahora se puede acceder por medio de Internet (<http://www.archiveshub.ac.uk/news/ahrerca.html>). Cualquiera que suponga que la experiencia religiosa es algo de interés minoritario, o que ha ido muriendo a velocidad constante conforme las personas del mundo moderno se hacían más sofisticadas, debería mirar ese material y replantearse esa idea.

Uno puede obtener un resultado similar si entra en una librería y mira en la sección de espiritualidad. En realidad, una de las características de nuestro tiempo es que las librerías no saben cómo llamar a esta sección. Algunos la rotulan: “Espiritualidad” o “Mente, cuerpo y espíritu”. A veces ponen “Religión”, aunque normalmente etiquetan así las estanterías donde están las Biblias con tapas de piel y los libros litúrgicos diseñados para regalar, no para ofrecer fuentes de agua viva. A veces se denomina “Autoayuda”, como si la espiritualidad fuese algún tipo de proyecto de “hágalo usted mismo”, una actividad de fin semana para hacer que uno se sienta mejor consigo mismo.

Lo que uno encuentra en esas secciones es, por lo general, una rica mezcolanza, dependiendo del gerente y del estilo de la librería. A veces hay obras teológicas bastante serias. Normalmente hay libros que te ayudan a descubrir tu “tipo de personalidad” según alguno de los sistemas populares (el Indicador Myers-Briggs, por ejemplo, o el eneagrama). A veces se nos lleva a mirar más lejos; por ejemplo, a explorar la reencarnación. Tal vez, si descubrimos quiénes fuimos en una vida anterior, entenderemos por qué ahora pensamos y sentimos como lo hacemos. Alternativamente, muchos escritores nos han empujado hacia una especie de misticismo de la naturaleza en el que entramos en contacto con los ciclos y ritmos profundos del mundo que nos rodea y de nuestro interior. En ocasiones, el movimiento va por otro camino, sugiriendo un cuasi budista desprendimiento del mundo, retirarnos a un mundo espiritual en el que las cosas externas de la vida dejan de ser tan importantes. A veces sopla una moda pasajera a lo largo del mundo occidental, ya sea por la Cábala (en su origen, un tipo de misticismo judío medieval, ahora convertido en algunos sitios en meras paparruchas posmodernas), por los laberintos (una ayuda para la oración en algunas catedrales medievales, especialmente en Chartres, que ahora se usa más en una fusión de espiritualidad cristiana y moderno descubrimiento personal), o por la peregrinación, donde el hambre espiritual se codea con la curiosidad del trotamundos.

En particular, y relacionado especialmente con la parte del mundo en la que vivo—Gran Bretaña—, la última generación ha visto un repentino aumento del interés por todo lo celta. De hecho, basta con poner la palabra “celta” junto a la música, las oraciones, los edificios, las joyas, las camisetas y lo que tengamos a mano, para captar la atención, y con frecuencia el dinero, de las personas de la cultura occidental. Parece que hablar de la evocadora posibilidad de otro mundo, un mundo en el que Dios (quienquiera que sea) está presente de manera más directa, un mundo en el que los hombres conviven mejor con su entorno natural, un mundo con raíces mucho más profundas, con una música escondida mucho más rica que el estridente superficial mundo de la tecnología moderna, de las telenovelas y de los presidentes de equipos de fútbol. El mundo de los antiguos celtas—Nortumbria, Gales, Cornwall, Bretaña, Irlanda y Escocia—parece estar a millones de kilómetros del cristianismo de hoy. Sin duda, es por esta razón por lo que les resulta tan atractivo a las personas aburridas, o incluso furiosas, de la religión oficial de las iglesias occidentales.

Pero el verdadero centro del cristianismo celta—la vida monástica, con gran énfasis en el ascetismo corporal extremo y en un vigoroso evangelismo—poco se parece a lo que la gente busca hoy. San Cuthbert, uno de los mayores santos de los celtas, solía orar de pie con el pecho descubierto, de cara al mar de la costa nordeste de Inglaterra. No hay evidencias de que el helador frío de ese mar fuese menor en aquellos tiempos. Tampoco hay evidencias de que los alegres

entusiastas celtas de hoy adopten ese tipo de mortificación de la carne.

Las experiencias ricas y profundas del tipo que llamamos “espiritual” a menudo—de hecho, por lo general—captan las emociones de modos muy profundos. A veces, estas experiencias producen tal sentido de paz interior que las personas hablan de haber estado durante un momento en lo que solo pueden llamar “el cielo”. En ocasiones, incluso sueltan carcajadas de gozosa felicidad. A veces, la experiencia consiste en participar del sufrimiento del mundo, tan doloroso y duro que no permite otra respuesta que un llanto amargo. No hablo de un sentimiento de bienestar, o de su opuesto, que llega como resultado de dedicarse a alguna actividad profundamente satisfactoria, por un lado, o de enfrentarse a una terrible tragedia, por otro. Me refiero a las ampliamente documentadas ocasiones en que las personas han experimentado una sensación de estar viviendo durante un rato en múltiples dimensiones a las que normalmente no podemos acceder, en una de las cuales han experimentado un gozo y denuedo, o una angustia y tormento, tales que les han hecho reaccionar como si de veras estuviesen pasando por esas cosas. Estas experiencias, como todo experimentado pastor o guía espiritual sabe, pueden tener un efecto hondo y duradero en la vida de uno.

Entonces, ¿qué hemos de hacer con la “espiritualidad” mientras estamos pendientes de los ecos de una voz que puede estar dirigiéndose a nosotros?

¿Qué nos hace tan sedientos?

La explicación cristiana para el renovado interés en la espiritualidad es muy sencilla. Si una historia como la cristiana es cierta (en otras palabras, si hay un Dios a quien podemos conocer con mayor claridad en Jesús), este interés es justo lo que cabría esperar, porque en Jesús tenemos un vislumbre de un Dios que ama a las personas y quiere que conozcan este amor y respondan a él. De hecho, es lo que cabría esperar si cualquiera de las historias que cuentan las personas religiosas —o sea, la gran mayoría de las personas de todos los tiempos— son ciertas: que hay algún tipo de fuerza o ser divino, y es como mínimo previsible que los hombres encontrasen alguna clase de atracción o, interés, en dicho ser o fuerza como fenómeno.

Precisamente es por esto por lo que, en primer lugar, existen las religiones. Cuando los astrónomos observan que un planeta se comporta de un modo que no pueden explicar en relación con los demás conocidos, o con el propio sol, plantean la existencia de otro más de tipo, tamaño y localización que explique ese extraño comportamiento. Así es como, en realidad, se descubrieron los planetas más remotos. Cuando los físicos descubren fenómenos que no pueden explicar por otros medios, plantean nuevas entidades, que no se pueden observar directamente, que expliquen dichos fenómenos. Así entraron en nuestro vocabulario y entendimiento los *quarks* y otras cosas extrañas.

Por otro lado, parte de la historia cristiana (y, para lo que estamos tratando, de la historia judía y musulmana también) cuenta que los seres humanos han sido tan gravemente dañados por el mal que no necesitan simplemente conocerse mejor a sí mismos o tener mejores condiciones sociales, sino ayuda, y, de hecho, rescate, de fuera de ellos. Cabría esperar que en la búsqueda de la vida espiritual muchas personas opten por vías que, para no expresarlo todavía con toda su crudeza, no son precisamente lo mejor para ellas. Las personas que han estado privadas de agua durante bastante tiempo se beben lo que sea, aunque esté contaminado. Los que se han visto privados de alimento durante largos periodos, se comerán lo que encuentren, desde hierba a carne cruda. Así, en sí misma, la “espiritualidad” puede presentarse como parte del problema tanto como parte de la solución.

Por supuesto, hay otras maneras de explicar el hambre de espiritualidad y las extrañas cosas con que a veces la gente la satisface. Muchas personas de varias épocas de la historia, entre las cuales hay que contar los últimos doscientos años del mundo occidental, han ofrecido explicaciones alternativas de este sentimiento de búsqueda espiritual compartida. “Dice el necio en su corazón: ‘no hay Dios’”—este fue el veredicto de un antiguo poeta israelita (Sal 14:1-2)—aunque muchos han afirmado que el necio es el creyente. La espiritualidad no es más que el resultado de fuerzas psicológicas, dijo Freud, como la proyección de los recuerdos de una figura paternal sobre una pantalla cósmica. Todo es cuestión de imaginación, de pensar en deseos, o de ambos. El hecho de que las personas tengan hambre de espiritualidad no *demuestra* nada. Si la llamada a la espiritualidad que oímos puede interpretarse como el eco de una voz, una que se pierde en el viento en cuanto llega, dejándonos con la pregunta de si la hemos imaginado o, en el caso de haber oído de verdad algo, si no era más que el eco de nuestras propias voces.

Pero, no obstante, la pregunta de por qué estamos hambrientos de espiritualidad sigue vigente. Después de todo, si la búsqueda contemporánea de espiritualidad está basada en la idea de que hay algo o alguien “ahí fuera” con quien (o con lo que) podemos estar en contacto, y si esa idea es después de todo completamente equivocada (o sea, que los seres humanos estamos en ese sentido solos en el cosmos), entonces la espiritualidad puede no ser simplemente una búsqueda inocua. Es posible que en realidad sea peligrosa, si no para nosotros mismos, al menos para aquellos cuyas

vidas se ven afectadas por lo que decimos y hacemos. Algunos escépticos acérrimos, al ver el daño causado por (los que ellos llaman) fanáticos religiosos—terroristas suicidas, apocalípticos fantasiosos y demás—han declarado que, cuanto antes reconozcamos que todo esto de la religión es una especie de neurosis y dejemos de prestarle atención, o incluso cuanto antes se intente quitarla de la esfera pública y confinarla solo a los adultos y en privado, mejor. De cuando en cuando uno oye por radio, o lee en el periódico, que algún científico ha afirmado haber hallado la neurona, o incluso el gen, que controla lo que parecen (para el sujeto) experiencias “religiosas”, por lo que se concluye que tales experiencias no son más que instancias mentales o emocionales internas. Experiencias como estas, aunque sean intensas, no deberían seguir considerándose indicativas de una realidad externa, del mismo modo que un dolor de muelas no debería estimarse como indicio de que alguien me ha pinchado en la mandíbula. Es difícil demostrar, sobre todo a un escéptico, que mis experiencias espirituales tienen alguna implicación en la realidad externa.

Espiritualidad y verdad

Uno de los métodos normales que el escéptico utiliza en este punto es el relativismo. Recuerdo con total claridad a un amigo de mis estudios diciéndome, con exasperación, al final de una conversación acerca de la fe cristiana: “Está claro que para ti es verdad, pero eso no quiere decir que lo sea para otro”. Muchas personas adoptan hoy justo esa línea.

Decir “Es verdad para ti” suena educado y tolerante. El problema es que tuerce la palabra “verdad” para que no signifique “revelación de cómo son las cosas en la vida real”, sino “algo que en realidad ocurre en tu interior”. De hecho, la expresión “Es verdad para ti” con ese sentido equivale más o menos a decir “Eso no es verdad para ti”, porque el “eso” en cuestión—el sentido, conciencia o experiencia espiritual—conlleva claramente un mensaje (la existencia de un Dios de amor) que el escéptico reduce a algo muy distinto (que se trata de intensas sensaciones que malinterpretas en ese sentido). Esto concuerda con varias otras presiones combinadas para hacer que la propia noción de “verdad” sea algo muy problemático en nuestro mundo.

Una vez comprobado que la réplica del escéptico está abierta a problemas de este tipo, regresamos a la posibilidad de que el hambre general de espiritualidad, de la cual tenemos testimonio de muchas clases en toda la experiencia humana, sea un indicador genuino de algo que queda a la vuelta de la esquina, fuera de nuestra vista. Puede ser el eco de una voz, no tan fuerte como para obligarnos a escuchar si elegimos no hacerlo, pero no tan suave como para verse totalmente silenciada por los ruidos que tenemos en la cabeza y en nuestro mundo. Si se asociara con la pasión por la justicia, algunos podrían concluir que al menos valdría la pena prestar atención a más ecos de la misma voz.

Tres

Hechos el uno para el otro

“Estamos hechos el uno para el otro”

La joven pareja, sentada en el sofá de mi despacho, se miraba fijamente a los ojos. Habían venido a organizar su enlace: llenos de sueños y admirados ante el descubrimiento de semejante perfección en otra persona, alguien que encajaba con tanta exactitud en lo que estaban buscando y esperando.

Sin embargo, como todos sabemos, muchos matrimonios que parecen caídos del cielo acaban en ocasiones cerca del infierno. Aunque a las parejas que se encuentran en la euforia romántica inicial el mero hecho de pensar en el otro les aporta una nueva dimensión absolutamente gloriosa a sus vidas, las estadísticas sugieren que, a menos que sepan cómo desenvolverse en el camino que tienen por delante, pronto pueden estar llorando y sollozando, llamando a los abogados de divorcio.

¿No es extraño? ¿Cómo es que sufrimos este anhelo por el otro y sin embargo resultan tan difíciles las relaciones? Mi propuesta es que el área de las relaciones humanas constituye otro eco de una voz, que podemos ignorar si elegimos hacerlo, pero lo bastante fuerte como para atravesar las defensas de muchas personas hasta dentro del mundo secular, supuestamente moderno. O, si lo prefieren, las relaciones humanas son otro letrero indicativo que señala hacia la niebla, comunicándonos que hay un camino por delante que nos lleva... bueno, que lleva a algún sitio al que queremos ir.

He empezado hablando de la relación romántica porque, a pesar del desprestigio del matrimonio en la cultura occidental durante la última generación, del deseo de independencia, de las presiones sobre las parejas en las que ambos cónyuges tienen una carrera profesional, de los altos porcentajes de divorcios y de un mundo lleno de nuevas tentaciones, el matrimonio sigue siendo algo muy popular. Cada año se gastan millones de dólares en bodas. Y, sin embargo, en la mitad de obras de teatro, películas y novelas, y tal vez en uno de cada diez reportajes de prensa, se habla de tragedia en el hogar, una manera elegante de decir que algo fue dramáticamente mal en una relación, normalmente una relación de matrimonio.

Estamos hechos el uno para el otro. Pero hacer que las relaciones funcionen, y ya no digamos que florezcan, suele ser muy difícil. Estamos ante la misma paradoja que hemos abordado en los dos capítulos anteriores. Todos sabemos que la justicia importa, pero se nos escurre entre los dedos. La mayoría sabemos que existe una espiritualidad y que es importante, pero cuesta rebatir la acusación de que no es más que una expresión de deseos. Del mismo modo, todos sabemos que pertenecemos a comunidades, que estamos hechos para ser criaturas sociales. Pero muchas veces nos vemos tentados a dar un portazo y marcharnos solos en medio de la noche, afirmando que ya no nos sentimos a gusto y que queremos que alguien se compadezca de nosotros y venga a rescatarnos y consolarnos. Todos sabemos que formamos parte de relaciones, pero apenas sabemos cómo llevarlas bien. La voz que oímos resonar en nuestra mente y nuestro corazón sigue recordándonos las dos partes de esta paradoja, y vale la pena considerar el porqué.

El rompecabezas de las relaciones

Por supuesto, apañárselas solo resulta a menudo algo muy deseable. Si uno trabaja en una ruidosa fábrica, o si vive en una casa con mucha gente, salir fuera, tal vez al campo, puede ser un bendito respiro. Incluso a los que nos gusta estar con mucha gente podemos en ocasiones hartarnos y disfrutar de engancharnos a un libro o de dar una buena caminata y pensar sin la intromisión de voces ajenas. Las diferencias de temperamento, educación y otras circunstancias pueden jugar un importante papel en esto.

Pero la mayoría de personas no desean una soledad completa y larga. De hecho, ni siquiera los que son por naturaleza tímidos e introvertidos eligen estar solos todo el tiempo. De los que optan por una vida solitaria, algunos lo hacen por motivos religiosos, se convierten en ermitaños. Otros lo son para huir de un peligro, como cuando un criminal condenado busca el confinamiento en solitario antes que enfrentarse a la violencia de la prisión. Pero incluso los que siguen tales opciones suelen ser conscientes de que lo que hacen no es normal. De hecho, a veces, cuando las personas se recluyen se vuelven literalmente locas. Sin una sociedad humana, dejan de saber quiénes son. Parece que los hombres estamos diseñados para encontrar nuestro propósito y significado, no simplemente en nosotros mismos y en nuestra vida interior, sino en otra persona y en los significados y propósitos compartidos de una familia, un vecindario, un lugar de trabajo, una comunidad, una ciudad, una nación. Cuando describimos a alguien como un “solitario”, no estamos diciendo necesariamente que sea una mala persona, solo que no es lo habitual.

Las relaciones adoptan distintas formas. Una de las curiosidades del mundo occidental moderno es la remodelación (y la merma) de las relaciones que hemos llegado a dar por sentadas. Cualquiera que crezca en una población africana promedio tiene docenas de amigos a lo largo y ancho de su calle; de hecho, muchos niños viven en lo que a ojos de un occidental parecería una enorme y difusa familia política, en la que prácticamente cualquier adulto que viva a la distancia de un paseo puede ser tratado como tío o tía en un sentido inimaginable en el Occidente actual. En una comunidad así, hay múltiples redes de apoyo, ánimo, reprensión y advertencia, un depósito común de sabiduría popular (o, como bien puede ocurrir, de locura popular) que mantiene a todos juntos y da a las personas un sentido compartido de dirección o, al menos, cuando las cosas van mal, un sentido compartido de infortunio. Los que viven en el mundo occidental de hoy en su mayoría ni se dan cuenta de lo que se pierden. De hecho, pueden asustarse ante la idea de estar así juntos. En una comunidad semejante, todos están juntos, para bien o para mal.

Y, a veces, por supuesto, es para mal. Un fuerte sentido de solidaridad comunitaria puede condicionar a toda una comunidad a ir corriendo en la dirección errónea. Entre las épocas en que las comunidades han estado más unidas, en que el pueblo ha avanzado en una unión más sólida, está, por ejemplo, la época en que la población de la antigua Atenas votaba con arrogancia en pro de guerras que no podían ganar. Más recientemente, estaría la época en que la gran mayoría del pueblo alemán votó para darle a Adolfo Hitler un poder absoluto que cambió el curso de la historia. Incluso cuando las comunidades funcionan bien en términos de su propia dinámica interna, no hay garantía de que los resultados sean saludables.

Y, por supuesto, muchas comunidades encuentran difícil trabajar bien juntos en primer lugar. Si las luchas de los matrimonios modernos son un ejemplo obvio, otro lo es el frágil estado de nuestras democracias contemporáneas. La mayor parte de la gente del Occidente actual no puede imaginarse viviendo en un modelo de estado que no sea el de la democracia, y desde luego no lo elegirían. La

misma palabra “democracia”, que conlleva al menos el sentido de “plenos derechos de voto para los adultos” (entendido como lo contrario de los sistemas en que las mujeres, los pobres o los esclavos no podían votar, normas corrientes en el pasado que también se hacían llamar “democracias”), ha llegado a llevar aparejado el más alto nivel de aceptación posible. Si uno dice que no cree en la democracia, o incluso que cuestiona aspectos de ella, la gente lo trata como si fuera un loco o, como mínimo, alguien muy peligroso.

Pero hay indicios de que no todo va bien con la democracia, al menos con la que conocemos. Ya no podemos llevar bien nuestras relaciones al nivel más amplio, ni al más reducido. En Estados Unidos, por ejemplo, se da por sentado que si uno quiere presentarse como candidato a alcalde, y no hablemos de si quiere ser presidente, debe tener montones de dinero, gran parte del cual habrá salido probablemente de donaciones de riquísimos patrocinadores. Pero la gente no se planta así como así con ingentes cantidades de dinero; los patrocinadores siempre buscan algún tipo de compensación, es el precio de seguir apoyando en la próxima ocasión. Cuanto más ve el pueblo cómo funciona esto, más escepticismo se genera; y esta desconfianza carcome el corazón de nuestras relaciones a nivel nacional y ciudadano. En Gran Bretaña, vota más gente en los *realities* de televisión (por ejemplo, para expulsar a un concursante de la casa de Gran Hermano) que en las elecciones. Me refiero a las elecciones generales—para elegir gobierno para todo el país durante los cinco años siguientes—, no a las locales, porque en estas la participación suele ser todavía más baja. Y cuando, como ha ocurrido muchas veces en las últimas décadas, el partido que “vence” las elecciones resulta que solo ha recabado una mísera fracción de todos los votos, se suscitan preguntas acerca del sistema en su totalidad. En muchos países occidentales existe una insatisfacción parecida con la manera en que funcionan las cosas. Todos sabemos que en una u otra forma estamos hechos los unos para los otros, pero no está del todo claro cómo puede o debe funcionar esto.

Así pues, desde la más íntima relación (el matrimonio) a las relaciones en su sentido más amplio (las instituciones nacionales) encontramos lo mismo: todos sabemos que estamos hechos para vivir juntos, pero todos vemos que es más difícil de lo que habíamos imaginado. Y es dentro de estos marcos, grandes y pequeños, pero especialmente en el extremo más íntimo y personal de la escala, donde encontramos el ámbito natural de estas señales características de la vida humana: la risa y las lágrimas. Los demás nos parecen divertidos. Nos parecen trágicos. *Nosotros*, y nuestras relaciones, nos vemos divertidos y trágicos. Así somos. Hemos de evitar ser así, y no queremos, a pesar incluso de que las cosas no vayan como deseamos.

Confusión acerca del sexo

En el corazón de las relaciones encontramos el sexo. Por supuesto, no todas las relaciones son sexuales en el sentido de implicar un comportamiento erótico. Prácticamente todas las sociedades tratan ese comportamiento como algo que debe limitarse a ciertos contextos muy específicos, a menudo el contexto del matrimonio u otros equivalentes. Y aunque los seres humanos se relacionan entre ellos, lo hacen como varón y hembra; la virilidad y la feminidad no son identidades que solo asumimos cuando entramos en un tipo especial de relación (por ejemplo, una relación romántica o una erótica). Aquí, también, todos sabemos en nuestro interior que somos criaturas de un tipo especial y, a la vez, que nos resulta difícil manejar el hecho de *ser* criaturas así. El sexo es, en otras palabras, un ejemplo especialmente agudo de la paradoja que estoy subrayando. Puede parecer, en el mundo de hoy, un sitio poco aconsejable para captar los ecos de una voz del tipo de la que hemos estado describiendo. Sin embargo, eso solo muestra lo mal que hemos entendido las cosas.

Las últimas generaciones de Occidente han visto realizarse enormes esfuerzos en el intento de enseñar a chicos y chicas que las diferencias entre ellos son únicamente cuestión de función biológica. Hemos recibido serias advertencias en contra de hacer estereotipos de las personas según su género. Al menos en teoría, cada vez hay más trabajos que se pueden realizar indistintamente por hombres o mujeres. Y, sin embargo, los padres de hoy, pese al carácter impecable de sus credenciales idealistas, han descubierto que a la mayoría de chicos les gusta jugar con pistolas y autos de juguete, y que a muchas niñas les gusta jugar con muñecas, vestirlas y darles de comer. Y no son solo los niños los que se resisten porfiadamente a las nuevas reglas. Los que publican revistas para diferentes grupos de la sociedad no tienen problemas a la hora de producir “revistas para hombres” que muy pocas mujeres comprarían, y “revistas para mujeres” que difícilmente leería cualquier hombre. La circulación de esas revistas adquiere cada vez más fuerza, incluso en los países donde la propaganda acerca de la identidad de género lleva décadas siendo intensa. En la mayoría de países, por supuesto, nadie se molesta en intentar pretender que hombres y mujeres sean idénticos e intercambiables. Todos saben que tienen destacadas diferencias.

Sin embargo, describir cuáles son exactamente esas diferencias es más difícil de lo que por lo general imaginamos, especialmente porque las distintas sociedades tienen imágenes distintas de lo que deben ser los hombres y lo que deben ser las mujeres, y, por tanto, se quedan perplejos cuando ven que no todos se conforman al modelo. No estoy negando, en absoluto, que haya muchas áreas en las que hemos enfocado esto mal en el pasado. En mi propio ámbito de trabajo he argumentado hasta la extenuación en pro de una mayor intercambiabilidad de la que tradicionalmente se ha dado. Mi tesis es sencillamente: todas las relaciones humanas implican un elemento de identidad de género (yo, como varón, me relaciono con otros varones de hombre a hombre, y con las mujeres de varón a mujer) y, aunque todos somos plenamente conscientes de ello, hemos llegado a estar muy confundidos al respecto. En un extremo de la escala, algunos pretenden que el género es irrelevante a todos los efectos prácticos, como si fuéramos de género neutro. En la otra punta, algunos están siempre evaluando a otros como potenciales parejas sexuales, aunque solo sea en la imaginación. Y, de nuevo, en nuestras entrañas sabemos que ambos distorsionan la realidad.

De hecho, las dos respuestas implican una forma de negación. La primera (imaginarnos neutros) implica negar algo de profunda importancia en cuanto a lo que somos y cómo estamos hechos. Sencillamente, *somos* seres con género; y puesto que esto afecta a todo tipo de actitudes y reacciones, de formas numerosas y sutiles, no ganamos nada con fingir que no somos seres sexuados ni nos afecta

el género. La segunda respuesta (ver a los otros como potenciales parejas sexuales) implica la negación de algo de enorme importancia acerca de la naturaleza de las relaciones eróticas: es decir, que no existe eso del “sexo casual”. Así como la identidad sexual—masculinidad y feminidad—toca de lleno lo que somos como personas, así la actividad sexual se graba a fuego en el corazón de la identidad y conciencia humanas. Negar esto, en teoría o en hechos, es cooperar con la deshumanización de nuestras relaciones, abrazar una muerte en vida. En resumen, todos sabemos que el sexo y el género son de enorme importancia en la vida. Pero en este aspecto descubrimos algo que se aplica a *todos* los ámbitos de la relación humana: las cosas son mucho más complicadas de lo que podíamos haber imaginado, están mucho más cargadas de problemas, enigmas y paradojas.

El sexo y la muerte, de hecho, parecen tener mucho que ver entre sí, no solo en las novelas y películas de segunda. Y es la muerte la que parece poner en cuestión la idea misma de que estamos hechos para relacionarnos.

La muerte. La llamada a la auténtica naturaleza humana.

Buscamos justicia, pero a menudo vemos que se nos escapa. Estamos hambrientos de espiritualidad, pero solemos vivir como si el materialismo unidimensional fuera la verdad absoluta. Del mismo modo, lo mejor y más excelente de nuestras relaciones acabará finalmente en la muerte. La risa terminará en llanto. Lo sabemos; lo tememos; pero no hay nada que podamos hacer al respecto.

Si esto es paradójico—estamos hechos para relacionarnos, pero todas las relaciones llegan a su fin—, encontramos en ambas partes una voz que resuena recordándonos los ecos que hemos oído en los dos primeros capítulos. Los sistemas de fe, que hunden sus raíces en las escrituras que conocemos como Antiguo Testamento, hablan de los seres humanos como creados, ineludiblemente, para relacionarse: unos con otros en la familia (sobre todo en la complementariedad entre varón y hembra); con el resto de lo creado; y, por encima de todo, con el Creador. No obstante, en el relato de la creación que sigue siendo fundamental para el judaísmo, el cristianismo y el islam, todas las cosas del mundo presente son transitorias. No están diseñadas para ser permanentes.

Esta impermanencia—en otras palabras, el hecho de la muerte—ha adquirido ahora la negra nota de tragedia. Está ligada a la rebelión del hombre contra el Creador, con su implícito rechazo a la más profunda de las relaciones y el consecuente deterioro de las otras dos (entre los hombres y con la creación). Pero los temas de la relación y de la impermanencia son parte de la estructura misma de lo que, en las grandes religiones monoteístas, significa ser humano. No debería sorprendernos que, cuando pensamos en las relaciones humanas, nos encontremos escuchando el eco de una voz, aunque, como en Génesis, esa voz nos pregunte: “¿Dónde estás?”.

El antiguo relato bíblico de la creación nos ofrece un retrato intenso y rico de esto: los hombres están hechos a imagen de Dios. A primera vista, eso no sirve de mucho, dado que no sabemos demasiado de Dios y, por tanto, apenas podemos deducir mucho acerca de cómo se supone que seamos. Tampoco (al parecer) sabemos tanto como quisiéramos acerca de quiénes somos, por lo que tampoco podemos deducir mucho acerca de Dios. Pero, probablemente, lo que se afirma en Génesis es algo distinto. En el mundo antiguo, como en algunas partes del mundo actual, los grandes dirigentes solían erigir estatuas con su figura en los lugares importantes, no tanto en su propio territorio (donde todos sabían quiénes eran y reconocían que estaban al mando), sino en sus dominios extranjeros o más distantes. Por ejemplo, hay muchas más estatuas de emperadores romanos en Grecia, Turquía y Egipto que en Italia o en la propia Roma. Para un emperador, el propósito de colocar una imagen suya en el territorio sometido era que los súbditos de esa tierra tuvieran presente quién los gobernaba y actuaran en consecuencia.

Eso, para nosotros, suena amenazador. Después de todo, somos demócratas. No queremos gobernantes de lejos que nos den órdenes y mucho menos (como acertadamente sospechamos) que nos pidan dinero. Pero eso simplemente muestra cuánto se han corrompido y deteriorado nuestras relaciones: con Dios, con el mundo, entre nosotros. En los relatos del principio, la cuestión era que el Creador amaba al mundo que había creado y quería cuidar de él de la mejor manera. Para ello, colocó en el mundo una criatura cuidadora, que manifestaría a la creación quién era realmente él, el Creador, y a quién pondría a trabajar en el desarrollo de esta y en hacerla prosperar y llevar a cabo su propósito. Esta criatura cuidadora (mejor dicho, esta familia de criaturas: la raza humana) daría

forma y encarnaría esa interrelación, ese amor, confianza y conocimiento mutuos y fructíferos, que era la intención del Creador. Relacionarse era parte de la manera en que teníamos que ser plenamente humanos, no por nosotros, sino como elementos de un sistema de cosas mucho más amplio. Y nuestros fracasos en la relación humana están, por tanto, entrelazados con nuestros resultados adversos en los otros proyectos mayores de los que sabemos, en nuestro interior, que participamos: nuestro fracaso a la hora de arreglar el mundo en cuanto a sistemas de justicia (Capítulo Uno) y nuestro fracaso a la hora de mantener y desarrollar esa espiritualidad que involucra en su centro una relación de confianza y amor con el Creador (Capítulo Dos).

Pero los fracasos mismos, y el hecho de que en nuestras entrañas seamos conscientes de ellos, apuntan a algo que solo la tradición cristiana, entre las confesiones monoteístas, ha explorado con todo detalle: la creencia en que el propio Creador alberga dentro de sí una relación entre varios. Eso es algo que examinaremos más adelante. Pero indica bastante bien que si, como ya he sugerido, sabemos que estamos hechos para relacionarnos y que las relaciones nos resultan difíciles, podemos ver este doble conocimiento como un letrero indicador más que señala a la misma dirección que los ya considerados. El llamamiento a la relación y el triste reproche por nuestros fracasos al respecto, podemos oírlos juntos como ecos de una voz. La voz nos recuerda quiénes somos en realidad. Puede que incluso nos esté ofreciendo algún tipo de rescate de nuestra difícil situación.

Ya podemos contar lo suficiente de esa voz como para conocer a su dueño si nos lo encontramos. Tendría que ser alguien totalmente comprometido con las relaciones: con otros seres humanos, con el Creador, con el mundo natural. Sin embargo, debería compartir el dolor de la ruptura de cada una de dichas relaciones. Uno de los elementos capitales del relato cristiano es la afirmación de que la paradoja de la risa y las lágrimas, entretejida como está en lo profundo del corazón de toda experiencia humana, está también profundamente injerida en el corazón de Dios.

Por la belleza de la tierra

Un día, hurgando entre las cosas del polvoriento y viejo desván de una pequeña localidad austriaca, un coleccionista se encuentra con un desgastado manuscrito que contiene numerosas páginas de música. Están escritas para piano. Movido por la curiosidad, las lleva a un comerciante. Este telefona a un amigo que se presenta allí media hora más tarde. Al ver la música, se emociona y, después, se queda atónito. Parece escrita del puño y letra de Mozart, pero no es una pieza conocida. De hecho, no la ha oído nunca. Más llamadas telefónicas. Más emoción. Y, aunque algunas partes suenan remotamente familiares, no se corresponde con nada de lo que se conoce de su obra.

Al poco tiempo, alguien está sentado al piano. El coleccionista está de pie ... cerca ...; no quiere que su precioso hallazgo se vea dañado por el músico al pasar las páginas. Pero entonces surge una nueva sorpresa. La música es maravillosa. Es justo el tipo de composición que Mozart habría escrito. Se dan paso en ella el brío y la tristeza; sutiles cambios armónicos, melodías espléndidas y un final vibrante. Pero ... parece incompleta. Hay lugares en los que parece no estar pasando nada, donde el piano se limita a marcar el tempo; otros en los que la escritura se ha borrado y no se ve bien, pero *parece* como si el compositor hubiese indicado, no un descanso de dos o tres compases, sino una pausa mucho mayor.

Poco a poco, la verdad se posa sobre el emocionado grupito. Están, sí, ante una obra de Mozart. Es realmente bella. Pero es la parte para piano de una pieza en la que interviene otro instrumento más, o quizás varios. Tal como está, resulta frustrantemente incompleta. Una búsqueda más a fondo en el desván no aporta nada adicional que pueda dar una pista. La música para el piano está toda ahí; es una indicación que dirige hacia algo que una vez estuvo ahí y que tal vez pueda aún regresar algún día. Tiene que haber existido una obra de arte completa que ahora, sin más partituras, sería prácticamente imposible de reconstruir; no saben si el piano acompañaba a un oboe o a un fagot, a un violín o a un chelo, tal vez a un cuarteto de cuerda o a alguna otra combinación de instrumentos. Si se encontraran esas otras partes, daría un sentido pleno a la incompleta belleza contenida en los borrosos garabatos de la genialidad que ahora tienen delante.

(Por si alguien se lo está preguntando diré, de paso, que escribí el párrafo anterior pocos meses antes de que un bibliotecario de Filadelfia se encontrase con un manuscrito de Beethoven que resultó ser una transcripción del puño y letra del compositor, para dos pianos, de la “Gran fuga” de uno de sus últimos cuartetos para cuerda. La vida y el arte tienen la rara costumbre de bailar juntos una danza de múltiples imitaciones recíprocas).

Así es como nos encontramos cuando nos enfrentamos a la belleza. El mundo está lleno de ella, pero está incompleta. Nuestra perplejidad ante ella viene de preguntarnos qué es lo que significa, y es el inevitable resultado de mirar una sola parte de un todo mayor y preguntarnos para qué está ahí (si es que hay algún propósito). En otras palabras, la belleza es el eco de una voz: una que, partiendo de la evidencia que tenemos delante, puede estar diciéndonos una cosa entre otras muchas, pero que,

si la oyéramos en toda su plenitud, daría sentido a lo que ahora vemos y oímos, y sabemos, y amamos, y llamamos “bello”.

La fugacidad de la belleza

La belleza, como la justicia, se nos escurre entre los dedos. Fotografiamos una puesta de sol, pero todo lo que conseguimos es el recuerdo del momento, no el instante en sí. Compramos discos, pero la sinfonía dice algo diferente cuando la escuchamos en casa. Escalamos la montaña y, si bien la vista desde la cumbre es magnífica, nos deja con deseo de más; y aunque comprásemos una casa allí y nos quedáramos todo el día contemplando el paisaje, no se nos iría esa comezón. Más bien, la belleza parece a veces estar en la propia comezón, la sensación de anhelo, el tipo de placer que es exquisito y a la vez nos deja insatisfechos.

En realidad, esta última expresión—es exquisito y a la vez nos deja insatisfechos—es lo que dijo Oscar Wilde acerca de un cigarrillo. Y eso muestra algo más sobre la forma en que la belleza se nos presenta con su persistente paradoja. Hoy hay pocos que, teniendo delante las estadísticas de cáncer de pulmón, concederían un nivel estético tan alto a un cigarrillo (ni siquiera si, como tanto ocurría con Wilde, el dicho tuviera como primera intención ser chocante). Pero los gustos y las modas cambian, tanto en la belleza como en muchas otras cosas, y lo hacen en tal medida que nos vemos obligados a preguntar si la belleza no será, después de todo, algo que está en el ojo de quien la contempla, o si podremos dar ya alguna descripción satisfactoria de eso que nos dejará—como a los frustrados pero emocionados coleccionistas de música—en posesión de, al menos, una parte del todo.

Pienso en esta perplejidad siempre que observo un retrato de otra época y lugar, de una mujer a quien sus contemporáneos obviamente encontraban extremadamente bella. Contemplemos las pinturas de las vasijas griegas, o las paredes de Pompeya. Miremos los retratos egipcios de grandes y nobles mujeres que recibían el más alto aprecio. Consideremos incluso los retratos de hace dos o tres siglos y veamos qué decía de ellos la gente de su tiempo. Francamente, yo no giraría la cabeza en la calle para quedarme mirando a ninguna de ellas. Puede que la cara de Elena de Troya hiciera, en su día, que un millar de barcos se echasen a la mar, pero la mayoría de nosotros ya no la consideraríamos merecedora ni de fletar una barquita.

Lo mismo se puede decir de la belleza de la naturaleza. Durante los últimos doscientos años, sobre todo a partir de los poetas Wordsworth y Lakeland, la mayoría de personas han visto el paisaje silvestre de la región inglesa del Distrito de los Lagos como algo espectacularmente bello, evocador e impactante. Se ha pintado una y otra vez. Muchos británicos que nunca han estado cerca del Distrito poseen salvamanteles con los Picos Langdale, o la panorámica de Skidaw con el pueblo de Keswick acurrucado en su falda, igual que, en Estados Unidos, mucha gente tiene reproducciones de Ansel Adams con las glorias de Yosemite. Sin embargo, en tiempos más antiguos, nadie consideraba que los paisajes montañosos fuesen hermosos y evocadores, sino temibles, oscuros y peligrosos. ¿Cómo es que las modas cambian con tanta facilidad?

Los cambios de perspectiva lo explican solo en parte. Admiramos la majestad y el poder de una avalancha alpina en un lejano glaciar, pero cambiamos rápidamente de opinión si vemos cómo un pueblo indefenso queda sepultado a su paso. Nos quedamos como hipnotizados mirando las olas del mar que llegan a la orilla, mostrándose cada una como un milagro de suaves curvas y rompedora fuerza; pero el disfrute se convierte en horror ante la pesadilla de un *tsunami*.

Cuestión de perspectivas, pues, y de gustos, en compleja combinación. Además, los gustos no solo cambian de una generación a otra, sino de una persona a otra, y de una subcultura a otra, en el mismo periodo, la misma ciudad y la misma casa. Los recién casados descubren que el cuadro que él quiere

colgar encima de la chimenea a ella le parece algo simplemente *kitsch* y sentimental. El maestro, para quien los ejercicios geométricos poseen una elegancia casi trascendente, descubre que para la clase no son más que números, líneas y ángulos.

¿Y cómo es que la belleza se desvanece tan rápido? La gloriosa puesta de sol se acaba pronto. El o la joven cuyo floreciente aspecto provoca miradas de admiración prolonga su buena apariencia durante un tiempo con cuidados y algo de ayuda de los artistas del maquillaje, pero todos sabemos lo que pasa después. Incluso si maduramos en nuestra apreciación de la belleza humana y aprendemos a amar el aspecto sabio y amable de unos ojos envejecidos, y el millar de arrugas que hablan de amor, sufrimiento, alegría y ánimo, cuanto más nos adentramos en esa vía más cerca estamos, una vez más, de la paradoja de la puesta de sol.

Belleza y verdad

“La belleza es verdad, la verdad es belleza”, escribió Keats; pero la perplejidad que hemos vislumbrado debería servirnos de aviso para no elaborar una ecuación tan fácil. La belleza que conocemos y amamos es, en el mejor de los casos, una parte de la verdad, y no siempre la más importante. De hecho, identificar belleza y verdad, a la luz de los párrafos precedentes, sería dar un gran paso hacia lo que ahora consideramos el dilema posmoderno: el colapso de la “verdad” en conjunto. Si la verdad y la belleza son una sola y misma cosa, la “verdad” es diferente para cada persona, para cada época, y para una misma persona de un año a otro. Si la belleza radicara en el ojo de quien la contempla, la “verdad” sería simplemente una manera de hablar de los sentimientos internos que vienen con ella. Y no es así como solemos usar la palabra “verdad”.

Asimismo debemos descartar, junto con cualquier identificación de belleza y verdad, la idea de que la belleza proporciona un acceso directo a Dios, a lo “divino” o a un reino trascendente de cualquier clase. El hecho de que la música sea claramente diseñada como parte integrante de un todo mayor no nos proporciona una pista directa sobre lo que este puede ser. En el caso de que, sin previos conocimientos zoológicos, uno se encuentre cara a cara con un tigre macho en perfecto estado, puede ser que se vea tentado a caer postrado y adorar a semejante ejemplo glorioso de forma, color, elegancia y fuerza. Algunos ejemplos de idolatría serían así autorrefutantes. La belleza es más complicada que eso. Las paradojas que hemos señalado hablan contundentemente contra la identificación a la ligera entre Dios y el mundo natural, algo a lo que se han visto atraídas algunas generaciones. La belleza del mundo natural es, como mucho, el eco de una voz, y no la voz misma. Y si intentamos dejarla clavada con un alfiler—literalmente, como hacen los coleccionistas de mariposas—vemos que el asunto clave en sí, la esquiiva belleza que nos hace estar siempre mirando más allá, es precisamente lo que uno pierde cuando clava el alfiler. La belleza está ahí, pero ya no está. La belleza es esto — este pájaro, esta canción, esta puesta de sol—, pero no lo es.

Toda explicación de la belleza, sobre todo la que sugiere que es un letrero indicador que señala hacia más allá de sí misma, debe tener en cuenta, pues, las dos cosas que hemos descrito acerca de ella. Por una parte, debemos reconocer que la belleza, tanto en el orden natural como en la creación humana, es a veces tan fuerte que evoca nuestros más profundos sentimientos de sobrecogimiento, asombro, gratitud y reverencia. Casi todos los hombres tienen esta sensación al menos alguna vez, incluso los que discrepan desaforadamente sobre qué cosas evocan cuáles sentimientos y por qué. Por otra parte, tenemos que reconocer que tales discrepancias y perplejidades son suficientes para empujar a algunos, sin un obvio deseo de ser escépticos o destructivos, a decir que la belleza es toda ella cuestión de la mente, de la imaginación o de los genes. Algunos sugerirán que todo está supeditado a condicionantes evolutivos, que a uno le gusta un paisaje en particular únicamente *porque* sus ancestros remotos sabían que allí podían encontrar comida. Otros pueden aludir a sentimientos sexuales inconscientes: ¿por qué a los muchachos les gusta ver trenes que entran en túneles? Habrá todavía otros que, de manera razonable, sugieran que la belleza es en definitiva cuestión de obtener placer por medio del otro: nos encantaría estar entre los invitados de un banquete retratado en un cuadro. Parece que hemos de aunar ambas cosas: la belleza es algo que clama más allá de nosotros mismos y, *a la vez*, algo que apela a sentimientos de lo profundo de nuestro interior.

En este punto, algunos filósofos que regresan, como tantos otros, a Platón, han unido las dos caras. Sugieren que el mundo natural, por un lado, y las representaciones del mundo natural ofrecidas por los artistas, por el otro, son reflejos de un mundo superior, un mundo que sobrepasa el tiempo, el

espacio y, sobre todo, la materia. Dicho mundo, al que Platón llamaba mundo de “las Formas” (o las Ideas), es, según esta teoría, la realidad final. Todo lo que hay en el mundo presente es una copia o una sombra de algo del otro mundo. Esto significa que todas las cosas de nuestro mundo son, en realidad, un puntero que señala hacia un mundo más allá, uno que podemos aprender a contemplar e incluso a amar por lo que es. Si no realizamos esta transición, si nos limitamos a aceptar la belleza natural y la creada por el hombre en sus propias condiciones, no debemos sorprendernos si parece, bajo un examen más a fondo, fundirse con nuestros propios sentimientos subjetivos. La belleza apunta hacia afuera del mundo presente, a uno totalmente diferente.

Esta sugerencia es atractiva, a cierto nivel. De hecho, da sentido a buena parte de nuestra experiencia. Pero, al menos para las tres grandes religiones monoteístas (o para la mayoría de las versiones principales de ellas), es una afirmación excesiva. Está muy bien decir que la belleza de este mundo es desconcertante, transitoria y que a veces parece estar solo a nivel muy superficial, con el interior lleno de podredumbre y gusanos. Pero si llevamos esto solo un poco más allá nos encontramos diciendo que el mundo presente de espacio, tiempo y materia es malo *en sí mismo*. Si se trata de un poste indicador, está hecho de madera que ya se está descomponiendo. Si es una voz, pertenece a un hombre desesperadamente enfermo que nos habla del país de la salud, al que es incapaz de viajar. Y esto es algo totalmente falso para las grandes tradiciones del judaísmo, del cristianismo y del islam. Las grandes confesiones monoteístas declaran, completamente conscientes de las evidencias que parecen contrarias, que este mundo de espacio, tiempo y materia siempre ha sido y es la buena creación de un Dios bueno.

También es totalmente falso para la experiencia de los hombres de toda cultura y época de la historia. Aun en el momento en que podemos estar dispuestos a rendirnos y admitir que todo era una falsa ilusión, que todo estaba en la mente, que todo era explicable en términos de nuestros instintos y configuración genética, damos la vuelta a la esquina, oteamos las colinas distantes, olemos el heno recién cortado, oímos el canto de un pájaro ... y declaramos, como el Dr. Johnson golpeando la piedra, que es real, que está fuera de nosotros, que no es mera imaginación. El cielo y la tierra están llenos de gloria, una que se niega con vehemencia a verse reducida a los términos de los sentidos de los hombres que la perciben.

La belleza y Dios

¿De quién es la gloria?

La tradición cristiana ha dicho, y cantado, que la gloria pertenece a Dios el Creador. Es su voz la que oímos resonar desde los riscos, murmurar en la puesta de sol. Es su poder el que sentimos en las olas al romperse y en el rugido del león. Es su belleza la que vemos reflejada en un millar de rostros y formas. Aun cuando el escéptico nos recuerda que las personas caen por los despeñaderos, se pierden tras la caída del sol, son sacudidas por las olas y atacadas por los leones; cuando el incrédulo nos hace ver que los rostros envejecen y se arrugan, que las formas se vuelven rechonchas y enfermas, los cristianos no decimos que todo fue un error. No nos valemos de la escotilla de emergencia de Platón, para decir que el mundo *real* no es del espacio, tiempo y materia, sino otro al que podemos huir. Nosotros decimos que este mundo es el real y que no anda bien, pero está en espera de reparación. En otras palabras, contamos nuestro relato del primer capítulo: la historia de un Creador bueno que anhela restaurar el mundo al orden para el que fue diseñado. Relatamos la historia de un Dios que hace las dos cosas que, al menos parte del tiempo, sabemos que todos queremos y necesitamos: un Dios que culmina lo que ha empezado, que viene al rescate de aquellos que parecen perdidos y esclavizados en el mundo que ahora es como es.

La idea de, por un lado, Dios viniendo al rescate y, por otro, llevando a su término la creación y poniéndola en orden, es lo que se destaca en el libro que lleva el nombre de uno de los mayores profetas israelitas de la Antigüedad: Isaías. En su undécimo capítulo, el profeta dibuja el retrato de un mundo como debe ser, donde el lobo yace junto al cordero y la tierra rebosa con el conocimiento del Señor como rebosa el mar con las aguas. Esta intrigante descripción es aún más extraña ya que, cinco capítulos antes, el profeta había hablado de ver ángeles cantando que toda la tierra estaba llena de la gloria de Dios. Como cuestión de lógica, queremos preguntarle al escritor: ¿Está *ya* la tierra llena de esa gloria o se trata de algo que solo ocurrirá en el futuro? Para entender la belleza, queremos averiguar: La belleza que contemplamos en este momento, ¿está completa o es una cosa incompleta que apunta a algo del futuro? Y, como pregunta más que urgente, queremos interpelar al escritor, puede que hasta zarandeándolo del cogote: Si la tierra está llena de la gloria de Dios, ¿por qué está también tan llena de dolor, angustia, llanto y desesperación?

El profeta (o quien editara este libro para darle la forma en que nos ha llegado) tiene respuestas para todas esas preguntas, pero no son del tipo que uno puede escribir al dorso de una postal. Tampoco podemos examinarlas todavía. Lo que podemos señalar a estas alturas es que, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, el sufrimiento presente del mundo—acerca del cual los escritores bíblicos sabían exactamente lo mismo que nosotros—nunca les hizo titubear en sus afirmaciones de que el mundo creado es de verdad la buena creación de un Dios bueno. Viven con esa tensión. Y no lo hacen porque imaginen que el presente orden creado sea algo ajado y de segunda clase, tal vez creado (como en ciertas variantes del platonismo) por un dios ajado y de segunda clase. Lo hacen contando la historia de lo que un Dios creador ha estado haciendo para rescatar a su hermoso mundo y ponerlo como debe ser. Y la historia que narran, que examinaremos con más detalle en su momento, indica que el mundo presente es un letrero que señala hacia una belleza mayor, hacia una verdad más profunda. Es el manuscrito auténtico de una parte de una obra maestra. La cuestión es: ¿Cómo es la obra maestra en su totalidad? ¿Y cómo podemos empezar a oír la música tal como debería oírse?

El argumento de la historia es que la obra maestra existe ya; está en la mente del compositor. De

momento, ni los instrumentos ni los músicos están preparados para interpretarla. Pero, cuando lo estén, el manuscrito que ya tenemos —este mundo, con toda su belleza y su perplejidad—resultará ser verdadera parte de ella. Las deficiencias de la parte que poseemos se convertirán en algo bueno. Las cosas que ahora no tienen sentido desplegarán una armonía y perfección que ni siquiera hemos soñado. Los puntos en los que la música parece hoy casi perfecta, donde apenas falta alguna nimiedad, estarán completos. Esta es la promesa que contiene esa historia. Igual que, en una de las más grandiosas afirmaciones del Nuevo Testamento, el reino de este mundo ha de convertirse en el reino de Dios, así la belleza de este mundo se verá envuelta en la de Dios; no solo en la belleza de Dios mismo, sino en la que, siendo Dios el Creador por excelencia, creará cuando el mundo presente sea rescatado, sanado, restaurado y completado.

La gloriosa complejidad de la vida

No hace mucho, impartí una conferencia en la que hablé, como ahora, acerca de la justicia, la espiritualidad, las relaciones y la belleza. Uno de los primeros intervinientes en la sección de preguntas me preguntó por qué no había dedicado el mismo tiempo a la verdad. Buena pregunta. En cierto sentido, la cuestión de la verdad se ha apoderado de la discusión en su totalidad hasta hoy, y así seguirá siendo.

Las preguntas: “¿Qué es verdad?” y “¿cómo lo sabemos?” han sido cruciales para la mayoría de los filósofos principales. Y nos obligan a regresar a preguntas más profundas, esas que resultan molestas y que suscitan en los pensadores la insistente cuestión: ¿Qué quieres decir con “verdad” y, en cualquier caso, a qué te refieres con “saber”? Lo que hasta ahora he hecho en este libro ha sido ocuparme de cuatro temas que, para la mayoría de personas de la mayoría de culturas, plantean preguntas y señalan posibilidades sin descubrir. Se trata de cosas que pueden funcionar bien en toda clase de sociedad humana, a modo de letreros que indican algo de gran importancia, pero que no podemos llegar a entender como comprendemos cuál es la distancia entre Londres y Nueva York o la manera correcta de cocinar las zanahorias. Y me parece que todos ellos apuntan a la posibilidad de que este algo, que tanta importancia tiene, es una clase de “verdad” diferente y más profunda que las de asuntos más mundanos. Es más, si es un tipo diferente de “verdad”, podemos esperar que para llegar a entenderla sea necesario un tipo diferente de conocimiento. Llegaremos a este punto a su debido tiempo.

De hecho, vivimos en un mundo extremadamente complejo, en el que los seres humanos somos probablemente los elementos más complejos. En cierta ocasión oí decir a un gran científico contemporáneo que ya sea que miremos por un microscopio los objetos más pequeños que podamos distinguir u observemos mediante un telescopio los inmensos recovecos del espacio exterior, lo más interesante en el mundo sigue siendo eso que tenemos a unos pocos centímetros de este lado de nuestras lentes, es decir, el cerebro humano, en el que tenemos la mente, la imaginación, la memoria, la voluntad, la personalidad y un millar de otras cosas que consideramos facultades aparte, pero que, en sus distintas formas, están interconectadas como funciones de nuestra compleja identidad personal. Deberíamos esperar que el mundo y nuestra relación con él sean al menos tan complejos como nosotros. Si hay Dios, también deberíamos esperar que un ser semejante sea al menos igual de complejo.

Digo esto porque la gente se pone a refunfuñar en cuanto un debate sobre el significado de la vida, o la posibilidad de Dios, se aparta de las ideas más simples y se complica. Cualquier mundo en el que existan cosas como la música y el sexo, las risas y las lágrimas, las montañas y las matemáticas, las águilas y las lombrices, las estatuas y las sinfonías, los copos de nieve y las puestas de sol —y en la que los hombres nos hallemos en medio de todo ello— tiene que ser un mundo en el que la búsqueda de la verdad, de una realidad, de algo de lo que estar seguro, es infinitamente más complicada de lo que pueden permitir unas preguntas de sí o no. Cuanto más aprendemos, más descubrimos que el hombre es una criatura de una complejidad fantástica. No obstante, por otro lado, la vida humana está llena de momentos en los que sabemos que las cosas son también muy, pero que muy simples.

Piense en ello. El momento del nacimiento; el momento de la muerte; la alegría del amor; el descubrimiento de la vocación; el inicio de una enfermedad mortal; el insoportable dolor y la rabia que a veces nos hacen perder la cabeza. En momentos así, las múltiples complejidades de nuestra

naturaleza humana se juntan y conforman un simple gran signo de exclamación, o (como puede ocurrir) un simple gran signo de interrogación: una exclamación de alegría o un grito de dolor, un estallido de risa o una explosión de llanto. De repente, la rica armonía de nuestra carga genética parece cantar al unísono diciendo, para bien o para mal: Ya está.

Honramos y celebramos nuestra complejidad y nuestra simplicidad haciendo continuamente cinco cosas. Contamos historias. Realizamos rituales. Creamos belleza. Trabajamos en comunidades. Meditamos en creencias. Seguro que al lector se le ocurrirán más, pero baste con esto por el momento. En todas estas cosas, y a través de ellas, se entretejen el amor y el dolor, el temor y la fe, la adoración y la duda, la búsqueda de la justicia, la sed de espiritualidad y la promesa, y el problema de las relaciones humanas. Y si existe eso que llaman “verdad”, en algún sentido absoluto, tiene que estar relacionado con, y darle sentido a, todo esto y más.

Historias, rituales, belleza, trabajo, creencias. No estoy hablando del novelista, el dramaturgo, el artista, el industrial, el filósofo. Ellos son los *especialistas* en las diferentes áreas. Hablo de *todos* nosotros. Y no me refiero solo a unos incidentes especiales—la historia de los momentos cruciales de nuestra vida, el ritual de una boda y demás—, estoy hablando de los momentos ordinarios. Uno llega a casa después de un día de trabajo. Cuenta historias sobre lo que le ha pasado. Escucha más historias en el televisor o la radio. Pasa por el sencillo pero profundo ritual de prepararse una comida, poner la mesa, hacer el millar de cosas que dicen: Esto somos (o, si uno vive solo: este soy yo). Es en esas cosas donde somos nosotros mismos. Uno coloca un ramo de flores o pone en orden su habitación. Y de vez en cuando discute sobre el sentido de todo ello.

Eliminemos cualquiera de esos elementos, como sucede con frecuencia—se quitan las historias, los rituales, la belleza, el trabajo o las creencias—, y la vida humana mengua. En miles de sentidos, grandes y pequeños, nuestras extremadamente complejas vidas se construyen con la combinación de estas cosas. Los múltiples elementos de la vida que hemos señalado hace un momento se asocian todos en un cambiante patrón multicolor.

A este complejo mundo se dirige la historia cristiana, el mundo al que, según afirma, puede darle sentido. Dentro de esta complejidad, debemos tener cuidado con la forma en que usamos la palabra “verdad”.

En la última generación de la cultura occidental, la verdad ha sido como la cuerda en un juego de tira y afloja. Por un lado, algunos quieren reducir toda verdad a “hechos”, a cosas que se puedan comprobar como se demuestra que el aceite es más ligero que el agua, o que dos y dos son cuatro. Por otro lado, algunos creen que toda verdad es relativa y que todas las reivindicaciones de la verdad son en realidad reivindicaciones del poder codificadas. El común de los mortales, poco consciente del tira y afloja y de sus efectos secundarios de tipo político, cultural o social, es muy posible que sienta algo de incertidumbre acerca de lo que es la verdad, aunque siga sabiendo que tiene importancia.

El tipo de cosa que podríamos y deberíamos querer decir con “verdad” variará en función de lo que estemos hablando. Si queremos ir a la ciudad, es importante saber si quien me ha aconsejado tomar el bus de la línea 53 dice la verdad o no. Pero no es en absoluto aplicable a toda clase de verdad; tampoco se pueden comprobar del mismo modo. Si hay algo de verdad detrás de la búsqueda de la justicia, es la veracidad de que el mundo no se hizo para ser moralmente caótico; ¿pero qué queremos decir con “se hizo para”? ¿Cómo podríamos saber eso? Si algo hay de verdad en la sed de espiritualidad, sería la afirmación de que el hombre encuentra satisfacción explorando la dimensión “espiritual” de su vida, o que estamos hechos para relacionarnos con otro Ser al que solo se puede conocer espiritualmente. Y, hablando de relaciones, la “verdad” de una relación está en la propia

relación, en ser “verdadero para” otro, lo cual es bastante más que decirle al prójimo la verdad acerca del bus de la línea 53, aunque seguramente también incluye eso. Y, en cuanto a la belleza, no podemos fundir la “verdad” en la “belleza” sin correr el riesgo de deconstruir la verdad señalando, como hicimos antes, la fragilidad y la ambigüedad de la belleza que conocemos aquí y ahora.

Lo que queremos decir con “saber” o “conocer” es algo que también necesita una investigación más a fondo. “Conocer” los más profundos tipos de verdad a los que hemos aludido se parece mucho a “conocer” a una persona —algo que requiere mucho tiempo, mucha confianza y una buena dosis de ensayos y errores— y no tanto a “saber” cuál es la línea de bus que debo tomar para llegar al pueblo. Se trata de un tipo de conocimiento en el que el sujeto y el objeto están entrelazados, de manera que uno no puede decir que es ni puramente subjetivo ni puramente objetivo.

Una buena palabra para este tipo de conocimiento más rico y profundo, el que acompaña a ese tipo de verdad más rica y profunda, es “amor”. Pero, antes de llegar a ello, debemos respirar hondo, aguantar el aire y sumergirnos en la historia que, según la tradición cristiana, da sentido a todo nuestro anhelo de justicia, espiritualidad, relaciones y belleza, y por supuesto a la verdad y al amor. Tenemos que empezar a hablar de Dios. Y esto es como decir que tenemos que aprender a mirar fijamente al sol.

Parte dos

Mirando al sol

Cinco

Dios

El relato cristiano afirma ser la verdadera historia sobre Dios y el mundo, y se presenta como la explicación de la voz cuyo eco oímos en la búsqueda de la justicia, el deseo de espiritualidad, el anhelo de relación, el hambre de belleza. Ninguna de ellas señala por sí misma a Dios, a ningún Dios, y mucho menos al cristiano. En el mejor de los casos, agita los brazos en una dirección más bien general, como alguien que está en una cueva y oye el eco de una voz, sin tener idea de dónde viene.

Para cambiar de ilustración, las reflexiones que hemos presentado hasta ahora son como caminos que parecen conducirnos al centro de un laberinto, y que ciertamente nos acercan a la meta, para después dejarnos en la atormentadora imposibilidad de llegar, separados del centro por un espeso seto. No creo que tales caminos ni otros cualesquiera guíen a la mente humana, sin más ayuda, durante todo el trayecto que va desde el ateísmo reflexivo hasta la fe cristiana. Menos aún “demuestran” ni la existencia de Dios ni su carácter en particular. No es simplemente una cuestión de contemplar los posibles caminos y descubrir que ninguno nos llevará adonde quizás quisiéramos ir. Es un problema más profundo. Tiene que ver con el propio significado de la palabra “Dios”.

Cambemos de nuevo de ilustración. Imaginémonos en una casa solitaria, aislada en el campo, lejos de las luces urbanas. Es bastante de noche en un día invernal y se va la electricidad, dejándolo todo a oscuras en kilómetros a la redonda. Entonces recuerdas haber dejado una caja de fósforos en la mesita de café y llegas a ella a tientas. Vas encendiendo una cerilla tras otra hasta llegar a la estantería de la despensa, donde tienes unas cuantas velas. La vela que has encendido te sirve mientras buscas una linterna.

Todo esto tiene su lógica. Los fósforos, las velas y las linternas son cosas que podemos usar para que nos ayuden en la oscuridad. Lo que no tiene sentido es, cuando por fin ya casi es de día, salir con los fósforos, las velas o la linterna para ver si el sol ya está fuera.

Una gran cantidad de argumentos acerca de Dios—su existencia, su naturaleza, sus intervenciones en el mundo—corren el riesgo de ser algo parecido a apuntar con una linterna hacia el cielo para ver si el sol está brillando. Es demasiado fácil cometer el error de hablar y pensar como si Dios (si lo hay) pudiera ser una entidad, dentro de nuestro mundo, accesible a nuestro estudio interesado como si estudiáramos música o matemáticas, abierto a nuestra investigación mediante el mismo tipo de técnicas que usamos para los objetos o entidades de nuestro mundo. Cuando Yuri Gagarin, el primer cosmonauta soviético, aterrizó después de dar la vuelta a la órbita terrestre unas cuantas veces, declaró que había demostrado la no existencia de Dios. Había estado allí arriba y no había visto ni rastro de él, dijo. Algunos cristianos señalaron que Gagarin habría visto un montón de señales de Dios, con solo haber sabido interpretarlas. El problema es que hablar de Dios en un sentido parecido al cristiano es como mirar fijamente al sol. Es cegador. En la práctica, es más fácil apartar la vista del sol y disfrutar de que, en cuanto sale en todo su esplendor, todo se puede ver con mayor claridad.

Parte del problema radica en la palabra que usamos. El término inglés “Dios”, con o sin mayúscula, cumple una doble función. Primero, es un nombre común (como “silla”, “mesa”, “perro”

y “gato”), que denota a un ser divino. Cuando decimos: “¿En qué clase de dioses creían los antiguos egipcios?” todos entendemos la pregunta: asumimos que hay varias clases posibles de dioses y diosas que las distintas tradiciones adoran y mencionan. Pero la palabra “Dios” y sus equivalentes también se usan, normalmente, en los idiomas influidos por las grandes religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islam), como un nombre propio o de persona. Si le preguntas a alguien, incluso en el mundo occidental de hoy: “¿Crees en Dios?”, se entendería (y seguramente esa será su intención) en el sentido del “Dios único, el de la tradición judeocristiana”. Es muy distinto a preguntar: “¿Crees en *un* dios?”.

Por supuesto, hoy hay mucha gente que solo tiene la idea esquemática de lo que el cristianismo ha dicho sobre Dios. A veces, cuando se pregunta a alguien si cree en Dios, presenta una imagen que pocas personas sensatas aceptarían ni después de intentarlo durante toda una semana: un anciano de larga barba blanca (tal vez, como aparece en algunos destacados dibujos de William Blake), sentado en una nube, contemplando desde arriba furioso el desaguizado en que los hombres están convirtiendo el mundo. La imagen tiene una escasa relación con cualquier reflexión cristiana seria, aunque resulta asombroso ver cuánta gente piensa que es así como los cristianos hablamos de “Dios” al usar esa palabra.

Pero se mantiene la cuestión: nuestras líneas de investigación, nuestras pruebas y cuestionamientos pueden quizás llevarnos en la dirección en que se puede encontrar a Dios, pero es imposible que irrumpen afirmando haber captado a Dios por sí solos. Igual que una nave espacial no podría volar tan lejos como para vislumbrar a Dios, puesto que él (en caso de que exista tal ser y se parezca, aun remotamente, a lo que las grandes religiones monoteístas han supuesto) no es un objeto dentro de nuestro universo, tampoco podría ninguna argumentación humana arrinconar a Dios, sujetarlo con alfileres y obligarlo a someterse a la inspección del hombre.

Una parte del relato cristiano es que hubo un momento en que Dios sí estuvo enganchado con alfileres, sujeto no solo a la inspección humana, sino a juicio, a torturas, a prisión y a muerte. Pero esta afirmación es tan extravagante que requiere una posterior discusión más a fondo. En cualquier caso, difícilmente se pretendería que las acciones de quienes maltrataron a Jesús de Nazaret puedan servir de modelo para quienes, habiendo leído hasta aquí, puedan sentirse inclinados a preguntar si, de seguirlos con la suficiente atención, los ecos de la voz que han estado escuchando pueden conducirles a la voz misma.

Tomando una imagen de otra parte de la historia cristiana, los que aportan argumentos para demostrar (o tal vez desmentir) la existencia de Dios siempre corren el peligro de llevarse la sorpresa que tuvieron las mujeres que fueron a la tumba de Jesús el Domingo de Resurrección. Habían ido a hacer lo apropiado, tratándose de un difunto amigo, líder o tal vez hasta el Mesías. Pero él, por así decirlo, se levantó antes que ellas. Sus actos eran los adecuados, revelaban de dónde partían, pero la resurrección de él lo colocó todo bajo una nueva luz, que exploraremos a su debido tiempo, puesto que no solo ilumina la cuestión sobre Jesús, sino que, de nuevo como el sol, arroja luz sobre todo lo demás. La cuestión en este momento es que, dado que Dios (si existe) no es un objeto dentro de nuestro mundo, ni tan siquiera una idea que pertenezca a nuestro mundo *intelectual*, podemos explorar hasta el centro del laberinto tanto como nos apetezca, pero nunca lo alcanzaremos por nuestros propios esfuerzos.

¿Dios en el cielo?

“Él [Dios] está en el cielo —dice uno de los más pragmáticos escritores bíblicos— y tú en la tierra. Mide, pues, tus palabras” (Ec 5:2). Esto parece una advertencia para los que nos ganamos la vida escribiendo y hablando, pero subraya algo en lo que la tradición bíblica siempre ha insistido: Si hemos de pensar que Dios “vive” en alguna parte, ese lugar es lo que conocemos como “cielo”.

Hay que aclarar de una vez dos malentendidos. Primero, pese a lo que algunos teólogos recientes parecen haber imaginado, los antiguos escritores bíblicos no suponían que, de haber sido capaces de viajar por el espacio, habrían llegado tarde o temprano al lugar donde Dios vivía. Por supuesto, el término “cielo” en hebreo y en griego puede significar, efectivamente, el cielo que vemos; pero los autores bíblicos se movían con mucha más facilidad que la mayoría de lectores modernos entre este sentido (el de un lugar en el mundo de espacio, tiempo y materia) y el significado regular de “lugar donde habita Dios”, o sea, un *tipo* de “lugar” del todo diferente. (No hay que confundir esto con la cuestión de los significados “literal” y “metafórico” que se discuten en el Capítulo Catorce). El “cielo” en este último y muy común sentido bíblico es el espacio de Dios *en tanto que opuesto a* nuestro espacio, no el lugar de Dios *en* nuestro universo espaciotemporal. La cuestión, pues, es si hay intersección entre el espacio de Dios y el nuestro; y, si la hay, cuándo y dónde se produce.

El segundo malentendido resulta de la utilización habitual, impropia pero muy frecuente, de la palabra “cielo” con el significado de “el lugar donde el pueblo de Dios va a estar con él, en extasiada felicidad, después de la muerte”. Así, llega a concebirse como un destino, un lugar de descanso final para las almas de los benditos; y, por tanto, se le ha comparado normalmente con la contrapartida que supuestamente es su opuesto: “el infierno”. Pero el significado de “cielo” no viene de que, en las tradiciones cristianas más tempranas, fuese el destino final de los redimidos, sino de que la palabra ofrece una manera de hablar de dónde está Dios siempre, de modo que la promesa contenida en la expresión “ir al cielo” es más o menos exactamente “ir a estar con Dios en el lugar donde él siempre ha estado”. Por tanto, el “cielo” no es meramente una realidad futura, sino presente. Y nos encontramos de nuevo con la pregunta de antes, desde una perspectiva diferente: ¿Cómo se relaciona ese “lugar”, esa “ubicación” (uso comillas porque *no* me estoy refiriendo a un lugar o ubicación dentro de nuestro mundo de espacio, tiempo y materia) con nuestro mundo? De hecho, ¿acaso interactúa con este de alguna manera?

En la Biblia, a nuestro mundo se le llama la “tierra”. Así como el término “cielo” puede referirse al cielo que vemos, pero con mucha frecuencia se refiere a la dimensión divina de la realidad, en oposición a la nuestra, así la palabra “tierra” puede referirse al suelo que pisamos, pero también suele hacerlo, como en la anterior cita de Eclesiastés, a nuestro espacio, nuestra dimensión de la realidad, en oposición a la dimensión de Dios. “Los cielos le pertenecen al Señor, pero a la humanidad le ha dado la tierra” (Sal 115:16). Por tanto, aunque la Biblia puede hablar de lugares “debajo de la tierra” además del cielo y la tierra mismos, el par de lugares normal es el que encontramos en la primera línea de la Biblia: “Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra”.

Tener esto claro nos proporciona el contexto en el que podemos plantear la cuestión subyacente de manera más directa. ¿Cómo se relacionan el cielo y la tierra, el espacio de Dios y el nuestro, entre sí?

El cielo y la tierra: El rompecabezas

Hay tres formas básicas (con variantes) en que podemos imaginar que el espacio de Dios y el nuestro se relacionan entre sí. Muchos pensadores, por no hablar de todos los integrantes de la tradición judeocristiana, han visto así las cosas. Muchas personas conocen hoy los fundamentos de temas complejos como la economía o la física nuclear; pero hay multitud, entre los que cabe incluir muchos cristianos, que tienen poca idea acerca de las opciones básicas de la Teología.

La Primera Opción es poner los dos espacios en uno. El espacio de Dios y el nuestro, en esta opción, son básicamente el mismo; o, para expresarlo de otro modo, son dos maneras de hablar sobre una misma cosa. Puesto que, según se ve en esta opción, Dios no se esconde en una esquina de su territorio, sino que lo llena todo con su presencia, Dios está en todas partes y—consideremos esto con cuidado—todas partes es Dios. O, si lo prefieren, Dios está en todo y todo es Dios.

Esta opción se conoce como “panteísmo”. Fue popular en el mundo de los griegos y romanos del siglo I, sobre todo por medio de la filosofía conocida como “estoicismo”. Después de siglos de declive, en nuestros tiempos se ha vuelto cada vez más popular. En su origen, era una forma de meter en un mismo saco a todos los dioses adorados en Grecia y Roma: Zeus (Júpiter), Poseidón (Neptuno), etc. Había dioses del mar y del cielo, del fuego, del amor, de la guerra; los árboles eran divinos, los ríos eran divinos ... todo era divino, o al menos tenía la chispa de la divinidad. Este tipo de politeísmo es caótico y complicado. Muchos pensadores antiguos sugerían que era más fácil, ordenado y pulcro suponer que “lo divino” es una fuerza que lo impregna todo. La obligación principal de los hombres es, pues, estar en contacto y en sintonía con la divinidad que hay en el interior de los hombres y del mundo que los rodea. Muchos siguen encontrando esta perspectiva muy atrayente.

El panteísmo propiamente dicho es bastante exigente. Uno tiene que esforzarse para creer que hay divinidad en *todo*, incluidos las avispas, los mosquitos, las células cancerígenas, los *tsunamis* y los huracanes. Al menos en parte, esa es la razón por la que algunos pensadores de hoy han optado por una sutil variación llamada “panenteísmo”: la opinión de que, aunque puede que no todo sea divino como tal, todo lo que existe está “en” Dios (*pan* = todo, *en* = en, *theos* = Dios). Cabe decir algunas cosas en favor de esto, pero los puntos fuertes del panenteísmo se entienden mejor desde la Tercera Opción (véase más adelante).

El problema del panteísmo, y en gran medida del panenteísmo, es que no puede hacer frente al mal. En el paganismo politeísta de donde surgió el panteísmo, cuando algo iba mal podías culpar a un dios o diosa que iba contra ti, tal vez porque te habías olvidado de sobornarlo. Pero cuando todo (incluido tú) forma parte de esa divinidad o existe en ella, no hay corte de apelación superior a la que acudir cuando sucede algo malo. Nadie puede venir y rescatarte. El mundo y “lo divino” son lo que son, y mejor que te acostumbres. La única respuesta final (la dada por muchos estoicos del siglo I y por un número cada vez mayor en el mundo occidental de hoy) es el suicidio.

La Segunda Opción es la que mantiene ambos espacios en firme separación. El espacio de Dios y el nuestro están muy lejos entre sí en esta opción. Los dioses, suponiendo que existan, están en su cielo, sea lo que sea y esté donde esté. Se lo pasan bien ellos solos, sobre todo gracias a que no están involucrados en nada nuestro aquí en la tierra. Esta forma de verlo también fue popular en el siglo I. La enseñó, principalmente, el gran poeta y filósofo Lucrecio, que vivió un siglo antes de Jesús y fue quien expuso y desarrolló la enseñanza de Epicuro, de dos siglos antes. Para Lucrecio y Epicuro, el resultado de esta perspectiva era que los hombres deberían acostumbrarse a estar solos en el mundo.

Los dioses no intervienen ni en auxilio ni para perjudicar. Lo que hay que hacer es disfrutar la vida lo mejor que se pueda. Esto implicaba ser calmado, cuidadoso y moderado. Algunos tomaron después el término “epicúreo” como sinónimo de una vida de sensualidad y hedonismo. Epicuro y sus seguidores reconocían que esa manera de vivir no funcionaba. Pensaban que se obtiene un placer más genuino de ser sensato y sobrio.

Veamos lo que ocurre cuando separamos las dos esferas, la de Dios y la nuestra, de manera tan radical. Si (como muchos de los antiguos filósofos) eras una persona razonablemente acomodada y podías permitirte una buena casa, buena comida y vino, y siervos que te cuidaran, podías encogerte de hombros ante los distantes dioses y seguir esperando que todo fuera bien. Pero si, como la gran mayoría de la población, tu vida era dura, cruel y a menudo francamente miserable, era fácil creer que el mundo en que vivías era sórdido, repugnante y malvado en su misma esencia, y que tu mejor esperanza era escapar de él, mediante la muerte (volvemos al tema) o mediante alguna especie de superespiritualidad que te capacitara para disfrutar de una secreta vida feliz aquí y ahora, y para esperar una incluso mejor después de la muerte. Este es el caldo de cultivo para la filosofía generalmente conocida como “gnosticismo”, que tendremos que ampliar más tarde.

La separación de la esfera de Dios y la nuestra al estilo epicúreo, con un Dios distante a quien podías respetar, pero que no iba a presentarse ni a *hacer* nada en nuestra esfera, se hizo muy popular en el mundo occidental del siglo XVIII (gracias al movimiento conocido como “deísmo”) y ha seguido siéndolo en muchos lugares hasta hoy. De hecho, muchos habitantes del mundo occidental asumen que cuando hablan de “Dios” y el “cielo” están hablando de un ser y un lugar—si es que existen—que están muy pero que muy lejos, y que tienen poco o nada que ver directamente con nosotros. Por eso, cuando muchas personas dicen que creen en Dios, suelen añadir acto seguido que no van a la iglesia, no oran y, de hecho, no piensan mucho en él de un año a otro. Si yo creyera en un Dios distante y remoto como ese, tampoco me levantaría de la cama el domingo por la mañana.

El verdadero problema del epicureísmo del mundo antiguo, y del deísmo del nuestro, es que tienen que taponarse los oídos ante los ecos de voces de los que venimos hablando en este libro. En realidad, eso no es tan difícil en el mundo atareado y ruidoso en que vivimos. Es bastante fácil, de hecho, cuando uno se sienta frente al televisor o se coloca los cascos de su reproductor de música, con una mano pegada al teléfono celular escribiendo mensajes y la otra preparándose un café de granos selectos. es muy fácil ser un epicúreo moderno. Pero desconectemos las máquinas y veamos qué pasa. Puede que empecemos a preguntarnos por la Tercera Opción.

El cielo y la tierra: superpuestos, entrelazados

La Tercera Opción es la que encontramos en el judaísmo y el cristianismo clásicos. En ella, cielo y tierra no son términos coincidentes. Tampoco están separados por un gran abismo. Más bien, se superponen y entrelazan en diferentes formas. Esto puede parecer en principio confuso, después del nítido o esto o lo otro de panteísmo y deísmo, pero es el tipo de confusión que recibimos con agrado. Abarca la complejidad que cabe esperar si la vida humana es un hecho tan intrincado y multifacético como hemos visto en los primeros capítulos. Es fácil pensar que uno mismo podría haber escrito los dramas de Shakespeare, si estuviéramos hablando únicamente de sus comedias. Cuando alguien trae el resto de obras—las tragedias y los dramas históricos, además de un volumen o dos de la poesía del gran autor, para que no falte de nada—uno se queja de que las cosas se están poniendo más difíciles y extremadamente complejas. Pero en realidad uno está más cerca, no más lejos, de entender a Shakespeare.

Algo así sucede cuando nos volvemos de las filosofías antiguas y modernas del mundo no judío al mundo del Antiguo Testamento, el de los antiguos israelitas, el que sigue conformando los fundamentos de estos dos extraños hermanos, el judaísmo y el cristianismo, y, en menor medida, el islam. El Antiguo Testamento insiste en que el lugar de Dios está en el cielo y el nuestro en la tierra. Sin embargo, una y otra vez muestra que ambas esferas se superponen, de modo que Dios da a conocer, a ver y a oír su presencia en la esfera de la tierra.

Esta extraña presencia es la subtrama de muchos de los relatos primitivos. Abraham se reúne habitualmente con Dios. Jacob ve una escalera entre el cielo y la tierra, con ángeles que suben y bajan de un lado al otro. Moisés descubre que ha estado pisando suelo santo—un lugar, dicho de otro modo, en que, al menos por el momento, hay una intersección de cielo y tierra—cuando observa la zarza que ardía. Después, cuando Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto, Dios va delante de ellos en una columna de nube durante el día y en una columna de fuego por la noche. Cuando llegan al monte Sinaí, Dios aparece en la cumbre y le entrega a Moisés la Ley. Y Dios sigue—como a regañadientes, dada la radical mala conducta de Israel—acompañándolos en su viaje hacia la Tierra Prometida. De hecho, una parte considerable del libro bíblico de Éxodo está dedicada (más bien para nuestra sorpresa, después del rápido ritmo narrativo de la primera parte) a una descripción del santuario portátil en el que Dios estuvo dispuesto a habitar en medio de su pueblo. Con sentido evocador se le llama “la Tienda de reunión”. Se trata de un lugar en el que cielo y tierra se juntan.

El centro principal de la creencia de los antiguos israelitas en la superposición de cielo y tierra era el templo de Jeru-salén. Para empezar, cuando comenzaron a vivir en aquella tierra, la señal de la presencia de Dios era el “arca del pacto”, un cofre de madera que contenía las tablas de piedra de la Ley y varios otros objetos sagrados. Se conservaba en una tienda santa. Pero, cuando David hizo de Jerusalén su capital, el centro civil y político de toda la nación, ideó un nuevo proyecto, que luego construyó su hijo Salomón: un gran templo, el santuario único para toda la nación, el lugar en que el Dios de Israel establecería su casa para siempre.

De entonces en adelante, el templo del monte Sión de Jeru-salén fue el lugar principal, según la tradición israelita, en el que se encontraban el cielo y la tierra. “El Señor ha escogido a Sión; su deseo es hacer de este monte su morada: ‘Éste será para siempre mi lugar de reposo; aquí pondré mi trono, porque así lo deseo’” (Sal 132:13-14). Cuando el Dios de Israel bendijo al pueblo, lo hizo *desde* Sión. Cuando estuviesen lejos, se volverían y orarían *hacia* el templo. Cuando los peregrinos y adoradores acudían a Jerusalén, y al templo, para adorar y ofrecer sacrificios, podrían haber dicho

que era *como* ir al cielo. Podrían decir que iban al lugar en el que el cielo y la tierra se superponían y se entrelazaban.

Esta sensación de traslape de cielo y tierra, y de que Dios, consecuentemente, estaba haciéndose presente en la tierra sin tener que abandonar el cielo, se halla en el centro de la teología del judaísmo y del cristianismo primitivo. Se suscita gran confusión justo en este punto. Si uno intenta pensar en las principales afirmaciones cristianas dentro de cualquier otro esquema de pensamiento (por ejemplo, dentro de la Primera o Segunda Opción), se ven extrañas, inconvenientes, tal vez hasta contradictorias. Sin embargo, si las volvemos a poner en su contexto tienen mucho sentido.

Creer en el cielo y la tierra como esferas cuasi independientes, pero misteriosamente superpuestas, es algo que ayuda mucho a explicar algunas cosas que si no resultarían desconcertantes con respecto al pensamiento y la vida de los primeros cristianos y de los antiguos israelitas. Toma la creación misma, combinada con la idea de la acción de Dios en el mundo.

Para el panteísta, Dios y el mundo son básicamente lo mismo: el mundo es, si así se prefiere, la expresión que Dios hace de sí mismo. Para el deísta, el mundo bien puede haber sido creado por Dios (o los dioses), pero ya no hay contacto entre lo divino y lo humano. El Dios deísta ni soñaría con “intervenir” en el orden de lo creado; hacerlo sería impropio, una especie de “error categorial”. Pero, para los antiguos israelitas y los primeros cristianos, la creación del mundo fue la manera como Dios derramó su poderoso amor. El Dios único y verdadero creó un mundo aparte, ajeno a él, porque así es como se deleita el amor. Y, tras haber hecho ese mundo, se ha mantenido en una relación estrecha, dinámica e íntima con él, sin estar él en modo alguno contenido en el mundo ni este en él. Referirse a la acción de Dios en el mundo, la acción del cielo (si así se prefiere) en la tierra —y los cristianos lo hacen cada vez que repiten el Padrenuestro— no es hablar de un torpe disparate metafísico ni de un “milagro” como la inesperada invasión de la tierra por parte de fuerzas alienígenas (¿sobrenaturales?), sino de un Creador lleno de amor que obra en la creación y nunca ha escatimado señales de su presencia. De hecho, hay que hablar de tales acciones como algo de lo que cabe esperar ecos. Ecos de una voz.

De manera particular, este Dios se presenta tomando muy en serio el hecho de que su amada creación se haya vuelto corrupta, se haya rebelado y esté sufriendo las consecuencias. Esto es algo con lo que el panteísta, como hemos visto, no puede lidiar. Incluso el panenteísmo se ve en apuros a la hora de exponer una explicación seria de la naturaleza radical del mal y, mucho menos, de lo que un Dios bueno puede hacer al respecto. Y, para el Dios del deísmo, solo cabe encogerse de hombros. Si el mundo es un desastre, ¿qué le importa a Dios? ¿No deberíamos mejor intentar que las cosas se pusieran en orden por sí solas? Muchos falsos conceptos populares sobre la fe cristiana cometen el error en este punto de intentar que encaje la creencia cristiana en un marco de deísmo residual. Nos pintan a un Dios adusto y distante que de repente decide, después de todo, hacer algo, así que envía a su Hijo a enseñarnos cómo escapar de nuestra esfera e ir a vivir a la de Dios, y luego condena a su Hijo a un cruel destino para satisfacer algún oscuro y más bien arbitrario requisito.

Para entender por qué esto no es más que una parodia y llevar nuestro pensamiento al marco en que el relato cristiano adquiere su sentido, debemos examinar más de cerca la operación de rescate que, tanto en la tradición cristiana como en la judía, ha organizado el Dios verdadero. ¿Qué sucede cuando el Dios de la Tercera Opción decide ocuparse del mal?

La respuesta, para sorpresa de muchos en el mundo de hoy, tiene que ver con el llamamiento de Dios a Abraham. Pero, antes de ir a ello, mejor que digamos una palabra más acerca de lo que el antiguo judaísmo creía sobre Dios.

El nombre de Dios

En algún punto del camino—es difícil estar seguro de cuándo sucedió históricamente—los antiguos israelitas llegaron a conocer a su Dios con un nombre especial.

Se consideraba tan especial, tan santo, que en tiempos de Jesús y tal vez desde siglos antes, no se permitía pronunciarlo en voz alta. (Se permitía la excepción de que el sumo sacerdote, una vez al año, pronunciara el nombre especial de Dios en el llamado Lugar Santísimo, en el corazón mismo del templo). Puesto que el alfabeto hebreo solo utilizaba consonantes, ni siquiera podemos estar seguros de cómo se tenía que pronunciar el nombre: las consonantes eran *yhw*h y la suposición más aproximada que tenemos es la pronunciación “Yavé”. Los judíos ortodoxos, hasta hoy, siguen sin pronunciar ese nombre; a menudo se refieren a Dios como simplemente “el Nombre”, *HaShem*. Tampoco lo escriben. A veces ni siquiera escriben completo el término “Dios” y en su lugar ponen “D-s”.

Como la mayoría de nombres antiguos, *yhw*h tiene un significado. Al parecer, era “Yo soy el que soy” o “Seré quien seré”. Por lo que sugiere su nombre, este Dios no puede definirse en términos de nada ni de nadie más. No es que exista algo llamado “divinidad” y él sea un ejemplo más de ella; ni siquiera el ejemplo supremo de dicha categoría. Tampoco se puede decir que todas las cosas que existen, incluyendo a Dios, participen en común de algo que podríamos llamar “ser” o “existencia”. No, él es el que es. Es su propia categoría y no forma parte de una mayor. Por eso, no podemos esperar que montando una escalera de argumentos desde nuestro mundo lleguemos al suyo, como tampoco podemos esperar que construyendo una escalinata de logros morales acabemos haciéndonos lo suficientemente buenos como para permanecer de pie en su presencia.

Con el nombre de Dios se produce otra confusión que debemos distinguir. Puesto que no se debía pronunciar el nombre personal de Dios, los antiguos israelitas desarrollaron una técnica para evitarlo al leer sus escrituras. Cuando llegaban a la palabra *yhw*h debían decir *adonay* (que significa “mi Señor”). Para acordarse de que tenían que hacerlo así, en ocasiones escribían las consonantes de *yhw*h con las vocales de *adonay*. Esto confundió a lectores posteriores, que intentaron pronunciar las dos palabras juntas. Con un poco de flexibilidad (y dado que algunas letras eran intercambiables, como Y con J y W con V), crearon el híbrido Jehová. Ningún antiguo israelita ni cristiano del primer siglo habría reconocido esta palabra.

La mayoría de traducciones inglesas del Antiguo Testamento han continuado la práctica de disuadir a las personas a pronunciar el nombre personal de Dios. En lugar de ello, cuando aparece la palabra, se traduce normalmente como “el Señor”. Esto aporta una doble confusión, y quien quiera entender lo que el judaísmo, por no hablar del cristianismo, cree acerca de Dios debería entender bien esto.

Desde épocas muy tempranas (de hecho, según los Evangelios, desde los propios tiempos de Jesús) los cristianos se han referido a Jesús como “el Señor”. En el lenguaje de los primeros cristianos, esta expresión conlleva al menos tres significados: (a) “el señor”, “aquel de quien somos siervos”, “la persona a quien hemos prometido obedecer”; (b) “el verdadero Señor” (como oposición al César, que se arrogaba el mismo título); y (c) “el Señor”, es decir, *yhw*h, como se le mencionaba en el Antiguo Testamento. Todos estos significados se pueden ver en Pablo, el escritor cristiano más antiguo que tenemos. Los primeros cristianos disfrutaban de esa flexibilidad en cuanto al nombre, pero para nosotros se ha convertido en una fuente de confusión.

En la cultura occidental contemporánea, bajo la influencia del deísmo, la expresión “el Señor” ha dejado de referirse a Jesús específicamente o al yhwh del Antiguo Testamento. En su lugar, se ha convertido en una forma de referirse a una deidad distante, general, que posiblemente tenga algo que ver con Jesús, pero que igualmente podría no tener mucho que ver, y probablemente no lo tenga, con yhwh. Así que ha resultado que los escrúpulos de los antiguos israelitas, la mala traducción medieval y el indefinido pensamiento dieciochesco se han juntado para dificultarnos el volver a aprehender el sentido vital de lo que los judíos del siglo I entendían cuando pensaban en yhwh, lo que un cristiano de aquellos tiempos estaría diciendo cuando hablaba de Jesús como “el Señor” y para complicar que podamos ahora reapropiarnos de toda esa tradición.

Aun así, hay que esforzarse. Todo el lenguaje referido a Dios es en última instancia misterioso, pero no hay excusa para el pensamiento negligente o confuso. Y, puesto que el título “Señor” era uno de los favoritos de los primeros cristianos cuando hablaban de Jesús, es vital que tengamos claro este punto.

Para seguir adelante con esto debemos observar más de cerca al pueblo que se consideraba llamado por el único Dios verdadero, yhwh, para ser su pueblo especial en beneficio del mundo: el pueblo que habló de su operación de rescate del cosmos entero y que se veía como agente de ese plan. Dentro de la historia de ese pueblo podemos encontrar sentido a la historia del propio Jesús de Nazaret, centro y punto de mira de la fe cristiana. Y voy a sugerir que cuando entendemos a Jesús es cuando empezamos a reconocer la voz cuyos ecos hemos oído en el anhelo de justicia, en la sed de espiritualidad y relaciones, y en el deleite en la belleza.

¿Por qué deberíamos dedicar todo un capítulo a hablar de la nación en la que, por accidente histórico, sucedió el nacimiento de Jesús?

Ningún cristiano de los primeros tiempos habría pensado en ello de esta manera. Esto demuestra cuánto se ha alejado el mundo cristiano de sus raíces. Para la cosmovisión cristiana en su expresión más auténtica es fundamental que lo sucedido en Jesús de Nazaret fuera el verdadero clímax de la larga historia de Israel. Tratar de entender a Jesús sin comprender qué fue esa historia, cómo se desarrolló y cuál es su significado sería como tratar de entender por qué una persona golpea una pelota con un palo, sin saber qué es el béisbol, o el cricket.

Por supuesto, a un cristiano le resulta muy difícil decir demasiado con respecto a Israel, ya sea el de tiempos antiguos, el de la época de Jesús o el moderno. Hace algunas semanas visité Yad Vashem (que significa “un monumento y un nombre”), el monumento que hay en Jerusalén, en recuerdo del Holocausto. Leí, y no por primera vez, el testimonio garabateado de un judío al que, en compañía de docenas de otros, habían metido apretujado en un camión de ganado, sin aire, ya en un infierno en vida, donde murió. Caminé hasta la cantera en la que, grabados en la roca, están los nombres de las ciudades europeas en las que reunieron a los judíos y los subieron en vehículos que los llevaban al matadero. Todo lo que podamos decir acerca del pueblo judío está teñido de lástima, de gestos de lamento y de una profunda vergüenza por el hecho de que, desde dentro de la cultura europea (¡que algunos siguen considerando “cristiana”!), se hubiera podido concebir, y mucho menos hacer, algo así.

Pero esto no significa que no haya nada que decir. De hecho, guardar silencio acerca de la historia judía, dentro de la cual Jesús hizo todo lo que hizo, implica connivencia con ese antijudaísmo que había estado latente durante tantos años antes de que Hitler lo pusiera en práctica. Se debe hablar, aunque nos haga temblar.

Y no son solo las sensibilidades contemporáneas las que se cruzan en el camino. Existen debates históricos de gran envergadura acerca de cuánto podemos saber en realidad sobre Abraham, Moisés, David y los demás. ¿*De verdad* hubo un “Éxodo” de Egipto? Los escritores bíblicos parecen estar hablando de acontecimientos de la Edad de Bronce tardía y de principios de la Edad de Hierro (*grosso modo*, entre 1000 y 1500 a. C.). ¿Se escribieron los relatos cuando sucedieron y se editaron después, o se redactaron quinientos o seiscientos años más tarde? En ese caso, ¿estaban basados en material tradicional consistente o se los sacaron de la manga?

A riesgo de dar por sentadas varias cuestiones, voy a contar la historia *tal como la contaban los judíos de los tiempos de Jesús*, o al menos de forma parecida. Tenemos el Antiguo Testamento, en hebreo (con algunas partes en arameo). Contamos con su traducción al griego, conocida comúnmente como la Septuaginta, escrita en los dos o tres siglos previos a la época de Jesús. Disponemos también de varios libros de entre uno y dos siglos después de los tiempos de Jesús, que también cuentan toda o parte de la historia bíblica y que subrayan algunos rasgos con un énfasis particular. El más famoso es el extenso *Antigüedades de los judíos*, del brillante (aunque poco común) Flavio Josefo, un aristócrata judío que luchó en la guerra contra Roma de mediados de la década de los 60

d. C., cambió de bando, trabajó para los romanos y se retiró a Roma con una pensión estatal después de la destrucción de Jerusalén del año 70. Contar la historia tal como la habría visto un judío del siglo I no solo sortea las grandes cuestiones históricas que siguen envolviendo de polémica el periodo más primitivo, sino que nos prepara para entender por qué Jesús de Nazaret habló y actuó como lo hizo, y por qué tuvo el impacto que tuvo.

Ya hemos hablado acerca del principio mismo de la historia. Ahora saltamos a uno de los primeros momentos clave: el llamamiento de Abraham. O, más bien, el tragicómico incidente que lo precede y que nos prepara para el mismo.

El llamamiento de Abraham

“Ah, así que han construido ustedes una torre, ¿no? ¿Qué va a ser lo próximo que ideen?”. Este es el tono de voz que encontramos en Génesis 11, cuando Dios comenta, con sarcasmo, los patéticos esfuerzos insignificantes de los seres humanos para hacerse grandes e importantes. La historia ha ido de mal en peor: de la rebelión en el huerto del Edén (capítulo 3) al primer asesinato (capítulo 4), a la extensión de la violencia (capítulo 6), y ahora a la loca idea de construir una torre—ahora conocida como la Torre de Babel—cuya cima alcanzara el cielo (capítulo 11). Aquellos que debían reflejar la imagen de Dios en el mundo—los hombres—se dedican a mirarse en su propio espejo, sintiéndose a la vez encantados y espantados ante lo que ven. Arrogantes e inseguros, se han convertido en unos pretenciosos. Dios los dispersa por toda la faz de la tierra, confundiendo sus lenguas para que ya no puedan seguir con sus grandiosos proyectos.

La historia de la Torre de Babel es un relato de un mundo entregado a la injusticia, a formas falsas de espiritualidad (como el intento de llegar al cielo por sus propios esfuerzos), a relaciones fallidas y a la creación de edificios cuya fealdad urbanística habla más del orgullo humano que de cuidar la belleza. Todo nos suena preocupantemente familiar. Esta es la escena en la que, en Génesis 12, encontramos el gran punto de inflexión. Dios llama a Abram (cinco capítulos más adelante se alarga su nombre a Abraham) y le hace unas promesas espectaculares:

Haré de ti una nación grande,
y te bendeciré;
haré famoso tu nombre,
y serás una bendición.
Bendeciré a los que te bendigan
y maldeciré a los que te maldigan;
¡por medio de ti serán bendecidas
todas las familias de la tierra!

La última frase es la crucial. Las familias de la tierra han quedado divididas y confundidas, están arruinando sus propias vidas y la del mundo en general. Abraham y sus descendientes han de ser, de alguna manera, el medio que Dios utilice para arreglar las cosas, la punta de lanza de la operación de rescate de Dios.

De alguna manera. A primera vista parece una idea demencial, imposible. Pero la promesa se repite y se desarrolla en los capítulos que siguen. En particular, Dios hace un “pacto” con Abraham: una alianza, un acuerdo vinculante, una promesa con la cual Abraham y Dios quedan comprometidos para siempre. No es exactamente un “contrato”; eso habría implicado algún tipo de igualdad entre las partes, pero Dios sigue teniendo firmemente el control de este acuerdo de principio a fin. A veces se describe a Dios como padre y a Israel como su primogénito; en ocasiones, Dios es el señor e Israel su siervo. Otras veces, se suele hablar del pacto en términos de un matrimonio, con Dios por esposo e Israel como esposa. Necesitamos todas estas imágenes (sin olvidarnos, por supuesto, de que solo son imágenes, y de que están tomadas de un mundo muy diferente del nuestro) para captar todo el aroma de la historia.

La cuestión es que el pacto de Dios con Abraham se ve como un compromiso sólido como la roca

por parte del Creador del mundo, que se compromete a ser el Dios de Abraham y de su familia. *Por medio de* Abraham y su familia, Dios bendecirá al mundo entero. Reluciente cual espejismo en el desierto por el que Abraham ha estado caminando, se presenta la visión de un nuevo mundo, uno bendecido por el Creador una vez más, un mundo de justicia donde Dios y su pueblo vivirían en armonía, donde florecerían las relaciones humanas, donde triunfaría la belleza sobre la fealdad. Sería un mundo en el que las voces que resuenan en la conciencia humana se fundirían y se oirían como la voz del Dios vivo.

Puede que el pacto tuviera la solidez de una roca por parte de Dios, pero, conforme Génesis nos va contando la historia, es de todo menos sólido por parte de Abraham. Justo desde el principio nos topamos con el problema que persistirá a lo largo de toda la narración: ¿Qué ocurre cuando el bote salvavidas está atrapado entre las rocas y el oleaje, y necesita a su vez el rescate? ¿Qué sucede cuando las personas por medio de las cuales Dios quiere organizar su operación de rescate, a través de las cuales pretende arreglar el mundo, necesitan también que se las rescate, precisan arreglo? ¿Qué pasa cuando Israel se convierte en parte del problema y no en quien aporta la solución? Como una vez dijo el ocurrente rabino Lionel Blue en la radio: “Los judíos son como cualquier otro, pero más todavía”. El Antiguo Testamento lo pone de relieve una página tras otra.

Pero si el Dios que hizo el mundo por su amor poderoso, ilimitado y libre ve ahora que está en rebeldía y que su operación de rescate no ha prosperado, por culpa del pueblo elegido para llevarla a cabo, ¿qué ha de hacer? No puede decir que todo fue un error. (Lo más cerca que Dios estuvo de ese punto fue cuando el Diluvio, pero parte del propósito del mismo era precisamente el rescate de Noé y del resto de la creación, para que todo tuviera un nuevo principio). En lugar de eso, actúa desde dentro de la misma creación, con todas las ambigüedades y paradojas que ello implica, para ocuparse de los múltiples problemas producidos por la rebeldía del hombre, para así restaurar a la propia creación. Y obra desde el interior del propio pueblo del pacto, para llevar a término la operación de rescate y cumplir su propósito original.

Y esto explica por qué la historia de Israel encierra un solo tema, repetido como un *leitmotiv* de Wagner, una y otra vez en diferentes contextos y desde diferentes puntos de vista. Es la historia de la marcha y el regreso: de la esclavitud y el éxodo, del exilio y la restauración. Es la historia que, conscientemente, Jesús de Nazaret contó en sus palabras, en sus acciones y, como expresión suprema, en su muerte y resurrección.

Exilio y regreso a casa

Tal vez fuera inevitable que, para los narradores judíos que redactaron el Antiguo Testamento, el motivo principal fuera también el de la partida y el regreso a casa. Lo más probable es que las partes principales de las escrituras hebreas adquiriesen su forma definitiva cuando los judíos estaban exiliados en Babilonia, viviendo con el dolor de estar lejos, no solo de su tierra, sino del templo en el que YHWH había prometido estar con ellos (“¿Cómo cantar las canciones del Señor—se lamenta uno de los poetas de ese tiempo—en una tierra extraña?” [Sal 137:4]). La ironía de que la familia de Abraham estuviera en Babilonia, tierra de la Torre de Babel, era algo que no se les escapaba. Pero sabían qué esperar. Ya habían estado antes en el exilio. Ese era el tema central de todos sus relatos.

Comenzó, de hecho, con el propio Abraham, que, como parte de su vida nómada, desciende a Egipto durante un tiempo, y casi se queda atascado allí. Temeroso por su vida, cuenta una mentira, dice que su esposa Sara es su hermana. (Una mentira a medias, porque de hecho eran hermanastros.) Entonces le dejan marchar. Esta historia se narra justo después de la primera gran promesa a Abraham, como queriendo decir: “¿Lo ven? En cuanto Dios le presenta su gran futuro casi lo estropea”.

El patrón se repite en todo tipo de sentidos. Jacob, por ejemplo, engaña a su hermano Esaú y tiene que huir hacia el este, pero al final regresa a casa para enfrentarse a él y, lo más importante, para luchar con Dios (Génesis 32). Por todo este relato resuenan ecos de asuntos importantes de justicia, espiritualidad y restauración de relaciones, repeticiones de temas mayores que ni los escritores ni los editores olvidaban.

Pero todas las líneas de Génesis conducen a la historia de partida y regreso de José. Lo llevan a Egipto y lo venden como esclavo, pero pronto se gana el favor de los poderosos y se convierte en un hombre de éxito. Con el tiempo, toda su familia se une a él en Egipto a causa de una hambruna en su tierra, y él puede ayudarles. En el lapso de una generación—tras la muerte de José—se retira el trato de favor concedido a la familia y ellos también se ven reducidos a la esclavitud. Entonces, en el momento en que las cosas estaban peor que nunca, Dios oye su petición de ayuda y promete sacar a su pueblo de la esclavitud, para darles libertad en su propia tierra. Este es uno de los grandes momentos en la memoria judía y cristiana, que reúne la fidelidad de Dios y las promesas hechas a Abraham, la compasión de Dios por su pueblo al verlos sufrir, la promesa de rescate, libertad y esperanza, y, por encima de todo, la revelación del nombre de Dios y su significado:

Yo soy el que soy—respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: “Yo soy me ha enviado a ustedes.” Además, Dios le dijo a Moisés:—Diles esto a los israelitas: “El Señor, el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me ha enviado a ustedes. Éste es mi nombre eterno; éste es mi nombre por todas las generaciones [...]. Por eso me propongo sacarlos de su opresión en Egipto y llevarlos al país [...] donde abundan la leche y la miel!”.

(Éxodo 3:14-17)

Y así fue. Dios juzgó a los paganos egipcios y rescató a su pueblo. Es la historia de la Pascua, una de las grandes festividades judías hasta hoy.

El asunto no fue (por decirlo suavemente) tan sencillo como podría haber sido. Pero al final, los israelitas llegaron a la tierra que se les había prometido. También allí las cosas fueron bien y mal, cuando las otras tribus del lugar los sometieron y surgieron otros libertadores para emanciparlos. A causa de esa experiencia de semicaos, el pueblo pidió un rey, y, después de una salida en falso con Saúl, apareció David, aclamado como “el hombre conforme al corazón de Dios”. Igual que Abraham, también siguió los dictados de su propio corazón, pero con resultados desastrosos. La pieza clave de lo que debería haber sido la historia del establecimiento de su reino fue más bien la historia de su huida para escapar de su propio hijo, Absalón. De nuevo, el patrón se repite: David se va al exilio y regresa más compungido y más sabio. Pero, al cabo de dos generaciones, el reino ya está dividido. Dos siglos después, la parte más amplia, el reino del norte, que había tomado el nombre de “Israel” (frente al reino del sur, “Judá”), ha sido asolado por Asiria y obligado a abandonar la tierra. Esta vez, la historia pierde fuelle. No hubo retorno a casa.

El reino de Judá persevera a duras penas, centrándose en Jerusalén. Pero, cuando Asiria se debilitó, surgió un enemigo peor, Babilonia, que estableció su enorme, extenso e implacable imperio y se tragó el pequeño estado de Judá como un monstruo marino se tragaría un pececito. Jerusalén fue destruida, incluido el templo; la familia de David fue ultrajada y diezmada. El pueblo que otrora había cantado las canciones de YHWH notaba ahora que las palabras se les atascaban en la garganta, en una tierra extraña y hostil.

Y entonces volvió a suceder: un regreso a casa. Después de setenta años, Babilonia cayó ante Persia y el nuevo gobernante persa decidió enviar a los judíos a casa. Se repobló Jerusalén y se reconstruyó el templo: “Cuando el Señor hizo volver a Sión a los cautivos—escribió un poeta, casi incapaz de hablar, absorto en puro deleite—nos parecía estar soñando. Nuestra boca se llenó de risas; nuestra lengua, de canciones jubilosas” (Sal 126:1-2). El exilio y el regreso a casa, el gran tema de los narradores judíos desde entonces hasta hoy, estaba grabado en la conciencia del pueblo que una vez más empezaba a subir a Jerusalén con la creencia de que el cielo y la tierra se superponían allí, de que YHWH se encontraría con su pueblo en perdón y comunión, de que su proyecto de rescatar a su pueblo y poner en orden el mundo seguía en marcha a pesar de todo.

Rescatados de las bestias

Pero ya no era igual. Al menos, no como en el mundo de David y Salomón, cuando Israel era libre e independiente, las naciones circundantes les servían, y la gente venía de lejos para ver la belleza de Jerusalén y oír la sabiduría del rey. Israel había regresado de Babilonia; pero, como algunos escritores de aquel tiempo escribieron, seguían siendo esclavos, ¡en su propia tierra! A cada imperio le sucedió otro: Persia, Egipto, Grecia, Siria y, por último, Roma. ¿En esto consistía, se preguntaba el perplejo pueblo judío, lo de volver a casa? ¿Sería así cuando Dios rescatara a su pueblo y arreglara el mundo?

En algún momento de este periodo, un judío instruido compiló un libro de historias sobre los héroes y visionarios judíos bajo dominio extranjero. El libro, titulado “Daniel”, por su personaje principal, enfatiza la esperanza imperecedera de que el mundo entero será de alguna manera puesto en orden bajo el reinado del Dios único y creador, YHWH, el Dios de Abraham. El libro deja claro, sin embargo, que esta promesa tardaría en cumplirse mucho más de lo que la mayoría de judíos había imaginado. Sí, ya habían regresado a casa desde Babilonia, pero, en un sentido más profundo, su “exilio” no iba a durar solo esos setenta años, sino “setenta semanas de años”; es decir, setenta veces siete, o 490 (Dn 9:24). Estamos acostumbrados a personas de nuestro tiempo que usan viejas profecías para calcular acontecimientos actuales. Muchos judíos de los dos siglos anteriores a Jesús intentaron calcular, basándose en esta profecía, cuándo acabaría su exilio, cuándo iba Dios a rescatarlos y a poner el mundo en orden.

Aquí es donde encontramos una creencia que llega a convertirse en uno de los temas principales del cristianismo primitivo. Los antiguos profetas y poetas israelitas habían declarado que su Dios llegaría con certeza a ser el rey del mundo. Daniel inserta esta creencia en la línea argumental del exilio y la restauración, de la partida y la vuelta a casa de Israel. Cuando el pueblo de Dios sea finalmente rescatado—en otras palabras, cuando los opresores paganos sean derrotados e Israel sea libre al fin—será el momento en que el Dios verdadero cumplirá todas sus promesas, juzgará al mundo entero y pondrá en orden todas las cosas. Las “bestias” que han atacado al pueblo de Dios serán condenadas y las juzgará una extraña figura humana, “alguien con aspecto humano”, alguien que representa al pueblo de Dios, vindicado después de sufrir (Dn 7). Será la venida del “reino de Dios”, el gobierno soberano de Dios sobre el mundo, para juzgar el mal y reformarlo todo. Y, con esto, ya casi estamos listos para contemplar al hombre que hizo de ello el tema de la obra de su vida.

La esperanza de Israel

Casi listos, pero no del todo. Cuatro temas giran en torno a la historia de Israel tal como la encontramos en las escrituras bíblicas y en libros judíos posteriores; cuatro temas que dan cuerpo y forma a la historia tal como la hemos esbozado.

Primero, el rey. Las tremendas promesas de Dios a David—promesas de que su casa real continuaría para siempre (2S 7)—llegaron a raíz de las advertencias pronunciadas por el profeta Samuel acerca de la forma opresiva en que se comportan los reyes humanos (1S 8). La propia conducta de David, y la de su hijo Salomón, demostraron sobradamente la tesis de Samuel. Y, en mayor o menor medida, la mayoría de los sucesores de David manifestaron su maldad; ni siquiera los que lograron restaurar la vida y la adoración de Israel (Ezequías, Josías) consiguieron evitar la catástrofe del exilio. El Salmo 89, uno de los más majestuosos e inolvidables de toda la colección, plantea el problema con toda su rotundidad. Por una parte, Dios hizo todas aquellas grandes promesas a David; por la otra, parece como si todas ellas se hubieran desvanecido. El poema presenta ambas mitades delante de Dios, como diciendo: “Y bien, ¿qué vas a hacer al respecto?”.

Pero, fruto de este sentimiento de desconcertante ambigüedad, crece a rachas y tropezones, aunque acaba siendo clara y enfática, la esperanza de que un día habría un verdadero rey, uno de otra clase, que lo pondría todo en orden. Cuando ocupe su trono, los pobres recibirán al fin justicia; la creación misma cantará de gozo:

*Oh Dios, otorga tu justicia al rey,
tu rectitud al príncipe heredero.
Así juzgará con rectitud a tu pueblo
y hará justicia a tus pobres.
Brindarán los montes bienestar al pueblo,
y fruto de justicia las colinas.
El rey hará justicia a los pobres del pueblo
y salvará a los necesitados;
¡él aplastará a los opresores!*

(Salmo 72:1-4)

Así es como han de cumplirse las antiguas promesas de Dios. Habrá un nuevo rey, ungido con aceite y con el Espíritu de Dios (en hebreo, el término para “el ungido” es “mesías”, y, en griego, “cristo”) devolverá el mundo al orden debido. La voz que resuena en un eco demandador de justicia recibirá al fin su respuesta.

Segundo, el templo. En teoría, como hemos visto, los judíos creían que el templo era el lugar donde se encontraban el cielo y la tierra. Pero, según todos los relatos, el llamado Segundo Templo (que se reedificó después de que los israelitas regresaran de Babilonia y que permaneció hasta la atroz devastación del año 70 d. C.) no le llegaba a la suela de los zapatos a su espléndido predecesor. Incluso los sacerdotes que trabajaban en él lo trataban con desdén, como se quejaba el profeta Malaquías. Desde la época de David, correspondía al rey construir o restaurar el templo, pero el trabajo no se estaba haciendo. En los siglos inmediatamente previos a Jesús, dos hombres usaron la restauración del templo como medio para plantear sus aspiraciones monárquicas

particulares, pese a que ninguno de los dos era descendiente de David.

Judas Macabeo obtuvo un éxito espectacular en su rebelión contra Siria en el 164 a. C. Echó a los tiranos extranjeros y restauró el templo (que había sido utilizado en el culto pagano) a su uso adecuado. Eso bastó para establecer a su familia como casa real durante más de un siglo. Luego, Herodes el Grande, a quien los romanos dieron el título de “rey de los judíos” (sobre todo porque era el más poderoso señor de la guerra de la región), inició un programa descomunal para la reconstrucción del templo; un programa que sus hijos llevarían adelante después de él. Sin embargo, esta obra no fue suficiente para sustentar su poder. Su dinastía llegó a su fin algunos años antes de que el propio templo fuera destruido, en el 70 d. C. Pero el principio estaba establecido. Parte de la tarea central del rey, en el caso de que surgiera algún rey *verdadero*, no consistiría solamente en instituir la justicia en el mundo; debería también incluir el oportuno restablecimiento del lugar donde se encuentran el cielo y la tierra. El profundo anhelo humano de espiritualidad, de acceso a Dios, recibiría al fin su respuesta.

Tercero, la Torá, la Ley de Moisés. Probablemente fue durante el exilio en Babilonia cuando los cinco libros de Moisés, también conocidos como la Torá, se editaron en su forma definitiva, subrayando la antigua historia de la esclavitud y la libertad, del exilio y el regreso a casa, de la opresión y la Pascua; pero también estableciendo los patrones de vida para el pueblo que había sido rescatado. Cuando Dios les libere de la esclavitud, decía la Torá, así es como deben comportarse, no para ganar su favor (como si pudieran hacer que Dios estuviera en deuda moral con ustedes), sino para expresar su gratitud, su lealtad y su determinación de vivir por medio del pacto a causa del cual les rescató primero. Esta es la lógica subyacente en el estudio y práctica de la Torá, cada vez más capital desde el exilio babilónico hasta el tiempo de Jesús y más adelante.

La Torá no pretendió ser jamás un contrato para particulares, como si cualquiera en cualquier parte pudiera decidir que guardaba sus preceptos a ver qué pasaba. Fue entregada a un pueblo, editada por y para él para que la aplicara (al menos en el período postexílico); encerraba fundamentalmente la forma en que debía convivir el pueblo: sometido a Dios y en armonía—es decir, en justicia—unos con otros. Cada vez más, los antropólogos han reconocido que muchos de los tabúes y costumbres consagrados en la Torá eran, al menos en un nivel simbólico, maneras de mantener unida a la nación, de proteger su identidad como pueblo del pacto del Dios único, sobre todo durante las épocas de amenaza pagana. Esa es la razón por la que, por ejemplo, Judas Macabeo y su familia se rebelaron contra Siria; los sirios, en un gesto específico y deliberado, no solo habían profanado el templo con adoración pagana, sino que estaban haciendo lo posible por obligar a los judíos leales a violar la Torá. Ambas estrategias tenían el mismo propósito: eran maneras de destruir la identidad nacional, de quebrar su espíritu. La revuelta macabea fue tanto por la Torá como por el templo. Y la Torá trataba del estilo de vida como pueblo—como familia—de Dios. Fue la respuesta a ese clamor por una relación auténtica con Dios y entre ellos, cuyo eco resuena en todo corazón humano.

Cuarto, nueva creación. Daniel no era el único libro que se remontaba hasta las promesas de carácter mundial que Dios le había hecho a Abraham. La gran sección central del libro de Isaías habla de la intención de Dios, no solo de restaurar las tribus de Jacob, sino de traer luz también a las naciones paganas (49:6). Y es en este mismo libro donde encontramos, de una manera espectacular, el avance conjunto de las esperanzas de un rey, del templo, de la Torá, de conseguir la paz mundial, la restauración del jardín del Edén ... de todo lo que supone una nueva creación cuya belleza solo puede ser igualada por la hermosura de la poesía antigua que la evoca. Consideremos esta secuencia que encontramos en varias partes del libro de Isaías:

En los últimos días,
el monte de la casa del Señor será establecido
como el más alto de los montes;
se alzarán por encima de las colinas,
y hacia él confluirán todas las naciones.

Muchos pueblos vendrán y dirán:
«¡Vengan, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob!,
para que nos enseñe sus caminos
y andemos por sus sendas».

Porque de Sión saldrá la enseñanza,
de Jerusalén la palabra del Señor.

Él juzgará entre las naciones
y será árbitro de muchos pueblos.

Convertirán sus espadas en arados
y sus lanzas en hoces.

No levantará espada nación contra nación,
y nunca más se adiestrarán para la guerra.

(Isaías 2:2-4)

El profeta está ofreciendo una visión de paz y esperanza, no solo para Israel, sino para todas las naciones. Cuando YHWH actúe finalmente para liberar a su pueblo y restablecer Jerusalén (Sión) como el lugar donde vivirá y reinará, Israel no será la única beneficiada. Tal como le prometió a Abraham, al principio, el Dios creador iba a traer restauración y sanidad al mundo entero *por medio de* su pueblo.

Más concretamente, Dios llevará esto a cabo mediante la llegada del rey último de Israel, el descendiente de David (que se refería a sí mismo frecuentemente como “hijo de Isaí”). Este rey poseerá la sabiduría necesaria para traer la justicia de Dios al mundo entero:

Del tronco de Isaí brotará un retoño;
un vástago nacerá de sus raíces.

El Espíritu del Señor reposará sobre él:
espíritu de sabiduría y de entendimiento,
espíritu de consejo y de poder,
espíritu de conocimiento y de temor del Señor.

Él se deleitará en el temor del Señor;
no juzgará según las apariencias,
ni decidirá por lo que oiga decir,
sino que juzgará con justicia a los desvalidos,
y dará un fallo justo
en favor de los pobres de la tierra.

Destruirá la tierra con la vara de su boca;
matará al malvado con el aliento de sus labios.

La justicia será el cinto de sus lomos
y la fidelidad el ceñidor de su cintura.

El lobo vivirá con el cordero,
el leopardo se echará con el cabrito,
y juntos andarán el ternero y el cachorro de león,
y un niño pequeño los guiará.

La vaca pastará con la osa,
sus crías se echarán juntas,
y el león comerá paja como el buey.

Jugará el niño de pecho
junto a la cueva de la cobra,
y el recién destetado meterá la mano
en el nido de la víbora.

No harán ningún daño ni estrago
en todo mi monte santo,
porque rebosará la tierra
con el conocimiento del Señor
como rebosa el mar con las aguas.

(Isaías 11:1-9)

Entonces, el gobierno del Mesías traerá paz, justicia y una armonía completamente nueva para toda la creación. Esto significa que ahora se extiende una invitación abierta a gente de toda clase y condición—a todo aquel que tenga sed de justicia, de espiritualidad, de relacionarse, de belleza—para venir y encontrarla aquí:

¡Vengan a las aguas
todos los que tengan sed!

¡Vengan a comprar y a comer
los que no tengan dinero!

Vengan, compren vino y leche
sin pago alguno ...

Presten atención y vengan a mí,
escúchenme y vivirán.

Haré con ustedes un pacto eterno,
conforme a mi constante amor por David.

Lo he puesto como testigo para los pueblos,
como su jefe supremo.

Sin duda convocarás a naciones
que no conocías,
y naciones que no te conocían
correrán hacia ti,
gracias al Señor tu Dios,
el Santo de Israel,

que te ha colmado de honor ...

Ustedes saldrán con alegría
y serán guiados en paz.

A su paso, las montañas y las colinas
prorrumpirán en gritos de júbilo
y aplaudirán todos los árboles del bosque.

En vez de zarzas, crecerán cipreses;
mirtos, en lugar de ortigas.

Esto le dará renombre al Señor;
será una señal que durará para siempre.

(Isaías 55:1, 3-5, 12-13)

Y el tema clave, el que apunta desde la magnífica poesía del Antiguo Testamento al asombrado deleite del Nuevo es la renovación total del cosmos, del cielo y de la tierra conjuntamente, y la promesa de que en este nuevo mundo todas las cosas, del tipo que sean, estarán bien; todo estará bien:

Presten atención, que estoy por crear
un cielo nuevo y una tierra nueva.

No volverán a mencionarse las cosas pasadas,
ni se traerán a la memoria.

Alégrense más bien, y regocíjense por siempre,
por lo que estoy a punto de crear:

Estoy por crear una Jerusalén feliz,
un pueblo lleno de alegría ...

El lobo y el cordero pacerán juntos;
el león comerá paja como el buey,
y la serpiente se alimentará de polvo.

En todo mi monte santo
no habrá quien haga daño ni destruya», dice
el Señor.

(Isaías 65:17-18, 25)

Podríamos repetir varias veces una selección similar con otros pasajes. El tema de un nuevo Edén (en el que los espinos y zarzas de Génesis 3 son sustituidos por bellos arbustos) retoma uno de los mensajes subliminales más importantes de todo el relato bíblico. En definitiva, el verdadero exilio, el momento en que realmente dejaron el hogar, fue la expulsión de la humanidad del huerto del Edén. Los múltiples exilios y restauraciones de Israel son maneras de representar esa expulsión primigenia y expresar simbólicamente la esperanza del regreso a casa, de la restauración de la humanidad, del rescate del pueblo de Dios, de la renovación de la creación en sí. Y uno de los temas principales que vuelve una y otra vez, borboteando sin parar y resonando por la profecía antigua como lo hace en el corazón del hombre, es la belleza de la nueva creación, de Jerusalén y sus moradores, del paisaje lleno de animales pacíficos, de las montañas y colinas cantando de gozo. Isaías nunca olvidó que la razón de que Dios llamara a Abraham, en primer lugar, fue el propósito de restaurar toda la creación

al orden correcto, de llenar el cielo y la tierra con su gloria.

El siervo de YHWH

Pero la nueva creación solo se produce por medio de un exilio y una restauración definitivos y estremecedores. Los temas del rey y el templo, de la Torá y la nueva creación, de la justicia, la espiritualidad, el relacionarse y la belleza se adentran juntos en el negro tema que yace en el corazón del mismo libro de Isaías. El rey se convierte en siervo, el Siervo de YHWH; y el Siervo tiene que llevar a cabo el destino de Israel, ha de *ser* Israel en representación del Israel que ya no puede obedecer a su vocación. El bote salvavidas sale al rescate y el capitán se ahoga en el proceso. Este tema, desarrollado a partir de la descripción regia de Isaías 11, pero con el extraño giro nuevo de un llamado al sufrimiento en obediencia, se presenta, paso a paso, en Isaías 42, 49, 50 y 52-53. Así es como, según se muestra, ha de tener lugar la operación de rescate de Dios.

Estos pasajes no se “despegan limpiamente”, por así decirlo, de su contexto. Están estrechamente entrelazados en los temas mayores de esa misma parte del libro: la soberanía de YHWH sobre las naciones y la consecuente derrota de los dioses paganos, así como de quienes confían en ellos; su fidelidad al pacto con Israel, pese a la falta de fe de ellos; la “palabra” que sale de su boca, como en la creación, para restaurar a Israel, renovar el pacto y rehacer el mundo (40:8; 55:10-11). En definitiva, el mensaje de que Dios es rey—es decir, el mensaje de que Babilonia ha sido derrotada, que por fin ha llegado la paz, que Israel es rescatado y que los extremos de la tierra reconocerán la salvación de Dios—podrá llegar a Jerusalén solo gracias a la obra del Siervo (52:7-12). Como Israel, él también será arrojado al exilio, abrumado por la afrenta, el sufrimiento y la muerte; pero atravesará estas circunstancias y saldrá al otro lado de ellas. Este mensaje aparece de maneras diferentes, aunque convergentes, en otras profecías, sobre todo en Jeremías cuando habla del nuevo pacto y en la declaración de Ezequiel de que Dios purificará a su pueblo, les dará un nuevo corazón y los llevará de vuelta a su tierra en una operación de rescate para la cual solo hay una metáfora adecuada: la resurrección de los muertos.

Así, Israel, mirará al Siervo y dirá asombrado: “Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados” (Is 53:5). El mensaje político se centra en que el Dios de Israel es el rey, no así los dioses de Babilonia; la historia de exilio y restauración se ha convertido en una profecía personal, a modo de extraño cartel señalizador que se levanta entre la niebla, señalando hacia adelante, al lugar en el que convergen las líneas argumentales de Dios, Israel y el mundo.

En este contexto también podemos ver finalmente las múltiples maneras como el Israel de los tiempos de Jesús podía pensar y hablar de la reunión del cielo y la tierra. Hemos señalado en capítulos anteriores que el templo tenía esa función. Se referían a la gloriosa presencia de YHWH que habitó en la tienda y, posteriormente, en el templo mismo como “Dios mora”; es decir, la *Shekinah*. Era la forma en que el Dios del cielo estaba presente en la tierra con y por su pueblo. En días de Jesús, se estaban desarrollando ideas similares en relación con la Torá, el don de Dios para su pueblo redimido; si uno guardaba la Torá, era como si estuviera en el templo mismo, es decir, en el lugar donde se encontraban el cielo y la tierra. Hace un momento hemos visto otro hilo que va en la misma dirección: la “palabra” de Dios, por medio de la cual fueron creadas todas las cosas, saldrá una vez más para renovarlo todo. Se podría decir algo parecido de la “sabiduría” de Dios, idea que, al parecer, empieza con la noción de que cuando Dios hizo el mundo lo hizo sabiamente y se va desarrollando hasta que la “Sabiduría” se convierte en figura por derecho propio (*chokmah*, término

hebreo traducido como sabiduría, es femenino, igual que *sofia*, su equivalente griego). La “Sabiduría” es, pues, otra forma crucial de hablar de la acción de Dios en el mundo, de la reunión de la esfera de Dios y la nuestra. Por último, volviendo de nuevo a Génesis, el poderoso viento de Dios, su aliento, su Espíritu (tres formas de traducir la misma palabra original) es liberado en el mundo para traer nueva vida.

Presencia, Torá, Palabra, Sabiduría y Espíritu: cinco maneras de referirse a lo mismo. El Dios de Israel es el Creador y Redentor de Israel, y del mundo. Fiel a sus antiguas promesas, obrará en Israel y en el mundo para que llegue a su punto culminante la gran historia de exilio y restauración, de la divina operación de rescate, del rey que trae justicia, del templo que une el cielo y la tierra, de la Torá que cohesiona al pueblo de Dios y de la creación sanada y restaurada. No solo se reúnen el cielo y la tierra. También el presente y el futuro de Dios.

Es un sueño maravilloso. Sustancioso, con múltiples niveles, lleno de sentimiento y de poder. Pero ¿por qué iba nadie a suponer que esto —o cualquier cosa que podamos construir sobre ello— es algo más que un sueño? ¿Por qué habríamos de creernos que es cierto?

El Nuevo Testamento, en su totalidad, se escribió para responder a esta pregunta. Y la respuesta se centra, por supuesto, totalmente en Jesús de Nazaret.

Jesús y la venida del reino de Dios

El cristianismo trata de algo que *ocurrió*. Algo que le ocurrió *a Jesús de Nazaret*. Algo que ocurrió *por medio de* Jesús de Nazaret.

En otras palabras, el cristianismo *no* consiste en una nueva enseñanza moral, como si estuviéramos moralmente despistados y necesitásemos pautas nuevas o más claras. Con esto no negamos que Jesús, y algunos de sus primeros seguidores, entregaran una enseñanza moral asombrosamente tonificante e inteligente. Simplemente insistimos en que encontramos enseñanza como esta dentro de un marco más amplio: la historia de los sucesos por medio de los cuales fue cambiado el mundo.

El cristianismo no consiste en que Jesús ofrezca un maravilloso ejemplo moral, como si nuestra necesidad principal fuera ver la forma de llevar una vida de absoluto amor y devoción a Dios y al prójimo, para poder copiarla. Si ese hubiese sido el propósito principal de Jesús, desde luego que podríamos decir que tuvo algún efecto. Las vidas de algunas personas han sido de veras cambiadas simplemente por contemplar e imitar el ejemplo de Jesús. Pero observar su modelo de vida podría, de igual modo, llevar a una persona a deprimirse. Ver a Richter tocar el piano o a Tiger Woods golpear la bola no me inspira a salir e imitarlos. Hace que me dé cuenta de que no puedo acercarme y nunca lo haré.

El cristianismo tampoco consiste en que Jesús ofrezca, ponga de manifiesto o incluso lleve a cabo un nuevo camino, por medio del cual las personas puedan “ir al cielo cuando mueran”. Este es un error persistente basado en la idea medieval de que el objeto de toda religión—las reglas del juego, si así lo prefieren—era asegurarnos de que acabaríamos en el lado correcto al final del drama sacro (es decir, en el cielo, no en el infierno) o en la parte adecuada de los frescos de la Capilla Sixtina. De nuevo, con esto no negamos que nuestras creencias y acciones presentes tengan consecuencias duraderas, sino que Jesús hiciera de ello el centro de su labor y que esta sea la “razón de ser” del cristianismo.

Por último, el cristianismo no consiste en dar al mundo nuevas enseñanzas acerca de Dios; aunque, por supuesto, si lo que afirma es cierto, aprendemos muchísimo sobre quién es Dios mirando a Jesús. La necesidad a la que da respuesta la fe cristiana no es tanto la de nuestra ignorancia y la falta de mejor información, sino el hecho de que estamos perdidos y necesitamos que alguien venga a encontrarnos; de que estamos atrapados en arenas movedizas esperando ser rescatados; de que nos morimos y precisamos nueva vida.

Entonces ¿en qué consiste el cristianismo?

Pues estriba en creer que el Dios vivo, en cumplimiento de sus promesas y como culminación de la historia de Israel, ha llevado a cabo todo eso—encontrar, salvar, dar nueva vida—en Jesús. Él lo ha hecho. Con Jesús, la operación de rescate de Dios se ha llevado a efecto de una vez por todas. Se ha abierto de par en par una gran puerta en el cosmos, que jamás podrá ser cerrada de nuevo. Es la puerta de la prisión en la que estábamos encadenados. Se nos ha ofrecido la libertad: libertad para experimentar el rescate de Dios, para atravesar la puerta abierta y explorar el nuevo mundo al que ahora tenemos acceso. De manera particular, todos estamos invitados—convocados, en realidad—a descubrir, siguiendo a Jesús, que este nuevo mundo es un lugar de justicia, espiritualidad, relaciones y belleza, y que no solo tenemos que disfrutarlo como tal, sino que hemos de trabajar para que nazca en la tierra así como en el cielo. Al escuchar a Jesús descubrimos cuál es esa voz cuyo eco ha resonado en el corazón y la mente de la raza humana desde siempre.

¿Qué podemos saber acerca de Jesús?

Escribir sobre Jesús ha sido una industria creciente durante el último siglo o más. En parte se debe a que él cautiva el recuerdo y la imaginación de la cultura occidental como pocas (o ninguna) otras figuras del pasado o el presente. Seguimos estableciendo las fechas de nuestra vida basándonos en su supuesto año de nacimiento. (En realidad, el monje del siglo XVI que realizó los cálculos se equivocó en unos cuantos años; Jesús nació probablemente en el año 4 a. C. o poco antes, que fue cuando Herodes el Grande murió). En mi país, hasta las personas que conocen poco o nada de Jesús usan su nombre para blasfemar, lo cual supone una especie de cumplido indirecto a su vigente influencia cultural.

En Estados Unidos sigue habiendo portadas de noticias con afirmaciones descabelladas sobre Jesús; que tal vez nunca hizo o dijo lo que cuentan los Evangelios, que quizás se casó, que a lo mejor nunca pensó que era el Hijo de Dios, etc. Se escriben novelas y otras obras de ficción histórica cuyas tramas desarrollan interpretaciones fantasiosas de Jesús. Por ejemplo, en *El código Da Vinci*, de Dan Brown, se insiste en que Jesús se casó con María Magdalena y tuvieron descendencia. La extraordinaria popularidad de ese libro no se puede explicar únicamente en términos de ser un *thriller* escrito con gran inteligencia. Existen muchos así. Algo en Jesús, y en la posibilidad de que en torno a él haya más cosas de las que nuestra cultura ha descubierto, sigue despertando en millones de personas la intuición de nuevas posibilidades y potencialidades.

Parte de la razón de todo esto es que, como todas las figuras de la historia, Jesús está abierto a reinterpretaciones. Se escriben biografías revisionistas de Winston Churchill, acerca del cual tenemos toneladas de pruebas documentales; o sobre Alejandro Magno, sobre quien tenemos bastantes menos. De hecho, a más evidencias en nuestro poder, mayor diversidad de interpretación; cuantas menos pruebas hay, mayor rigor en la investigación para llenar las espacios en blanco. Así pues, ya sea que estudiemos una figura reciente de la que tenemos demasiada información o una figura antigua de la que tenemos demasiado poca, la historia siempre cuenta con mucha tarea pendiente.

Jesús tenía algo de ambos casos, y mucho más. Obviamente, disponemos de mucho menos material sobre él que sobre, por ejemplo, Winston Churchill o John F. Kennedy. Pero sabemos muchísimo más acerca de Jesús que sobre la mayoría de personajes del mundo antiguo (como Tiberio, que era el emperador romano cuando Jesús murió; o sobre Herodes Antipas, el gobernante judío de la época). De hecho, existen tantos dichos atribuidos a Jesús, tantos hechos que se cuenta que realizó, que hay opciones como para hartarnos. Un breve análisis como el presente capítulo y el próximo solo puede tocar algunas de ellas.

Sin embargo, existen al mismo tiempo vacíos que nos seducen, no solo en la mayor parte de los primeros años de Jesús, sino también en algunas de las cosas que un biógrafo contemporáneo hubiese querido saber. Nadie nos habla del aspecto de Jesús ni de lo que comía en el desayuno. Lo que es más importante, nadie nos cuenta cómo leía las Escrituras o—salvo ciertos destellos—cómo oraba. El truco, pues, está en entender el mundo de Jesús—el complicado y peligroso mundo de Oriente Próximo en el siglo I—que puede aportar el sentido histórico, personal y teológico de lo que pretendía hacer, lo que creía estar llamado a realizar.

Como he dicho, hay algo más, algo que complica la pretensión de entender a Jesús y la hace más discutida que en el caso de cualquier otro personaje de la historia, antigua o moderna. El cristianismo ha afirmado, desde sus mismos inicios, que, aunque Jesús ya no está caminando por Palestina ni

podemos encontrarnos con él y conocerle en ese sentido, está realmente “con nosotros” en un sentido distinto, y que de verdad podemos llegar a conocerle de una manera no tan distinta de como a las demás personas.

Por ello, en la experiencia cristiana, y no solo en su dogma, ha sido crucial el hecho de que en Jesús se hayan reunido de una vez por todas el cielo y la tierra. El lugar en que inter-seccionan y se entrelazan el espacio de Dios y el nuestro ha dejado de ser el templo de Jerusalén. Es Jesús mismo. La misma cosmología que daba sentido a la afirmación sobre el templo ratifica también esta aseveración. Recordemos que, en el pensamiento judío y cristiano, ese “cielo” no está a kilómetros de distancia hacia arriba, sino que es, por así decirlo, la dimensión de Dios del cosmos. Así pues, aunque los cristianos creen que Jesús está ahora “en el cielo”, él está presente, accesible y activo en nuestro mundo. Para todo el que cree esto e intenta vivir en función de ello, escribir la historia de Jesús es mucho más complicado que limitarse a documentar la vida de una figura del pasado. Es más parecido a escribir la biografía de un amigo que sigue muy vivo y que con seguridad nos va a seguir sorprendiendo.

¿No sería más sencillo, entonces, decir que deberíamos cesar en el empeño de escribir sobre Jesús como si fuera un personaje histórico y hacerlo más bien a partir de nuestra experiencia presente? Muchos hoy han defendido esta opción con vehemencia, sobre todo porque se han quedado hartos, incomprensiblemente, de la basura —y no es una palabra muy fuerte— escrita tanto por eruditos como por escritores populares. Pero no sería más sencillo. Aun cuando se estudian las evidencias históricas con total seriedad, nos resulta bastante difícil evitar rehacer un Jesús a nuestra propia imagen. Cuando dejamos la historia, se sueltan los frenos y el retrato se va al terreno de la fantasía.

La más repugnante de todas ellas fue el intento de algunos teólogos alemanes de los años treinta de inventar un Jesús no judío (antijudío, de hecho). Dicha teoría posee cierta preocupante similitud con los más recientes retratos no judíos de Jesús. Una de las señales saludables de la erudición contemporánea ha sido el decidido intento de entender a Jesús de nuevo *en* el judaísmo de su tiempo, aunque, por sí solo, sigue dejando algunas cuestiones sin responder. Dando por sentado que Jesús fue un judío del siglo I, ¿qué *clase* de judío del siglo I fue? Al menos, esto nos coloca en el punto correcto desde el que empezar.

¿Podemos confiar en los Evangelios?

La cuestión clave para estudiar a Jesús es: ¿Podemos confiar en los Evangelios? Me refiero a los cuatro libros que conocemos con los títulos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, que se encuentran en el “canon” del Nuevo Testamento, es decir, en la colección de libros que la iglesia, desde muy pronto, reconoció como auténticos y autoritativos (de ahí la tan usada expresión de “los Evangelios canónicos”). Últimamente ha habido una racha de libros, tanto académicos como populares, que nos empujan a pensar que esos Evangelios solo eran cuatro de entre docenas de obras similares que circularon en la iglesia primitiva, que acabaron en una situación de privilegio, mientras que los demás fueron descartados, eliminados o incluso prohibidos. La razón primordial para adoptarlos, según sugieren algunos, era que apoyaban la perspectiva sobre Jesús que convenía a las autoridades del momento, cuando, en el siglo IV, el cristianismo se había convertido en la religión oficial del Imperio romano.

¿Significa esto que tengamos que hacer pedazos todos los retratos de Jesús basados en los Evangelios canónicos, y empezar de nuevo? No. Han aparecido otros documentos de toda índole, en particular unos ocultos en un lugar del Alto Egipto llamado Nag Hammadi hallados en 1945, algunos de los cuales nos ofrecen fascinantes vislumbres de lo que la gente decía sobre Jesús en los tiempos de sus escritos. (Los rollos del mar Muerto, dicho sea de paso—encontrados no mucho después de los documentos de Nag Hammadi—no dicen nada sobre Jesús ni sobre los primeros cristianos, pese a muchas mal informadas afirmaciones en sentido contrario). Pero, de hecho, ninguno de ellos puede superar a los Evangelios que ya tenemos.

Tomemos uno de los más conocidos, y más extensos, de los documentos de Nag Hammadi: una colección de supuestos dichos de Jesús conocidos como Evangelio de Tomás. Este es el libro que, como tantas veces se ha sugerido, podría y debería ser tratado como igual, y tal vez superior, a los Evangelios canónicos en cuanto a su calidad como fuente histórica sobre Jesús. La versión de Tomás que ahora tenemos, como la mayoría del material de Nag Hammadi, está escrita en copto, un idioma hablado en Egipto en aquella época. Pero ha quedado demostrado que Tomás es una traducción del siríaco, un idioma muy cercano al arameo que Jesús tuvo que haber hablado (aunque es bastante seguro que también hablara griego, así como la mayoría de personas del mundo actual tiene el inglés como segunda lengua). Pero las tradiciones siríacas que Tomás incorpora pueden fecharse, con bastante certeza, como no pertenecientes en absoluto al siglo I, sino a la segunda mitad del siglo II. Eso lo sitúa unos cien años después del tiempo de Jesús. En otras palabras: de setenta a cien años después del momento en que los cuatro Evangelios canónicos estuvieran siendo extensamente usados a lo largo y ancho de la iglesia primitiva.

Más aún, pese a los esfuerzos por demostrar lo contrario, los dichos de Jesús tal como aparecen en Tomás dan claras indicaciones de que no eran tan originales como el material paralelo (cuando existe) de los Evangelios canónicos. En Tomás, los dichos han sido, en muchos casos, discretamente adulterados para expresar un punto de vista muy distinto. Por ejemplo, cuando Jesús dice en Mateo, Marcos y Lucas: “Entonces denle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, el dicho de Tomás tiene una expresión añadida al final: “... y a mí lo que es mío”. ¿Qué tenemos aquí? En la cosmovisión que se nos presenta en Tomás, el término “Dios” denota *una deidad de segundo rango que creó este mundo malo*, ese mundo del que ha venido a rescatarnos Jesús. Tomás y la mayoría de los demás documentos de Nag Hammadi representan una cosmovisión conocida como “gnosticismo”, en la que este mundo es un lugar oscuro y maligno del que hemos de ser rescatados por medio de la

“gnosis”, un conocimiento especial de la verdad oculta: un mundo muy diferente al mundo judío de Jesús y de los cuatro Evangelios canónicos.

Tomás y el resto de obras parecidas—es decir, la mayoría de todos los denominados “evangelios” no incluidos en el Nuevo Testamento—son colecciones de dichos. Apenas hay algo de narración de las cosas que Jesús hizo o le ocurrieron. Pero los cuatro Evangelios canónicos son muy diferentes. No son meras colecciones de dichos. Cuentan una *historia*: la de Jesús mismo, contada como la culminación de la historia de Israel, narrada como el cumplimiento de las promesas de Dios, el Creador, del pacto del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Los textos de Nag Hammadi, y otros parecidos, están totalmente separados del mundo que hemos contemplado en el estudio de nuestros dos capítulos anteriores: el mundo al que, si fue realmente un judío creíble de Principios del siglo I, Jesús tuvo que pertenecer. Los cuatro evangelios canónicos insisten en colocarle ahí, aunque, por desgracia, la tradición eclesiástica de no leer más que pequeños fragmentos de la Escritura en el culto ha oscurecido este hecho. Parte del motivo para el estudio histórico de Jesús y los Evangelios es que la iglesia misma, por no decir el mundo, necesita recordar una y otra vez de qué hablan en realidad los Evangelios.

Lo que es más, esos cuatro Evangelios canónicos deben haber sido escritos en torno al año 90 d. C., en el caso más tardío. (Me inclino a pensar que son probablemente muy anteriores, pero no pueden ser posteriores). Son conocidos y citados por los escritores cristianos de la primera mitad del siglo II, mucho antes de que nadie empezara a debatir sobre los materiales que ahora conocemos de Nag Hammadi. Incorporan, y están basados en, fuentes orales y escritas que se remontan a mucho antes, a una época en que no solo seguían vivos y activos los seguidores de Jesús en el incipiente movimiento cristiano, sino también muchos otros —curiosos, oponentes, oficiales— conocedores de ese nuevo movimiento que estaba creciendo, y dispuestos a desafiar o contradecir las historias que iban ganando aceptación. Palestina es un país pequeño. En un mundo sin imprenta ni medios electrónicos, la gente estaba deseosa de escuchar y contar historias acerca de alguien o algo fuera de lo ordinario. Por lo que sugiere Juan al final de su Evangelio, es posible que existiera tanto material sobre Jesús que ninguno de los escritores del Evangelio habría podido incluirlo. Con seguridad habría gran cantidad de fuentes. Los aspectos principales de la vida y obra de Jesús debieron de haber sido bien conocidos. Como dice uno de los predicadores más antiguos, esas cosas no se hicieron a escondidas.

Reconstruir las fuentes de los Evangelios no es tan fácil como a veces se ha imaginado. Personalmente, nunca he participado del entusiasmo por la tan citada fuente “Q”, que muchos suponen detectar en el trasfondo de Mateo y Lucas. Si llegó a existir dicha fuente, es de una precariedad extrema reconstruir “Q” primero (aunque ello no ha detenido los intentos de las almas intrépidas) para después usar su reconstrucción como vara de medir para Mateo y Lucas. Es incluso más precario sugerir, como algunos han hecho en los últimos tiempos, que dicha fuente representa toda una corriente del cristianismo primitivo, con sus propias creencias y forma de vida. Es mucho más probable, a mi juicio, que los escritores del Evangelio fuesen capaces de redactar a partir de una enmarañada variedad de fuentes, de las que muchas eran orales (en un mundo en que los informes orales gozaban de más alta estima que los escritos) y otras, testigos presenciales.

Esto no significa, por supuesto, que todo lo narrado en los Evangelios quede validado de forma automática. De poder aseverarse su valor histórico tan solo sería mediante el tipo de concienzuda obra histórica que tanto yo como otros hemos intentado en cierta medida, pero que un libro como este no puede abarcar. Me limito a recogerlo como convicción personal de que los cuatro Evangelios presentan, hablando en sentido amplio, un retrato de Jesús de Nazaret firmemente enraizado en la

historia real. Como resume el difunto historiador John Roberts, autor de la monumental *History of the World* [Historia del mundo] (1980): “[Los Evangelios] no tienen que ser rechazados; [al escribir historia] a menudo hay que emplear pruebas mucho más inadecuadas sobre temas infinitamente más inabordables”. La descripción de Jesús que encontramos en los Evangelios canónicos tiene sentido en el mundo de la Palestina de los años veinte y treinta del siglo I. Por encima de todo, es coherente en sí misma. El Jesús que aparece es completamente creíble como figura de la historia, aunque, cuanto más le contemplamos, más nos parece estar mirando fijamente al sol.

El reino de Dios

“El reino de Dios está cerca”. Este anuncio fue el centro de la proclamación pública de Jesús. Hablaba al mundo descrito al final del capítulo anterior, en el que el pueblo judío estaba ansioso por que su Dios los rescatase de la opresión pagana y arreglara el mundo; en otras palabras, que asumiera el reinado de manera total y definitiva. La forma en que los Evangelios cuentan la historia mantiene unidas las antiguas promesas con el apremiante contexto inmediato, y, en el centro de todo ello se encuentra Jesús. No hay razón de peso para dudar de que fuese así como Jesús mismo veía su obra.

Pero ¿qué quería decir con esa frase? El profeta Isaías, en la misma línea que varios Salmos y otros pasajes bíblicos, se había referido al reino venidero de Dios como el tiempo en que (a) las promesas y los propósitos de Dios se cumplirían, (b) Israel sería rescatado de la opresión pagana, (c) el mal (particularmente el mal de los imperios opresores) sería juzgado y (d) Dios los llevaría a un nuevo reino de justicia y paz. Daniel había vislumbrado un tiempo venidero en el que las bestias (es decir, los imperios paganos) sacarían lo peor de sí y Dios defendería a su pueblo para poner todas las cosas en orden. Al fin pondría el mundo como era debido. Proclamar que el reino de Dios llegaba en el presente era evocar toda aquella narrativa y declarar que estaba alcanzando su punto culminante. El futuro de Dios estaba irrumpiendo en el presente. El cielo estaba llegando a la tierra.

No era la primera vez que los contemporáneos de Jesús oían un lenguaje como el que este utilizaba en su mensaje. Durante la infancia y la juventud de Jesús, los revolucionarios judíos habían instado a sus compatriotas a oponerse a la exigencia de la Roma imperial de realizar un censo, con los impuestos que esto conllevaba. “No debería haber más rey que Dios”, decían; en otras palabras, ha llegado la hora del reino de Dios, en sustitución de los corruptos gobiernos humanos. Los romanos aplastaron las rebeliones con su fría y brutal rigurosidad habitual. La mera expresión “reino de Dios” tenía que haber hecho que muchos judíos de entonces pensaran al instante en la crucifixión, la acostumbrada sentencia de muerte para los rebeldes. Entonces, ¿qué daba a entender Jesús cuando iba por ahí diciendo a la gente que el reino de Dios estaba llegando incluso mientras hablaba? Él creía que las antiguas profecías se estaban cumpliendo, que el Dios de Israel estaba creando algo nuevo al renovar y reconstruir Israel de un modo radical. Su primo Juan el Bautista, que también había anunciado la venida del reino de Dios y advertido al pueblo que estuviesen preparados para aquel que vendría después de él, lo había expresado mediante los términos drásticos de un hacha puesta a la raíz del árbol. Había declarado que Dios era perfectamente capaz de levantar hijos de Abraham aun de las piedras del suelo.

Si se trataba de una operación de rescate, contaba con una diferencia. No consistía simplemente en que el Dios de Israel derrotara a los malvados paganos y defendiera a su pueblo, sino algo mucho más devastador. Dios iba a juzgar a los paganos, pero también a Israel; era una nueva forma de actuar de Dios en la que nada se podía dar por sentado: cumpliría sus promesas, pero de un modo totalmente inesperado e imprevisto. Dios estaba presentando un nuevo desafío a Israel, recordándole las promesas dadas a Abraham: Israel es realmente la luz del mundo, pero sus actuales maneras de obrar han estado metiendo esa luz debajo de un cubo. Es hora de emprender una acción drástica. En lugar de la típica revuelta militar, era el momento de mostrar a los paganos cómo era en realidad el único Dios verdadero, no mediante el combate y la violencia, sino por medio del amor a los enemigos, poniendo la otra mejilla y andando la segunda milla. Este es el desafío que Jesús lanzó en una serie de enseñanzas que llamamos el “sermón del monte” (Mt 5:1-7:29).

¿Cómo transmites un mensaje tan radical? ¿Cómo le dices algo tan drástico al pueblo que está esperando un suceso muy diferente? De dos maneras: mediante símbolos (actos especialmente dramáticos) y por medio de historias. Jesús usó ambas cosas. Su elección de doce seguidores más allegados (“discípulos”, es decir, aprendices) fue de por sí un símbolo convincente, que hablaba de rehacer por completo el pueblo de Dios, las doce tribus de Israel que descendían de los doce hijos de Jacob. Esta nueva versión del pueblo de Dios era también el centro de sus admirables curaciones. Históricamente no hay duda de que poseía poder para sanar; por eso no solo atrajo a las multitudes, sino también las acusaciones de estar aliado con el diablo.

Pero Jesús no contemplaba sus sanaciones como una mera especie de premoderno hospital ambulante. Por importante que fuese la curación en sí, el fin principal no era sanar a los enfermos. Tampoco era una manera de atraer a la gente para que escucharan su mensaje. Sus curaciones eran más bien una señal espectacular del mensaje mismo. Dios, el creador del mundo, estaba obrando por medio de él, para realizar todo lo prometido: abrir los ojos a los ciegos y el oído a los sordos, rescatar a las personas, ponerlo todo como era debido. Los últimos de la fila se iban a encontrar ahora, para su propia sorpresa, en los primeros puestos. “Dichosos los humildes—decía—, porque recibirán la tierra como herencia”. Y se ocupó de que así fuera.

Asimismo, contaba historias, relatos que sacaban de quicio a sus contemporáneos precisamente porque eran, sin serlo, las historias que esperaban. Los antiguos profetas habían hablado de que Dios replantaría a Israel después del largo invierno del exilio; Jesús narró historias de personas que sembraban semillas, que en algunos casos daban fruto, y en otros muchos se desperdiciaban, o crecían en secreto; de una cosecha repentina; de semillas muy pequeñas que producían grandes arbustos. Estas “parábolas” no eran, como a menudo se ha supuesto, “historias terrenales con significados celestiales”. El sentido de la labor de Jesús era traer el cielo a la tierra y unirlos para siempre, trasladar el futuro de Dios al presente y hacer que se grabara en él. Pero, cuando el cielo viene a la tierra y encuentra que no está preparada, cuando el futuro de Dios llega al presente mientras la gente sigue dormida, se producen explosiones. Y las hubo.

En particular, las personas a las que hoy podríamos llamar “la derecha religiosa”, liderada por un grupo de presión popular aunque no oficial, los “fariseos”, presentaba duras objeciones a las enseñanzas de Jesús en cuanto a la venida del reino de Dios en esa forma, por medio de su obra. Les escandalizaba, sobre todo, la manera como Jesús celebraba el reino de Dios —y aquí tenemos otro símbolo de gran fuerza— *con quien no debía*: los pobres, los marginados, los odiados publicanos; de hecho, todo aquel que se quisiera unir a él. Algunas de las parábolas más mordaces y enérgicas de Jesús fueron precisamente en respuesta a estas críticas.

Entre ellas figura la historia que solemos denominar “la parábola del hijo pródigo” (Lc 15). El menor de dos hermanos se va de casa, se deshonor a sí mismo y a su familia, regresa arrepentido y se encuentra con una asombrosa bienvenida. El hijo mayor, que se queda en casa, expresa su amargo resentimiento por la derrochadora bienvenida del padre al hijo pródigo. Resuenan en ella ecos bíblicos que evocan a Jacob y Esaú, y al exilio y la restauración. Como en la mayoría de las parábolas de Jesús, la historia obliga a los oyentes a meterse en la escena y así descubrir la verdad sobre él (y sobre ellos mismos). La parábola se cuenta para establecer una tesis: es la razón de la fiesta que se está celebrando y a la que asiste toda la gente indebida; y tú te parecerás a ese hermano mayor si te niegas a unirte a ella. El reino de Dios está teniendo lugar delante de tus narices y no puedes verlo. Además, si no estás alerta, te quedarás fuera.

Pero los grupos extraoficiales de presión no eran, desde luego, los únicos preocupados por la lealtad de Israel a la Torá y por el peligro de que las enseñanzas de Jesús no encajaran fácilmente en

su tradición. Como ya hemos visto, los anuncios del reino significaban rebelión, y el complicado sistema de poderes de aquel tiempo no podía evitar percatarse de ello. Herodes Antipas (débil reflejo de su padre, Herodes el Grande, aunque también poderoso y malicioso) era oficialmente el “rey de los judíos” en ese momento. Su sombra oscurece el relato. Pero, en Jerusalén, los jefes de los sacerdotes eran el centro del poder, los guardianes del templo, los que en realidad dirigían las cosas. Detrás de todos ellos, operando por medio de un gobernador que podía pedir refuerzos de la cercana Siria, estaba el siempre presente poder de Roma. Cuando los judíos contemporáneos de Jesús leían la historia de Daniel, con las cuatro bestias del mar que venían a atacar al pueblo de Dios, la interpretaban considerando que Roma era la cuarta bestia, la más fiera. Había llegado la hora de que Dios actuara, se sentara en su trono, rescatase a su pueblo, instituyese su reino, y pusiese en orden el mundo. Con seguridad, el lenguaje del reino utilizado por Jesús debió despertar precisamente estos recuerdos.

Así pues, ¿qué pretendía Jesús con todo esto? ¿Qué pensaba que sucedería a continuación? ¿Por qué se metió en problemas? ¿Y por qué, después de su violenta muerte, nadie se lo tomó ya en serio y mucho menos supuso que fuese la encarnación en vida del único Dios verdadero?

Jesús: rescate y renovación

Jesús recorrió Palestina anunciando que, por fin, el reino de Dios estaba llegando. Predicaba el mensaje tanto por sus hechos como por sus dichos, y su proclamación consistía en que las antiguas profecías se habían hecho realidad, que la historia de Israel estaba llegando por fin a su destino, que Dios mismo estaba en acción, y se ocupaba de rescatar a su pueblo y de poner el mundo en orden.

Así que, cuando Jesús empezó a decir a sus discípulos que “El Hijo del hombre tiene que sufrir muchas cosas y ser rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley. Es necesario que lo maten y que a los tres días resucite” (Mr 8:31), podemos estar seguros de que ellos habrían entendido esas palabras como una referencia codificada, con ecos de profecías bíblicas, a la venida del reino de Dios, al futuro de Dios materializándose en el presente, y dando cumplimiento a todas sus largamente acariciadas esperanzas. Tenían que haber supuesto que Jesús hablaba, como tantas veces, en acertijos, en parábolas impregnadas de Escritura y a las que había sacado punta. Sin embargo, esta vez no tenían ni idea de a qué se refería.

No es de extrañar, porque habían llegado a considerarle el Mesías de Israel, el ungido de yhwh, el futuro rey anhelado por la nación. No olvidemos que “Mesías” es una palabra hebrea o aramea que significa “ungido”; al traducirla al griego (el idioma universal de entonces) se convirtió en “Cristo”. Para los primeros cristianos, “Cristo” no era simplemente un nombre, sino un título con significado concreto.

No todos los judíos de ese periodo creían en la llegada de un Mesías ni la esperaban. Pero los muchos que sí lo hacían acariciaban un conjunto de expectativas repetidas con frecuencia con respecto a lo que haría el ungido cuando llegase. Pelearía contra los enemigos de Israel: en concreto, contra los romanos. Reconstruiría, o al menos purificaría y restauraría, el templo (una tarea que, como hemos señalado antes, había asumido la familia de Herodes, para vindicarse como la verdadera casa real). El ungido llevaría a su culminación la larga historia de Israel, restableciendo la monarquía tal como era en los días de David y Salomón. Sería el representante de Dios ante Israel, y el de Israel ante Dios.

Todo esto se puede ver en varios textos de entonces y también en algunos de los supuestos mesías que pululan por las páginas de la historia. Unos cien años después de Jesús, Akiba, uno de los rabinos más importantes de la época aclamó a Simeón Ben Kosiba como el Mesías. Simeón acuñó monedas con el año 1, luego el 2 y el 3, hasta que los romanos aplastaron su rebelión. En una de esas monedas se ve la figura del templo, por entonces aún en ruinas, tras la masacre del año 70 d. C. El objetivo fundamental de Simeón era reconstruirlo y así colocarse en la línea de David, Salomón, Ezequías, Josías, Judas Macabeo, Herodes ... todos ellos reyes de los judíos, edificadores o restauradores del templo. Para conseguirlo tendría que pelear la batalla definitiva contra las fuerzas paganas. El programa de Simeón cuadraba a la perfección con el modelo mesiánico.

Entonces, ¿por qué los seguidores de Jesús le aclamaron como Mesías? Él no había liderado ninguna insurrección militar ni había indicios de que fuera a hacerlo. (Hay quienes han intentado

defender otra opinión, pero resulta difícil de demostrar). Jesús no había hablado de reconstruir el templo. De hecho, no había dado ninguna enseñanza en concreto sobre el templo como parte de su proclamación pública. Había obrado con poder, reuniendo y manteniendo a las multitudes en torno a sí; pero justo cuando el pueblo iba a aclamarle como rey, se escabulló y se fue (Jn 6:15). La mayoría lo consideraba un profeta y Jesús mismo parece haber actuado de un modo que propiciaba esta idea. No obstante, sus seguidores más cercanos le veían como por encima de un simple profeta, y él mismo lo insinuaba enigmáticamente al hablar de su primo Juan. Uno de los últimos profetas bíblicos había anunciado el retorno del profeta Elías para preparar al mundo de cara a la llegada del gran día. Después de Elías, solo faltaba una persona por venir: el Mesías mismo. Jesús había sugerido que Juan era Elías. La implicación estaba clara (Mt 11:9-15).

Pero nadie de esa época suponía que el Mesías tendría que sufrir y mucho menos morir. Esto era, en realidad, exactamente lo opuesto a las expectativas lógicas. Se esperaba que liderase la lucha triunfante contra los enemigos de Israel y no que muriese en sus manos. Por ello, habiendo llegado a percibir que su extraordinario maestro era el ungido de Dios, los discípulos no podían concebir que hablase de manera literal al referirse a su próxima muerte y resurrección. Según las creencias judías, esto último era algo que vivirían el conjunto del pueblo de Dios al final de todo, y no una sola persona en el transcurso de la historia.

Al parecer, Jesús lo veía de otra manera, y aquí nos acercamos al punto central de la forma en que él entendía su vocación. Ya hemos señalado—con inevitable retrospectiva cristiana—que en el corazón de la profecía de Isaías se erguía la figura del “Siervo Sufriente”, un desarrollo de las ideas de realeza que aparecen anteriormente en este libro del Antiguo Testamento. Hasta cierto punto y basándonos en las fuentes que han perdurado, podemos decir que los judíos de los días de Jesús entendían esa figura de dos modos diferentes. Algunos veían al Siervo como un Mesías adecuado; sin embargo, el “sufrimiento” del que hablaba Isaías debía ser el infligido por él a los enemigos de Israel. Otros consideraban al Siervo como alguien que habría de sufrir, lo que implicaba—inevitablemente, en su perspectiva—que no podía ser el Mesías.

Jesús parece haber combinado ambas interpretaciones de una manera creativa, y más bien explosiva. El Siervo tendría realeza y sufrimiento a la vez, y sería ... Jesús mismo. Isaías no era en absoluto el único texto en que Jesús se basó para el sentido de su vocación, que sin duda habría sometido a reflexión y sería oración durante un tiempo considerable. No obstante, es sobre todo en la parte central de Isaías donde encontramos la combinación de los temas: la llegada del reino de Dios, la renovación de la creación expresada sobre todo mediante asombrosas curaciones, el poder de la “palabra” de Dios para salvar y restaurar, la victoria definitiva sobre todas las “Babilonias” del mundo y la figura del Siervo mismo, que volvemos a encontrar de manera tan sorprendente en los Evangelios. Así como un oculista nos va probando varias lentes distintas hasta que podemos leer lo que hay en la pantalla, necesitamos tener todos esos temas e imágenes en mente si queremos entender cuál creía Jesús que era el cometido de llamado, y por qué.

Otros muchos judíos del tiempo de Jesús estudiaban las Escrituras con cuidado, perspicacia y atención. Sobran las razones para suponer que Jesús también lo habría hecho, permitiendo que dicho estudio diera forma a su percepción de lo que tenía que hacer. Su tarea, creía él, era llevar la gran historia de Israel a su clímax decisivo. El plan a mayor escala de Dios el Creador—rescatar al mundo del mal y poner por fin todo en orden—se iba a hacer realidad en él. Su muerte, que en cierto sentido podría verse acertadamente como una sentencia totalmente injusta, sería también el momento en el que, como el profeta Isaías había dicho, Jesús iba a ser “traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades” (Is 53:5). El plan de Dios para rescatar al mundo del mal se

realizaría provocando lo peor del mal contra su Siervo —o sea, contra el propio Jesús—, agotando así su poder.

Templo, cena y cruz

Las cosas llegaban a su punto crítico cuando Jesús, con sus discípulos y una creciente multitud, llegó a Jerusalén para la última Pascua. La elección de esa festividad no fue accidental. Jesús estaba tan al tanto como cualquiera del poder simbólico de las antiguas historias de la Escritura. La totalidad de su visión era que Dios actuase en un gran “éxodo” final, rescatando a Israel y al mundo de las “Babilonias” que los habían esclavizado, y los llevara a una nueva Tierra Prometida, esa nueva creación para la cual sus sanidades habían servido como postes señalizadores.

Pero, para sorpresa de muchos en Jerusalén, a su llegada no dirigió sus ataques contra las tropas romanas, sino contra el templo mismo. Declaró que estaba corrompido (una cuestión en la que muchos de sus contemporáneos judíos habrían coincidido) y realizó uno de sus hechos simbólicos más importantes volcando las mesas y, durante un breve pero intenso tiempo, impidiendo su actividad normal (la ofrenda continua de sacrificios). El remolino de argumentos que siguió da buena cuenta de lo que tenía en mente: no era una operación de limpieza, sino una señal de que el propio templo estaba bajo juicio divino. Jesús estaba desafiando, en el nombre del Dios de Israel, al lugar mismo en el que se suponía que Dios vivía y trataba con su pueblo. Como en muchas de sus acciones simbólicas, Jesús respaldó esto con enseñanza detallada que establecía la misma cuestión: Dios iba a destruir la ciudad y el templo, y no iba a vindicar a la nación judía en su totalidad, sino a Jesús y a sus seguidores.

Indudablemente, conocía el previsible resultado, y hasta podría haber evitado el arresto, si lo hubiese querido. En lugar de ello, reunió a sus doce discípulos para una comida final, con toda probabilidad algún tipo de cena pascual, a la que dio una nueva y sorprendente interpretación simbólica.

Todas las festividades judías estaban llenas de significado, y la Pascua era la más relevante. La celebración implica la impresionante repetición del Éxodo, recordar a todos el tiempo en que fue derrotada la tiranía pagana, cuando Israel fue liberado, y Dios actuó con poder para salvar a su pueblo. Celebrar la Pascua siempre conlleva, hasta hoy, la esperanza de que Dios lo volverá a hacer. La novedosa interpretación que Jesús dio de la Pascua, representada en hechos más que en teoría abstracta, hablaba de la llegada inminente de ese futuro en el presente. Dios iba a actuar para traer el reino, pero en una forma que ninguno de los seguidores de Jesús (pese a sus intentos de explicárselo) había previsto. Iba a pelear la batalla mesiánica ... y a perderla. El verdadero enemigo, después de todo, no era Roma, sino los poderes del mal subyacentes tras la arrogancia y la violencia de los hombres; los poderes del mal con los que los dirigentes de Israel habían confabulado. Había llegado el momento en que el mal que había venido pisando los talones a Jesús a lo largo de su ministerio—los escandalosos maníacos, los conspiradores herodianos, los criticones fariseos, los maquinadores jefes sacerdotales, el traidor de entre sus discípulos, las susurrantes voces de su propia alma—se unieran en una gran ola de maldad que se estrellaría con toda su fuerza contra su cabeza.

Así pues, se refirió al pan de la Pascua como su propio cuerpo que había de ser entregado por sus amigos, cuando él cargase sobre sí mismo todo el peso del mal para que no tuviesen que soportarlo ellos. Dijo que la copa de la Pascua contenía su propia sangre que, como la de los sacrificios en el templo, se derramaría para establecer el pacto; pero esta vez era el *nuevo* del que hablaba Jeremías. Había llegado ya la hora en la que, por fin, Dios iba a rescatar a su pueblo, y al mundo entero, no ya de unos simples enemigos políticos, sino del mal mismo, del pecado que los había esclavizado. Su muerte conseguiría lo que el templo, con su sistema de sacrificios, había señalado sin llegar a

cumplirlo nunca realmente. Al encontrarse con el destino que se le venía encima, *Jesús* iba a ser el lugar en que se encontrasen el cielo y la tierra, cuando quedase suspendido entre ambos. Sería el sitio en el que el futuro de Dios llegase al presente, la celebración del triunfo del reino de Dios sobre los reinos del mundo mediante el rechazo a unirse a su espiral de violencia. Él iba a amar a sus enemigos, a poner la otra mejilla, a caminar la segunda milla. Por último, representaría su propia interpretación de las antiguas profecías que hablaban de él como el Mesías sufriente.

Las horas siguientes fueron trágicas y brutales. En el huerto de Getsemaní, Jesús luchó en oración sintiendo cómo la oscuridad se desplomaba sobre él mientras esperaba el arresto. Los principales de los sacerdotes hicieron lo que cabía esperar: pusieron en marcha un proceso rápido, semilegal, con el que acusarle de declaraciones sediciosas contra el templo y, en definitiva, de blasfemia. Esta acusación se tradujo convenientemente para beneficio del gobernador romano en un cargo de sedición contra Roma. El gobernador era débil e indeciso; los sacerdotes, manipuladores. Jesús era conducido a la muerte bajo cargos de los que era inocente —rebelión contra Roma—, de los que, sin embargo, muchos de sus contemporáneos sí eran culpables, al menos en intención. Barrabás, un líder rebelde, quedó libre en su lugar. Un centurión, contemplando a su enésima víctima, vio y oyó algo que no se esperaba y musitó que tal vez ese hombre *era* después de todo el Hijo de Dios.

El significado del relato se encuentra en cada detalle, así como en el conjunto de la narración. El dolor y las lágrimas de todos los años se reunieron en el Calvario. La pena del cielo se juntó con la angustia de la tierra; el amor per-donador almacenado en el futuro de Dios se derramó en el presente; las voces que resonaban en millones de corazones humanos, clamando justicia, en un anhelo de espiritualidad, ávidos de relacionarse, hambrientos de belleza, se reunieron en un grito final de desolación.

Nada, en toda la historia del paganismo, se aproxima en lo más mínimo a esta combinación de evento, intención y significado. El judaísmo no les había preparado en absoluto para esto, salvo en las desconcertantes y opacas profecías. La muerte de Jesús de Nazaret como rey de los judíos, el portador del destino de Israel, el cumplimiento de las promesas de Dios a su pueblo desde la antigüedad, es el despilfarro y el malentendido más estúpidos y absurdos jamás vistos en el mundo, o el punto de apoyo sobre el cual se mueve la palanca de la historia del mundo.

El cristianismo se basa en la creencia de que fue, y es, esto último.

El primer Domingo de Resurrección

Los cristianos creen que tres días después de su ejecución —el domingo, primer día de la semana— Jesús de Nazaret resucitó corporalmente de entre los muertos, dejando tras sí una tumba vacía. Es básicamente por esto por lo que también creen que la muerte de Jesús no fue un trágico accidente o un error, sino la sorprendente victoria de Dios sobre todas las fuerzas del mal.

Resulta sumamente difícil explicar el surgimiento del cristianismo, como fenómeno histórico, sin decir algo consistente acerca de la resurrección de Jesús. Pero antes de llegar a ese punto, deberíamos aclarar un par de cuestiones.

Primero, aquí estamos hablando de resurrección, no resucitación. Incluso en el caso de que los soldados romanos, expertos profesionales en el arte de matar, hubiesen permitido inexplicablemente que bajasen a Jesús de la cruz con vida, y suponiendo que tras una noche de tortura y flagelación y un día de crucifixión, hubiera conseguido sobrevivir y salir de la tumba, no habría podido convencer a nadie de haber pasado *por la muerte y salido al otro lado*. Como mínimo, habría necesitado ayuda para recuperarse en una larga y lenta convalecencia. De algo podemos estar seguros: de haber ocurrido así, nadie habría dicho jamás que Jesús era el Mesías, que el reino de Dios había llegado, que era hora de que una misión contara al mundo que Jesús era su legítimo Señor.

Hace algunos años cobró gran popularidad una teoría, ya ampliamente descreditada, contraria a esta conclusión. Algunos sociólogos sugirieron que los discípulos habían estado sufriendo de “disonancia cognitiva”, fenómeno por el cual las personas que creen algo con fuerza y lo siguen repitiendo con mayor estridencia cuando se enfrentan a evidencias contrarias. Al no saber recibir las señales en contra, se internan cada vez más en la negación, y mantienen su postura de la única manera que pueden: gritándolo con más fuerza e intentando convencer a otros para que se les unan.

Cualquiera que sea la probabilidad de que esto se produzca en otras circunstancias, sencillamente no sirve como explicación válida para el surgimiento de la iglesia. Nadie esperaba que alguien, y mucho menos el Mesías, se levantase de los muertos. Un Mesías crucificado era un Mesías fracasado. Cuando Simeón ben Kosiba fue asesinado por los romanos en el 135 d. C., nadie fue diciendo que, después de todo, él era realmente el Mesías, por mucho que hubiesen querido creer que lo fuera. El reino de Dios era algo que tenía que suceder en la vida real y no en el reino de la fantasía.

Tampoco es cierto que, como algunos escritores se han aficionado a decir, la idea de “resurrección” se encontrara en religiones de todo el antiguo Oriente Próximo. Sí, había “dioses” que morían y resucitaban (dioses del maíz, deidades de la fertilidad y semejantes); pero aun suponiendo que los seguidores de Jesús, tan judíos como eran, conociesen cualquiera de esas tradiciones paganas, ninguno que profesara dichas religiones habría supuesto que pudiera ocurrir de veras a individuos humanos. No. La mejor explicación, con diferencia, para el surgimiento del cristianismo es que Jesús realmente apareció de nuevo, no como un maltrecho y sanguinolento superviviente ni como un fantasma (los relatos son muy claros al respecto), sino como un ser humano vivo, corporalmente.

Pero el cuerpo era un tanto diferente. Llegados a este punto, los relatos evangélicos son distintos de cualquier relato anterior o posterior. En palabras de un importante erudito, parece que los escritores de los Evangelios trataban de explicar algo para lo que no disponían de un vocabulario preciso. El cuerpo resucitado de Jesús compartía muchas de las propiedades de un cuerpo normal (podía hablar, comer y beber, ser tocado, etc.), pero también tenía propiedades distintas. Podía

aparecer, desaparecer, y atravesar puertas cerradas. No había nada en la literatura o la imaginación judías que hubiese preparado a la gente para una descripción semejante. Si los evangelistas hubiesen elaborado algo que cuadrara con una idea preconcebida, con toda seguridad habrían descrito al Jesús resucitado resplandeciente como una estrella. Según Daniel 12:3 (pasaje de gran influencia en el pensamiento judío de la época), así era como los justos aparecerían en la resurrección. Pero no fue así en el caso de Jesús. Su cuerpo parecía haber sido transformado de una manera para la cual no había precedentes ni profecías, de una forma para la que no tenemos un segundo ejemplo.

Este tipo de conclusión siempre resulta frustrante desde un punto de vista científico. Después de todo, la ciencia estudia fenómenos que se pueden repetir en condiciones de laboratorio. Pero la historia no. Los historiadores estudian cosas que sucedieron una vez, tan solo una; aunque haya paralelismos parciales, cada hecho histórico es único. Y el argumento histórico es bastante claro. Repetimos: con diferencia, la mejor explicación de por qué empezó el cristianismo después de la violenta muerte de Jesús es que días después estaba de nuevo vivo, con un cuerpo transformado.

No estoy sugiriendo que este argumento, o cualquier otro, pueda *obligar* a nadie a creer que Jesús se levantó de entre los muertos. Uno siempre tiene la opción de decir: “Bueno, no tengo una explicación mejor para el surgimiento del cristianismo; pero, como sé que las personas nunca resucitan ni podrían hacerlo, tiene que haber alguna otra explicación”. Es una postura perfectamente lógica. Por supuesto, el problema surge al creer en que Jesús resucitó de los muertos, porque implica, como mínimo, dejar en suspenso el juicio sobre materias que normalmente se consideran fijas e inalterables; o bien, para expresarlo de forma más positiva, exige que reemplacemos una cosmovisión que nos dice que tales cosas no pueden ocurrir por otra que adopta la idea de un Dios creador, que se dio a conocer inicialmente en las tradiciones de Israel y después en Jesús de manera plena y final, y que afirma que la resurrección de este tiene todo sentido cuando se considera desde ese punto de vista. No se puede forzar la fe, pero se puede desafiar la falta de la misma. Así ha sido siempre, desde el primer momento en que las personas dieron testimonio de la resurrección de Jesús.

De hecho, existen paralelismos parciales con este tipo de asunto precisamente en el mundo de la ciencia contemporánea. Por lo general, los científicos nos piden que creamos cosas que nos parecen extrañas e incluso ilógicas, sobre todo en las áreas de la Astrofísica o de la Mecánica Cuántica. Con algo tan básico como la luz, por ejemplo, se ven empujados a hablar en términos de ondas y de partículas, aunque parezcan incompatibles. A veces, para que cobren sentido las evidencias reales que tenemos delante, tenemos que dar una nueva forma a nuestra cosmovisión, a nuestro sentido de lo que es posible. Las evidencias sobre el Domingo de Resurrección exigen algo similar.

Pero ¿qué quiere decir todo esto? Aquí, las recientes generaciones de cristianos occidentales han dado un drástico giro equivocado. Rodeados por un mundo cada vez más secularizado, con la negación de que haya vida más allá de la tumba, muchos cristianos se han aferrado a la resurrección de Jesús como la señal de que realmente hay “vida después de la muerte”. Esto tiende a confundir las cosas. La resurrección no es una elegante manera de decir “vamos al cielo al morir”. No se trata de “vida después de la muerte” como tal. Más bien es una forma de referirse a estar corporalmente vivo *después* de un periodo en que se ha estado corporalmente muerto. La resurrección es una *segunda fase* en la vida post mórtem: “vida *después* de la ‘vida después de la muerte’”. Si algo “demuestra” la resurrección de Jesús acerca de lo que sucede a las personas después de morir, es eso. Pero es interesante ver que ninguno de los relatos de la resurrección en los Evangelios o en el libro titulado Hechos de los Apóstoles (conocido más coloquialmente como Hechos) afirma que ese acontecimiento demuestre la existencia de algún tipo de vida después de la muerte. Declaran más bien que: “Si Jesús ha sido resucitado, significa que el nuevo mundo de Dios, el reino de Dios, ha

llegado realmente; y esto significa que tenemos una tarea por hacer. El mundo tiene que oír lo que el Dios de Israel, el Dios creador, ha llevado a cabo mediante su Mesías”.

Algunos han llegado más lejos en el camino de la confusión. Han intentado hacer que encajen los acontecimientos del Domingo de Resurrección en una versión de la perspectiva que he esbozado como Segunda Opción (es decir, la visión de Dios y del mundo según la cual ambos son, por lo general, polos opuestos). En esta perspectiva, el Dios que suele estar en algún lugar totalmente externo, separado de nuestro mundo, a veces se adentra en el mismo y realiza hechos espectaculares que deberían considerarse (en dicha perspectiva) como intervenciones en el curso ordinario de los acontecimientos. Este es el significado actual de los términos “milagro” y “sobrenatural” para la mayoría. La interpretación de la resurrección de Jesús en esta línea (“el mayor milagro”) ha hecho que otros respondan que todo esto está muy bien para Jesús, pero ¿qué pasa con los demás? Si Dios puede hacer esos “trucos”, ¿por qué no intervino y detuvo el Holocausto o Hiroshima?

La respuesta es que, sencillamente, la resurrección de Jesús—como en realidad cualquier otra cosa acerca de él—no encaja en la Segunda Opción. De hecho, tampoco se ajusta a la Primera, aunque he visto intentos de convertir a Jesús en una simple manifestación de procesos “naturales”. Si el Domingo de Resurrección tiene algo de sentido, ha de ser dentro de algo mucho más parecido a la cosmovisión judía clásica que he esbozado en la Tercera Opción: el cielo y la tierra no son la misma cosa ni están abismalmente separados, sino que se traslapan e interconectan de modo misterioso en múltiples maneras; y el Dios que hizo los cielos y la tierra está activo desde dentro del mundo y, a la vez, desde fuera, compartiendo su dolor; en realidad, tomando todo el peso de ese dolor sobre sus hombros. Desde este punto de vista, como siempre han enfatizado las iglesias ortodoxas orientales, cuando Jesús resucitó, de la tumba surgió la nueva creación de Dios en su totalidad, dando entrada a un mundo lleno de nuevo potencial y posibilidades. De hecho, precisamente porque parte de esas nuevas posibilidades son para que los seres humanos mismos sean revividos y renovados, la resurrección de Jesús no nos deja como espectadores pasivos y desvalidos. Nos encontramos levantados, puestos en pie, con nuevo aire en los pulmones, comisionados para ir y hacer que se produzca la nueva creación en el mundo.

Esta es, ciertamente, la interpretación de la resurrección que mejor encaja con la visión de la vida y la obra de Jesús que he presentado. Si Israel había sido llamado a ser el pueblo a través del cual el Dios único rescataría a su amada creación; si Jesús creía que, como Mesías de Dios, tenía que asumir el llamamiento de Israel; y si realmente es verdad que al ir a la muerte llevó sobre sí, y en cierto sentido vació, el peso completo del mal del mundo, entonces está claro que, por supuesto, nos espera una tarea que cumplir. Es el momento de interpretar la música que él escribió. Los primeros discípulos lo vieron con claridad y se pusieron en marcha. Cuando Jesús salió de la tumba, con él salieron también la justicia, la espiritualidad, el relacionarse y la belleza. Algo había sucedido en y a través de Jesús, y el resultado convirtió el mundo en un lugar diferente, en el que el cielo y la tierra se han unido para siempre. El futuro de Dios ha arribado en el presente. En lugar de meros ecos, oímos la voz en sí: una voz que habla de rescate del mal y de la muerte, y, por tanto, de una nueva creación.

Jesús y la “Divinidad”

Nunca imaginaron los primeros cristianos, aquellos que habían seguido a Jesús durante su breve ministerio público, que un Mesías pudiese ser *divino*. Hoy, parte de nuestro problema es que la gente usa la palabra “Cristo” como simple nombre propio (“Jesús Cristo”) o bien como título “divino” en sí mismo. De igual modo, la expresión “Hijo de Dios” se suele mencionar como si solo significase “la segunda persona de la divina Trinidad”. Ese no era su significado, al menos hasta que los primeros cristianos empezaron a darle un nuevo sentido que apuntaba en esa dirección. En aquella época solo era un epíteto más para el Mesías. La Biblia se había referido al rey venidero como hijo adoptivo de yhwh. Sin duda, una categoría superior para un ser humano; pero no se tenía la idea de que tal rey fuese la mismísima *encarnación* del Dios de Israel.

No obstante, desde los primeros días del cristianismo encontramos un cambio asombroso para el que, una vez más, no había nada en las tradiciones judías de entonces que sirviera de preparación a los seguidores de Jesús. Ellos se mantenían con firmeza en el monoteísmo judío; sin embargo, desde sus mismos inicios, afirmaban que Jesús era realmente divino. Cuando se referían a él usaban las mismas categorías que los judíos de los siglos precedentes habían desarrollado para hablar de la presencia y acción del Dios único y verdadero en el mundo: Presencia (en el templo), Torá, Verbo, Sabiduría y Espíritu. Dijeron que era la encarnación única del Dios de Israel; que ante su nombre se doblaría toda rodilla, en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; que él era el único por medio de quien habían sido hechas todas las cosas y a través de quien ahora serían rehechas todas las cosas; que era el Verbo viviente, encarnado, de Dios; que tenía, por así decirlo, la deidad de Dios sellada tan profundamente en su persona que pasaba a través de él. Los primeros cristianos no tenían intención de apartarse del monoteísmo de estilo judío. Seguramente insistían en que estaban buscando su verdadero significado.

Y todo esto no lo afirmaron tres o cuatro siglos después, tras un largo periodo de reflexión y desarrollo, en un punto en que se pudiera concebir que hubiese sido social o políticamente deseable afirmarlo. Lo dijeron antes de que pasara una sola generación, y lo afirmaron pese a lo chocante que resultaba para la sensibilidad religiosa tanto de judíos como de paganos. Es más, lo aseveraron aun cuando significaba un enfrentamiento directo con las pretensiones de Roma. Después de todo, César era “hijo de Dios”; era el “señor del mundo”; su reino era todopoderoso y a su nombre había de doblarse toda rodilla. La valoración que los primeros cristianos hacían de Jesús como el lugar en el que cielo y tierra se encontraban, el sustituto del templo, la encarnación del Dios vivo, resultaba todo lo socialmente provocador y teológicamente innovador posible.

Y, sin embargo, lo afirmaban. Y, al hacerlo, reflexionaban y meditaban en lo que recordaban de Jesús mismo, sobre todo aquellos indicios en los que se veía que él ya creía eso de sí mismo.

Llegados a este punto, muchos cristianos vuelven a tomar una dirección errónea. Han hablado de que, mientras vivió, Jesús fue “consciente” de su “divinidad” (consciente en un sentido que le convertía de manera instantánea, casi fortuita, en poseedor de tal conocimiento sobre sí mismo que hechos como su agonía en el huerto de Getsemaní parecen bastante inexplicables). En otro lugar he argumentado, sin ánimo de menguar la plena encarnación de Jesús y con el fin de explorar su dimensión más profunda, que Jesús era consciente de un llamamiento, una vocación, para hacer y ser algo que, según las Escrituras, solo el Dios de Israel consigue. Esto, según creo, es lo que significa referirse a Jesús como verdaderamente divino y humano a la vez. Cuando recordamos que los hombres fueron hechos a imagen de Dios, nos damos cuenta de que no se trata de un error categorial,

sino del cumplimiento final del propósito de la creación misma.

Por ello, cuando Jesús fue por última vez a Jerusalén, contó historias acerca de un rey (o un señor) que se iba y con el tiempo regresaba para ver cómo se comportaban sus súbditos o sus siervos. Jesús estaba hablando del propio yhwh, que había dejado a Israel en el tiempo del exilio y regresaba al fin para juzgar y salvar. Pero, aunque Jesús habla de la venida de yhwh a Jerusalén, quien llega es él, montado sobre un asno camino a la ciudad, asumiendo la autoridad sobre el templo, declarándole al sumo sacerdote que se iba a sentar a la derecha del Todopoderoso, y entregando su propia carne y sangre por los pecados del mundo. Cuanto más nos acercamos a la cruz, más clara es la respuesta a la pregunta: “¿Quién pensaba Jesús que era?”.

Tenía que haber sabido que tal vez estuviese loco. Jesús era lo bastante listo como para ser consciente de la posibilidad del engaño. Pero —y esto es lo más misterioso— recibió sostén, no solo de su lectura de la Escritura, en la que encontró con tanta claridad las líneas de su vocación, sino también por su vida de íntima oración con aquel a quien llamaba *Abba*, Padre. De algún modo, Jesús oraba al Padre y *al mismo tiempo* asumía un rol que, en las antiguas profecías, se reservaba a yhwh: rescatar a Israel y al mundo. Fue obediente al Padre y, a la vez, hizo lo que únicamente Dios podía hacer.

¿Cómo podemos encontrarle sentido a esto? No creo que Jesús “supiera que era divino” del mismo modo en que nosotros sabemos si tenemos calor o frío, estamos contentos o tristes, somos varón o mujer. Era más bien el tipo de “conocimiento” que asociamos a la vocación, cuando las personas *saben*, en lo más profundo de su ser, que han sido llamadas a ser artistas, mecánicos o filósofos. Al parecer, en el caso de Jesús fue un profundo “conocimiento” de esa clase, una fuerte y consumidora creencia en que el Dios de Israel era más misterioso de lo que la mayoría había supuesto; que dentro de la propia esencia de este Dios había un dar y recibir, un ir y venir, de amor dado y recibido. Jesús parece haber creído que él, el profeta completamente humano de Nazaret, era una de las partes en el intercambio. En obediencia al Padre fue llamado a seguir hasta el final con el proyecto al que se entregaría ese amor de una forma libre y plena.

Esto nos ha traído a los límites del lenguaje, y de la teología. Pero la conclusión a la que he llegado como historiador es que este análisis explica mejor por qué Jesús hizo lo que hizo y por qué sus seguidores llegaron a creer y a actuar como lo hicieron poco tiempo después de su muerte y resurrección. Y la conclusión a la que llego como cristiano es que esta manera de entender a Jesús y el papel que desempeñó explica, a su vez, por qué yo y millones de personas más hemos descubierto que Jesús está personalmente activo y presente en el mundo y en nuestras vidas, y que es nuestro rescatador y nuestro Señor.

El aliento de vida de Dios

Acabo de abrir la ventana de par en par en una espléndida mañana de primavera. En la distancia se oye el crepitar de la fogata de un granjero que se está deshaciendo de la broza del invierno. Cerca del camino que conduce a la playa, una alondra revolotea sobre su nido. La sensación de que la creación se está quitando de encima su envoltura invernal y se prepara para un estallido de nueva vida embarga el ambiente.

Todas estas imágenes (que, por cierto, no he maquillado en absoluto) las usaban los primeros cristianos para describir algo tan extraño como la historia de Jesús, pero tan real como sus propias vidas. Hablaban de un viento recio que llenó la casa y entró en ellos; de lenguas de fuego asentadas sobre ellos y transformándolos. Tomaron del antiguo relato de la creación la imagen de un ave que volaba sobre la faz de las aguas del caos, dando a luz a un nuevo mundo de orden y vida.

¿De qué otro modo podemos explicar lo inexplicable, si no es con una ráfaga de imágenes del mundo que conocemos?

Había algo que explicar, de acuerdo. Los seguidores de Jesús estaban, desde luego, tan desconcertados con su resurrección como lo habían estado con muchas de las cosas que él les había estado diciendo. No estaban seguros de lo que se esperaba que hicieran a continuación. No tenían claro que *Dios* fuera a dar el siguiente paso. En cierto momento, volvieron a su actividad de pesca. En otro instante—la última ocasión que vieron a Jesús antes de que desapareciera de su vista definitivamente—, volvieron a preguntarle si todas esas cosas extrañas que estaban sucediendo significaban que el viejo sueño de Israel se haría realidad, después de todo. Preguntaban si había llegado el tiempo en que Israel recibiera el reino, y sería al fin liberado en el sentido en que ellos y sus contemporáneos habían estado esperando.

Como tantas otras veces, Jesús no respondía de forma directa a sus preguntas. Muchas de las preguntas que le hacemos a Dios **no pueden** ser contestadas directamente; no porque Dios desconozca las respuestas, sino porque nuestras preguntas carecen de sentido. Como señaló C. S. Lewis, muchas de nuestras preguntas son, desde el punto de vista de Dios, como si preguntáramos: “El color amarillo, ¿es cuadrado o redondo?” o “¿cuántas horas hay en un kilómetro?”. Jesús pospone amablemente la cuestión: “No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre—les contestó Jesús—. Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1:7-8).

El Espíritu Santo y la tarea de la iglesia; ambos van de la mano. No podemos mencionarlos por separado. A pesar de lo que usted opine sobre algunos emocionalismos de la generación anterior en cuanto a nuevas experiencias espirituales, Dios no da a las personas el Espíritu Santo para que gocen del equivalente espiritual a un día en Disneylandia. Si se encuentra usted abatido y melancólico, el fresco viento del Espíritu de Dios puede y suele, indudablemente, darle una nueva perspectiva de todas las cosas y, por encima de todo, concede una sensación de la presencia, el amor, el consuelo e incluso el gozo de Dios. Pero la función del Espíritu es capacitar a los que siguen a Jesús para que lleven al mundo las nuevas de que él es el Señor, que ha vencido sobre las fuerzas del mal, que se ha

inaugurado un nuevo mundo y que hemos de contribuir a que se produzca.

Del mismo modo, tampoco se puede intentar emprender la tarea de la iglesia sin el Espíritu. Algunas veces he oído hablar a cristianos como si, después de haber hecho lo que hizo en Jesús, Dios quisiera ahora que nosotros cumpliéramos con nuestra parte llevando adelante las cosas con nuestras propias fuerzas. Pero esto es una trágica equivocación. Conduce a la arrogancia, a la frustración, o a ambas. Sin el Espíritu de Dios, no podemos hacer nada que cuente para el reino de Dios; sencillamente, sin él, la iglesia no puede ser la iglesia.

Utilizo la palabra “iglesia” con el corazón algo apesadumbrado. Sé que para muchos de mis lectores esa mera palabra conlleva las connotaciones de enormes y oscuros edificios, pomposas proclamas religiosas, falsa solemnidad y rancia hipocresía. Pero no existe una alternativa sencilla al término. Yo también percibo el peso de esa imagen negativa. Desde mi profesión, lucho contra ello todo el tiempo.

Pero esa palabra tiene otra cara, una que muestra todos los signos del viento y el fuego, del ave que incuba y trae nueva vida sobre las aguas. Para muchos, “iglesia” significa exactamente lo opuesto a esa imagen negativa. Es un lugar de acogida y risas, de sanidad y esperanza, de amigos y familia, de justicia y vida nueva; donde los sin techo acuden a por un plato de sopa y donde los ancianos pasan un rato de charla; donde un grupo trabaja para ayudar a los drogadictos y otro hace campaña por la justicia global; donde usted encontrará a personas que aprenden a orar, descubren la fe, luchan con las tentaciones, encuentran nuevo propósito y entran en contacto con un nuevo poder para llevar a cabo ese propósito; donde las personas traen su propia fe, pequeña, y descubren, al reunirse con otros para adorar al Dios único y verdadero, que el todo llega a ser mayor que la suma de las partes. Ninguna iglesia es así todo el tiempo. Pero un destacado número de iglesias es en parte así, durante bastante tiempo.

Tampoco hemos de olvidar que fue la iglesia sudafricana la que trabajó, oró, sufrió y luchó para que, cuando se produjo el cambio principal y el *apartheid* quedó eliminado para dar paso a una nueva libertad en el país, ocurriera sin el derramamiento generalizado de sangre que todos esperábamos. Fue la iglesia la que se mantuvo con vida en medio de la antigua Europa del este comunista y, al final, con procesiones de velas y cruces dejó claro que ya bastaba. Es la iglesia la que, pese a todos sus disparates y errores, está ahí cuando hace falta en hospitales, escuelas, prisiones y muchos otros lugares. Yo optaría mejor por rehabilitar la palabra “iglesia”, en lugar de mencionarla con rodeos e interminables frases como “la familia del pueblo de Dios”, “todos los que creen en Jesús y le siguen” o “el conjunto de los que, en el poder del Espíritu, están trayendo a la vida la nueva creación de Dios”. Pero incluyo todos esos significados cuando digo “iglesia”.

El viento y el fuego, el ave que cuida de su nido, son imágenes dadas para capacitar a la iglesia a *ser* la iglesia. En otras palabras, para facultar al pueblo de Dios a *ser* el pueblo de Dios. Esto tiene un efecto espectacular y sorprendente. El Espíritu se da para que nosotros, corrientes mortales, podamos llegar a ser en cierta medida lo que Jesús mismo era: parte del futuro de Dios arribando al puerto del presente; un lugar en el que se encuentran el cielo y la tierra; los medios del reino de Dios en avance. De hecho, el Espíritu se da para que la iglesia pueda compartir la vida y la obra constante de Jesús mismo, ahora que él ha entrado en la dimensión de Dios, el cielo. La “ascensión” trata precisamente de eso: Jesús sigue adelante y entra en la esfera de Dios, hasta el día en que el cielo y la tierra lleguen a ser uno y él vuelva a estar presente de manera personal en el nuevo conjunto de cielo y tierra.

Cada uno de estos puntos merece ser examinado un poco más a fondo.

El Espíritu de Dios y el futuro de Dios

El Espíritu se da para empezar la obra de materializar el futuro de Dios en el presente. Este es el punto primero, y quizás el más importante, que nos hace entender la obra de este extraño poder personal para el que se emplean tantas imágenes. Así como la resurrección de Jesús inauguró el inesperado mundo de la nueva creación de Dios, el Espíritu viene a nosotros desde ese nuevo mundo que espera nacer y en el cual, de acuerdo con los antiguos profetas, florecerán la paz y la justicia y yacerán juntos el lobo y el cordero. Un elemento clave de vivir como cristianos es aprender a vivir según la vida y las reglas del mundo futuro de Dios, aunque sigamos viviendo en este (al que Pablo llama “este mundo malvado” y Jesús menciona como “generación incrédula y perversa”).

Por esto San Pablo, nuestro primer escritor cristiano, cuando habla del Espíritu como la *garantía* del *pago anticipado* de lo que ha de venir, el término griego que usa es *arrabon*, que en la lengua moderna se refiere a un anillo de compromiso, una señal presente de lo que llegará en el futuro.

Pablo se refiere al Espíritu como la garantía de nuestra “herencia” (Ef 1:4). No se limita a usar una imagen tomada de las transacciones humanas mediante las cuales, a la muerte de alguien, otro hereda sus riquezas: una “herencia” de la que uno tal vez pueda recibir un anticipo, un primer plazo inicial. Tampoco está hablando sencillamente de nuestro “ir al cielo”, como muchos cristianos han supuesto, como si la dicha celestial fuera la plena “herencia” que Dios tiene en mente para nosotros. No, Pablo se inspira en un tema bíblico central y le da una nueva dirección sorprendente. Entender esto es ver por qué se da, en primer lugar, el Espíritu y quién es en realidad.

Cuando Pablo habla de la “herencia” venidera, de la concesión del Espíritu como paga y señal, se está basando en nuestro viejo amigo, el relato del Éxodo, en el que Israel escapa de Egipto y sale hacia la Tierra Prometida. Canaán, el lugar que ahora llamamos Tierra Santa, fue su primera “herencia” prometida, el lugar donde iban a vivir como “pueblo de Dios”. Si mantenían su parte del pacto, sería allí donde Dios viviría con ellos, y ellos con Dios. Como anticipo de esa promesa y medio por el cual guiarlos a tomar posesión de esa herencia, Dios los acompañó en el camino, como una extraña y santa Presencia que los guiaba, dirigía su deambular, y se dolía por sus rebeliones.

Así, cuando Pablo habla del Espíritu como aquello que “garantiza nuestra herencia”, está evocando, como el mismo Jesús había hecho, toda la tradición del Éxodo, el relato que empezó con la Pascua y terminó en la Tierra Prometida. Está diciendo, en efecto, que ustedes son ahora el pueblo del verdadero éxodo y van de camino a su herencia.

Pero, si esa “herencia” no es un cielo incorpóreo, tampoco es simplemente un pequeño país entre los demás. *El mundo entero es ahora la tierra santa de Dios*. De momento, el mundo se presenta como un lugar de sufrimiento y dolor, así como de poder y belleza. Pero Dios lo está reclamando. De eso trataba la muerte y resurrección de Jesús. Y somos llamados a ser parte de esa reclamación. Un día, toda la creación será rescatada de la esclavitud, de la corrupción, de la descomposición y la muerte que desfigura su belleza, destruye sus relaciones, le quita el sentir de la presencia de Dios y la convierte en un lugar de injusticia, violencia y brutalidad. Este es el mensaje de rescate, de “salvación”, existente en el corazón de uno de los mayores capítulos jamás escritos por Pablo, el octavo de su Epístola a los Romanos.

¿Qué significa, pues, decir que este futuro ha empezado a llegar en el presente? Lo que Pablo quiere decir es que los que siguen a Jesús, los que creen realmente que él es el verdadero Señor del mundo, que resucitó de los muertos, han recibido el Espíritu Santo como anticipo de lo que será ese nuevo mundo. Si alguno está “en el Mesías” (una de las formas favoritas de Pablo para describir a

los que pertenecen a Jesús), lo que tienen y lo que son es ... ¡nueva creación (2Co 5:17)! Su propio yo humano, su personalidad, su cuerpo, está siendo reclamado, así que, en vez de ser una simple parte de la vieja creación, que es un lugar de lamento e injusticia y, en definitiva, la desgracia de la muerte misma, usted puede ser parte de la nueva creación por anticipado y el medio por el cual ella empieza a producirse aquí y ahora.

¿Qué nos dice esto acerca del Espíritu Santo? Nos dice que juega el mismo papel en nuestro peregrinaje de la Pascua a la Tierra Prometida—en otras palabras, de la resurrección de Jesús al momento final en que la creación será renovada—que representó en la antigua historia la columna de nube y fuego. El Espíritu es la extraña y personal presencia del mismísimo Dios viviente que conduce, guía, advierte, reprende, lamenta nuestros fallos y celebra nuestros pequeños pasos hacia la verdadera herencia.

Pero, si el Espíritu es la presencia personal de Dios mismo, ¿qué dice esto acerca de nosotros como cristianos? Una vez más, dejemos la respuesta a Pablo. Ustedes—dice él—, son el templo del Dios vivo.

El Espíritu de Dios entre el cielo y la tierra

Si el Espíritu es el que trae el futuro de Dios al presente, también es el que une el cielo y la tierra. Volvemos de nuevo a la Tercera Opción. Será mejor que recordemos cómo funciona.

La Primera Opción, como recordará, es considerar cielo y tierra como básicamente coincidentes. Es una manera de decir que existe un poder, fuerza o presencia divina en y con todo lo que existe, incluidos nosotros. En esto consiste el panteísmo. Es una buena manera de reconocer que, en el mundo que conocemos, nada está libre del aroma de divinidad, pero va más allá y concluye que eso es *todo*, y que la divinidad no es más que la suma total del sabor divino que encontramos en la tierra, los ríos, los animales, las estrellas y en nosotros. El panteísmo concede que hay una mayor parte de Dios, pero sigue manteniendo que toda la creación está impregnada de la presencia de Dios.

Dentro de este esquema parece fácil hablar del Espíritu de Dios en acción dentro de nosotros. El panteísta piensa, por supuesto: si algo a lo que llamamos “Dios” está dentro de todas las cosas, hablar del Espíritu de Dios no es más que otra forma de decir lo mismo. Esto suena bien y hasta “democrático” en nuestro mundo moderno. No nos gusta pensar que Dios pudiera estar de una forma más particular en y con algunas personas o lugares que otros; esto ofende nuestras sensibilidades occidentales post Ilustración.

Recuerdo muy bien al primer panteísta al con el que me encontré, una chica a la que conocí mientras hacía autostop en medio de la Columbia británica, en el verano de 1968. “Claro que Jesús es divino —dijo— (no recuerdo cómo empezó la conversación; debió notar que yo era cristiano.), pero yo también lo soy, como todo. También mi conejito mascota”.

Bueno, yo no tengo nada en contra de los conejos mascotas (salvo que, en mi vecindario, sus dueños suelen dejar que otras personas —o sea, yo— limpiemos sus desechos). Pero —y esto es, sin duda, la razón por la que su respuesta se grabó en mi mente— afirmar que el Espíritu de Dios está en y con un conejo, *en el mismo sentido* en que el Espíritu de Dios estaba en y con Jesús, me sonó (y me sigue sonando), absurdo. Ese es el problema del panteísmo. Te deja donde estás. Ya tienes todo lo que hay. No solo no hay solución para el mal, sino que no existe futuro más allá de donde ahora estamos. Si la primera opción es verdad, Jesús fue en realidad un fanático engañado.

A primera vista, la Segunda Opción puede parecer tener algo más de potencial para entender la idea del fresco y estremecedor viento de Dios. Sugiere que su esfera y la nuestra son lugares marcadamente diferentes. ¡Qué maravilloso, emocionante y espectacular, pensar en un poder que viene desde el lejano mundo de Dios hasta el nuestro—hasta nosotros—, hasta mí! Aquí es donde el lenguaje referente a lo “natural” y lo “sobrenatural” ha jugado un papel clave para mucha gente de nuestro mundo. Ellos suponen que todo lo de nuestra esfera es “natural”, se puede explicar mediante las leyes normales de la naturaleza, la física, la historia, etc., y que todo lo que se halla en la esfera de Dios es “sobrenatural”, es “otra cosa” completamente distinta de nuestra experiencia ordinaria. (Sé que las palabras “natural” y “sobrenatural” poseen una historia más extensa e interesante de lo que pueda implicar esta última frase, pero estoy hablando del modo en que se suele usar estas palabras hoy día). Por esta razón, las personas que han adoptado una cosmovisión del tipo de la segunda opción, no han buscado evidencias de la presencia y la obra del Espíritu Santo en el tranquilo crecimiento de la sabiduría moral ni en una vida estable y poco espectacular de abnegado servicio, sino en vistosos acontecimientos “sobrenaturales” como hablar en lenguas, conversiones maravillosas, etc.

Ruego tengan en consideración lo siguiente: No estoy negando que se produzcan sanidades y que se

hable en lenguas, o que no tengan importancia. Se producen, y la tienen. No estoy desmintiendo que, en ocasiones, Dios convierta a las personas de manera repentina, espectacular y maravillosa. Sí lo hace. Lo que *estoy* diciendo es que la Segunda Opción establece un paradigma erróneo para entender lo que sucede. Excluye, en particular, ese sentido de la presencia y del poder de Dios que existe verdaderamente dentro del mundo “natural”.

Ninguna de las dos opciones funcionará como paradigma para la comprensión de lo que el Nuevo Testamento declara acerca del Espíritu. Por tanto, necesitamos la Tercera Opción. De alguna manera, la dimensión de Dios y la nuestra—el cielo y la tierra—se traslapan e interrelacionan. Todas las preguntas que queremos hacer —¿cómo sucede esto?, ¿quién lo hace?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿por quién?, ¿bajo qué condiciones?, ¿qué aspecto tiene cuando se produce?— siguen siendo en parte misteriosas, y así serán hasta que la creación sea finalmente renovada y ambas dimensiones se junten en una, conforme a su diseño original (y de acuerdo a lo que los cristianos oramos cada día). A estas alturas, la cuestión de hablar sobre el espíritu en la Tercera Opción ya debería estar clara. De no ser así, San Pablo nos lo restregaría en la cara: aquellos en quienes el espíritu de Dios viene a vivir son el nuevo templo de Dios. Tanto individual como colectivamente son lugares donde el cielo y la tierra se encuentran.

La mayor parte de la siguiente sección de este libro estará dedicada a examinar y explicar lo que esto significa en la práctica. Pero hay un par de cosas que debemos decir de inmediato. Primero, la réplica obvia: “¡A mí no me lo parece!”. A la mayoría de nosotros nos resulta difícil imaginar, incluso cuando pensamos en aquellos cristianos que consideramos ejemplos, que sean templos andantes, lugares donde el cielo y la tierra se encuentran. Aún tenemos más dificultades para pensar *en nosotros mismos* de esa manera. Desde luego, nos cuesta mucho contemplar a la iglesia en su totalidad bajo ese prisma, teniendo en cuenta todas las trágicas insensateces que han dañado la historia de cristianismo.

Pero la contrarréplica es igualmente obvia para cualquiera que conozca los escritos de San Pablo. Él pudo ver los fallos de la iglesia, y de los cristianos individuales con la misma claridad que nosotros. En una de las cartas, en la que esos fallos son más embarazosamente evidentes—la primera carta de Pablo a los cristianos en Corinto—es donde él hace esta afirmación. Dirigiéndose a la totalidad de la iglesia les dice: Ustedes, de manera corporativa, son el templo de Dios, y su espíritu habita en ustedes (1 Corintios 3:16). Por eso es tan importante la unidad de la iglesia. Sus cuerpos, les dice a cada uno en particular, son templos del Espíritu Santo que está dentro de ustedes (6:19). De ahí la gran importancia de la santidad del cuerpo, incluida la sexual. Unidad y santidad han sido dos de los principales problemas para la iglesia en la última generación. ¿No será que necesitamos recuperar la estimulante enseñanza de Pablo acerca del Espíritu Santo?

Vivir por el Espíritu

Una vez vislumbramos esta visión del Espíritu Santo que viene a vivir dentro de los seres humanos, y los convierte en templos del Dios viviente—algo que debería hacernos estremecer—también podemos captar el concepto de la obra del Espíritu en otras maneras.

Para empezar, basándonos en el sobrecogedor llamamiento a la santidad que acabamos de señalar, a lo largo de los primeros escritos cristianos percibimos la idea de que aquellos que siguen a Jesús están llamados a cumplir la Ley, es decir, la Torá, la ley judía. Pablo lo dice, Santiago también, y el propio Jesús lo afirma. Ahora bien, existen muchos sentidos en los que los cristianos *no* la observan ni se espera que lo hagan. En el Nuevo Testamento, la epístola a los Hebreos insiste en que la muerte de Jesús pone fin al sistema sacrificial, y, con este, a toda la cuestión del templo. Pablo insiste en que cuando los niños y los hombres paganos creen el evangelio de Jesús y son bautizados, *no* tienen que ser circuncidados. Jesús mismo insinuó firmemente que las leyes alimentarias que habían distinguido a los judíos de sus vecinos paganos tenían que ser dejadas a un lado y optar por una forma diferente de distinguirse, una clase distinta de santidad. Como seguidores de Jesús mismo, los primeros cristianos fueron bastante claros en cuanto a que la observancia del sabbat judío ya no era obligatoria, a pesar de ser uno de los diez mandamientos.

No obstante, siguieron reafirmando la obligación de cumplir la ley, sobre todo en los pasajes referidos al Espíritu. Si uno es guiado por el Espíritu y recibe de él su fuerza, declara Pablo, dejará de hacer todo lo que la Ley prohíbe: asesinato, adulterio, etc. “La mentalidad pecaminosa es enemiga de Dios”—escribe en la carta a los Romanos—pues no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo. Los que viven según la mentalidad pecaminosa no pueden agradar a Dios”. Y, al instante, añade: “Sin embargo, ustedes no viven según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios vive en ustedes” (nótese de nuevo la terminología del templo). El Espíritu dará vida—vida de resurrección—a todos aquellos en los que habita el Espíritu; y hay que aguardar ese momento (de nuevo la terminología de futuro en el presente) en santidad de vida aquí y ahora (Ro 8:7-17). Más adelante, en la misma carta, amplía la explicación: “El amor no perjudica al prójimo. Así que el amor es el cumplimiento de la ley” (13:10).

Una vez más, no se trata de que la Ley sea una guía moral conveniente, antigua y venerable, sino que la Torá, al igual que el templo, *es uno de los lugares donde el cielo y la tierra se encuentran*, de modo que, como algunos maestros judíos habían sugerido, quienes estudian y guardan la Torá son como los que adoran en el templo. Y los primeros cristianos se alientan unos a otros a vivir como puntos de intersección en los que se traslapan el cielo y la tierra. De nuevo, esto suena terriblemente difícil, por no decir llanamente imposible. Pero no podemos esquivarlo. Afortunadamente, el cristianismo normal no debería consistir, en realidad, más que en encontrar la forma de mantener este tipo de vida e incluso crecer en él, como veremos más adelante.

El cumplimiento de la Torá por el Espíritu es uno de los temas principales que subyacen bajo la espectacular descripción, en Hechos 2, del día de Pentecostés. Hasta hoy, es un día que se celebra en el judaísmo como la fiesta de la entrega de la Ley. Primero viene la Pascua, el día en que los

israelitas dejan definitivamente atrás su esclavitud egipcia. Salen atravesando el desierto y, cincuenta días más tarde, llegan al monte Sinaí. Moisés sube a la montaña y baja con la Ley, las tablas del pacto, donde Dios entrega a su pueblo el modelo de vida mediante el cual demostrarán que son realmente su pueblo.

Este es el cuadro que debemos tener en mente al leer Hechos 2. En la Pascua anterior, Jesús había muerto y resucitado, abriendo un camino para salir de la esclavitud, la senda del perdón y un nuevo comienzo para el mundo entero, especialmente para todos los que le siguen. Ahora, pasados cincuenta días, Jesús ha sido llevado al “cielo”, a la dimensión de Dios; pero, igual que Moisés, vuelve a descender para ratificar el pacto renovado y proporcionar una forma de vida no escrita en tablas, sino en los corazones, mediante la cual los seguidores de Jesús pueden demostrar agradecidos que son de veras su pueblo. Esta es la teología de trasfondo que otorga al admirable fenómeno de Pentecostés, tal como lo narra Lucas—el viento, el fuego, las lenguas y la repentina y poderosa proclamación de Jesús a la desconcertada multitud—, su más profundo significado. Aquellos en quienes el Espíritu Santo viene a morar deben ser personas que vivan en la intersección entre el cielo y la tierra.

El Espíritu tampoco cumple con el templo y la Torá únicamente. Recordemos las dos formas adicionales en que, usando el lenguaje del antiguo judaísmo, Dios obraba en el seno del mundo: su palabra y su sabiduría.

Espíritu, palabra y sabiduría

Cuando los primeros cristianos reflexionaron sobre lo que Dios había hecho en Jesús y sobre lo que estaba haciendo en sus propias vidas y obrando por medio del Espíritu, estos dos temas de la palabra y la sabiduría de Dios jugaron un papel vital en su forma de entenderlo.

Cuando los primeros discípulos fueron enviados por Jesús al mundo entero para anunciar que él era el Mesías de Israel y, por tanto, el verdadero Señor del mundo, sabían que su mensaje tendría poco o ningún sentido para la mayoría de sus oyentes. Era una afrenta decir a los judíos que el Mesías de Israel había llegado y que los romanos lo habían crucificado, ¡en parte porque los dirigentes judíos no habían querido aceptarlo! Era una auténtica locura, algo que provocaría risas disimuladas; peor aún sería anunciar a los no judíos que había un único Dios verdadero que pedía cuentas al mundo entero por medio de un hombre a quien había enviado y levantado de los muertos. Sin embargo, los primeros cristianos descubrieron que contar esa historia comportaba un poder que ellos normalmente asociaban con el Espíritu Santo, pero al que solían referirse simplemente como “la palabra”. Nótese estas referencias de Hechos: “Todos fueron llenos del Espíritu Santo, y proclamaban la palabra de Dios sin temor alguno”. “Y la palabra de Dios se difundía”. “Pero la palabra de Dios seguía extendiéndose y difundiéndose”. “Así la palabra del Señor crecía y se difundía con poder arrollador” (Hch 4:31; 6:7; 12:24; 19:20).

Pablo también utilizó esta forma de hablar. “Al oír ustedes la palabra de Dios que les predicamos—escribió—la aceptaron no como palabra humana sino como lo que realmente es, palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes”. Esta es “la palabra de verdad, que es el evangelio que ha llegado hasta ustedes ... dando fruto y creciendo en todo el mundo” (1Ts 2:13; Col 1:5-6). Este último pasaje nos da otra pista en cuanto a que la palabra es tan antigua como nueva: la frase “dando fruto y creciendo” es una alusión directa al lenguaje de la creación de Génesis 1. “Por la palabra del Señor fueron creados los cielos—cantaba el salmista—, y por el soplo de su boca, las estrellas” (Sal 33:6). Sí, respondían los primeros cristianos, y esa misma palabra está ahora obrando por medio de las buenas nuevas, el “evangelio”, el mensaje que declara a Jesús como Señor resucitado. “La palabra está cerca de ti; la tienes en la boca y en el corazón. Ésta es la palabra de fe que predicamos: que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo” (Ro 10:8-9). En otras palabras, cuando anuncias las buenas noticias de que el Jesús resucitado es Señor, esa misma palabra es la palabra de Dios, portadora o intermediaria del Espíritu de Dios, medio por el cual la nueva vida de la dimensión de Dios llega a traer una nueva creación en medio nuestro como Isaías había predicho (Is 40:8; 55:10-13).

Y, por último, también con sabiduría. La Sabiduría (personificada) ya se contemplaba en el pensamiento judío como agente de Dios en la creación, por medio de la cual fue hecho el mundo. Juan, Pablo y la Epístola a los Hebreos se basan en esta idea para referirse a Jesús como aquel por medio de quien Dios hizo el mundo. Pero no se detiene ahí. Pablo, como el libro de Proverbios, va más allá para hablar de esta sabiduría (ya no personificada) como algo accesible a los hombres por medio del poder del Espíritu de Dios. Como en Proverbios, parte de la cuestión sobre la sabiduría es que uno la necesita para vivir una vida plena y genuinamente humana. Nos dice que no es “de este mundo”, o sea, de la forma en que este mundo ve las cosas. No se amolda al tipo de sabiduría que los gobernantes del mundo presente prefieren reconocer. En lugar de ello, “exponemos el misterio de la sabiduría de Dios, una sabiduría que ha estado escondida y que Dios había destinado para nuestra gloria desde la eternidad” (1Co 2:7). Dios nos ha dado acceso a una nueva clase de sabiduría, por

medio del Espíritu.

Todos los tesoros de sabiduría y conocimiento de Dios están escondidos en el propio Mesías. Esto quiere decir que los que pertenecen al Mesías tienen acceso a esta sabiduría, y, por tanto, la oportunidad de crecer hacia una vida cristiana y humana maduras: “A este Cristo proclamamos, aconsejando y enseñando con toda sabiduría a todos los seres humanos, para presentarlos a todos perfectos en él” (Col 1:28; 2:2-3). Asimismo, llegados a este punto, aquellos en quienes mora el Espíritu son llamados a ser el pueblo que vive en y por la intersección del cielo y la tierra.

Por favor, nótese esto: solo los que suscriben la Segunda Opción podrían pensar que alguien tenga “una mente tan celestial que resulte inútil en lo terrenal”. Para la Tercera Opción, la forma de ser verdaderamente útil en esta tierra consiste en tener una forma de pensar genuinamente celestial, y vivir como uno de los lugares donde el cielo y la tierra se traslapan, y uno de los medios por el cual lo hacen

Así es como la iglesia ha de llevar adelante la obra de Jesús. El libro de Hechos dice que en el libro anterior (es decir, el libro que su autor había escrito antes que Hechos, el Evangelio de Lucas) el escritor había descrito “todo lo que Jesús *comenzó* a hacer y enseñar”. La implicación es clara: el relato de la iglesia, guiada y fortalecida por el poder del Espíritu, es la historia de Jesús que sigue obrando y enseñando, a través de su pueblo dirigido por el Espíritu. Una vez más, esta es la razón por la cual oramos que venga el reino de Dios y se haga su voluntad, “en la tierra como en el cielo”.

Hacia la espiritualidad cristiana

Según la fe cristiana, el propio Espíritu de Dios ofrece la respuesta a las cuatro preguntas con las que empezó este libro, en cuanto a nuestro anhelo por la belleza, las relaciones, la espiritualidad y la justicia. Las mencionamos en orden inverso.

Dios ha prometido rehacer la creación por medio de su Espíritu, para que se convierta en aquello que ansía y anhela ser. Toda la belleza del mundo presente será potenciada, ennoblecida, liberada de lo que ahora la corrompe y la deforma. Entonces aparecerá esa mayor belleza de la cual esta que ya conocemos no es más que un mero poste indicador.

A través del Espíritu Dios nos ofrece un nuevo tipo de relación con él y, al mismo tiempo, una nueva clase de conexión con nuestros semejantes y con la creación en su totalidad. La renovación de las vidas humanas por el Espíritu proporciona la energía que puede enmendar y sanar las dañadas y quebradas relaciones humanas.

Mediante el Espíritu, Dios nos concede el don de ser, al fin, lo que en nuestras entrañas sabemos que teníamos que ser: criaturas que viven en las dos dimensiones de su orden creado. La búsqueda de espiritualidad se presenta ahora como un rastreo de esa reunión de cielo y tierra que, pese a lo profundamente desafiante que resulta, se ofrece de forma genuina a los que creen.

Por último, por medio del Espíritu, Dios quiere adelantarnos ahora ese mundo ordenado en el que el gozoso y buen don de la justicia haya inundado la creación. La obra del Espíritu en las vidas de los individuos del presente está diseñada para ser otra señal anticipada, un pago inicial adelantado, una garantía, por así decirlo, de esa reorganización de las cosas que finalmente ha de llegar. Somos “justificados” en el presente (ampliaré esto más adelante) para traer la justicia de Dios al mundo, hasta el día en que—también por la operación del Espíritu—la tierra rebose con el conocimiento de yhwh como rebosa el mar con las aguas.

En este impresionante cuadro destacan dos cosas con respecto a la espiritualidad característicamente cristiana.

Primero, la espiritualidad cristiana combina una sensación de lo asombroso y majestuoso de Dios con la de su presencia íntima. Esto es difícil de describir, pero fácil de experimentar. Jesús se dirigía a Dios con el término familiar arameo *Abba*, Padre, de modo que se nos exhorta a los cristianos a que hagamos lo mismo: llegar a conocer a Dios de la forma en que, en los mejores ejemplos de familia, el hijo conoce al padre. De vez en cuando me he encontrado con cristianos que se ven desconcertados ante esto y afirman no tener ni idea de lo que significa todo esto. He de admitir que ser cristiano y no tener al menos algo de ese conocimiento íntimo del Dios que es al mismo tiempo majestuoso, asombroso y santo parece una contradicción en sí mismo. Debido a ciertas heridas en la personalidad, a una vocación especial de Dios o a alguna otra razón, reconozco abiertamente que puede haber condiciones bajo las cuales algunas personas puedan creer sinceramente en el evangelio de Jesús, se esfuercen por vivir en el Espíritu y, sin embargo, no tengan esa sensación de la íntima presencia de Dios. Después de todo, existe eso que llamamos “la noche oscura del alma”, de la que hablan algunos que han comprobado los misterios de la oración con mayor profundidad que la mayoría de nosotros. Pero Jesús declara que el Espíritu Santo no les será negado a quienes lo pidan (Lc 11:13). Una de las marcas características de la obra del Espíritu es precisamente esa sensación de la íntima presencia de Dios.

Segundo, la espiritualidad cristiana implica por lo general una medida de sufrimiento. Una de las veces que se recoge en una oración de Jesús el uso de *Abba* fue cuando, en Getse-maní, le preguntó al

Padre si había otra manera, si realmente tenía que pasar por el horrible destino que le aguardaba. La respuesta fue que sí, que tenía que hacerlo. Pero, si Jesús oró así, podemos estar seguros de que nosotros también tendremos que hacerlo a menudo. Tanto Pablo como Juan ponen gran énfasis en esto. Los que siguen a Jesús son llamados a vivir según las reglas del nuevo mundo y no con las del viejo, y a este último no le va a gustar. Aunque la vida del cielo está diseñada para traer sanidad a la vida de la tierra, esta está regida en la actualidad por poderes que la han desguzado para su propio beneficio, y a los que disgusta cualquier sugerencia de otro modo de vida diferente. Por esta razón, los poderosos—ya sea en la política o en los medios, en el mundo profesional o en el de los negocios—muestran una amarga resistencia ante cualquier sugerencia de los líderes cristianos con respecto a cómo deberían ser las cosas, aun cuando se burlan de la iglesia por no pronunciarse claramente sobre los temas de actualidad.

El sufrimiento puede, entonces, adoptar la forma de persecución real. Incluso en el liberal mundo occidental moderno —¡o quizás precisamente en él!— las personas pueden sufrir discriminación por causa de su compromiso con Jesucristo. Cuánto más, pues, en aquellos lugares en los que la cosmovisión de los que están en el poder se define explícitamente como oposición a la fe cristiana en todas sus formas, que es lo que ocurre en algunos (no todos) países musulmanes hoy. Pero el sufrimiento llega también bajo otras muchas formas: enfermedad, depresión, pérdida de un ser querido, dilemas morales, pobreza, tragedia, accidente y muerte. Nadie que lea el Nuevo Testamento u otra literatura cristiana de los dos o tres primeros siglos podría acusar a los primeros cristianos de pintar de color de rosa lo que sería la vida de quienes siguieran a Jesús. Pero la cuestión es esta: en medio del sufrimiento es precisamente cuando podemos esperar con mayor confianza que el Espíritu esté con nosotros. No buscamos ni cortejamos el sufrimiento o el martirio. Pero, si se da el caso, cualquiera que sea la forma en la que llegue, sabemos, como Pablo dice hacia el final de su gran capítulo sobre el Espíritu, que “en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Ro 8:37).

Un vislumbre del Dios trino

Entonces ¿cómo podemos resumir la forma cristiana de entender a Dios? ¿Qué significa, teológicamente hablando, aprender a mirar fijamente al sol?

Dios es quien creó y ama el mundo. Jesús habló de Dios como “el Padre que me envió”, indicando que, como dice en otro lugar, “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14:9). Fíjese bien en Jesús, sobre todo cuando se dirige a la muerte, y descubrirá mucho más sobre Dios de lo que podría imaginar estudiando los infinitos cielos resplandecientes o la ley moral de su propia conciencia. Dios es el que satisface la pasión por la justicia, el anhelo de espiritualidad, la sed de relacionarnos y el profundo deseo de belleza.

Y Dios, el verdadero, es el que vemos en Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, el verdadero Señor del mundo. Los primeros cristianos se referían a Dios y a Jesús prácticamente por igual y los ponían, por así decirlo, en el mismo lado de la ecuación. Cuando Pablo citó el más famoso lema del monoteísmo judío (“Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor”), explicó el término “el Señor”—es decir, yhwah—refiriéndose a Jesús, y la palabra “Dios” en alusión a “el Padre”. Lo expresó así: “Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para el cual vivimos; y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos” (1Co 8:6). Antes incluso, había escrito que si uno quiere conocer quién es el Dios real, en oposición a los dioses falsos del paganismo, tiene que pensar en ese Dios que, para cumplir su ancestral plan de rescatar al mundo, envió primero a su Hijo y después al Espíritu de este (Gá 4:4-7).

La “doctrina de la Trinidad” oficial de la iglesia no quedó plenamente formulada hasta tres o cuatro siglos después del tiempo de Pablo. Pero, cuando los teólogos posteriores trataron el tema, todo lo que hicieron no consistió más que en detalladas notas a pie de página añadidas a los libros de Pablo, Juan, Hebreos y el resto del Nuevo Testamento, con explicaciones diseñadas para ayudar a las generaciones siguientes a entender lo que ya figuraba en principio en los primeros escritos.

Sin embargo, sería un error dejar la impresión de que la doctrina cristiana de Dios es un asunto de ingeniosos juegos intelectuales de palabras o mentales. Para los cristianos siempre es un juego de amor: el que Dios siente por el mundo, que demanda una respuesta de amor por nuestra parte, y nos capacita para descubrir que Dios no nos ama por casualidad (como si se debiera simplemente un aspecto de su carácter) sino que él *es* el amor en sí. Esto es lo que muchas tradiciones teológicas han considerado como el auténtico corazón del propio ser de Dios, el amor que circula continuamente entre Padre, Hijo y Espíritu Santo. De hecho, algunos han sugerido que una manera de entender el Espíritu es verlo como el amor personal que el Padre tiene por el Hijo y el Hijo por el Padre. En este sentido, se nos invita a participar de esta amorosa vida interna de Dios, teniendo al Espíritu viviendo en nosotros. Algunos de los nombres y descripciones más evocadores de Dios en el Nuevo Testamento son formas de atraernos a esa vida interna. Pablo escribe: “Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios” (Ro 8:27). El “examinacorazones”, sería un nombre divino sobre el cual reflexionar.

Y todo esto por causa de Jesús. Una vez vislumbramos la doctrina —¡o el hecho!— de la Trinidad, no se nos ocurre retroceder al sentido generalizado de una religión que rinde distante homenaje a un dios que (aun siendo algo más complicado de lo que habíamos entendido previamente) es meramente

una fuente cuasi personal de benevolencia general. La fe cristiana es mucho más definida, y abrupta. Jesús irrumpió en la vida del antiguo Israel—de hecho, en la vida del mundo entero—no como un maestro de verdades atemporales ni como un gran ejemplo moral, sino como aquel por medio de cuya vida, muerte y resurrección se llevaría a efecto las operaciones de rescate de Dios y el cosmos saldría de su punto crítico. Esta afirmación supone un completo desafío para todas las cosmovisiones. Cuando, a su vez, desafían al cristianismo, este se sostiene extraordinariamente bien. Gracias a Jesús, los cristianos afirman conocer quién es el creador del mundo. Porque él, un ser humano, está ahora con el Padre en la dimensión que llamamos “cielo” los cristianos empezaron rápidamente a hablar de Dios como Padre e Hijo. Por seguir él hasta ahora en el cielo mientras nosotros estamos en la tierra (aunque el Espíritu nos lo hace presente) los cristianos llegaron a referirse al Espíritu como claro miembro de la divina Trinidad. A Jesús le debemos poder hablar de Dios como lo hacemos.

Única y exclusivamente por Jesús nos vemos llamados a vivir como lo hacemos. Más concretamente, por medio de Jesús se nos invita a ser más verdaderamente humanos, para reflejar la imagen de Dios en el mundo.

Parte tres

Reflejar la imagen

Adoración

Cuando empezamos a vislumbrar la realidad de Dios, la reacción natural es adorarle. No tener esa reacción es un signo casi seguro de que todavía no hemos entendido realmente quién es él o qué ha hecho.

¿Qué es, pues, la adoración? La mejor manera de descubrirlo es participar y averiguarlo. Sin embargo, muchas personas que lo hacen durante un tiempo, o incluso toda la vida, se encuentran con que se han quedado atascadas en la rutina. Empiezan a plantear preguntas más profundas acerca de su significado y de por qué lo hacen. Y muchos que no participan en la adoración, o que solían hacerlo pero lo dejaron tiempo atrás, siguen desconcertados sobre el quid de la cuestión. Para las personas de cualquiera de esas categorías, e incluso para las que disfrutaban la adoración pero quieren profundizar más, los capítulos 4 y el 5 del último libro de la Biblia, el Apocalipsis de San Juan son un buen lugar para comenzar.

Aquí nos encontramos escuchando a escondidas un misterio majestuoso. Juan el “vidente”, que está describiendo una visión, es a su vez un observador que pasa desapercibido en la escena, que espía el mismísimo salón del trono de Dios. Nosotros, que observamos la escena a través de sus ojos, somos figones indirectos, por así decirlo. De todas maneras, la escena nos dice muchísimo sobre adorar al único Dios verdadero.

Juan ha tenido el privilegio de observar algo que está pasando en el cielo. Eso no significa que haya tenido una premonición sobre un futuro lejano. De hecho, cuando describe el futuro definitivo al final del libro, no se parece en nada a esta visión inicial. Tampoco quiere decir que haya sido arrebatado a algún lugar distante más allá de la bóveda celeste. Más bien, cuando dice que “en el cielo había una puerta abierta”, está insistiendo en uno de los puntos principales de este libro: es decir, que la esfera de Dios y la nuestra no están lejos y separadas, y que en determinados momentos y lugares se interrelacionan. A veces, la frontera entre ambas es como una fina partición en la que, para algunas personas y en algunos momentos, se abre una puerta o se descorre una cortina, permitiendo que desde nuestra dimensión se pueda ver lo que está ocurriendo en la de Dios. Lo que Juan ve en su visión es la vida normal del cielo, la adoración a Dios que, en esa dimensión, nunca se detiene.

Se trata de una imagen sobrecogedora. Juan empieza describiendo el trono de Dios e incluso—aunque con cuidado y no directamente—a Dios mismo. Salen truenos y relámpagos del trono, comunicándonos que es un lugar de majestad e impresionante gloria. A su alrededor hay representantes del reino animal y del mundo humano: la creación al completo está adorando a Dios por todo cuanto merece. Los animales cantan una canción sobre la eterna santidad de Dios:

*Santo, santo, santo
es el Señor Dios Todopoderoso,
el que era y que es y que ha de venir.*

Los animales conocen a su hacedor y le alaban con un lenguaje que los hombres normalmente no

entenderían. Pero en la dimensión celestial todo se aclara. Ellos saben que su Creador es todopoderoso, eterno y santo.

Ya estamos contemplando la lógica interna de la adoración. Esta palabra significa, literalmente, reconocimiento de la *dignidad* de algo o alguien, reconocer y decir que algo o alguien es *digno* de alabanza, celebrar la dignidad de algo o alguien muy superior a uno mismo.

La escena que Juan describe no cesa con una simple canción de alabanza. De hecho, la escena apenas acaba de empezar. La creación animal loa a Dios sin cesar; los hombres se unen a ellos. Pero ahora su canción es más plena, porque tienen algo más que decir; arrojan sus coronas ante el trono de Dios, no solo para celebrar su grandeza, sino también para expresar que *entienden* por qué ellos, como criaturas suyas, están haciendo lo correcto al presentarle su alabanza:

*Digno eres, Señor y Dios nuestro,
de recibir la gloria, la honra y el poder,
porque tú creaste todas las cosas;
por tu voluntad existen
y fueron creadas.*

Aquí vemos el mundo de Dios tal como debería ser, como si ya estuviera en la dimensión del cielo. Toda la creación adora a Dios; los seres humanos, por medio de sus representantes escogidos, adoran a Dios porque han entendido un secreto esencial: saben por qué Dios *debe* ser alabado y la razón por la cual ellos *quieren* alabarle: porque él ha creado todas las cosas.

En este punto es cuando todos quisiéramos decir: ¡Pero el mundo es un desastre! Está muy bien que la gente alabe a Dios como creador, ¡pero miren cómo está su creación! ¿Y qué hace él al respecto?

Las buenas noticias —y esto está también justo en el meollo de aquello en lo que consiste la adoración cristiana— son que esta misma reacción tiene lugar ante nuestros ojos en la propia corte celestial. Al principio del quinto capítulo de Apocalipsis, Juan señala que la figura que está en el trono sostiene un rollo, del que vamos sabiendo poco a poco que se trata del rollo de los propósitos futuros de Dios, a través de los cuales el mundo ha de ser por fin juzgado y sanado. Sin embargo, el problema es que nadie es capaz de abrir el rollo. Dios se ha comprometido, desde el momento mismo de la creación, a obrar *por medio de* sus criaturas—en particular, por medio de los portadores de su imagen: los hombres—, pero todas ellas le han decepcionado. Por un momento, parece como si todos los planes de Dios fueran a verse frustrados.

Pero entonces aparece, junto al trono, un tipo diferente de animal. Se nos dice que es un León; pero también que es un Cordero. Para leer Apocalipsis hay que estar habituado a su imaginería caleidoscópica. El León es una antigua imagen judía del Mesías, el rey de Israel y del mundo. El Cordero es la ofrenda de rigor como sacrificio por los pecados de Israel y del mundo. Pero estos roles se combinan en Jesús de una manera que nadie había imaginado antes, pero que ahora cobra perfecto sentido. Y cuando aparece él—el León/Cordero—, los que estaban cantando (animales y humanos) convierten su alabanza a Dios el Creador en loas a Dios el Redentor:

*Digno eres de recibir el rollo escrito
y de romper sus sellos,
porque fuiste sacrificado,
y con tu sangre compraste para Dios*

*gente de toda raza, lengua, pueblo y nación.
De ellos hiciste un reino;
los hiciste sacerdotes al servicio de nuestro Dios,
y reinarán sobre la tierra.*

Entonces, como un gran oratorio al que se unen más coros de todas partes, los ángeles entonan la canción:

*¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado,
de recibir el poder,
la riqueza y la sabiduría,
la fortaleza y la honra,
la gloria y la alabanza!*

Y, al fin, “oí a cuanta criatura hay en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, a todos en la creación” unirse a la canción:

*¡Al que está sentado en el trono y al Cordero,
sean la alabanza y la honra, la gloria y el poder,
por los siglos de los siglos!*

De esto trata en sí la adoración. Es el alegre grito de alabanza que se eleva a Dios el Creador y a Dios el rescatador desde la creación que reconoce a su hacedor, y el triunfo de Jesús el Cordero. Esta es la incesante adoración que se desarrolla en el cielo, en la dimensión de Dios. La pregunta que deberíamos hacer es: ¿Cuál es la mejor manera de unirnos a ella?

Los resultados de la adoración

Porque eso es lo que se supone que deberíamos hacer. Y dejemos una cosa clara antes de seguir adelante. Siempre existe una sospecha ligada a una cuestión de esta índole, una molesta preocupación en cuanto a que el llamamiento a adorar a Dios es más bien como la orden emitida por un dictador que no cuenta con el aprecio de sus súbditos, pero a quien estos han aprendido a temer. ¿Desea que cien mil personas desfilen en formación en su cumpleaños? Muy bien, las tendrá, y todas ellas saludarán con voces y manos como si les fuera la vida en ello; y es que, de hecho, les va. Si aparecen apáticos, o no se presentan, les espera lo peor.

Si se le ha pasado por la mente la idea de que la adoración al Dios verdadero sea algo así, déjeme presentarle un modelo muy distinto. He asistido a muchos conciertos de música, desde grandes obras sinfónicas a grupos de jazz. He escuchado orquestas de nivel mundial con famosos directores al frente. He estado entre los asistentes a algunas grandes actuaciones que me han conmovido, llenado y satisfecho ampliamente. Pero solo dos o tres veces en mi vida he formado parte de un público que, en el momento en que la batuta del director descendía en la conclusión, se levantara de un brinco de eléctrica emoción, incapaz de contener su entusiasta deleite y admiración ante lo que acababa de experimentar (los lectores estadounidenses tal vez deban saber que el público inglés es bastante parco en ovaciones en pie).

Este tipo de respuesta se acerca bastante a la adoración genuina. La atmósfera de Apocalipsis 4 y 5 es algo parecido, pero en mayor grado. Cuando venimos a adorar al Dios vivo, se nos invita a unirnos a esto exactamente.

Lo que sucede cuando se está en un concierto como ese es que todos los presentes sienten como que han aumentado de estatura. Algo les ha ocurrido: son capaces de percibir cosas de una nueva manera; el mundo entero parece diferente. Es un poco como enamorarse. De hecho, *es* una especie de enamoramiento. Y, cuando uno se enamora, cuando está dispuesto a echarse a los pies de su ser amado, lo que se desea, por encima de todo, es unión.

Esto nos lleva a la primera de dos reglas de oro que están en el meollo de la adoración. *Uno llega a ser como aquello que adora*. Cuando uno contempla en asombro, admiración y sobrecogimiento algo o a alguien, empieza a asumir un poco del carácter del objeto de adoración. Los que adoran el dinero se convierten con el tiempo en calculadoras humanas, los que adoran el sexo llegan a estar obsesionados con su atractivo o sus proezas. Los que adoran el poder se hacen cada vez más y más despiadados.

¿Qué sucede, entonces, cuando uno adora al Dios creador cuyo plan para rescatar al mundo y arreglarlo ha sido llevado a cabo por el Cordero que fue inmolado? La respuesta viene en la segunda regla de oro: puesto que hemos sido creados a imagen de Dios, *la adoración nos hace más verdaderamente humanos*. Cuando uno contempla en amor y gratitud al Dios a cuya imagen fue creado, realmente crece. Descubre más de lo que significa estar plenamente vivo.

Pero también ocurre a la inversa: cuando uno entrega esa adoración total a otra cosa o persona, merma como ser humano. Por supuesto, no siempre se aprecia así. Cuando uno adora a parte de la creación como si fuera el Creador —en otras palabras, cuando adora a un ídolo—, puede muy bien sentir una ligera “elevación”. Pero, como ocurre con las drogas alucinógenas, esa adoración alcanza su efecto a un precio; pasado el efecto, su adorador es menos humano que antes de empezar. Es el precio de la idolatría.

La oportunidad, la invitación, la convocatoria está ante nosotros: venir y adorar a Dios, el

Creador, el Redentor, y, al hacerlo, volvernos más verdaderamente humanos. Adorar es algo que está en el verdadero centro de la vida cristiana. Una de las razones principales de que la Teología (tratar de pensar francamente sobre quién es Dios) importe es porque somos llamados a amar a Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerza. Es importante que aprendamos más acerca de quién es Dios para poder alabarle de manera más apropiada. Una de las razones por la que, al menos en algunas iglesias, tanta adoración parece tan poco atractiva a mucha gente es porque hemos olvidado, o tapado, la verdad sobre aquel a quien estamos adorando. Pero en cuanto tenemos apenas un vislumbre de la verdad, volvemos. Como los *fans* que faltan al trabajo para ver a su estrella de rock que apenas está en la ciudad un par de horas, o los que esperan toda la noche para ver de refilón a su equipo de fútbol que regresa de una victoria, así también anhelarán venir a adorar—¡solo que mucho más!—los que llegan a reconocer al Dios que vemos en Jesús, el León que es a la vez el Cordero.

Pero ¿cómo hacerlo?

Celebrar a Dios – Por medio de la Escritura

Puesto que el culto cristiano es la alabanza y la adoración que celebra a Dios el *Creador*, una de sus tareas clave es contar, de mil maneras diferentes, el relato de la creación y de la nueva creación. Pero si nos limitamos a intentar celebrar la creación tal como es ahora, ocultando sus defectos y horrores tras un lenguaje piadoso, la adoración cristiana puede deteriorarse fácilmente y llegar a ser trivial o sentimental. Una sabia adoración cristiana saca a colación el hecho de que la creación se ha torcido horriblemente, se ha corrompido y estropeado tanto que una falla la atraviesa por la mitad; a ella y a todos nosotros que, como portadores de su imagen, hemos de cuidar de ella. Por ello, la adoración cristiana es también la alegre celebración de la acción de Dios en el pasado en Jesús el Mesías, y de la promesa de que lo realizado por él al morir por nuestros pecados se verá completado. En otras palabras, como en Apocalipsis 5, la adoración a Dios como *Redentor*, que ama y rescata al mundo, tiene siempre que ir acompañada y completada por la adoración a Dios como *Creador*. Por supuesto, esto implica contar la historia de la operación de rescate y también la de la creación. En realidad, significa contar la historia de la salvación precisamente *como* la narración del rescate y de la renovación de la creación.

Contar la historia, repetir los poderosos hechos de Dios: este es casi el corazón de la adoración cristiana, un punto que nunca se aprecia del todo en la entusiasta y suelta adoración común en muchos círculos de hoy. Conocemos a Dios por medio de lo que ha hecho en la creación, en Israel y, de forma suprema, en Jesús, así como en su pueblo y en el mundo, por medio del Espíritu Santo. La adoración cristiana es alabar a *este* Dios, que ha hecho *estas* cosas. Y el lugar en el que encontramos el relato de Dios en cuanto a esos acontecimientos es, por supuesto, las Escrituras: la Biblia.

A su debido tiempo ampliaré lo que es la Biblia, pero ahora mi argumento es sencillamente este: leer la Biblia en voz alta es fundamental en la adoración cristiana. Recortar esa actividad, por la razón que sea—abreviar las lecturas para que el culto no se alargue demasiado, cantar los pasajes bíblicos para que sean simplemente parte de la actuación musical o leer solo los pocos versículos sobre los que va a hablar el predicador—, es apartarse del sentido de la adoración. La razón por la que leemos las Escrituras en la adoración no va dirigida principalmente a que la congregación esté informada o haga memoria sobre algún pasaje o tema bíblico que puedan haber olvidado. Asimismo, la lectura bíblica es mucho más que una percha en la que colgar el sermón, aunque predicar sobre una o más de las lecturas realizadas sea, con frecuencia, un planteamiento acertado. Leer la Escritura en la adoración es, antes que nada, la manera principal de celebrar quién es Dios y lo que ha hecho.

Seamos estrictamente prácticos por un momento: en la mayoría de las iglesias occidentales actuales es, desde luego, imposible leer más de uno o dos capítulos durante el tiempo de la adoración. Pero esto no debería cegarnos ante lo que estamos haciendo en realidad. Cada vez que nos reunimos para adorar, cada “culto” que celebramos, es una ocasión para celebrar la *totalidad* de la historia de la creación y la salvación. No podemos leer la Biblia entera en cada reunión. No obstante, lo que sí podemos y deberíamos hacer es leer dos o más pasajes, de los que uno sea preferiblemente del Antiguo Testamento.

Permítanme explicarlo de otro modo. La sala en la que estoy sentado en este momento tiene ventanas bastante pequeñas. Si me pongo en pie en el otro lado de la habitación solo puedo ver un poco de lo que hay afuera: parte del otro lado de la casa y un trocito de cielo. Pero si me acerco a la ventana, puedo ver árboles, campos, animales, el mar y las colinas en la distancia.

A veces parece como si dos o tres breves lecturas bíblicas fueran más bien como las ventanas

vistas desde el otro lado de la sala. No podemos ver mucho a través de ellas. Pero, conforme llegamos a conocer mejor la Biblia, nos acercamos más a las ventanas (figuradamente), de modo que, sin que estas ventanas hayan aumentado de tamaño, nuestra vista capta todo un panorama del paisaje bíblico.

Hasta los actos más simples de la adoración cristiana deben, por tanto, centrarse siempre en la lectura de la Escritura. En ocasiones habrá un tiempo para que la congregación medite en una o más de las lecturas. La iglesia ha desarrollado abundantes recursos de materiales, tomados no solo de la Biblia, que los adoradores pueden cantar o decir con objeto de reflexionar sobre lo que han oído y seguir dando gracias a Dios por ello.

Así es como la adoración cristiana empieza a desarrollar una forma particular, una “liturgia”: como un escaparate para la Escritura, una manera de asegurarse de que los fieles estén tratándola con la seriedad que merece. Igual que sería un insulto beber un buen vino en un vaso de plástico en lugar de utilizar una copa de cristal que destaque su color, su buqué y todo su sabor, también lo sería para la Biblia si, cuando se da la oportunidad, no creamos un contexto en el que podamos escucharla y celebrarla como lo que realmente es: el recordatorio de los poderosos hechos de Dios el Creador y Rescatador.

Por supuesto, si tiene sed y no posee más que un vaso de plástico, adelante. Hay veces, como en un picnic, en las que uno puede en la práctica preferir el plástico al cristal. Es mejor adorar a Dios, aunque sea caóticamente, que no adorarle. Pero, en condiciones normales, preferimos la copa de cristal para estar a la altura del vino.

En particular, la adoración cristiana, desde su época más temprana, ha hecho buen uso de los Salmos. Son una fuente inagotable y merecen ser leídos, cantados, recitados, susurrados, aprendidos de corazón e incluso gritados desde las azoteas. Expresan todas las emociones que podamos llegar a sentir (incluidas algunas que esperamos no poder sentir) y las dejan abiertas y al natural en la presencia de Dios, así como un buen perro de caza trae a los pies de su dueño cualquier objeto extraño que encuentra en el campo. “¡Mira!—dice el salmista—. ¡Esto es lo que he encontrado hoy! ¿No es extraordinario? ¿Qué vas a hacer con ello?”.

Cuando venimos a la presencia de Dios, los Salmos reúnen cosas que suelen parecernos polos opuestos. Pasan rápidamente de la intimidad amorosa al atónito asombro, y viceversa. Juntan preguntas acuciantes y enconadas con la confianza sencilla y tranquila. Van de lo apacible y meditativo a lo estrepitoso y vociferante, del lamento y la negra desesperación a la solemne y santa celebración. Encontramos una maravillosa paz al analizar el texto desde el gran lamento que abre el Salmo 22 (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”) a la afirmación de confianza, cuando dice que Dios ha oído y ha respondido a su oración, y al pasar enseguida a la serena confianza y seguridad del Salmo 23 (“El Señor es mi pastor”). Existe un sabio y sano equilibrio al leer, consecutivamente, el reverberante triunfalismo del Salmo 136 (“Al que guió a su pueblo por el desierto; *su gran amor perdura para siempre*. Al que hirió de muerte a grandes reyes; *su gran amor perdura para siempre*”, con ese alegre estribillo que se repite en cada verso) y la demoledora desolación del Salmo 137 (“Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos, y llorábamos al acordarnos de Sión”).

Está claro que no vamos a entenderlo todo en los Salmos. Desde luego, hay problemas y cosas desconcertantes. Algunas iglesias, algunas congregaciones y algunos cristianos encontrarán que esta antigua poesía contiene pasajes que no pueden usar en buena conciencia, sobre todo aquellos versos en que se pronuncian las peores maldiciones contra sus enemigos. Esto tendrá que decidirlo cada iglesia local. Pero ninguna congregación cristiana debe privarse del uso regular y esmerado de los

Salmos. Una de las mayores tragedias en buena parte de la adoración de las iglesias libres contemporáneas es el gran vacío que hay al respecto. Este es un reto que la nueva generación de músicos ha de afrontar. Y también supone un desafío para tradiciones como la mía, donde los Salmos han estado siempre en primer plano: ¿Estamos haciendo el mejor uso de ellos? ¿Estamos profundizando más y más en ellos, o simplemente vamos dando vueltas a su alrededor?

En síntesis, la Biblia es la materia prima de la adoración cristiana, como también lo es de la enseñanza. Pero, como uno de los más famosos relatos de las Escrituras deja muy claro, ni siquiera la Escritura es el centro mismo. Cuando el Jesús resucitado se encontró con dos discípulos en el camino a Emaús, los corazones de ambos ardían en su interior mientras él les hablaba sobre la Biblia. Pero se abrieron sus ojos y le reconocieron cuando partió el pan.

Celebrar a Dios – Por medio del partimiento del pan

La Cena del Señor, la Santa Comunión, la Eucaristía, la Misa ... casi parece la letra de una de esas canciones infantiles de juegos de palabras. Y lo primero que debemos decir es que *el nombre no importa*. No, no importa. Hubo un tiempo en que se sostenían tremendas batallas teológicas, culturales y políticas acerca de cómo se interpretaba lo que se había dicho y hecho en el culto de partimiento del pan (por darle un nombre neutral) y qué etiqueta ponerle. Ese tiempo ya casi ha pasado por completo. Sin que nadie se diera cuenta, ha habido una considerable convergencia entre la mayoría de iglesias cristianas en las últimas décadas acerca de lo que, según ellas, sucede en este culto principal, lo que significa y la manera de sacar el mejor provecho de ello. Por supuesto, sigue habiendo problemas residuales. Espero que esta parte del capítulo sirva para empezar a disipar algunas de ellas.

Hagamos tres observaciones iniciales. Primero, partimos el pan y bebemos el vino juntos, mientras contamos la historia de Jesús y su muerte, porque él sabía que este par de acciones explicaría el significado de su muerte como ninguna otra cosa—ni teorías ni ingeniosas ideas—podría jamás explicar. Después de todo, cuando Jesús murió por nuestros pecados no fue para poder llenarnos la mente de ideas verdaderas, por importantes que puedan ser, sino para *hacer* algo, es decir, rescatarnos del mal y de la muerte.

Segundo, no se trata de una función de magia sugestiva, como los suspicaces protestantes han temido a menudo que pudiera ser. Como las acciones simbólicas realizadas por los antiguos profetas, llega a ser uno de los puntos en los que cielo y tierra coinciden. Pablo dice: “Cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga” (1Co 11:26). No está diciendo que sea una buena oportunidad para un sermón. No se trata de algo como un apretón de manos o un beso, que *hacerlo* y *decirlo* es todo uno.

Tercero, el partimiento del pan no es, pues, una mera ocasión para recordar algo que sucedió hace mucho tiempo, como los suspicaces católicos suelen suponer que creemos los protestantes. Cuando partimos el pan y bebemos el vino, nos estamos uniendo a los discípulos en el Aposento Alto. Nos unimos con Jesús mismo cuando ora en Getsemaní, y cuando está en pie ante Caifás y Pilato. Llegamos a ser uno con él cuando está colgado en la cruz y cuando se levanta de la tumba. El pasado y el presente se juntan. Los acontecimientos de tiempo atrás se funden con la comida que estamos compartiendo aquí y ahora.

Pero no es solo el pasado lo que viene al presente. Si el partimiento del pan es uno de los momentos clave en los que la delgada división entre el cielo y la tierra se hace transparente, también es uno de los momentos clave en los que el futuro de Dios irrumpe en el presente. Así como los hijos de Israel estuvieron en el desierto, y probaron la comida que los espías habían traído de su viaje secreto a la Tierra Prometida, en el partimiento del pan gustamos la nueva creación de Dios, esa cuyo prototipo y origen es Jesús mismo.

Esta es una de las razones por las que dijo: “Este es mi cuerpo” y “Esta es mi sangre”. No necesitamos elaborar teorías metafísicas con nombres en latín para entender el asunto. Jesús—el Jesús real, el Jesús vivo que mora en el cielo y gobierna también sobre la tierra, que ha traído el futuro de Dios al presente—no quiere simplemente influenciarnos, sino rescatarnos; no se limita a informarnos, sino que quiere sanarnos; no darnos sencillamente algo en lo que pensar, sino nutrirnos,

y alimentarnos de sí mismo. De esto trata, en suma, esta comida.

Tal vez el mayor problema que los cristianos de las iglesias protestantes hemos enfrentado con respecto a esta comida sea la idea de que es una “buena obra” que la gente debe “hacer” para ganarse el favor de Dios. Algunos protestantes siguen sintiéndose así en cuanto a *cualquier cosa* que se “haga” en la iglesia; sin embargo, a menos que tengamos que sentarnos en absoluta quietud y silencio, estamos obligados a “realizar” *algo* en conjunto en nuestra adoración. Optar por guardar silencio, como en una reunión cuáquera, significa también elegir hacer algo, es decir, la opción de reunirse y estar callados. Por supuesto, se corre el peligro de que ese meticuloso ritual olvide su razón de ser y se convierta en un fin en sí mismo. Pensemos de nuevo en el vaso de plástico y la copa de vino: en algunas iglesias, por así decirlo, las copas de cristal son de lo mejor que se puede comprar con dinero, pero nadie se preocupa ya de la calidad del vino. Del mismo modo, algunas están tan orgullosas de haberse deshecho de las lujosas copas y optado por los vasos de plástico que, a su vez, se están concentrando en la forma externa y no en el significado real.

Como ven, este peligro no se reduce al ritual de la “alta iglesia”. No solo está presente cuando las personas insisten en persignarse en el momento exacto y en la forma adecuada; también hace acto de presencia cuando insisten en levantar las manos durante la alabanza, o cuando se empeñan en *no* persignarse, no levantar las manos o no realizar ninguna otra acción. Ha habido ocasiones en las que me ha parecido irónicamente divertido ver cómo una iglesia ha quitado su coro uniformado y su organista porque parecían demasiado “profesional” y, sin embargo, han empleado a un puñado de personas para pasarse todo el servicio manejando botones y controlando el sonido, las luces y el proyector. *Cualquier cosa* que tenga que hacerse durante la adoración puede convertirse en un ritual realizado por sí mismo. De la misma manera, cualquier cosa que deba llevarse a cabo durante la adoración se puede hacer como un acto puro de gratitud, una alegre respuesta a la gracia.

Dicho esto, ahora podemos ver qué es lo que puede significar definir, como han hecho algunas tradiciones cristianas, el culto de partimiento del pan como un “sacrificio”. Esto ha sido objeto de controversia durante mucho tiempo y, con frecuencia, se han cometido dos errores en el debate. Primero, la gente supone a veces que la clave del sacrificio, en el Antiguo Testamento, era que el adorador “hiciera” algo para ganarse el favor de Dios. Y no es así. Esto se basa en una mala comprensión de la Ley judía misma, en la que Dios exigía los sacrificios que se ofrecían en acción de gracias, no como intento de sobornar o aplacar a Dios, sino como respuesta a su amor. Desconocemos, claro está, lo que había en los corazones de los antiguos judíos cuando adoraban. Pero el sistema, desde luego, no fue diseñado como manera de presionar a Dios, sino como forma de responder a su amor.

Segundo, ha habido una interminable confusión en cuanto a la relación entre el culto de partimiento del pan y el sacrificio de Jesús en la cruz. Por lo general, los católicos han dicho que eran una única y misma cosa, a lo que los protestantes han replicado que la interpretación católica parece un intento de repetir algo que solo se hizo una vez y que no puede volver a realizarse. Generalmente, los protestantes han dicho que el culto de partimiento del pan es un sacrificio *diferente* al que ofreció Jesús—lo ven como un “sacrificio de alabanza” ofrecido por los adoradores—, y los católicos han respondido a esto que la interpretación protestante parece un intento de añadir algo a la ofrenda ya completa de Jesús, la cual, dicen ellos, se hace “sacramentalmente” presente en el pan y el vino.

Creo que podemos superar estas estériles disputas situando nuestro debate de la adoración dentro de nuestro cuadro más amplio del cielo y la tierra, del futuro de Dios y nuestro presente, y de la manera en que esos dos pares se unen en Jesús y en el Espíritu. En la cosmovisión bíblica (que en el pensamiento moderno ha sido más ignorada que desacreditada), el cielo y la tierra se traslapan, se

superponen en ciertos momentos y lugares específicos, teniendo a Jesús y al Espíritu como indicadores clave. Del mismo modo, en ciertos lugares y momentos, el futuro de Dios y su pasado (es decir, acontecimientos como la muerte y resurrección de Jesús) llegan al presente; es como si uno se sentara a comer y descubriera que sus tatarabuelos y tataranietos se presentan para acompañarle en la comida. Así es como funciona el tiempo de Dios. Por eso la adoración cristiana es lo que es.

A mi parecer, este es el marco adecuado para todo nuestro pensamiento acerca de la adoración, y para toda discusión sobre la vida sacramental de la iglesia. El resto son notas a pie de página, cuestiones de temperamento, tradición y—afrontémoslo—gustos y antipatías personales (así es como llamo a los míos), y prejuicios irracionales (que es como llamo a los suyos). Y en este punto los dos grandes mandamientos de la Ley (amar a Dios, amar al prójimo) deben recordarnos qué hacer. Como cristianos, hemos de esperar que se nos hagan demandas en cuanto a nuestra caridad y nuestra paciencia. No nos robemos a nosotros y a nuestras iglesias el pleno disfrute del acto central de la adoración cristiana haciendo de esta comida una ocasión de disputa.

Adorar juntos

A lo largo de este capítulo he hablado de la adoración pública y corporativa de la iglesia. Desde el principio estaba claro que el cristianismo era algo que las personas hacían *juntas*. Dicho esto, a los primeros escritores cristianos también les preocupaba que todos los miembros del Cuerpo de Cristo estuviesen despiertos y activos en la fe personal; al tanto de sus responsabilidades propias y que su privilegio de adorar fuese más real para ellos mismos. De este modo, cuando la asamblea se reúne en su totalidad, cada uno y cada una podrá aportar su propio gozo, su lamento, su opinión y su pregunta.

Por esta razón, lo correcto y adecuado es que todo cristiano, y, a ser posible, todo hogar cristiano, adquiera el hábito de adorar a solas y en pequeños grupos. A principios similares se aplican (sin duda) infinitas variantes locales. No importa tanto *cómo* lo hagamos, sino *que* lo llevemos a cabo. Pensemos de nuevo en Apocalipsis 4 y 5. La creación al completo está adorando a Dios. No solo se nos invita a mirar, como observadores que pasan desapercibidos, sino a unirnos al cántico. ¿Cómo puede uno negarse?

La oración

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

(Mateo 6:9-13, RVR60)

Está bien, lo sé; todos prefieren una traducción ligeramente distinta. A mí me encanta la tradicional con la que crecí, pero me he acostumbrado también a otras. Hay problemas para decidir cuáles son las palabras “reales”, aparte de por qué las versiones griegas de la oración (en Mateo, en Lucas y en un libro cristiano muy temprano llamado *La Didajé* o *Enseñanza de los doce apóstoles*) no son iguales, ya que no hay equivalentes idénticos palabra por palabra en nuestro idioma. Tampoco se puede reproducir de manera exacta el aroma de la oración en arameo que Jesús probablemente usó. Pero, una vez más, *las palabras precisas no importan*. Que el ruido de la aguja no le impida disfrutar del disco.

Más bien, dirijase al corazón del asunto. Se trata de una oración sobre el honor y la gloria de Dios. Es una oración acerca del reino de Dios que viene a la tierra, como está en el cielo; como hemos visto, resume bastante bien en qué consiste buena parte del cristianismo. Es una oración para pedir pan y satisfacer las necesidades cotidianas. Y es una oración para ser rescatados del mal.

En cada punto, la oración refleja lo que Jesús mismo estaba haciendo en su labor. No se trata de una oración general a una generalizada “divinidad” o “deidad”. Ni siquiera es una típica oración judía (aunque casi cada elemento de ella puede encajar en las oraciones judías de la época). Esta oración es, por así decirlo, específica de Jesús.

Después de todo, fue él quien anduvo diciendo que era la hora de que fuera santificado el nombre del Padre, de que viniese su reino, en la tierra como en el cielo. Fue Jesús quien alimentó a las multitudes con pan en el desierto, quien perdonaba a los pecadores y decía a sus seguidores que hicieran lo mismo, quien, con plena lucidez, se “metió en la tentación”, en la gran tribulación que se apresuraba como un *tsunami* sobre Israel y el mundo, para que, haciendo que descargase sobre él toda su fuerza, otros pudieran quedar a salvo. Y era Jesús quien estaba inaugurando el reino de Dios, ejerciendo el poder de Dios, quien murió y resucitó para manifestar la gloria de Dios. El

“Padrenuestro”, como lo llamamos, se nutre directamente de lo que Jesús estaba haciendo en Galilea. Y también en Getsemaní: la oración parece apuntar directamente a lo que él consiguió en su muerte y resurrección.

La oración es, por tanto, una manera de decirle al Padre: Jesús (en la imagen que él mismo usó) me ha pescado en la red de sus buenas noticias. La oración dice: Quiero ser parte de este movimiento del reino. Me siento atraído a esta forma de vida del cielo en la tierra. Quiero ser parte de este programa de pan para el mundo, para mí y para los demás. Necesito el perdón para mí mismo—de mi pecado, de mis deudas, de todos mis yugos— y pretendo vivir con el perdón en mi corazón a la hora de tratar conmigo mismo y con los demás. (Nótese el hecho extraordinario de que, en el corazón de la oración, nos comprometemos a vivir de una manera determinada que además nos parece difícil). Y, puesto que vivo en el mundo real, donde el mal sigue siendo poderoso, necesito ser protegido y rescatado. Y, en todo y a través de todo, reconozco y celebro el reino, el poder y la gloria del Padre.

En la oración se tocan la mayoría de cosas por las que podemos querer orar. Como las parábolas de Jesús, su escala es pequeña, pero su alcance es inmenso. A algunas personas les resulta útil recitar el Padrenuestro lentamente, haciendo una pausa tras unas cuantas palabras, para presentar ante Dios las cosas particulares que tienen en su corazón y que corresponden a esa categoría en particular. Otras prefieren utilizarla al principio o al final de un tiempo más extenso de oración, ya sea para establecer el contexto de todo lo demás o para hacer un resumen general. A algunos, repetirla lentamente, una y otra vez, les ayuda a profundizar en el amor y la presencia de Dios, en el lugar donde se traslapan las dos esferas, en el poder del evangelio para traer pan, perdón y rescate. No importa cómo la utilice, pero úsela. Empiece aquí y vea adónde le lleva.

La oración entre el cielo y la tierra

La oración cristiana es sencilla, en el sentido de que un niño pequeño puede orar según el modelo que Jesús enseñó. Pero es difícil en las demandas que hace conforme avanzamos en ella. La agonía del salmista alcanzó su propio clímax cuando Jesús lloró y sudó sangre en Getsemaní, luchando ante su Padre en relación al paso final de la vocación de su vida. Esto condujo, a su vez, a colgar de una cruz en medio de la desesperación, con el primer verso del Salmo 22 (“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”); no quedaba nada más que decir, era la forma que Dios le había dado para gritar el abandono divino. Es de suponer que, cuando Jesús nos dijo que tomáramos nuestra cruz y le siguiéramos, esperaba que esto conllevara momentos similares a este, también para nosotros.

Se nos ha llamado a vivir en el punto de superposición del cielo y la tierra —esa que todavía tiene que ser plenamente redimida, como un día lo será— así como del futuro de Dios y el presente de este mundo. Estamos atrapados en una pequeña isla cerca del punto en el que esas placas tectónicas —el cielo y la tierra, el futuro y el presente— crujen al chocar. ¡Debemos estar preparados para el terremoto! Cuando Pablo escribe su mayor capítulo sobre la vida en el Espíritu y la venidera renovación de todo el cosmos, apunta al meollo de toda la cuestión: aunque no sabemos orar como deberíamos, el Espíritu —el propio Espíritu de Dios— intercede por nosotros conforme a la voluntad de Dios. Es un breve pasaje (Ro 8:26-27), pero es de extrema importancia tanto por lo que dice como por el lugar en el que lo dice. Este es el contexto: la creación de Dios en su totalidad gime con dolores de parto, dice Pablo, esperando el nuevo mundo que ha de nacer de su vientre. La iglesia, el pueblo de Dios en el Mesías, se encuentra atrapada, como nosotros, en este gemido de anhelo por la redención. (Unos versículos antes, Pablo estaba hablando acerca de participar de los sufrimientos del Mesías. ¿Tendría en mente Getsemaní?). La oración cristiana se muestra tal como es cuando nos encontramos atrapados en el punto de traslape de las edades, como parte de la creación que se duele por el nuevo nacimiento.

Y la extraña nueva promesa, el punto en el que la oración cristiana se distingue frente al panteísmo, al deísmo, y a muchos otros, es que por medio del Espíritu *Dios mismo gime desde dentro del corazón del mundo, porque él mismo, por medio del Espíritu, habita en nuestros corazones mientras nos hacemos eco del dolor del mundo*. Esto no es el “contacto con el corazón de las cosas” de los panteístas. Es el extraño y nuevo “contacto con el Dios vivo” que está haciendo algo nuevo; que ha venido al corazón del mundo en Jesús precisamente, porque todo está mal (un punto que el panteísta no puede reconocer) y necesita arreglo; un Dios que viene ahora por medio de su Espíritu al lugar en el que el mundo está sufriendo dolor (un punto que el deísta no puede ni concebir) para que, *en y a través de nosotros, los que oramos en Cristo y por el Espíritu*, el gemir de toda la creación pueda llegar ante el Padre mismo, que examina los corazones (8:27), y dispone todas las cosas para el bien de los que le aman (8:28). Esto es lo que significa “ser transformados según la imagen de su Hijo” (8:29), y participar de su gloria hoy día (8:18, 30).

Es la explicación de por qué la oración cristiana cobra el sentido concreto que tiene en el mundo donde el cielo y la tierra se ensamblan. Vale la pena desarrollar el retrato que hemos esbozado antes, para mostrar que la oración hecha dentro de la cosmovisión cristiana es significativamente distinta a la que hemos visto en las otras dos opciones principales.

Para el panteísta, que vive en la Primera Opción, la oración consiste sencillamente en sintonizar con las realidades más profundas del mundo y con uno mismo. La divinidad está en todas partes, incluso dentro de mí. Por consiguiente, la oración no va dirigida en realidad a alguien que vive en

algún otro lugar, sino que más bien descubre y sintoniza con una verdad y una vida interiores que he de encontrar en lo profundo de mi propio corazón y dentro de los silenciosos ritmos del mundo que nos rodea. Esta es la oración panteísta. A mi juicio, es mucho más saludable que la oración pagana, en la que el ser humano intenta invocar, aplacar, adular o sobornar al dios mar, al dios de la guerra, al dios río o al dios del matrimonio para conseguir favores especiales o evitar peligros concretos. Comparada con eso, la oración panteísta posee una cierta nobleza, pero no es la oración cristiana.

Para el deísta, que vive en la Segunda Opción, la oración consiste en un clamor que atraviesa el vacío hasta llegar a una deidad lejana. Esa noble figura puede estar escuchando o no; estará dispuesto, o no, a hacer mucho por nosotros y nuestro mundo, si quiere; y será o no capaz de realizarlo. Así, en el extremo de la Segunda Opción, todo lo que uno puede hacer es mandar un mensaje, como un náufrago en una isla desierta que escribe una nota y la mete en una botella, con la remota posibilidad de que alguien la recoja en algún lugar. Este tipo de oración requiere una buena cantidad de fe y esperanza. Pero no es la oración cristiana.

Por supuesto que, a veces, la oración en la tradición judía y cristiana parece casi idéntica a la de la Segunda Opción, como los propios Salmos atestiguan. Sin embargo el salmista considera que la sensación de un hueco, o un vacío en el que falta una Presencia, no es algo que se deba aceptar tranquilamente como si tuviera que ser así. Es algo que suscita quejas y pataletas. “¡Despierta, Señor!”, grita el salmista, como alguien que está a los pies de la cama, con los brazos en jarras, mirando de mala manera a una figura dormida. (Desde luego, así es como los discípulos se dirigieron a Jesús cuando se quedó dormido en la barca durante la tempestad). “¡Ya es hora de levantarse y *hacer* algo con este desastre!”.

Pero toda la cuestión del relato cristiano, en el clímax de la historia judía, es que se ha retirado la cortina, se ha abierto la puerta desde el otro lado, y, como Jacob, hemos visto una escalera entre el cielo y la tierra con mensajeros que suben y bajan por ella. “El reino de los cielos está cerca”, dice Jesús en el Evangelio de Mateo, sin proporcionar desde entonces una nueva manera de ir al cielo, y limitándose a anunciar que el gobierno del cielo, la mismísima *vida* del cielo, se superpone ahora con la tierra de una forma diferente, que capta de una vez todos los momentos desde la escalera de Jacob a la visión de Isaías, todas las visiones de los patriarcas y los sueños de los profetas, y los convierte en una forma, una voz, una vida y una muerte humanas. Jesús es la razón de la Tercera Opción; y, con esto, la oración ha alcanzado su madurez. El cielo y la tierra se han superpuesto de forma permanente allí donde él está en pie, donde él está colgado, donde él resucita, dondequiera que el aire fresco de su Espíritu sopla ahora. Vivir como cristiano significa vivir en el mundo mientras este recibe su forma nueva por y en torno a Jesús y su Espíritu. Y esto significa que la oración cristiana no tiene nada que ver ni con la del panteísta, en contacto con la esencia de la naturaleza, ni con la del deísta, que envía mensajes a través de un solitario vacío.

La oración cristiana consiste en estar en la línea de falla, siendo transformado conforme al Jesús que se arrodilló en Getsemaní y gimió como si estuviera de parto, juntando el cielo y la tierra como quien intenta unir dos trozos de cuerda mientras dos grupos de personas tiran cada uno de un extremo. La oración armoniza, y muy estrechamente, con la triple identidad del Dios verdadero que hemos estado contemplando, deslumbrados, en la sección previa de este libro. No es extraño que nos demos por vencidos tan fácilmente. No es de sorprender que necesitemos ayuda.

Por suerte, hay abundancia de ayuda disponible.

Descubrir la ayuda en la oración

La ayuda no solo está al alcance de los que han andado el camino por delante de nosotros. Parte de nuestra dificultad aquí es que las personas modernas estamos tan ansiosas de hacer las cosas por nosotros mismos, tan preocupadas de que al recibir ayuda de otro nuestra oración no vaya a ser “auténtica” y de que provenga de nuestro propio corazón que nos asalta inmediatamente la duda acerca de usar las oraciones de algún otro. Somos como alguien que tiene la sensación de no estar debidamente vestido a menos que haya diseñado y fabricado personalmente sus ropas; o como alguien a quien le parece artificial conducir un auto que no ha fabricado totalmente por sí mismo. Por un lado, estamos atados de pies y manos por el legado del movimiento romántico, y, por el otro, por el del existencialismo que producen la idea de que las cosas solo son auténticas si proceden de lo profundo de nuestro corazón de forma espontánea y libre.

Francamente, como Jesús señaló, hay multitud de cosas que salen de nuestro corazón que pueden ser auténticas, aun no siendo precisamente correctas. Una buena bocanada de aire fresco desde el mundo realista del judaísmo del siglo I basta para disipar la bruma de la egocéntrica (y, en definitiva, orgullosa) búsqueda de la “autenticidad” de esa clase. Cuando los seguidores de Jesús le pidieron que les enseñase a orar, no les aconsejó repartirse en grupos de interés y mirar en lo profundo de sus corazones. No empezó haciendo que repasaran lentamente las experiencias de su vida para descubrir qué tipo de personalidad tenía cada uno ni a pasar tiempo en contacto con sus sentimientos enterrados. Tanto él como ellos entendían la petición planteada: los discípulos querían, y necesitaban, *una fórmula verbal que pudiesen aprender y usar*. Eso es lo que Juan el Bautista había dado a sus seguidores. Otros maestros judíos habían hecho lo mismo, y fue también lo que Jesús hizo al entregar a sus discípulos la oración con la que hemos empezado este capítulo, y que sigue estando en el corazón de toda oración cristiana.

Pero fijémonos en algo. No hay nada malo en tener una fórmula de palabras compuesta por otra persona. En realidad, es probable que sí haya algo erróneo en *no* usar esa fórmula. En un momento dado, algunos cristianos pueden mantener una vida de oración exclusivamente a partir de sus propios recursos internos, del mismo modo que existen robustos montañeros (yo he conocido a uno) que pueden recorrer descalzos las tierras altas escocesas. Pero la mayoría de nosotros necesitamos botas; y esto no se debe a que no queramos hacer el camino por nuestras propias fuerzas, sino al contrario.

Como comprobaremos, esta petición tiene un objetivo en particular: el creciente número de cristianos de muchos países que, sin darse cuenta, están absorbiendo un elemento de la cultura moderna reciente (la mezcla de romanticismo más existencialismo que he mencionado hace un momento) como si eso fuera el cristianismo. A ellos quiero decirles: Usar palabras, fórmulas, oraciones y secuencias de oraciones escritas por otras personas en otros siglos no tiene nada de malo, no es subcristiano ni está relacionado con la “justicia por obras”. En realidad, la idea de que siempre tengo que encontrar mis propias palabras, generar mi propio devocional desde cero cada mañana, pensar nuevas palabras para no ser espiritualmente perezoso o deficiente, lleva la tan familiar marca del orgullo humano, el “hacerlo a mi manera”: sí, la marca de la justicia por obras. La buena liturgia —oraciones de otras personas para uso individual o para la iglesia— puede ser, *debe* ser, una señal y un medio de gracia, una ocasión para la humildad (al aceptar que otro ha expresado mejor que yo aquello que anhelo profundamente manifestar en palabras) y la gratitud. Cuántas veces me he sentido agradecido, frente a ocasos metafóricos y literales, por la antigua oración anglicana que dice:

Ilumina nuestra oscuridad,
te rogamos, Señor,
y por tu gran misericordia
defiéndenos de todos los riesgos
y peligros de esta noche.
Por amor de tu hijo Unigénito,
nuestro Salvador Jesucristo. Amén.

No la escribí yo, pero quien lo hiciera cuenta con mi eterna gratitud. Es exactamente lo que yo quería decir.

Queda claro que también hay que dirigir una petición al otro lado. Los románticos y los existencialistas no eran necios. Hay trajes que no quedan bien, e impiden el movimiento y la personalidad. Hay botas que resultan demasiado molestas. Cuando David acudió a pelear contra Goliath, no podía llevar la pesada armadura que la tradición le sugería. Tenía que usar el armamento más sencillo que ya conocía. Era lo que le funcionaba. De no ser tan trágico, resultaría muy cómico observar a muchas personas de las iglesias tradicionales caminando pesadamente con armaduras hechas para la guerra—en otras palabras, con antiguas liturgias y prácticas tradicionales—sin saber adónde ir o qué hacer cuando llegan al campo de batalla. Las antiguas formas y tradiciones de adoración y oración pueden realmente ser una manera de alimentar la genuina oración, de capacitar a las personas para venir con humildad a la presencia de Dios y descubrir que, poco a poco, las oraciones que han servido a otras generaciones bien pueden convertirse también en su propia manera de derramar lo que hay en sus corazones. Pero las tradiciones vivas pueden transformarse muy rápidamente en pesos muertos. A veces hay que limpiar el bosque de los árboles caídos el año anterior, para dejar sitio a los nuevos.

Recordemos que David tomó cinco piedras pulidas por un arroyo. Muchas oraciones pulidas por muchas generaciones están ahora a mano y listas para su uso. Precisamente por su victoria sobre Goliath, David llegó a ser rey, y tuvo que desarrollar unas habilidades muy distintas y necesarias para gobernar una corte y un país. A medida que cambia nuestra cultura, y el cambio mismo se convierte en el rasgo más constante de nuestra cultura, no debería sorprendernos que muchas personas encuentren las fórmulas tradicionales extrañas y poco atractivas. He conocido a algunos en los últimos dos años que han dejado de asistir a su iglesia local porque los miembros han empezado a cantar nuevas canciones y a danzar en los pasillos, y a otros que han *empezado* a acudir precisamente por la misma razón. Es hora de sacudirnos —reconocer que las distintas personas necesitan distintos tipos de ayuda en las distintas etapas de sus vidas— y seguir adelante.

Sin embargo, descubrir que hay maneras de ayudarse en la oración utilizando palabras y fórmulas escritas y formadas por otros es una buena noticia y supone un suspiro de alivio para un gran número de cristianos. Oraciones como la que he citado hace un momento están ahí para ayudarnos a crecer, no para mantenernos encogidos. Y hay mucho, mucho más: libros de oraciones, antologías de meditaciones, estantes y bibliotecas llenos de material, con algo para cada uno. Y si todo esto parece demasiado, recordemos el consejo que un sabio padre dio a su hijo, que se sentía aterrorizado al acometer un enorme proyecto escolar sobre ornitología: “Ocúpate de ello pájaro a pájaro”.

Más caminos a la oración

El Padrenuestro no es la única oración que ha constituido la base de profundas y ricas tradiciones de oración cristiana. Existen otras que se han utilizado de modos similares a lo largo de los años, ya sea como modelo o como algo a repetir para profundizar en la presencia del Dios que conocemos en Jesús. La más conocida de ellas sea tal vez una que se practica ampliamente en las iglesias ortodoxas orientales, la “Oración de Jesús”, que se puede recitar fácilmente, sin correr, con el ritmo de un respiro: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador”.

Mucho se ha escrito sobre esta oración (qué significa, cómo usarla, adónde puede llevarnos). No es tan restrictiva como parece a primera vista. Orar pidiendo misericordia no significa: “He hecho algo mal, perdóname, por favor”. Es una petición mucho más amplia, que ruega a Dios que envíe su misericordiosa presencia y su ayuda en mil y una situaciones, pese al hecho de que no merecemos ni podríamos ser dignos de esa ayuda. Y, aunque la oración se dirige explícitamente a Jesús, algo inusual aunque no desconocido en el Nuevo Testamento, se presenta en la confianza de que, cuando acudimos a Jesús, llegamos *por medio de él* al Padre; y que, para orar de esa manera, tenemos que ser guiados por el Espíritu Santo.

Recitar esta oración (u otras semejantes) repetidamente no es, por tanto, el “hablar por hablar” que Jesús critica como práctica típicamente pagana en Mateo 6:7. Evidentemente, si para usted llega a convertirse en algo así, déjelo y haga algo diferente. Pero para millones de personas ha sido, y sigue siendo, una manera de centrarse, de profundizar, ampliar y concentrarse en el Dios que conocemos en Jesús como aquel en quien podemos confiar en toda circunstancia, y una manera de traer ante su misericordia todo aquello por lo que queremos orar: placeres, problemas, penas, iras, temores, otras personas, políticas del gobierno, problemas sociales, guerras, desastres, celebraciones.

A veces he sugerido otras dos oraciones parecidas para acompañar a la Oración de Jesús: “Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, establece tu reino en medio de nosotros”; y “Espíritu Santo, aliento del Dios vivo, renuévame a mí y a todo el mundo”. Estas se pueden recitar de la misma manera; también pueden usarse junto con la Oración de Jesús, como frases recurrentes para hacer que un grupo o congregación pueda estar unido mientras se elevan oraciones por personas y situaciones particulares. Ya sea que una persona esté orando sola o con otras, hay ocasiones y lugares de sobra para experimentar.

Quisiera mencionar una oración más que se puede utilizar de esta manera, y que sospecho que así se hacía en los inicios de la iglesia. Una oración que se ha repetido tres veces al día, desde el antiguo judaísmo hasta el moderno, empieza así: “Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. Esta frase se encuentra en Deuteronomio 6:4; se conoce como la Shemá, porque la primera palabra, “Escucha”, es *shema* en hebreo. La gente se sorprende a veces cuando nos referimos a este versículo como una *oración*, puesto que parece más una declaración teológica con un mandamiento anexo; pero, así como la lectura de la Escritura en la adoración no se hace para contar a la congregación algo que no sabía, sino para alabar a Dios por lo que ha hecho, del mismo modo, declarar quién es realmente Yhwh, y lo que él requiere del pueblo de su pacto, es en realidad una oración, un acto de adoración y compromiso. Es precisamente un medio de apartarse de uno mismo y de su propia lista de necesidades, deseos, esperanzas y temores, para poner toda su atención en Dios, su nombre, su naturaleza, sus intenciones, su invitación a amarle, y su gloria. Incluso meditar en el hecho de que

esta oración *es* una oración resulta altamente instructivo.

Pero en los propios inicios del cristianismo, esta oración judía se recitaba más, gracias a Jesús. Como hemos visto en el Capítulo Diez, Pablo recordó a los cristianos corintios que eran monoteístas al estilo judío, no politeístas paganos; y, para ilustrarlo, citó esa oración en su nueva forma cristiana (1Co 8:6). Para nosotros, dice:

*No hay más que un solo Dios, el Padre,
de quien todo procede y para el cual vivimos;
y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo,
por quien todo existe y por medio del cual vivimos.*

Habiendo hablado justo antes acerca de nuestro amor por Dios, Pablo prosigue, en el pasaje inmediatamente posterior, refiriéndose a nuestro amor los unos por los otros, que fluye precisamente de creer que el Mesías murió por nuestro prójimo tanto como por nosotros.

¿Por qué no habríamos de apropiarnos también de esta oración? Como la oración de Jesús, puede decirse despacio y repetidamente. Como los grandes himnos de alabanza de Apocalipsis 4 y 5, resume la adoración y alabanza a Dios como Creador y como Redentor. (Las abreviadas “de quien ... para el cual” y “por quien ... por medio del cual” son concentradas pero claras afirmaciones del Padre como fuente y propósito de todas las cosas y del Hijo como medio por el cual todas las cosas fueron creadas y son redimidas. Pablo dice lo mismo de manera más detallada en Colosenses 1:15-20). Meditar en Dios de esta manera es contemplar, como desde un globo en un día claro, la panorámica de todo el majestuoso paisaje de los amorosos propósitos de Dios, capacitándonos para tomar este o aquel rasgo particular para prestarle una especial atención, sin perder la más amplia vista de la totalidad. Los primeros cristianos tenían un par de cosas claras sobre la oración. Todavía podemos aprender mucho de ellos.

Ponerse en marcha

Desde luego, podría decirse mucho más acerca de la oración, pero, como en el caso de la adoración, lo importante es ponerse a ello. Hay muchas guías disponibles. Una de las marcas de la salud del cristianismo contemporáneo es que cada vez más personas reconocen que hablar con un guía experimentado (conocido en muchas tradiciones como “director espiritual”) puede ser de gran ayuda, tanto para reafirmar (“Sí, no pasa nada, mucha gente se siente así”) como para encaminar suavemente en nuevas direcciones. Recuerdo muy bien el alivio que sentí cuando me enfrenté a ciertos problemas con un colega difícil, y mi director espiritual me sugirió que intentara recitar el Padrenuestro y pensar en cada una de las peticiones que recoge, aplicándolas a esta persona en particular. Libros, retiros dirigidos, amigos y ministros locales, todo puede ser de ayuda. Aunque Jesús respondió con una dinámica respuesta a la petición “Enséñanos a orar”, es cierto que a cada persona le resultará más útil un modelo o camino distinto, y que existen muchos maestros que pueden señalar las directrices a seguir en situaciones concretas a determinadas personas.

Igualmente, cualquiera puede tomar un cuaderno de notas y organizar una lista diaria y semanal de personas y situaciones por las que quiere orar. Incluso aquellos que no soportan las listas pueden comprobar que un diario y una libreta de direcciones, tal vez incluso un mapa, resultan de utilidad para recordar situaciones y personas. Habrá cosas por las que dar gracias a Dios (la gratitud siempre es una señal de la gracia) y otras de las que lamentarse (el arrepentimiento también lo es). Tendrán peticiones que hacer, sobre todo en relación con el amor y el poder de Dios, para que envuelvan y ayuden a personas concretas por las que deseamos orar. Conforme extendemos la mano a algunas de las asombrosas promesas del Nuevo Testamento (“Si permanecen en mí —dice Jesús— y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá” [Jn 15:7]), descubrimos que están equilibradas por un extraño fenómeno. Cuando reclamamos esas promesas con empeño vemos que, si somos serios, nuestros deseos y esperanzas se ven remodelados de una forma suave, pero firme, y según un nuevo orden.

Hay muchas otras modalidades de oración cristiana. Para algunos, orar en lenguas es una manera de elevar a personas y cosas a Dios cuando no sabemos cuáles son sus necesidades particulares, o quizás cuando la necesidad es tan deslumbrantemente obvia y nos sentimos tan abrumados por ella que no sabemos qué decir. (Volvamos, una vez más, a Romanos 8:26-27). Para otros, el silencio—difícil de alcanzar para muchos, y de mantener para casi todos—puede, como oscuridad idónea, convertirse en el terreno donde germinen invisibles la fe, la esperanza y el amor. Pero, para todos nosotros, la oración cristiana es un don de Dios. “También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes” (Ro 5:2). Somos acogidos en la misma presencia de Dios. Como Juan en Apocalipsis 4 y 5, a través de la oración vemos una puerta abierta en el cielo que nos introduce en el salón del trono.

Pero ya no estamos presentes como meros observadores, sino como hijos amados. Dejemos que Jesús diga la última palabra: “Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!” (Mt 7:11).

El libro inspirado por Dios

Es un gran libro, lleno de grandes historias con grandes personajes. Tienen grandes ideas (no solo con respecto a sí mismos) y cometen grandes errores. Trata sobre Dios, la codicia y la gracia; sobre la vida, la lujuria, la risa y la soledad; sobre el nacimiento, los comienzos y la traición; sobre hermanos, peleas y sexo; sobre el poder y la oración, la prisión y la pasión.

Y solo estamos hablando de Génesis.

La Biblia, con Génesis a modo de maravillosa obertura, es un libro colosal, pasmoso. Lo he mencionado ya con bastante frecuencia, pero al fin hemos llegado al momento de centrarnos en lo que ella es en sí. Imagínela como un enorme mural: si pintase todas las figuras a tamaño natural, necesitaría la mayor parte de la Gran Muralla China para representarla. Al tomarla en sus manos, usted debe recordar que no solo sostiene el libro más famoso del mundo, sino aquel que posee un extraordinario poder para cambiar vidas, comunidades, y el mundo. Lo ha hecho antes, y puede hacerlo otra vez.

Pero, (podrá decir alguien), en verdad solo Dios cambia el mundo de esa manera. ¿Cómo podemos decir que un simple *libro* pueda hacer tal cosa?

Eso es lo extraño. Por eso la Biblia es un elemento no negociable, vital, fundamental en la fe y la vida cristianas. No se puede hacer nada sin ella, aunque muchos cristianos han olvidado qué hacer *con* ella. En cierto modo, Dios parece haber delegado (por así decirlo) en este libro al menos algunas de las cosas que tiene intención de hacer en el mundo. Este proceso no es exactamente lo mismo que hacer testamento, pero es bastante similar. Tampoco coincide de forma precisa con el caso de un compositor que escribe una partitura para que otros la ejecuten, pero la idea no se aleja demasiado. No es del todo como cuando un dramaturgo escribe una obra, pero también se aproxima bastante. Ni siquiera se puede decir, aun siendo esta la descripción más definida, que la Biblia sea “la historia hasta el momento actual” dentro de la verdadera novela que Dios todavía está escribiendo. Es todo eso y mucho más.

Esta es, sin duda, la razón por la que existen tantas luchas acerca de ella. De hecho, hay tantas batallas en estos días *en torno a* la Biblia como en el interior de sus páginas. Y algunas de ellas son por el mismo motivo. Rivalidad entre hermanos: desde Caín y Abel hasta los dos hermanos anónimos de la historia que Jesús contó sobre el hijo pródigo, y en la actualidad las numerosas variantes de cristianismo que hay en el mundo, cada una con su propia manera de leer la Biblia. Todas se nutren y sustentan por medio de esa lectura, y se supone que intentan poner en práctica las lecciones que aprenden.

¿Importa esto?

Bueno, sí, importa. Trágicamente, la historia del cristianismo se ve ensuciada por algunas maneras de leer la Biblia que, en realidad, la han amordazado. El ordenador en el que estoy escribiendo ahora puede hacer un millar de cosas, pero yo no lo uso más que para escribir, y acceder a Internet y al correo electrónico. Del mismo modo, muchos cristianos —generaciones y, a veces, denominaciones enteras— tienen un libro capaz de hacer mil cosas, no solo en y para ellos, sino *por medio* de ellos en

el mundo. Sin embargo, no lo usan más que para mantener las tres o cuatro cosas que ya hacen. Lo tratan como una especie de papel de pared verbal: es bastante agradable verlo de fondo, pero uno deja de pensar en él en cuanto lleva unas semanas viviendo en la casa. En realidad no importa que no saque provecho más que a una pequeña parte de la capacidad de mi ordenador. Pero ser cristiano y no permitir que la Biblia desarrolle todo lo que es capaz de hacer a través de y en uno mismo, es como intentar tocar el piano con los dedos atados.

¿Qué es, pues, la Biblia y qué debemos hacer con ella?

¿Qué es la Biblia?

Empecemos con hechos. Los que ya conozcan todo esto tal vez quieran saltarse esta sección; pero muchos que no estén familiarizados con la Escritura quizás quieran ponerse al tanto.

La Biblia consta de dos partes, a las que los cristianos se refieren como el “Antiguo Testamento” y el “Nuevo Testamento”. El Antiguo Testamento es mucho más extenso, casi un millar de páginas en la mayoría de ediciones, frente a unas trescientas del Nuevo. El Antiguo se formó durante un periodo superior al milenio. El Nuevo, en menos de un siglo.

El término “testamento” es una traducción de la palabra que también significa “pacto”. La afirmación cristiana fundamental es que los eventos relativos a Jesús fueron el medio por el cual, en cumplimiento de la antigua profecía israelita, Dios el Creador, el Dios de Israel, renovó el pacto con Israel y, así, rescató al mundo. Muchos de los primeros escritos cristianos así lo expresan, conectando explícitamente con el Antiguo Testamento, mediante citas o haciéndose eco de él para presentarse como la carta estatutaria de dicha renovación del pacto. De ahí el nombre de “Nuevo Testamento”. Definir ambas partes de este modo, mediante nombres relacionados pero diferenciados, es, por tanto, una manera de subrayar una afirmación y una pregunta por este orden: la Biblia judía sigue siendo una parte de la Escritura cristiana. Por tanto, ¿cómo ha de entenderse y aplicarse por parte de los que creen que este “pacto” fue realmente renovado en Jesús?

Los libros que los judíos llaman la Biblia, y los cristianos definen como el Antiguo Testamento, estaban agrupados en tres secciones. Los primeros cinco libros (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) se consideraron siempre como fundamentales y especiales. Se conocen como la Torá (Ley) y la tradición los atribuye a Moisés. La siguiente colección, conocida como los “Profetas”, incluye los que, para nosotros, suelen ser parte de los libros históricos (1 y 2 de Samuel, 1 y 2 de Reyes) así como los libros de los “Profetas” (Isaías, Jeremías, Ezequiel) y los denominados profetas “menores” (Oseas y el resto). La tercera división, encabezada por los Salmos, se conoce simplemente como los “Escritos” e incluye algunos de los materiales más antiguos y algunas partes—como el libro de Daniel—editadas y aceptadas en los dos últimos siglos antes de Cristo. Incluso en torno a la época de Jesús, algunas personas seguían debatiendo si todos los Escritos formaban realmente parte de su Biblia (Ester y el Cantar de los Cantares eran fuente especial de discusión). La mayoría entraron y así han seguido.

La Torá, los Profetas y los Escritos: treinta y nueve libros en total. Es muy probable que la Ley y los Profetas llegasen a ser colecciones fijadas con bastante anterioridad a los Escritos. De un modo u otro, las tres secciones se convirtieron en la lista oficial de libros sagrados del pueblo judío, y se utilizó el término griego “canon”, que significa “regla” o “vara de medir” para referirse a ella. Esta palabra, que encontramos en nuestra discusión inicial acerca de los Evangelios, se ha aplicado a los libros del Antiguo Testamento desde el siglo III o IV de la era cristiana.

La mayoría de esos libros se escribieron en hebreo, razón por la cual el Antiguo Testamento se menciona a menudo como la “Biblia hebrea”. Partes de Daniel y Esdras, más un versículo de Jeremías y dos palabras de Génesis (un nombre propio) están en arameo, que es al hebreo clásico más o menos lo que el inglés actual al medieval. La mayoría de eruditos coincidiría en que muchos, si no todos, los libros del Antiguo Testamento alcanzaron su forma final tras un proceso de edición. Esto puede haber durado muchos siglos, implicando quizás la incorporación de bastante escritura nueva. Sin embargo, los distintos libros de los que se podría decir eso con bastante probabilidad (por ejemplo, el profeta Isaías) mantienen una destacable coherencia interna. Nuestro conocimiento

del texto original del Antiguo Testamento se ha visto enormemente enriquecido por el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto, documentos que según se cree fueron escritos en los dos últimos siglos antes de Cristo. Entre ellos se hallan copias de la mayoría de los libros del Antiguo Testamento, y muestran que los manuscritos más tardíos en los que se han basado las corrientes principales del judaísmo y el cristianismo se ciñen bastante, pese a pequeñas variaciones, a los textos que se habrían conocido en los días de Jesús.

Alrededor de unos doscientos años antes del tiempo de Jesús, todos estos libros se tradujeron al griego, probablemente en Egipto, pensando en la creciente cantidad de judíos que lo tenían como primera lengua. Produjeron una Biblia griega, en varias versiones distintas, que utilizó la mayoría de primeros cristianos. Se conoce como la Septuaginta (“setenta”, en latín) porque se comentaba que habían participado en ella setenta traductores.

En este preciso momento de la historia aparecieron los libros que llegaron a conocerse como Apócrifos (literalmente, “ocultos”). Durante largo tiempo hubo un largo y complejo debate en la iglesia primitiva con respecto a su estatus y validez, que resurgió en los siglos XVI y XVII. Como resultado del mismo, unas Biblias incluyen los Apócrifos y otras no. Aquellas que sí los integran suelen imprimir los libros relevantes (añadiendo también a veces algunos extra) entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, aunque la Biblia de Jerusalén y otras publicaciones oficiales del catolicismo romano tratan los Apócrifos como parte del Antiguo Testamento sin más. Por desgracia, hoy día son muchas más las personas enteradas del carácter controvertido de esos libros que las que los han leído. Como mínimo, esos libros (igual que otras obras de ese periodo, como los Rollos del Mar Muerto y los escritos de Josefo) nos dan mucha información sobre cómo pensaban y vivían los judíos de los tiempos de Jesús. Algunos de esos libros, como Sabiduría de Salomón, aportan importantes paralelismos parciales, y, posiblemente, hasta fuentes para algunas de las ideas presentes en el Nuevo Testamento, en particular en los escritos de Pablo.

Los veintisiete libros del Nuevo Testamento fueron todos escritos en el curso de dos generaciones en tiempos de Jesús —en otras palabras, como muy tarde, a finales del siglo I—, aunque la mayoría de expertos sitúa la mayor parte de sus libros en fechas más tempranas. Las cartas de Pablo son de finales de los cuarenta y de los cincuenta, y, aunque se discute que escribiera todas las cartas que llevan su nombre, representan el primer testimonio escrito de los explosivos acontecimientos de Jesús y de la más temprana iglesia.

En el Capítulo Siete hemos considerado los actuales debates en torno a los Evangelios, y he dejado claro que no encuentro motivo para suponer que libros como el Evangelio de Tomás—con frecuencia llamados “Apócrifos del Nuevo Testamento”—se aproximaran tan siquiera alguna vez a pertenecer al material canónico ni por fecha ni por sustancia. La importancia de los libros de esta categoría no radica tanto en su testimonio del propio Jesús, sino en la evidencia que proporcionan para el pensamiento y las prácticas de un periodo posterior.

En contraste, los cuatro Evangelios, Hechos y las trece cartas atribuidas a Pablo se consideraron desde muy pronto como auténticas y autoritativas: desde principios hasta mediados del siglo II, en el caso más tardío. Persistían las dudas sobre algunos libros, como Hebreos, Apocalipsis y algunas de las cartas más breves. Ciertas iglesias y maestros del siglo II y III conferían autoridad a otros libros como la Epístola de Bernabé y el Pastor de Hermas (ambos incluidos en lo que ahora conocemos como “Padres Apostólicos”, una colección de escritos cristianos muy tempranos y fáciles de conseguir en traducciones modernas). La mayoría de los cristianos primitivos, sin embargo, aun valorando dichos escritos, no los consideraban al mismo nivel que las obras que, para ellos, eran “apostólicas” y que, por tanto, portaban una insignia de autenticidad.

Es necesario subrayar que las evidencias que tenemos para el texto del Nuevo Testamento se encuentran en una categoría completamente diferente a las de cualquier otro libro del mundo antiguo. Conocemos a los principales autores: a los griegos, como Platón, Sófocles, e incluso Homero, gracias a un pequeño puñado de manuscritos, muchos de ellos medievales; y a los romanos como Tácito y Plinio, por unas pocas copias, en algunos casos una o dos, en algunos casos muy tardías. Por el contrario, contamos literalmente con cientos de manuscritos tempranos de algunos o de todos los libros del Nuevo Testamento, lo que nos coloca en una posición sin parangón para trabajar a partir de las pequeñas variantes que se cuelan en cualquier tradición de manuscritos y discernir el probable texto original. (Cuando digo “tempranos”, por cierto, me estoy refiriendo a los seis o siete primeros siglos, periodo muy anterior a los manuscritos más antiguos que quedan de la mayoría de autores clásicos. Contamos con docenas de manuscritos del Nuevo Testamento de los siglos III y IV, e incluso unos pocos del II. Ciertamente, los escribas pueden haber introducido alteraciones aquí y allá, pero la abrumadora evidencia disponible da a entender que nos encontramos sobre un terreno extremadamente seguro para saber lo que los autores bíblicos escribieron en realidad.

La presión sobre la iglesia para establecer su lista de libros autoritativos no procedió, como algunos han dicho en estos tiempos, de un deseo de presentar una teología política o socialmente aceptable; los debates se mantuvieron durante feroces, aunque intermitentes, periodos de persecución. La coacción llegó más bien de los que presentaban “cánones” rivales que, en algunos casos, cortaban pasajes clave de los libros principales, como por ejemplo Marción, un maestro romano del siglo II. Otros, los gnósticos por ejemplo, añadían nuevos libros con enseñanzas diferentes como parte de su afirmación de poseer enseñanzas secretas de lo que Jesús y los apóstoles “realmente” enseñaron.

Durante buena parte de la historia de la iglesia, las comunidades cristianas orientales leyeron la Biblia en griego, y las occidentales, en latín. Uno de los grandes lemas de la Reforma del siglo XVI fue que la Biblia tenía que estar disponible para todas las personas en su propia lengua, un principio que ahora goza de reconocimiento más o menos universal en todo el mundo cristiano. Eso precipitó un frenesí de actividad traductora en el mismo siglo XVI, dirigida por el reformador alemán Martín Lutero y por el inglés William Tyndale. Hacia el siglo XVII las cosas se habían asentado; en 1611, el mundo de habla inglesa adoptó la Versión Autorizada (la King James) y siguió contento con ella unos trescientos años más. Conforme se descubrían más y mejores manuscritos que revelaban toda clase de ajustes, pequeños pero interesantes, que se hacían necesarios, los eruditos y dirigentes de la iglesia de finales del siglo XIX llegaron a la conclusión de que era aconsejable una nueva revisión. Esto volvió a abrir las compuertas, de modo que los últimos cien años han visto un nuevo frenesí de traducciones y revisiones, permitiendo que haya literalmente docenas de versiones disponibles. Se pueden contar historias similares de las traducciones en otras lenguas. Organizaciones como la Sociedad Bíblica o Wycliffe han trabajado sin descanso para traducir las Escrituras a más y más lenguas nativas del mundo. La tarea es colosal, pero desde hace ya muchas generaciones la iglesia lo ha considerado como una prioridad.

Es necesario contar esta historia de la composición, recopilación y distribución de la Biblia. No obstante, hacerlo de este modo es un poco como intentar describir a mi mejor amigo presentando un análisis bioquímico de su configuración genética. La información técnica es importante; de hecho, si mi amigo no tuviera esa configuración genética en particular no sería la misma persona. Pero se pierde de vista algo vital. Y ahora nos dedicaremos a buscar ese *no sé qué* extra.

La Palabra inspirada de Dios

¿Por qué es importante la Biblia? A este respecto, la mayoría de cristianos de todo tiempo han dicho algo acerca de que es *inspirada*. ¿Qué significa eso?

Con ese calificativo se han querido decir diferentes cosas. A veces no han querido decir realmente inspirada, sino *inspiradora*: este libro, según les parece, les insufla nueva vida. (La terminación “-spirada”, de “inspirada”, significa literalmente que procede del respirar). Sin embargo, más frecuentemente se le ha dado un antiguo significado de la palabra “inspirada”. En ese sentido, el término no se refiere al efecto de algo sobre nosotros, sino a la verdad sobre esa cosa en sí misma.

En este sentido, la gente suele decir unas veces que “fue una inspirada puesta de sol”, cuando (presumiblemente) quiere decir que conllevaba una cualidad especial que parecía destacarla de otros atardeceres corrientes. En el mismo sentido, la gente habla de una pieza musical, una representación teatral o de danza como algo “inspirado”. Pero la puesta de sol, y hasta la más sublime sinfonía, son parte del orden general de la creación. Si al decir que la Biblia es “inspirada” estamos diciendo: “Es más o menos como Shakespeare u Homero”, no estamos dando el significado que normalmente tiene “la inspiración de la Escritura”. Las personas que pretenden este tipo de comparación dentro del orden general de la creación están, tal vez deliberadamente, colocando la “inspiración” bíblica a un nivel parecido al de la cosmovisión de la Primera Opción.

A veces la gente sigue esa táctica para evitar la Segunda Opción, que contempla “la inspiración de la Escritura” como un acto de intervención “sobrenatural” pura, pasando por alto la mente de los escritores. Por supuesto, en una versión estricta de la Segunda Opción, ninguna intervención divina sería posible, dado que Dios y el mundo—que incluye a los seres humanos—viven en esferas distintas, separadas por un gran abismo. Pero muchos de los que han insistido en la inspiración de la Biblia han intentado hacerlo dentro de ese paradigma, se han imaginado a Dios dictando libros desde una gran distancia o bien dirigiendo por control remoto a los escritores con alguna especie de rayo lingüístico de largo alcance. Me temo que muchos de los que han reaccionado contra la idea de que la Biblia está realmente “inspirada” en un sentido rico y pleno, en realidad están intentando descartar ese tipo de afirmación de la idea, con todas las extravagancias que parece conllevar. ¿Quién puede culparles? Después de todo, un vistazo a Pablo, a Jeremías o a Oseas basta para señalar hasta qué punto está viva y se ve bien activa la personalidad del escritor en el texto.

Una vez más, la Tercera Opción acude al rescate. ¿Lo hace suponiendo que la Escritura, como los sacramentos, es uno de los puntos en los que el cielo y la tierra se superponen e interrelacionan? Como en el resto de puntos como este, es un misterio. No da a entender que podamos ver de una vez qué es lo que sucede. En realidad, nos garantiza que no podemos, pero nos capacita para decir algunas cosas necesarias que, de otro modo, resultarían difíciles de expresar.

En particular, hace que podamos decir que los escritores, redactores, editores e incluso recopiladores de la Escritura fueron personas que, aun teniendo diferentes personalidades, estilos, métodos e intenciones, se vieron involucrados en los extraños propósitos del Dios del pacto (intenciones que incluían la comunicación, por escrito, de su palabra). Asimismo, hace que podamos decir que Dios el Creador (a quien conocemos por encima de todo a través del Verbo viviente, Jesús) es, por así decirlo, un escritor. La Tercera Opción nos faculta para insistir en que, aunque las palabras no son la única especialidad de Dios, representan una parte central de su repertorio. A su vez, nos ayuda a ver que, cuando este Dios va a obrar dentro de su mundo, quiere hacerlo por medio de sus criaturas humanas portadoras de su imagen, y que, deseando su colaboración inteligente en la

medida de lo posible, pretende comunicarse verbalmente con y por medio de ellos, como un añadido y a la vez un punto interno fundamental a sus otras muchas formas de hacer que las cosas se digan y se hagan.

En otras palabras, la Biblia es mucho más que lo que algunos solían decir hace aproximadamente una generación: que no era más que el (o un) “registro de la revelación”, como si Dios se revelase por otros muchos medios y la Biblia no fuese más que el recordatorio que unas personas escribieron de lo sucedido. La Biblia se presenta, y así la ha tratado la iglesia en general, como parte de la revelación de Dios, y no como un mero testimonio o eco de la misma. Parte del problema estriba en asumir que, después de todo, lo que se requiere es “revelación”, la comunicación de algún tipo de conocimiento verdadero. La Biblia ofrece, efectivamente, gran cantidad de información, pero primordialmente proporciona energía para la tarea a la que Dios está llamando a su pueblo. Hablar sobre la inspiración de la Biblia es una manera de decir que esa energía procede de la obra del Espíritu de Dios.

Resulta de gran ayuda recordar constantemente, en todo esto, *para* qué se nos da la Biblia. La Biblia misma expresa una de las declaraciones más famosas sobre la “inspiración” de la manera siguiente: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2Ti 3:16-17). *Enteramente capacitado para toda buena obra*, esta es la cuestión. La Biblia sale del aliento de Dios (el término “inspirada” es en este caso *theopneustos*, literalmente, “aliento salido de Dios”) con el fin de modelar y formar al pueblo de Dios para que haga su obra en el mundo.

Dicho de otro modo, la Biblia no existe para ser un punto de referencia exacto para las personas que, queriendo consultar cosas, tengan la seguridad de obtener la información correcta. Su función es capacitar al pueblo de Dios para que llevar adelante sus propósitos de nuevo pacto y nueva creación, para facultar a las personas en su trabajo por la justicia, para sustentar su espiritualidad mientras lo hacen, para crear y mejorar relaciones a todos los niveles, y para generar esa nueva creación que tendrá algo de la belleza de Dios mismo. La Biblia no se parece a una detallada descripción de cómo se fabrica un auto, sino al mecánico que ayuda a arreglarlo, al empleado de la gasolinera que le pone combustible y al guía que indica cómo llegar al lugar donde nos dirigimos. Y nuestro destino es *hacer que se produzca la nueva creación de Dios en su mundo*, y no limitarnos a encontrar nuestro propio camino seguro a través de la vieja creación.

Por esto, aunque no me disgusta lo que las personas intentan afirmar cuando usan palabras como “infalible” (la idea de que la Biblia no nos va a engañar) e “inerrante” (la idea, más fuerte, de que la Biblia no puede equivocarse), por lo general suelo resistirme a usar dichos términos. Irónicamente, en mi experiencia, los debates acerca de este tipo de términos han llevado con frecuencia a las personas a alejarse de la Biblia para adoptar toda clase de teorías que no hacen justicia al conjunto de la Escritura su gran historia, sus más amplios propósitos, su clímax sostenido, su hechizante sensación de novela inacabada que nos llama por señas para convertirnos, de pleno derecho, en personajes de sus episodios finales. En lugar de ello, la insistencia en cuanto a una Biblia “infalible” o “inerrante” ha crecido dentro de una compleja matriz cultural (en particular, la del protestantismo estadounidense) en la que la Biblia se ha considerado el bastión de la ortodoxia contra el catolicismo romano por un lado y contra el modernismo liberal por el otro. Por desgracia, los presupuestos de esos dos mundos han condicionado el debate. No es casualidad que esta insistencia protestante en la infalibilidad bíblica surgiera, al mismo tiempo, que Roma insistía en la infalibilidad papal, o que el racionalismo de la Ilustración infectase incluso a los que lo estaban combatiendo.

En mi opinión, tales debates desvían la atención de la verdadera cuestión de la función de la Biblia. Recuerdo una historia acerca de Karl Barth. Cuando una mujer le preguntó si la serpiente de Génesis realmente habló, él contestó: “Señora, no importa si la serpiente habló. Lo que importa es *qué dijo*”. Discutir sobre definiciones particulares de las cualidades de la Biblia es semejante a que un matrimonio discuta sobre cuál de los dos ama más a sus hijos, cuando debieran ocuparse de amarlos criándolos y dándoles un buen ejemplo. El cometido de la Biblia es capacitar al pueblo de Dios para hacer su obra en su mundo, y no para convertirse en la excusa para sentarse de brazos cruzados con aire de suficiencia, sabiendo que posee toda la verdad de Dios.

La historia y la tarea

Una de las cosas que los cristianos suelen decir acerca de la Biblia es que es “autoritativa”, pero lo que quieren decir con ello se ha hecho difícil de entender.

Un lugar excelente por el cual empezar es algo que el propio Jesús dijo sobre la naturaleza de la autoridad. Los gobernantes paganos, afirmó, se enseñorean de sus súbditos, pero no ha de ser así entre ustedes. El que quiera ser primero tiene que ser siervo de todos, porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Mr 10:35-45). Si la autoridad de Dios es facultad permanente y propia en Jesús, y si la Biblia deriva tal autoridad como procedente de esa misma fuente divina, cuando calificamos la Biblia de “autoritativa” estamos aseverando que, de alguna manera, se convierte en *un instrumento autoritativo de lo que Dios llevó a cabo por medio de Jesús, en particular mediante su muerte y resurrección*.

En otras palabras, para que la muerte de Jesús tenga el efecto debido, tiene que comunicarse al mundo por medio de la “palabra” del evangelio. (Como hemos visto en el Capítulo Diez, para los primeros cristianos, el “verbo” o “palabra” de Dios era la poderosa proclamación del señorío de Jesús). Al establecer las raíces del relato cristiano en el Antiguo Testamento y su plena floración en el Nuevo, desde muy pronto se consideró que la Biblia era la representación condensada de la poderosa palabra: aquella que comunicó, y por tanto llevó a la práctica, lo que Dios había cumplido en Jesús. De hecho, no se trata de la simple *descripción autoritativa* de un plan de salvación, a modo de mera fotografía aérea de una porción particular del paisaje. Es *parte del plan de salvación mismo*, semejante al guía que le lleva a uno por el paisaje y le muestra cómo puede disfrutarlo al máximo.

Por eso, la “autoridad” de la Biblia obra de una forma totalmente distinta a la de, digamos, las reglas de un club de golf. Ciertamente contiene listas de reglas (los Diez Mandamientos, por ejemplo, en Éxodo 20), pero, actualmente, en su conjunto, no consiste en una enumeración de deberes y prohibiciones. Es una *historia*, una grandiosa narración épica que transcurre desde el jardín del Edén, donde Adán y Eva cuidaban de los animales, hasta la ciudad que es la Esposa del Cordero, de la que fluye el agua de vida para alivio del mundo. Es, después de todo, una historia de amor, aunque con una diferencia. Y la autoridad de la Biblia es la de una historia de amor de la que estamos invitados a formar parte. En ese sentido, más bien parece la “autoridad” de una danza a la que se nos invita a unirnos; o la de una novela en la que, teniendo ya su escenario establecido, su trama bien desarrollada y su desenlace planificado y a la vista, todavía queda un camino por recorrer y se nos invita a ser personajes vivos, participativos, inteligentes, que toman decisiones dentro de la historia, a medida que se encamina a su destino.

Este modelo de “autoridad” nos ayuda a entender cómo leer la Biblia en tanto que Escrituras cristianas. La “autoridad” del Antiguo Testamento es precisamente la que tendría una escena *anterior* en la novela, cuando ahora estamos viviendo en otra *posterior*. Es importante que la escena anterior fuera exactamente lo que fue. No obstante, ha cumplido su trabajo y nos ha llevado a la escena siguiente, donde algunas cosas han cambiado radicalmente. La trama ha avanzado. Incluso en las novelas más posmodernas, los personajes de los capítulos finales no suelen repetir lo que hicieron y

dijeron poco después del comienzo.

Esto no significa que se nos deje en una situación de “sálvese quien pueda” en la que cualquiera podría decir: “Bien, ahora estamos en un nuevo instante del plan de Dios, así que podemos deshacernos de todo lo que no nos gusta de los antiguos momentos”. Sigue siendo la misma historia que era, y es, el relato de cómo el Dios creador está rescatando a la creación de su rebelión, desolación, corrupción y muerte. Lo ha llevado a cabo por medio de la muerte y resurrección de Jesús el Mesías, en cumplimiento de las promesas a Israel, y de la historia israelita. Todo esto es innegociable. Cualquier cosa que contradiga o socave esto impide que la novela prosiga hacia la conclusión prevista. Pablo argumenta esto repetidamente a lo largo de sus cartas, y deberíamos prepararnos para hacer lo mismo.

Vivir con “la autoridad de la Escritura” significa, por tanto, vivir en el mundo de la historia que ella misma nos cuenta, empaparnos de esta como comunidad y como individuos. De hecho, implica que los líderes y maestros cristianos se hagan parte del proceso, de la manera en que Dios está obrando, no solo *en* la comunidad que lee la Biblia, sino *por medio de* ella en y para el mundo en su mayor extensión. Así es como llegaremos a tener los pies firmes sobre nuestra propuesta o reflexión sobre nuevas iniciativas o sugerencias en cuanto a la forma en que la comunidad cristiana debe responder a nuevas situaciones, por ejemplo, detectando lo que el mundo necesita ahora, cumpliendo algunos de los planes más profundos de la Escritura, en la justicia económica global. Como comunidad, esto entraña estar atentos no solo a lo que nuestras tradiciones dicen sobre la Escritura, sino a ella misma, que gracias a ella seamos capaces de vivir por medio de la vida del cielo, aun estando en la tierra.

Todo esto representa nuestro llamado a ser personas que aprenden a oír la voz de Dios que habla hoy en el texto antiguo, y llegar a ser recipientes de esa palabra viva en el mundo que nos rodea.

Oír con atención la voz de Dios

Dios habla realmente por medio de la Escritura: a la iglesia y, ojalá que también *por medio de* ella, al mundo. Ambas cosas son importantes. Podemos entender esta idea si la situamos en la ya familiar noción del traslape de cielo y tierra, y en la manera como los propósitos futuros de Dios, revelados para alcanzarnos en Jesús, han de ser ahora imple-mentados en vista del día en que Dios haga nuevas todas las cosas.

Leer la Escritura, como orar y participar en los sacramentos, es uno de los medios por los cuales se interrelacionan la vida del cielo y la de la tierra. (A esto se referían los escritores antiguos cuando hablaban de “los medios de gracia”. No es que controlemos la gracia de Dios, sino que existen lugares, por así decirlo, donde debemos ir porque Dios ha prometido encontrarse allí con su pueblo, aunque a veces cuando nos presentamos pueda parecer que él se hubiese olvidado de la cita. Lo habitual es que sea a la inversa). Leemos la Escritura para oír a Dios dirigiéndose a nosotros: *a nosotros*, aquí y ahora, hoy.

La forma en que esto sucede es impredecible y, a menudo, misteriosa. Millones de cristianos a lo largo de los siglos dan testimonio *de que sí* ocurre. Se han desarrollado técnicas para facilitarnos el escuchar la voz de Dios en la Escritura, muchas de las cuales son útiles (esquemas de lectura privada, por ejemplo, para ayudar a las personas a estudiar sistemáticamente la Biblia durante un año, o tres o los que sean, sin que se les indigeste al tratar de leer los cuatro Evangelios de una vez, o todo Levítico y Números en una sentada). Se han formado sistemas completos de espiritualidad en torno a la lectura de la Escritura como oración. En el evangelicalis-mo, el “tiempo devocional” de leer la Escritura y escuchar la voz de Dios ha sido algo crucial; muchos evangélicos se sorprenden al descubrir que San Benito, y algunos otros maestros católicos, habían desarrollado un sistema muy

parecido, conocido como *lectio divina*. En algunos de dichos métodos de meditación, los lectores buscan en oración “convertirse en” personajes de la historia que están leyendo, para luego observar y esperar, a medida que se desarrolla la historia, hasta ver qué se les dice o se les pide. Y, por supuesto, a lo largo de la historia de la iglesia, los predicadores han intentado entender lo que la Escritura decía en su contexto original y, a su vez, transmitir a sus oyentes lo que esto podía significar en sus propios días. En realidad, no sería exagerado decir que esta es la columna vertebral de la predicación cristiana.

Los peligros son obvios y no hay técnicas que logren eliminarlos; tampoco deberían, porque al hacerlo podrían apagar también al Espíritu. La forma en que “oímos” la Escritura y, por tanto, la voz de Dios que nos habla a través de esta, está sujeta a toda clase de factores “subjetivos”. Por supuesto, esto no es del todo malo. De no ser subjetivo, tampoco sería, en ese sentido, real para nosotros. Pero oír la voz de Dios en la Escritura no es simplemente un asunto de precisión y pericia técnica. Es una cuestión de amor, que, como ya hemos mencionado, es el modo de conocimiento que se requiere para vivir en la intersección entre el cielo y la tierra. No obstante, como nuestro amor sigue siendo frágil y parcial, y en la mayoría de los casos nuestras propias esperanzas y temores están estrechamente supeditados a este, necesitamos comprobar que oímos la voz de Dios al leer la Escritura mediante referencias a otros cristianos, del pasado y del presente, y a otros pasajes de la propia Escritura. Es puro sentido común. Escuchar la voz de Dios en la Escritura no nos coloca en una posición que asegure la infalibilidad de nuestras opiniones, sino que nos sitúa en el mismo lugar que Jesús mismo: en posesión de un llamamiento, ya sea para la vida entera o para el minuto siguiente. Las vocaciones son frágiles y se prueban en su desempeño, y, por tanto, es parecido a vivir en la intersección del cielo y la tierra.

Sin embargo, su ejecución no solo tiene que ver con nuestro peregrinaje privado. Consiste en llegar a ser agentes del nuevo mundo de Dios, trabajadores en pro de la justicia, exploradores de la espiritualidad, hacedores y reparadores de relaciones, creadores de belleza. Si Dios habla efectivamente por medio de la Escritura, su objetivo es comisionarnos para tareas como estas. La Escritura cristiana tiene la impronta, en su forma, su propósito y su modo de uso globales así como en sus partes individuales, no solo de la unión del cielo y la tierra, sino de la superposición en interacción de presente y futuro. Es un libro diseñado para ser leído por aquellos que están viviendo en el presente a la luz del futuro de Dios, ese que llegó en Jesús y ahora exige ser puesto en práctica.

Todo esto significa que tanto las Escrituras como la oración cristianas, tienen su propia forma distintiva. Leerlas como parecen pretender y requerir que lo hagamos es, asimismo, un tipo de actividad también distintiva. Es preciso desarrollar esto con un poco más de detalle.

No todos los “libros santos” son de la misma *clase*. Los grandes escritos de la tradición hindú—el Bhagavad Gita, en particular—no presentan una historia dominante en la que los lectores son llamados a convertirse en personajes. No habla de un dios único quien, como Creador, elige obrar en una familia y un lugar concretos, descartando a todos los demás, para dirigirse de ese modo al mundo entero. Esto afecta tanto a la forma como al contenido. El Corán, majestuoso monumento a Mahoma, es algo de otra naturaleza, más en la línea del tipo de libro marcadamente “autoritativo”, como algunos quisieran considerar a la Biblia, o en el que podríamos decir que algunos quisieran convertir a la Biblia. Ni siquiera el judaísmo, cuya Biblia ha hecho propia la iglesia, cuenta una historia continuada como la cristiana, en la que los lectores son llamados a convertirse en nuevos personajes. Si hay algo en el judaísmo que ocupe el mismo lugar que Jesús en el cristianismo, serían, en todo caso, las codificaciones y discusiones sobre la Torá que hay en la Misná y el Talmud, aunque aquí volvemos a ver una obvia diferencia de forma y propósito, así como de contenido.

Esto no significa que el Dios que es Señor de toda la creación, y, a la vez de Abraham, Isaac y Jacob, no tenga nada que decir a través de ninguna otra escritura. Más bien expresa que lo que el cristiano cree sobre Jesús genera una narración dentro de la cual se le ha llamado a vivir; que hacerlo genera un llamamiento a una vocación particular dentro del mundo; y que la Biblia es el libro a través del cual Dios sostiene y dirige a los que procuran obedecer a dicha vocación como seres humanos inteligentes, pensantes, portadores de su imagen. La Biblia desafía constantemente a sus lectores a no conformarse. Dar a la iglesia un don así era una manera de señalar a cada generación su necesidad de crecer, de ser más plenamente humanos, en nuestro pensar. Particularmente, esto se hace al dirigirse Dios a nosotros con palabras, que nos obligan a optar entre retraernos en una superficial negación de encogimiento de hombros o pensar con mayor profundidad, para entender lo que él es y lo que quiere para nosotros. Y, de manera más concreta, lo que él quiere hacer *por medio de* nosotros. La Escritura está ahí para capacitarnos en cuanto a ver la tarea que tenemos delante y nos convirtamos en el tipo de pueblo a través del cual pueda ser abordada y cumplida.

El desafío de la interpretación

¿Cómo, pues, ha de interpretarse la Escritura? En cierto sentido, todo este libro es una respuesta a esa pregunta. Otra más completa insistiría en que nos fijáramos en la naturaleza de cada libro, cada capítulo, cada sílaba. Los contextos, los significados en diferentes culturas, el lugar general que ocupa un libro, un tema, una línea en esa cultura y tiempo, y en el ámbito y alcance de la Escritura misma; todos esos aspectos importan. Examinarlos con el rigor y la atención que merecen constituye una tarea colosal, aunque hoy existe toda clase de cosas que nos animan y ayudan a emprenderla.

Pero los aspectos principales a reconocer son la intención de Dios de que tengamos, leamos y estudiemos este libro, de manera individual y como grupo; y de que, por el poder del Espíritu, dé testimonio de mil maneras de Jesús mismo y de lo que Dios ha hecho por medio de él. Repito un argumento que ya he expuesto, pero que es vital: la Biblia no es simplemente un depósito de información acerca de Dios, de Jesús y de la esperanza del mundo. Es más bien parte del *medio por el cual*, en el poder del Espíritu, el Dios vivo rescata a su pueblo de este mundo y lo lleva adelante en el trayecto hacia su nueva creación, y nos hace agentes de esa nueva creación a medida que lo vamos recorriendo.

Pero ¿qué sucede con la frase que siempre oímos cuando hay una discusión en torno a la Biblia, ya sea en círculos eclesiales o fuera? “Todo depende—dijo un reportero en las noticias hace unas noches—de si la gente está leyendo la Biblia literalmente o como algo que necesita interpretación”. O, como recientemente oí afirmar con gran énfasis a un conferenciante: “Algunas personas se toman la Biblia de manera literal, mientras que otros la vemos como algo metafórico”. ¿Qué significa “tomarse la Biblia literalmente”? ¿Qué significará leerla “metafóricamente”? ¿Tiene alguna utilidad plantear así la cuestión?

En general, no, no la tiene. Para empezar, debemos agitar un poco la vieja discusión entre lo “literal” y lo “metafórico” antes de que nos sirva para algo.

Irónicamente, teniendo en cuenta lo que significan, las palabras “literal” y “metafórico” han llegado a usarse de forma ambigua. A menudo, “literalmente” significa en realidad “metafóricamente”, como cuando un bañista dice: “Tenía los brazos literalmente ardiendo después de estar allí toda la tarde”; o cuando un oficinista dice: “El teléfono ha estado sonando literalmente todo el día”. A veces significa sencillamente “en realidad, de veras”, cuando de hecho se reconoce tácitamente que lo que se dice no es real ni verdadero: “Mi jefe es literalmente Hitler”.

Pero, cuando se usa en relación con la Biblia, surgen ecos de una controversia en particular: la interpretación del relato de la creación en Génesis. No hay nadie en Estados Unidos que no recuerde los polarizados debates entre los que insistían, y siguen insistiendo, en una creación literal de siete días, y los que porfiaban, y lo siguen haciendo, en una relectura de Génesis 1 a la luz de la ciencia evolucionista. El debate que se ha dirigido en términos de “creación frente a evolución” se ha visto atrapado en todo tipo de controversias añadidas (sobre todo en la cultura estadounidense) y ha puesto un telón de fondo singularmente inútil para lo que debería ser un análisis serio de otras partes de la Biblia.

De hecho, todos los lectores de la Biblia que he conocido, de cualquier trasfondo o cultura, han sabido intuitivamente que al menos algunas partes de ella se expresaban literalmente y otras tenían un significado metafórico. Cuando el Antiguo Testamento declara que los babilonios capturaron Jerusalén y la quemaron, significa, literalmente, que lo hicieron. Cuando Pablo dice que había naufragado tres veces, quiere decir que eso fue lo que le ocurrió. Por otro lado, cuando habla de la

venida de un ladrón en la noche, de la mujer que está con dolores de parto, de la necesidad de no estar ebrios ni dormidos, sino de permanecer despiertos y con la armadura puesta (1Ts 5:1-8), habría que ser un lector bastante inepto para no reconocer una de sus más espectaculares combinaciones de metáforas. Y cuando el mensajero del rey asirio grita a los hombres de Ezequías que Egipto es un “bastón de caña astillada, que traspasa la mano y hiere al que se apoya en él” (2R 18:21), el hecho de que las cañas abunden en Egipto y de que la metáfora pueda ser muy apropiada no nos impedirá ver que se trata, en realidad, de una metáfora.

Entre otros ejemplos obvios están las parábolas de Jesús. No he conocido nunca a un lector que tuviera la impresión de que la historia del hijo pródigo hubiera ocurrido en realidad, de tal manera que visitando un número suficiente de granjas en Palestina uno llegaría a encontrarse con aquel padre y sus hijos (suponiendo en todo caso que hubiesen arreglado su disputa). Prácticamente todos los lectores tratan estos asuntos sin pensarlos siquiera. Jesús mismo lo subrayó en ocasiones (y no porque sus oyentes pudiesen equivocarse al respecto) y señaló los significados “literales” (“Anda entonces y haz tú lo mismo” [Lc 10:37]). A veces, los escritores de los Evangelios actuaron del mismo modo, como cuando Marcos dijo que los sacerdotes se dieron cuenta de que cierta parábola iba contra ellos (12:12). Pero esto no significa que la única “verdad” en las parábolas sea el argumento por el cual se puedan, por así decirlo, intercambiar. Las parábolas son “verdad” en niveles muy diferentes; reconocerlo *no es* una forma de decir: “Las únicas ‘verdades’ reales que importan son los significados ‘espirituales’, las cosas que no han ‘ocurrido’ como sucesos del mundo real”. La verdad (gracias a Dios) es más complicada que eso, porque el mundo de Dios es más complejo—más interesante, de hecho—que todo esto.

En este punto surge otro problema que es una fuente de confusión sin fin. Además del uso informal de “literalmente” que acabamos de mencionar, la gente usa hoy las palabras “literalmente” y “metafóricamente” para expresar dos tipos de cosas distintos. Por un lado, y de acuerdo con el verdadero significado de ambas palabras, se refieren a *la manera en que las palabras se refieren a las cosas*. “Padre” significa literalmente alguien que ha engendrado un hijo. Una “flor” se refiere, literalmente, al objeto con ese nombre. Pero si tuviera que decir a mi nieta: “Tú eres mi florecilla”, estaría denotando a una persona, pero refiriéndome metafóricamente a una flor, para adornar a la primera con parte de los atributos de esta última (bonita, fresca, de dulce aroma; espero que no espinosa). Y, cuando un devoto parroquiano se refiere al sacerdote como “padre”, asumo que la referencia es obligatoriamente metafórica, dotando al hombre con cualidades de paternidad que no tienen nada que ver con engendrar. Aquí, las palabras “literal” y “metafórico” no nos dicen si las cosas de las que estoy hablando son abstractas o concretas, sino que indican si los términos “flor” y “padre” se están usando en sentido literal, para referirse a un padre real y a una flor de verdad, o en sentido metafórico, para referirse (no a una entidad abstracta, sino) a personas de verdad que en realidad no son padres ni flores, pero a las que entendemos mejor si, por así decirlo, las vestimos con esas palabras por un momento.

Pero “literal” y “metafórico” han llegado a significar, también, algo relacionado con *el tipo de cosas a las que nos estamos refiriendo*. “¿Fue una resurrección literal o metafórica?”. Todos sabemos lo que el hablante quiere decir: ¿Ocurrió de verdad, o no? Pero, por común que pueda ser este uso de “literal” y “metafórico”, se presta mucho a confusión. Hace que el término “literal” actúe como equivalente de “concreto”, mientras que “metafórico” lo hace de “abstracto” o de cualquier otra idea no concreta (“espiritual”, tal vez, aunque esto dé paso a un ejército de confusiones ulteriores).

Esto es solo la punta del iceberg de la discusión que podríamos tener en este punto, pero quisiera

subrayar dos cosas. Primero, no deberíamos permitir que el telón de fondo de los debates más viejos e inútiles acerca de Génesis nos lleven al necio pensamiento de que todo el que insista en que alguna parte histórica de la Biblia ha de leerse literalmente, y que está ahí para denotar cosas que ocurrieron realmente en la realidad concreta, se tome por un bobo incapaz de leer textos o de vivir en el mundo real de hoy. Tampoco deberíamos permitir que esa polarización nos haga imaginar que alguien que insiste en leer las espléndidas metáforas de la Biblia *como* tales—interpretando, por ejemplo, que “el Hijo del Hombre que viene sobre las nubes” es una metáfora que indica vindicación y exaltación—es un peligroso antilite-ralista que ha dejado de creer en la verdad del cristianismo.

La Biblia está llena de pasajes que en realidad no pretenden describir cosas ocurridas en el mundo real ni tampoco pretenden ordenar y prohibir diversos tipos de acciones que ocurren en él. El Dios del que habla la Biblia es, después de todo, el creador de este mundo. Una parte de la cuestión de toda esta historia es que él ama a este mundo y pretende rescatarlo, que ha puesto en marcha su plan mediante una serie de acontecimientos concretos en la historia real, y que tiene la intención de que este se lleve a cabo por medio de la vida concreta y del trabajo de su pueblo. Pero, como casi todos los grandes escritos, la Biblia nos trae de manera regular y reiterada el aroma, los significados, la interpretación adecuada de esos eventos reales, concretos en el tiempo y el espacio, por medio de complejas, hermosas y evocadoras formas y figuras literarias, siendo la metáfora una de ellas. Reconocer (en realidad, celebrar) la referencia literal pretendida, investigar los hechos concretos a los que se hace referencia y explorar todo el alcance del significado metafórico son tareas que cabe integrar, juntas, como elementos clave de la interpretación bíblica.

La segunda cosa que quiero subrayar es que está, pues, abierta a que cualquier lector, comentarista o predicador examine, en un pasaje particular, cuáles son las porciones “literales”, cuáles las “metafóricas”, y cuáles deben tomarse en ambos sentidos, antes de dedicarnos, como segundo paso, a preguntar si los fragmentos con intención literal sucedieron en la realidad concreta. Esto no se puede decidir de antemano ni con la insistencia de que “todo lo que hay en la Biblia debe ser interpretado literalmente” ni de saber de antemano que la mayoría “se debería tomar metafóricamente”.

Tomemos el ejemplo del pasaje del “Hijo del Hombre” al que acabo de referirme, que procede de Daniel 7. Esta porción habla de un sueño en el que Daniel ve cuatro monstruos, o bestias, saliendo del mar. Para empezar, aunque es muy posible que el pasaje nos remonte a una persona real llamada Daniel que tuvo unos sueños extraños y turbulentos que deseaba interpretar, el libro está estrechamente relacionado con un género bien conocido que utiliza la construcción, consciente y deliberada, de “sueños” con el propósito de exponer una alegoría. (Pensemos en *El progreso del peregrino* de Bunyan). Es una posibilidad que, al menos, deberíamos mantener abierta.

Al margen de esto, las cuatro “bestias”—el león, el leopardo, el oso y la bestia final con diez cuernos—son manifiestamente metafóricas. Ante la pregunta de si el sueño de Daniel se cumplió, nadie en el mundo antiguo, y creo que tampoco en el moderno, investigaría si tales animales “existieron en realidad”, o si se podían ver en la selva o en el zoo. Pero el hecho de que fueran cuatro tenía un significado muy literal. Así lo leían los antiguos judíos (que calculaban con temor y temblor en cuál de las cuatro secuencias se encontraban) y así lo leen los comentaristas actuales. La interesante observación de que la cuarta bestia se entendía, casi con seguridad, en el siglo II a. C. como una referencia a Siria, y en el siglo I d. C. como una referencia a Roma, no sirve más que para subrayar que el lenguaje metafórico indica una referencia literal a una realidad concreta, aunque las distintas generaciones tengan opiniones distintas en cuanto al posible referente literal.

De nuevo, cuando el sueño insiste en que las bestias salían del mar (7:2-3), no vemos ninguna contradicción en que el ángel que interpreta el sueño dice que son “cuatro reinos que se levantarán en

la tierra” (7:17). Muchos judíos antiguos consideraban el mar como ubicación y fuente del caos; y parte del argumento de Daniel 7 (irónicamente, en vista de dónde ha empezado esta discusión) es interpretar Génesis 1, con la vida que surge del mar y un ser humano que organiza todas las cosas conforme al orden de Dios. Los reyes proceden metafóricamente del mar, pero son gobernantes concretos con ejércitos de verdad con base terrestre y no criaturas o ideas abstractas en las mentes de las personas. Y ese “alguien de aspecto humano” de 7:13 no se interpreta como una figura humana que va volando en una nube, sino en los metafóricos pero absolutamente concretos términos de “los santos del Altísimo” es decir, los judíos leales, que “recibirán el reino, y será suyo para siempre, ¡para siempre jamás!” (7:18).

Todo esto es una forma de decir que la polarización entre interpretación “literal” y “metafórica” se ha convertido en algo confuso y que confunde. Las personas que se encuentran atrapadas en ella deberían contar hasta diez, leer algunas de las gloriosas metáforas de la Biblia, pensar en los hechos concretos a los que se refieren los escritores y volver a empezar.

Deberíamos poner un cuidado especial para evitar una sutil pero fuerte línea de pensamiento. Es demasiado fácil suponer que, si realmente la Biblia no debe “tomarse de forma literal”, sino que por encima de todo su interpretación ha de ser “metafórica”, los escritores (y puede que incluso Dios) no están verdaderamente interesados en lo que hacemos con nuestras circunstancias concretas, con nuestra vida física, económica y política. Decir “metafórica, no literal” nos puede llevar rápidamente a una teoría, aún más poderosa por no declararse abiertamente, según la cual Dios solo se preocupa de nuestra vida, pensamientos y sentimientos inconcretos (“espirituales”). Deberíamos reconocer esa insensatez que sale del mar tan pronto como nos encontremos con ella. Es la monstruosa mentira dualista que ha abrazado la mitad de nuestra cultura y que toda la Biblia, leída de forma literal, metafórica o cualquier otra que se nos ocurra, debería derrotar y destruir. Ningún judío del siglo I y ninguno de los primeros cristianos habrían pensado de esa manera.

La interpretación de la Biblia sigue siendo, por tanto, una tarea colosal y maravillosa. Por eso debemos ocuparnos en ella todo lo que nos permitan nuestro tiempo y nuestras capacidades. No debemos hacerlo tan solo de manera individual, sino también por medio de un estudio meticuloso, con oración, dentro de la vida de la iglesia, donde los diferentes miembros tendrán distintas habilidades y conocimientos que ayudarán. La única regla segura es recordar que la Biblia es verdaderamente el regalo de Dios a la iglesia, con el fin de equiparla para su trabajo en el mundo; el serio estudio de ella puede y debe convertirse en uno de los lugares en los que, en y por medio de ella, el cielo y la tierra se interrelacionan y los propósitos futuros de Dios llegan al presente. La Biblia es parte de la respuesta de Dios a la antigua búsqueda humana de justicia, espiritualidad, relaciones y belleza. Léala y vea.

Crear y pertenecer

El río y el árbol parecen cosas opuestas.

El río nace, literalmente, por todas partes. Un pequeño manantial en lo alto de la montaña; un lago lejano, alimentado a su vez por corrientes de agua; un glaciar en deshielo ... todos ellos y mil más contribuyen al borboteo y al correr del agua, con tramos tranquilos por aquí y rápidos remolinos por allá. Poco a poco, otras corrientes, otros ríos, van haciendo sus aportaciones. De muchos surge uno solo. Viví un tiempo a orillas del río Ottawa, en Canadá, justo río arriba, donde se junta con el río San Lorenzo. En ese punto tiene más de kilómetro y medio de anchura. Muchos arroyos lo han convertido en lo que es.

El árbol comienza con una sola semilla. Una bellota, o su equivalente, cae en tierra; pequeña, vulnerable, solitaria. Germina y echa raíces en suelo fértil. Al mismo tiempo, eleva un tallo hacia la luz y el aire. Las raíces se dividen en seguida y sondan todo el lugar en busca de nutrientes y agua. El renuevo se convierte en un tronco, de nuevo un simple tallo erguido, que también se divide rápidamente. Un roble o un cedro se extenderán a lo largo y a lo ancho en todas direcciones. Incluso el alto y estrecho álamo es mucho más que un solo tronco. El río fluye desde muchos para convertirse en uno; el árbol crece desde uno para llegar a ser muchos.

Para poder entender el concepto de iglesia necesitamos ambas imágenes.

La iglesia es como un río. En el último libro de la Biblia, Juan ve en su visión a una enorme multitud de gente de toda nación, linaje, tribu y lengua que se reúnen en un gran coro de alabanza. Como en el río, todos se iniciaron en lugares diferentes, pero han aportado sus distintos arroyos a un solo caudal. La imagen del río nos recuerda necesariamente que, aunque la iglesia consiste por definición en personas de la variedad de trasfondos más amplia posible, parte del quid de todo ello reside en que todos son parte los unos de los otros, y están hechos para ser parte del mismo caudal poderoso que ahora fluye en la misma dirección. La diversidad da paso a la unidad.

Pero, al mismo tiempo, la iglesia es como un árbol. La semilla, Jesús mismo, ha sido sembrada en tierra fértil y ha producido una planta asombrosa. Las ramas han empezado a extenderse en todas direcciones: unas apuntan casi directamente hacia arriba, otras hacia el suelo, y algunas sobresalen por encima de las tapias vecinas. Al contemplar las ávidas ramas extendidas, apenas podríamos imaginar que todas proceden de la misma raíz. Pero así es. La unidad genera diversidad.

No deberíamos llevar estas imágenes demasiado lejos. En el capítulo final de la Biblia, donde río y árboles se juntan como parte de la extraordinaria descripción de la Nueva Jerusalén, el primero procede de una sola fuente y los segundos llevan, todos ellos, hojas con el mismo poder sanador. Pero esta doble imagen ayuda, no obstante, a comprender algo de lo que los cristianos entendemos por la iglesia: el pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, la Esposa de Cristo, la familia de Dios, la variopinta colección de personas que se reúne periódicamente en el destartado edificio calle arriba. ¿Qué es la iglesia? ¿Quién pertenece a ella y cómo? Y, al mismo tiempo, ¿cuál es su propósito?

La iglesia y su propósito

La iglesia es la familia, única y multiétnica, que el Dios creador prometió a Abraham. Nació por medio de Jesús, el Mesías de Israel; recibió su energía del Espíritu de Dios; y ha sido llamada a llevar las transformadoras noticias de la justicia rescatadora de Dios a toda la creación. Esta es una definición muy concentrada y cada una de sus partes es importante. Contemplémosla más en detalle y veremos cómo, tanto el río como el árbol, contribuyen a que la entendamos.

Primero, la iglesia es ese gran río formado a partir de decenas de miles de afluentes dispersos. Aun cuando, en los tiempos de los primeros israelitas, era mayormente una sola familia, había sitio de sobra para que los extranjeros (como Rut, en el libro que lleva su nombre) vinieran a la familia de Israel. Una vez Jesús hubo hecho lo que hizo, la nueva norma pasó a ser esta: personas de toda raza, de todo trasfondo cultural y geográfico, de toda apariencia, clase y tamaño, estaban convocadas y se les daba la bienvenida a su renovado pueblo. Al referirnos a la iglesia como “el pueblo de Dios” se recoge esta idea, acentuada a lo largo del cristianismo primitivo, de continuidad entre la familia de Abraham, y la que forma la iglesia a nivel mundial. Si tomamos esta imagen por sí sola, el problema principal es que quizás nos desconcierta (como a los primeros cristianos) y hace que nos preguntemos por qué, desde el primer momento, fueron tantos los judíos que no creyeron que Jesús era su Mesías y no llegaron a pertenecer a la familia que le llamaba Señor.

Segundo, la iglesia es el árbol de muchas ramas que Dios plantó cuando llamó a Abraham: el árbol cuyo único tronco es Jesús y cuyas numerosas ramas, vástagos, hojas, etc., son los millones de comunidades e individuos cristianos en todo el mundo. Una manera fundamental de decir esto mismo en la Biblia es seguir a Pablo y pensar en la iglesia como el “Cuerpo de Cristo”, un solo cuerpo en el que cada individuo, y cada comunidad local, es una extremidad o un órgano. “El cuerpo” es más que una mera imagen de unidad en la diversidad; es un modo de decir que la iglesia está llamada a *hacer* la obra de Cristo, a ser el medio de su *acción* en y para el mundo. El árbol, arraigado en el antiguo Israel, irguiéndose en Jesús, extendiendo sus ramas con su vida en todas direcciones, ha de ser el instrumento para implementar su obra, para hacer real en todo el mundo lo que él consiguió. Contemplar la iglesia de esta manera se acerca mucho a otra imagen bíblica, una que encontramos en el Antiguo Testamento y en las enseñanzas de Jesús: el pueblo de Dios es la vid, una sola planta con muchas ramas.

En las dos imágenes, la idea de “familia” nunca está lejos, pero puede llamar a confusión. En cierto nivel es algo capital; los primeros cristianos se esforzaban por vivir como una gran familia, cuidando unos de otros como solía hacerse en las familias más extensas. Se llamaban unos a otros “hermano” y “hermana”, y así se consideraban realmente. Vivían, oraban y pensaban como tales: hijos de un mismo padre que seguían al mismo hermano mayor, compartiendo bienes y recursos donde surgiera una necesidad. Cuando hablaban de “amor”, este era el significado principal que le daban: vivir como una familia, una comunidad de apoyo mutuo. La iglesia no debe olvidar jamás ese llamamiento.

Pero, al mismo tiempo, la idea de “familia” puede llevarnos en la dirección equivocada. Como muchos predicadores han dicho (yo lo he escuchado atribuido a Billy Graham, entre otros), Dios no tiene nietos. Una de las batallas más grandes en la iglesia primitiva consistía en si las personas que venían de fuera, a una comunidad que seguía siendo básicamente judía, tenían que convertirse en judíos—es decir, si tenían que pasar por el proceso de convertirse en “prosélito”—para pertenecer al pueblo de Dios en su nueva definición en torno a Jesús. (Esto habría significado que tuvieran que

practicar la Ley judía, incluyendo la circuncisión de los varones). La respuesta de Pablo y los demás fue un rotundo no. Dios acoge a los judíos como lo que son sin exigirles que se hagan judíos. Al mismo tiempo, los propios judíos no podían basarse en su nacimiento ni en su estatus ancestral para asegurarse el ser automáticamente miembros de la renovada familia que Dios estaba creando por medio del Mesías. Como había dicho Juan el Bautista: “El hacha está puesta a la raíz del árbol”.

Del mismo modo, nadie pertenece al Mesías ni a su pueblo sencillamente por haber nacido en una familia u hogar cristianos. Con esto no niego que las familias hayan jugado un papel importante en el desarrollo de la iglesia. Muchos de los primeros cristianos eran parientes. A veces, dos o tres familias habían contribuido enormemente a la vida y obra de la iglesia en áreas y generaciones determinadas. Pero, como todos sabemos, es perfectamente posible que alguien crezca en un hogar cristiano y le dé la espalda a su fe y su vida. Asimismo, no solo es posible, sino una gloriosa y frecuente realidad que personas que no han tenido contacto alguno con el evangelio o con la iglesia entren en una membresía plena y activa. Muchas ramas se caen del árbol; muchas corrientes se juntan en un solo río. Nacer en una familia carnal en particular no determina si uno va a ser o no miembro de la familia de Dios.

Hoy, muchas personas encuentran difícil entender este sentido de identidad cristiana corporativa. Hemos estado tan embebidos en el individualismo de la moderna cultura occidental que podemos sentirnos amenazados por la idea de que nuestra identidad primordial sea la de la familia a la que pertenecemos, especialmente cuando esta es tan amplia que se extiende en el espacio y en el tiempo. La iglesia no es una mera colección de individuos aislados que siguen juntos su propia senda de crecimiento espiritual sin tener mucha relación entre sí. En ocasiones puede parecerlo y dar esa sensación. La gloriosa verdad es que cada uno de nosotros tiene que responder al llamamiento de Dios de una manera personal. Usted puede esconderse en las sombras de la parte trasera de la iglesia durante un tiempo, pero más tarde o más temprano tendrá que decidir si eso es para usted o no. Es necesario que aprendamos de nuevo la lección (para tomar la imagen paulina del Cuerpo de Cristo) de que una mano no es menos mano por ser parte de un todo mayor, un cuerpo entero. El pie no ve menguada su libertad de ser un pie por formar parte de un cuerpo que también tiene ojos y orejas. De hecho, las manos y los pies son más libres de ser ellos mismos cuando se coordinan adecuadamente con ojos, orejas y todo lo demás. Cortarlos en un esfuerzo por hacerlos verdaderamente libres, verdaderamente ellos mismos, sería verdaderamente desastroso.

En particular, negaría el propósito mismo para el que la iglesia fue llamada a su existencia. De acuerdo con los primeros cristianos, la iglesia no existe para proporcionar un lugar en el que la gente pueda dedicarse a sus programas espirituales privados y desarrollar su propio potencial espiritual. Tampoco lo hace para proporcionar un refugio seguro en el que las personas puedan esconderse del malvado mundo y asegurarse de que llegarán sanas y salvas a un destino en el más allá. El crecimiento espiritual y la salvación final privados vienen más bien como productos derivados del propósito principal, central, predominante para el cual Dios nos ha llamado y nos está llamando. Dicho propósito se afirma con claridad en varios lugares del Nuevo Testamento: Dios anunciará a todo el mundo, por medio de la iglesia, que él es su sabio, amoroso y justo creador; que por medio de Jesús ha derrotado a los poderes que la corrompen y esclavizan; y que por medio de su Espíritu está obrando para sanarla y renovarla.

Dicho de otro modo, la iglesia existe para lo que a veces llamamos “misión”: anunciar al mundo que Jesús es su Señor. Estas son las “buenas noticias” que, cuando se anuncian, transforman a personas y sociedades. La iglesia existe para la misión en su sentido más amplio y también más preciso. Dios tiene la intención de arreglar el mundo; ha puesto en marcha su proceso de manera

impresionante por medio de Jesús. Los que le pertenecen son llamados, aquí y ahora en el poder del Espíritu, a ser agentes de ese propósito de arreglar las cosas. El término “misión” procede del latín equivalente a “enviar”: “Como el Padre me envió a mí —dijo Jesús después de su resurrección— así yo los envío a ustedes” (Jn 20:21).

Vamos a considerar ahora lo que significa en la práctica. Pero, primero, fijémonos en esto. Desde el mismo principio, la propia enseñanza de Jesús ha dejado claro que las personas llamadas a ser agentes del amor sanador de Dios, que reorganiza el mundo, tienen asimismo el llamado de ser personas cuyas vidas son arregladas por el mismo amor sanador. Los mensajeros tienen que ser modelos del mensaje. Por tanto, aunque la misión es la razón del llamamiento de Dios para la iglesia, los misioneros—es decir, todos los cristianos—se definen a sí mismos como personas que han sido sanadas. Ahora debemos hacer una pausa y preguntar qué es lo que esto significa exactamente.

Despertarse a las buenas noticias

¿Qué le sucede a usted cuando se despierta por la mañana?

Para algunas personas, despertarse es una experiencia brusca y de sobresalto. Suena el despertador y saltan asustados, sacados a la fuerza de su sueño profundo para enfrentarse a la fría y cruel luz del día.

Para otros es un proceso lento y tranquilo. Pueden estar medio dormidos y medio despiertos, sin estar muy seguros de su estado, hasta que gradualmente, poco a poco, sin sobresaltos ni resentimiento, se alegran al saber que ha empezado otro día.

La mayoría de nosotros sabe algo de ambos procesos, y mucho de ninguna de estas cosas.

El despertar representa una de las descripciones más básicas de lo que puede suceder cuando Dios interviene en la vida de alguien.

Existen historias clásicas sobre relojes despertadores. De camino a Damasco, Saulo de Tarso, cegado por una luz repentina, perplejo y sin habla, descubrió que el Dios al que había adorado se había revelado en el crucificado y resucitado Jesús de Nazaret. Juan Wesley encontró que su corazón se iba volviendo extrañamente sensible, y nunca miró hacia atrás. Ellos y otros más son los famosos, pero hay muchos millones más.

Y, aunque no salten a la palestra de la misma manera, también hay muchas historias de la variedad del “medio despierto-medio dormido”. Algunas personas pasan meses, años, y hasta décadas, sin saber con seguridad si están fuera de la fe cristiana mirando adentro, o si, por el contrario, están dentro y miran a su alrededor para ver si es real.

Como ocurre en el despertar normal, los hay que están en alguna otra parte, en ninguna de las mencionadas. Pero la cuestión es que existe el estar despierto y el estar dormido. Y es importante explicar la diferencia y estar seguro de que uno se ha despertado en el momento en que tiene que estar levantado y listo para la acción, cualquiera que esta pueda ser.

El despertar es, de hecho, una de las imágenes regulares de los primeros cristianos para expresar lo que pasa cuando el evangelio de Jesús—la buena noticia de que el Dios creador ha obrado de manera decisiva para poner el mundo en orden—afecta la conciencia de alguien. Hay una buena razón para ello. El “dormir” era una manera habitual de referirse a la muerte en el mundo judío antiguo. Con la resurrección de Jesús, el mundo estaba siendo invitado a despertarse. Pablo escribe: “Despiértate, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo” (Ef 5:14).

Los primeros cristianos creían, en realidad, que la resurrección era lo que todo hombre necesitaba verdaderamente, no solo al final, en el nuevo mundo que Dios iba a hacer a su tiempo, sino también en la vida presente. Dios tiene la intención de darnos, al final, una nueva vida, en comparación con la cual esta presente no es más que sombras. Quiere darnos nueva vida en esa nueva creación final. *Pero la nueva creación ya ha comenzado con la resurrección de Jesús*, y Dios quiere despertarnos *ahora*, en el presente, a la nueva realidad. Tenemos que atravesar la muerte y salir al otro lado en una nueva clase de vida; convertirnos en personas de la luz del día, aunque el resto del mundo todavía no se haya despertado. Tenemos que vivir en la presente oscuridad por medio de la luz de Cristo, de manera que cuando al fin salga el sol estemos preparados para él. O, por poner otra imagen, tenemos que estar ya dibujando los bocetos de la obra maestra que un día Dios nos llamará a pintar con él. Esto es lo que significa responder a la llamada del evangelio cristiano.

No es, en otras palabras, una cuestión de “tener una nueva experiencia religiosa”. Puede parecerse a eso, o puede que no. Para algunas personas, convertirse en cristianos es una experiencia

profundamente emocional, para otros es una resolución tranquila, perspicaz, de asuntos largamente ponderados. Nuestras personalidades son gloriosamente diferentes, y Dios nos trata a todos de manera gloriosamente diferente. En cualquier caso, algunas experiencias religiosas son profundamente no cristianas o anticristianas. El mundo antiguo estaba lleno de toda clase de religiones, muchas de ellas profundamente deshumanizadoras. Aunque no siempre lo reconocemos, el mundo moderno también es así.

¿Qué implica, pues, oír y responder al evangelio cristiano? ¿Qué significa despertar al nuevo mundo de Dios? Dicho de otro modo, ¿qué significa convertirse en miembro del pueblo de Dios, del pueblo de Jesús, de la iglesia?

El evangelio—las “buenas noticias” de lo que el Dios creador ha hecho en Jesús—son primero y principal *noticias sobre algo que ha ocurrido*. Y la primera y más adecuada respuesta a esas noticias es *creerlas*. Dios ha resucitado a Jesús de los muertos y, de ese modo, ha declarado con un solo hecho poderoso que Jesús ha puesto en marcha el tan esperado reino de Dios y que (por medio de la muerte de Jesús) el mal de todo el mundo ha sido por fin derrotado. Cuando el despertador suena, esto es lo que dice: “Aquí están las buenas noticias. ¡Despiértense y créanlas!”.

Sin embargo, este mensaje es tan absolutamente improbable y extraordinario que uno no puede esperar que las personas se limiten a creer del mismo modo que lo harían si se les dice que afuera está lloviendo. Y a pesar de todo, cuando la gente oye el mensaje, algunos al menos descubren que *sí* lo creen. Para ellos tiene sentido. No me refiero a la clase de “sentido” que uno encuentra en el insulso mundo de la imaginación secular. En él, las únicas cosas que importan son las que se pueden meter en un tubo de ensayo o en una cuenta bancaria. Me refiero al tipo de sentido que existe en el extraño nuevo mundo que vislumbramos, aunque solo sea un momento, de la misma manera que divisamos todo un mundo nuevo cuando estamos de pie ante un gran cuadro, sobreecogidos, o cuando nos conquista una canción o una sinfonía. Esta especie de “cobrar sentido” se parece mucho más a enamorarse que a calcular un balance financiero. En definitiva, creer *que* Dios levantó a Jesús de los muertos es cuestión de creer y confiar en el Dios que quiso hacer algo así, y lo hizo.

Aquí es donde nuestra palabra “creer” puede ser inadecuada o incluso equívoca. Lo que los primeros cristianos querían decir con “creer” incluía tanto creer *que* Dios había hecho ciertas cosas como creer *en* el Dios que las había hecho. No es creer que Dios existe, aunque desde luego también lo implica; es una confianza con amor y agradecimiento.

Cuando las cosas “cobran sentido” de esa manera, uno sabe que no es tanto una cuestión de entenderlo todo y decidir dar un paso, o tomar una posición. Se trata de que Alguien me está llamando con una voz que puedo reconocer sutilmente, con un mensaje que es una invitación de amor y, a la vez, me emplaza a obedecer. La llamada de la fe consiste en ambas cosas. Es la llamada a creer que el Dios verdadero, el creador del mundo, lo ha amado tanto en su totalidad, usted y yo incluidos, que ha venido en la persona de su Hijo, y ha muerto y resucitado para acabar con el poder del mal y crear un mundo nuevo en el que todo sea como debe ser, y donde el gozo sustituya al lamento.

Cuanto más conscientes seamos de nuestra incapacidad para entenderlo, e incluso de nuestra flagrante deslealtad al llamamiento a vivir como genuinos seres humanos, más oiremos esa llamada en su sentido más profundo. Es la oferta de *perdón*. Con ella nos invita a recibir el regalo de Dios, hacer borrón y cuenta nueva, un comienzo totalmente nuevo. Solo con un vislumbre de esto se nos llena el pecho de asombro y gratitud, y encontramos una repuesta de amor agradecido que brota de nuestro interior. Como hemos visto antes, así como no se puede construir una escalera de lógica humana y subir por ella para conseguir algún tipo de “prueba” de Dios, tampoco se puede fabricar

una de moral humana o de logros culturales y escalar sus peldaños para ganarse el favor de Dios. De vez en cuando, algunos cristianos han imaginado que esto es justamente lo que se esperaba de ellos, y, en sus esfuerzos, hacen que todo resulte absurdo.

Pero el hecho de que no podamos ganarnos el favor de Dios con nuestro esfuerzo moral no debería impedirnos ver que el llamamiento a la fe es también un llamado a la obediencia. Tiene que serlo, porque Jesús dice que es el legítimo Señor y Dueño del mundo. (El lenguaje que Pablo usa sobre Jesús habría recordado a sus oyentes el que estaban acostumbrados a escuchar sobre César). Por consiguiente, Pablo puede hablar de la “obediencia de la fe”. De hecho, la palabra que los primeros cristianos usaban para “fe” también puede significar “lealtad” o “fidelidad”. Es lo que los emperadores de antes, y de ahora, siempre han exigido a sus súbditos. El mensaje del evangelio son las buenas noticias de que Jesús es el único “emperador” verdadero que gobierna el mundo con su propio sello de amor abnegado. Esto deconstruye claramente, con entusiasmo y de manera deliberada, la propia palabra “emperador”. Cuando los primeros cristianos usaban la terminología imperial en relación con Jesús, siempre lo hacían conscientes de la ironía. ¿Quién ha oído de un emperador crucificado?

Cuando nos vemos a la luz del tipo de reino de Jesús y descubrimos en qué medida hemos estado viviendo mediante un código totalmente diferente, nos damos cuenta, quizás por primera vez, de lo lejos que hemos quedado de aquello para lo que fuimos creados. Este descubrimiento es lo que llamamos “arrepentimiento”, un serio apartarse de patrones de vida que desfiguran y distorsionan nuestra genuina humanidad. No es simplemente una cuestión de sentir pena por unos fallos concretos, aunque a menudo también puede darse. Es el reconocimiento de que el Dios viviente nos ha hecho a los hombres para reflejar su imagen en este mundo, y que no lo hemos hecho. (El término técnico para esto es “pecar”, cuyo significado primario no es “romper las reglas”, sino “errar el tiro”, no conseguir dar en el blanco de la completa, genuina y gloriosa humanidad). Una vez más, el evangelio en sí, el mensaje que anuncia que Jesús es Señor y nos llama a la obediencia, contiene el remedio: perdón, inmerecido y gratuito, gracias a su cruz. Todo lo que podemos decir es “Gracias”.

Creer, amar, obedecer (y arrepentirnos de nuestro fracaso con respecto a esas cosas): esta clase de fe es la marca del cristiano, la única insignia que nos ponemos. Por ello, en las iglesias más tradicionales la comunidad declara su fe públicamente con las palabras de uno de los antiguos credos. Es el sello de quiénes somos. Cuando declaramos nuestra fe, estamos diciendo sí a ese Dios y a su proyecto. Esta es la marca central de nuestra identidad, de quién y qué es la iglesia. Por cierto, eso es lo que San Pablo quería decir cuando hablaba de “justificación por la fe”. Dios declara que aquellos que comparten esta fe están “en lo correcto”. Su intención es poner a todo el mundo en una situación correcta; ya ha empezado este proceso en la muerte y resurrección de Jesús, y en la obra de su Espíritu en las vidas de los hombres y las mujeres, trayéndolos a la fe por medio de la cual, únicamente, se nos identifica como pertenecientes a Jesús. Cuando las personas vienen a la fe cristiana, son “arregladas” como una señal anticipatoria, y como parte de los medios, de lo que Dios tiene intención de hacer para toda su creación.

La fe cristiana no es una preocupación religiosa general. Tampoco es la capacidad para creer varias afirmaciones improbables. Desde luego, no es una especie de candidez que pudiera separarnos del contacto con cualquier genuina realidad. Es la fe que oye la historia de Jesús, incluido el anuncio de que él es el verdadero Señor del mundo, y responde de corazón con una oleada de amor agradecido que dice: “Sí, Jesús es Señor. Él murió por mis pecados. Dios le levantó de los muertos. Este es el centro de todo”. Ya sea que usted llegue a ella en un relámpago cegador o mediante un largo, lento y sinuoso camino, una vez llegue a este punto se estará poniendo (se dé cuenta o no) la

insignia que le marca como parte de la iglesia, sobre la misma base que cualquier otro cristiano de la historia. Estará descubriendo lo que significa despertar y encontrarse en el nuevo mundo de Dios.

Es más, estará dando clara evidencia de que una nueva vida ha empezado. En algún lugar de lo profundo de su ser, algo ha despertado a la vida, algo que antes no estaba ahí. Por esta razón, muchos cristianos optaron por la terminología de “nacimiento”. Jesús mismo, en una famosa conversación con un maestro judío, habló de nacer “de arriba”: un nuevo hecho, similar pero distinto del nacimiento normal humano (Jn 3). Muchos de los primeros cristianos recogieron y desarrollaron esta idea. Igual que los primeros signos de vida de un niño recién nacido son que respira y llora, los de un cristiano recién nacido son la fe y el arrepentimiento, inhalar el amor de Dios y exhalar un primer llanto de contrición. Y, en este punto, lo que Dios provee es como para el niño recién nacido: la promesa de confort, protección y alimento que da una madre.

Pertenecer a la familia

“Si Dios es nuestro padre, la iglesia es nuestra madre”. Son palabras del reformador suizo Juan Calvino. Algunos pasajes bíblicos hablan en este sentido (destaca Gá 4:26-27, que se hace eco de Is 54:1). Subrayan el hecho de que es imposible, innecesario e indeseable que un cristiano se valga totalmente por sí mismo, así como lo sería para un recién nacido.

La iglesia es primero y principal una *comunidad*, un conjunto de personas que se pertenecen unas a otras porque pertenecen a Dios, al Dios que conocemos en y por medio de Jesús. Aunque a menudo usamos la palabra “iglesia” para denotar un edificio, lo importante es que es el lugar *donde se reúne la comunidad*. Ciertamente, pueden traer recuerdos, y los traen, y cuando la gente ha estado orando y adorando, haciendo duelo y celebrando en un edificio determinado durante muchos años, el edificio mismo puede llegar a hablar con fuerza de la acogedora presencia de Dios. Pero lo que importa es la *gente*.

La iglesia existe antes que nada para dos propósitos estrechamente relacionados: adorar a Dios y trabajar por su reino en el mundo. Usted puede y debe adorar, y trabajar para el reino de Dios, en privado y a su propia manera exclusiva, pero si el reino de Dios tiene que avanzar, en lugar de ir andando en círculos, tendremos que trabajar juntos además de hacerlo también en solitario.

La iglesia existe también para un tercer propósito, que sirve a los otros dos: animarnos unos a otros, edificarnos mutuamente en la fe, orar unos por otros, aprender unos de otros y enseñarnos mutuamente, y ponernos los unos a los otros ejemplos a seguir, retos a afrontar y tareas urgentes a realizar. Todo ello es parte de lo que más o menos se conoce como *confraternidad*. Esto no significa simplemente servirnos tazas de té y café. Se trata de vivir dentro de ese sentido de empresa común, negocio familiar, en el que cada uno tiene una parte y un lugar adecuados.

Dentro de este contexto es donde han madurado los distintos ministerios que hay en la iglesia. Desde la evidencia más temprana que tenemos, en los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo, la iglesia ha reconocido diferentes dones a distintas personas de modo que toda la comunidad pueda crecer con éxito y llevar adelante la obra que se le ha confiado.

Adoración, confraternidad y la labor de reflejar el reino de Dios en el mundo son cosas que desembocan y se derivan unas de otras. Uno no puede reflejar la imagen de Dios sin volver a adorar para mantener el reflejo renovado y auténtico. Del mismo modo, la adoración sostiene y alimenta la confraternidad; sin ella, la comunión se deteriora rápidamente para convertirse en grupos de personas de pensamientos afines, que a su vez se convierten en círculos exclusivos, justo lo contrario de lo que el pueblo de Jesús debe perseguir.

Dentro de la iglesia, aun cuando esta no lo esté haciendo precisamente todo bien, es donde la fe cristiana mencionada se alimenta y crece hasta la madurez. Como en toda familia, los miembros descubren quiénes son en sus relaciones mutuas. Las iglesias varían mucho en cuanto a tamaño, desde puñados de personas esparcidas en pueblos aislados hasta gigantescas congregaciones de miles de almas en algunas partes del mundo. Pero lo ideal sería que el cristiano perteneciera a un grupo lo bastante pequeño como para que las personas se conozcan y se cuiden entre sí, y particularmente para que oren con una valiosa profundidad unos por otros; al mismo tiempo, que fuera un grupo lo bastante grande como para contar con una amplia variedad en su membresía, en sus estilos de adoración y en sus actividades para el reino. Cuanto más pequeña sea la comunidad local, más importante es estar firmemente vinculados a una unidad mayor. Cuanto más multitudinarias sean las reuniones regulares (pienso en las iglesias que tienen varios cientos, e incluso miles, de personas en cada reunión

semanal), más importante es que cada miembro pertenezca a un grupo más reducido. Lo ideal son grupos de una docena más o menos que se reúnan para orar, estudiar la Escritura y edificarse unos a otros en la fe.

La membresía de la iglesia empieza con una simple acción que expresa de manera espectacular en qué consiste esto de creer y pertenecer: el bautismo.

Por las aguas del bautismo

A estas alturas ya tenemos que conocer la historia. Los judíos, antiguos y actuales, nos lo han contado cada año con detalle gráfico: la historia de cómo Dios los rescató de Egipto. Los sacó atravesando el mar Rojo y los guió por el desierto hasta la Tierra Prometida. *Por las aguas hacia la libertad.*

Es interesante que la historia empezara con el rescate del líder, Moisés, de las orillas del Nilo cuando era un bebé, después de que sus padres lo pusieran allí en un canasto flotante, desobedeciendo la orden de matarlo. Moisés tenía que pasar por el “rescate por agua” (a pequeña escala) que Dios iba a llevar a cabo por medio de él más adelante. Tras la muerte de Moisés, volvió a suceder: Josué guió al pueblo a través del Jordán para llegar al fin a la Tierra Prometida.

Estos relatos miran retrospectivamente a hechos incluso anteriores. La propia Creación tuvo lugar, según Génesis 1, cuando el gran viento, aliento, o Espíritu de Dios sobrevolaba las aguas como una paloma, y cuando Dios separó las aguas en diferentes lugares y a su voz se formó la tierra seca. La Creación misma, podríamos decir, empezó con un éxodo, un bautismo. *Por las aguas hacia la nueva vida.*

Por tanto, no debería sorprendernos que uno de los movimientos judíos de renovación más famosos se formara como el movimiento de un nuevo éxodo y cruce del Jordán. Juan, el primo de Jesús, creía en su llamamiento a preparar al pueblo para el tan esperado momento en que el Dios de Israel cumpliera sus antiguas promesas. Convocó a las personas al desierto de Judea para que fueran bautizadas (la palabra significa literalmente “sumergidas”) en el río Jordán, y confesaran sus pecados. *Por las aguas hacia el nuevo pacto de Dios.* Tenían que ser un pueblo purificado, del nuevo pacto, preparado para que su Dios viniese y los liberase.

El mismo Jesús se sometió al bautismo de Juan. Se estaba identificando con aquellos a quienes había venido a rescatar, cumpliendo el plan del pacto de su Padre. Y, cuando salió del agua, el Espíritu de Dios descendió sobre él como una paloma, y una voz del cielo declaró que él era el verdadero Hijo de Dios, el Mesías de Israel, el rey. Jesús vio en esta simbólica acción de nuevo éxodo el inicio de su movimiento del reino.

Pero también lo vio como indicador de la acción con la que su ministerio alcanzaría su clímax. En una ocasión habló de la prueba de un bautismo por el que tenía que pasar, dejando claro que se refería a su propia muerte. Como hemos visto antes, escogió la Pascua, la gran festividad judía del Éxodo, como momento para actuar simbólicamente y desafiar a las autoridades, sabiendo lo que ocurriría a continuación.

El bautismo de Jesús y su Última Cena cuidadosamente planificada apuntaban al pasado, al éxodo original (el momento de pasar por las aguas), señalaban hacia la misma creación original y, por último, apuntaban a la muerte y resurrección de Jesús como la nueva realidad definitiva, el momento del nuevo pacto, de la nueva creación. Y para lograr esa renovación era necesario pasar, no solo por las aguas y salir al otro lado, sino por un río muchísimo más profundo. Las muchas capas de significado que ya estaban presentes en el bautismo tenían que reenfocarse ahora para centrarse en la muerte y resurrección de Jesús. *Por las aguas hacia el nuevo mundo de Dios.*

Por eso, desde las fuentes cristianas más tempranas que poseemos, el bautismo cristiano no solo está ligado al de Jesús mismo, no solo al éxodo y a la creación, sino a la muerte y resurrección de Jesús. San Pablo, en una de sus primeras cartas, habla de ser “crucificado con Cristo” y resucitar a una nueva vida; y en su obra cumbre (la carta a Roma) explica que en el bautismo morimos con el

Mesías y resurgimos para compartir su vida resucitada. Los acontecimientos espectaculares y únicos que hay en el corazón del relato cristiano *nos suceden a nosotros*, no solo al final de nuestras vidas y después (cuando muramos físicamente y, en su momento, resucitemos), sino también mientras continuamos nuestra vida en el presente. *Por las aguas hacia una nueva vida de pertenecer a Jesús.*

Por ello, desde muy pronto, el bautismo cristiano se vio como el modo de ingresar en la familia cristiana, y se asociaba, por tanto, con la idea de “nacer de nuevo”. Por supuesto, no todo el que ha pasado por el bautismo de agua ha conocido y experimentado personalmente cómo el amor salvador de Dios en Cristo penetra y transforma sus vidas. En distintos momentos, Pablo tiene que recordar a sus lectores que tienen la responsabilidad de hacer real en sus propias vidas la verdad de lo que les ocurrió en el bautismo. Pero no dice que el bautismo no importe o que no sea algo real. Personas que han sido bautizadas pueden optar por rechazar la fe, así como los hijos de Israel pudieron rebelarse contra YHWH después de haber atravesado el mar Rojo. Pablo aborda esta cuestión en 1 Corintios y otros pasajes. Pero no pueden “desbautizarse”: Dios los verá como miembros desobedientes de la familia, pero no como extraños.

En particular, ahora podemos ver por qué el bautismo cristiano implica ser sumergido en agua (o que se vierta agua sobre uno) en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. La cuestión es que la historia que nos cuenta el bautismo es la propia historia de Dios, desde la creación y el pacto, hasta el nuevo pacto y la nueva creación, con Jesús en el medio y el Espíritu sobrevolando. En el bautismo, a *usted* se le coloca en esa historia, para que sea un actor de la obra que Dios está escribiendo y produciendo. Y, una vez entre bastidores, usted es parte de la acción. Puede equivocarse en los diálogos. Puede hacer de todo para estropear la obra. Pero la historia avanza, y más le valdría entender adónde se dirige y cómo aprender sus diálogos e integrarse en la obra. *Por las aguas para llegar a ser parte del propósito de Dios para el mundo.*

La nueva creación, que empieza ahora

Pese a lo que muchos piensan, dentro y fuera de la familia cristiana, el propósito del cristianismo no es “ir al cielo cuando mueras”.

El Nuevo Testamento recoge del Antiguo el tema de que Dios tiene la intención, al final, de poner toda la creación como es debido. La tierra y el cielo están hechos para que haya traslape entre ellos, no de manera intermitente, misteriosa y parcial, como ahora, sino completa, gloriosa y total. “Porque así como las aguas cubren los mares, así también se llenará la tierra del conocimiento de la gloria del SEÑOR”. Esta es la promesa que resuena a través del relato bíblico, desde Isaías (y detrás de él, por implicación, desde el propio Génesis) pasando por los mayores episodios visionarios de Pablo hasta los capítulos finales del libro de Apocalipsis. La gran obra dramática terminará, no con las “almas salvadas” arrebatadas hacia el cielo, lejos de la malvada tierra y de los cuerpos mortales que las habían arrastrado al pecado, sino con la llegada de la Nueva Jerusalén que desciende del cielo a la tierra, para que se pueda decir: “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios!” (Ap 21:3).

Hace algo más de cien años, un pastor estadounidense del norte del estado de Nueva York celebró en un gran himno la belleza de la creación y la presencia del Dios creador en ella. Se llamaba Maltbie Babcock, y su himno, “Thy Is My Father World” [*Este es el mundo de mi Padre*] señala más allá de la belleza presente de la creación, a través del caos y la tragedia con los que ha sido infectada, hacia el desenlace definitivo. Hay varias versiones de la estrofa que nos interesa, pero esta es una de las más comunes:

*Este es el mundo de mi Padre;
Que nunca se me olvide
Que aunque el mal parezca a menudo tan fuerte
Dios sigue siendo el rey.
Este es el mundo de mi Padre;
La batalla no ha terminado;
Jesús, quien murió, será recompensado,
Y tierra y cielo serán uno.*

Y tierra y cielo serán uno: esta es la nota que debería sonar como una nítida y dulce campana a lo largo de toda la vida cristiana, emplazándonos a vivir en el presente como un pueblo llamado a ese futuro, un pueblo llamado a vivir en el presente a la luz de ese futuro. Los dos temas a los que hemos vuelto una y otra vez en este libro—la superposición del cielo y la tierra y del futuro de Dios con nuestro tiempo presente—se reúnen una vez más cuando miramos lo que significa, para los miembros creyentes y bautizados del pueblo de Dios, vivir bajo el señorío de Jesús en este mundo. Y cuando contemplamos esos temas de poner en marcha la nueva creación en el presente, descubrimos al fin que hemos sido llamados, no solo a escuchar los ecos de una voz que oímos en la parte inicial de este

libro, sino a ser el pueblo a través del cual el resto del mundo llegue a oír y responda también a esa voz.

Pablo, Juan y el propio Jesús, así como prácticamente todos los grandes maestros de los dos primeros siglos, subrayaban su creencia en la *resurrección*. Resurrección no significa “ir al cielo cuando muera”. Tampoco es cuestión de “vida después de la muerte”. Después de morir, usted irá a estar “con Cristo” (“vida después de la muerte”), pero su cuerpo seguirá muerto. Es difícil describir dónde estará y qué será usted en el periodo entre muerte y resurrección, y en la mayor parte del Nuevo Testamento los escritores no tratan de explicarlo. Si lo prefiere, llámelo “cielo”, pero no se imagine que es el fin de todas las cosas. Lo que se promete para *después* de ese periodo intermedio es una nueva vida corporal en el nuevo mundo de Dios (“vida *después* de la ‘vida después de la muerte’”).

No deja de sorprenderme que muchos cristianos contemporáneos encuentren esto confuso. Para la iglesia primitiva y muchas generaciones cristianas posteriores, esto era algo natural. Era lo que creían y enseñaban. Si hemos crecido creyendo y enseñando alguna otra cosa, ya es hora de que nos restreguemos los ojos y volvamos a leer los textos. El plan de Dios no es abandonar a este mundo, del cual había dicho que “era muy bueno”. Más bien, su intención es rehacerlo. Y, cuando lo haga, resucitará a todo su pueblo a una vida nueva *corporal* para vivir en él. Esta es la promesa del evangelio cristiano.

Para vivir en él, sí; y también para reinar sobre él. Hay aquí un misterio que en la actualidad pocos han empezado siquiera a considerar. Tanto Pablo como Apocalipsis subrayan que, en el nuevo mundo de Dios, los que pertenecen al Mesías serán puestos a cargo de algo. La primera creación fue puesta al cuidado de las criaturas que portaban la imagen de Dios. La nueva creación será dejada a la sabia y sanadora mayordomía de aquellos que están vestidos de la nueva naturaleza “que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador”, como lo expresa Pablo (Col 3:10).

En el nuevo mundo de Dios, Jesús será, desde luego, la figura central. Por eso la iglesia, desde sus inicios, ha hablado siempre de su “segunda venida”, aunque en términos de superposición de cielo y tierra sería más apropiado hablar, como hacían algunos cristianos, de la “reaparición” de Jesús. En este momento él está presente con nosotros, pero oculto tras el invisible velo que separa cielo y tierra, esa cortina que podemos atravesar en momentos como la oración, los sacramentos, la lectura de la Escritura o nuestra labor con los pobres, cuando el velo parece especialmente delgado. Pero un día, será retirado; la tierra y el cielo serán uno; Jesús estará presente en persona y toda rodilla se doblará a su nombre; la creación será renovada; los muertos serán resucitados; y el nuevo mundo de Dios estará por fin presente, lleno de nuevos potenciales y posibilidades. En esto consiste la visión cristiana de la salvación, término que no he usado hasta ahora, porque suele entenderse mal.

Pero, si ahí es donde nos dirigimos, ¿qué camino hemos de tomar para llegar?

Vivir entre el cielo y la tierra

Nuestra visión del camino de aquí hasta allí, de la creación a la nueva creación—en otras palabras, el que hemos sido llamados a vivir en el presente—no solo variará según lo que concibamos como nuestro destino final, sino también de acuerdo con la manera en que entendamos a Dios y al mundo.

Tenemos que remitirnos de nuevo a las tres opciones que expusimos antes sobre la manera de entender cómo se relacionan Dios y el mundo. La Primera Opción era verlos como básicamente lo mismo, cosas que ya coinciden más o menos por completo. El panteísta, y en menor medida el panenteísta, procura estar en contacto o en sintonía con los impulsos divinos presentes en el mundo y en uno mismo. Como vimos, es difícil entender bien algo radicalmente malo en un esquema así. Muchos panteístas son personas profundamente morales que han luchado para expresar lo que significa que los seres humanos vivan de acuerdo con la verdadera divinidad, dentro del orden creado. Pero esta opción no es el camino a una moralidad o ética completamente cristianas.

La Segunda Opción era ver a Dios y al mundo como cosas totalmente separadas. En la actualidad, enfrentados a la cuestión de la ética cristiana, muchos asumen este modelo, dando por sentado que si ese Dios lejano quisiera que los hombres se comportaran de una determinada forma les habría dado instrucciones. La idea de una ley moral general, común a toda la humanidad, escrita quizás en las conciencias, pero que también tiene que pensarse, discutirse y enseñarse, ha sido muy común en la sociedad occidental durante al menos los últimos doscientos años. Muchas personas habían supuesto que cuando Pablo estaba hablando de “la ley”, se estaba refiriendo a esa especie de sistema moral general. La ética cristiana se convierte entonces en una cuestión de luchar para obedecer no sé qué código arbitrario de una ley promulgada por una deidad distante. Dentro de la lucha, el “pecado” se ve en términos de quebrantar leyes concebidas de esa manera; y la “salvación” es el rescate de los seres humanos del castigo que dicha deidad infligiría sobre quienes desobedecen sus decretos. De nuevo, aunque tiene ciertos ecos de cristianismo, no es el camino cristiano.

La Primera Opción y la Segunda se refuerzan recíprocamente por reacción. El panteísta o panenteísta contempla la Segunda Opción y se estremece ante la idea de esa deidad remota e indiferente, ante sus arbitrarias leyes y su arrogante y aparentemente malévolamente actitud hacia la raza humana. El deísta contempla la Primera Opción y tiembla ante la idea del semipaganismo que implica intentar estar en contacto con las fuerzas e impulsos existentes en el mundo tal cual. Este juego se lleva a cabo en mil ámbitos distintos, en los debates contemporáneos de todo tipo, desde la política hasta el sexo, hasta el significado de la cruz. Y no llega a captar la idea.

De acuerdo con la Tercera Opción, Dios y el mundo son diferentes, aunque no están separados. Hubo, y hay, formas y momentos en que el cielo y la tierra se traslapan e interrelacionan, y hechos a través de los cuales lo hacen. Para el judío devoto del siglo I la Torá no era el arbitrario decreto de una deidad lejana, sino los estatutos del pacto que ligaba a Israel con YHWH. Era el sendero a lo largo del cual uno podía descubrir en qué consistía la genuina humanidad. Si todo Israel consiguiera guardar la Torá un solo día, decían algunos maestros judíos, la Era Venidera habría empezado. La Torá era el camino al futuro de Dios, desde luego que sí; porque, igual que el templo, era un lugar donde el cielo y la tierra se superponían, donde uno podía tener un vislumbre de cómo serían cuando fueran por fin una sola cosa. Lo mismo se puede decir de la Sabiduría, el modelo para la creación y también para la genuina vida humana.

Sí, contestaban los primeros cristianos: y Templo, Torá y Sabiduría se han reunido en Jesús, y

bajo la identidad de Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, la segunda persona de Dios, su “Hijo” en ese pleno sentido. Y, con ello, el futuro de Dios ha arribado al puerto del presente, en la persona de Jesús. Con su llegada, se ha enfrentado a las fuerzas del mal, las ha derrotado y ha abierto el camino para el nuevo mundo de Dios, para que el cielo y la tierra se unan para siempre. En la versión cristiana de la Tercera Opción, no solo el cielo y la tierra, sino también el futuro y el presente, se superponen e interrelacionan. Y la forma en que ese traslape se hace real, no imaginario, es por medio de la poderosa obra del Espíritu Santo.

Esta es la plataforma de lanzamiento para el estilo de vida específicamente cristiano. Ese modo de vida no es simplemente un asunto de estar en contacto con nuestras profundidades interiores. Desde luego, no consiste en guardar los mandamientos de una deidad distante. Más bien, es el nuevo modo de ser humano, el estilo “jesusforme” de ser humano, el estilo de vida de cruz y resurrección, el sendero guiado por el Espíritu. Es el modo que anticipa, en el presente, la plena, rica y alegre existencia humana que un día será nuestra cuando Dios haga nuevas todas las cosas. La ética cristiana no consiste en descubrir qué es lo que está pasando en el mundo y sintonizar con ello. No es cuestión de hacer cosas para ganarse el favor de Dios ni de obedecer polvorientos libros de reglas de tiempos o tierras lejanos. Se trata de practicar, en el presente, las melodías que vamos a cantar en el nuevo mundo de Dios.

Renunciar y redescubrir

Una vez veamos esto claro, tenemos el camino abierto a una renovada explicación de lo que significa vivir como cristiano, y, dentro de ella, también a mostrar al menos en esquema los modos en que la vida cristiana responde a los ecos que oímos en la Parte Uno de este libro.

La vida cristiana significa morir con Cristo y resucitar. Esto, como ya vimos, es parte del significado del bautismo, el punto de partida del peregrinaje cristiano. El modelo del peregrinaje nos sirve, porque el bautismo nos trae ecos de los hijos de Israel saliendo de Egipto y dirigiéndose a la Tierra Prometida. El mundo entero es ahora la tierra santa de Dios, y él la reclamará y renovará como meta final de todo nuestro vagar.

Empezamos nuestro peregrinar con la muerte y resurrección de Jesús. Nuestra meta es la renovación de la ahora corrupta creación. Esto deja claro que la ruta a través del desierto, el camino de nuestro peregrinaje, incluirá dos cosas en particular: por un lado, renuncia y, por otro, redescubrimiento.

Renuncia. El mundo en su presente estado desentona con la intención final de Dios, y va a haber muchísimas cosas en él, algunas de ellas profundamente tejidas en nuestra imaginación y personalidad, para las cuales la única respuesta cristiana será “no”. Jesús dijo a sus seguidores que si querían ir en pos de él tendrían que negarse a sí mismos y llevar su propia cruz. La única manera de encontrarse uno mismo, dijo, es perderse (un programa notablemente distinto al de las filosofías actuales de “encontrar quién soy en realidad”). Desde el principio, escritores como Pablo y Juan reconocieron que eso no solo es difícil, sino realmente imposible. No podemos hacerlo con ninguna especie de hercúleo esfuerzo moral. La única manera es recibir una fuerza que nos sobrepasa a nosotros mismos, la del Espíritu de Dios, sobre la base de haber compartido la muerte y resurrección de Jesús en el bautismo.

Redescubrimiento. La nueva creación no es una negación de nuestra humanidad, sino su reafirmación; y habrá muchísimas cosas, algunas de ellas intensamente contrarias a nuestra intuición y, en principio, desconcertantes a las que la respuesta cristiana adecuada es “sí”. La resurrección de Jesús nos capacita para ver que vivir como cristiano no es simplemente una cuestión de descubrir la verdad interna de cómo es el mundo en la actualidad, y tampoco consiste simplemente en aprender una manera de vivir que esté en sintonía con un mundo diferente y, por tanto, completamente fuera de sintonía con este. Es cuestión de alcanzar a ver que en la nueva creación de Dios, que tiene su inicio en la resurrección de Jesús, se reafirma todo lo bueno de aquella primera creación. Todo lo que se ha corrompido y desfigurado será quitado, incluyendo muchas cosas que están tan profundamente tejidas en la tela del mundo que conocemos que no podemos imaginarlo sin ellas. Aprender a vivir como cristiano es hacerlo como ser humano renovado, que espera la nueva creación que está por venir, en y con un mundo que todavía anhela y gime por esa redención final.

El problema es que no está en modo alguno claro a qué renunciar y qué redescubrir. ¿Cómo podemos decir no a cosas que parecen ser parte de la vida hasta tal punto que rechazarlas se nos presenta como un rechazo a parte de la buena creación de Dios? ¿Cómo podemos decir sí a cosas que muchos cristianos no han considerado buenas y correctas, sino peligrosas y engañosas? ¿Cómo podemos (de nuevo la vieja cuestión) evitar por un lado el dualismo y por el otro el paganismo? De algún modo tenemos que entender qué estilos de vida y conducta corresponden al mal corruptor que tiene que ser rechazado si queremos que emerja la nueva creación, y qué estilos de vida y conducta corresponden a la nueva creación que tenemos que abrazar y celebrar, por la que tenemos que luchar.

Para esto hacen falta nervios de acero y una concienzuda búsqueda de sabiduría. Tenemos que ser formados por medio de la vida, enseñanza, muerte y resurrección de Jesús; por la dirección del Espíritu; por la sabiduría que encontramos en la Escritura; por el hecho de nuestro bautismo y de lo que significa; por sentir la presencia de Dios y su guía a través de la oración; y por el compañerismo de otros cristianos, tanto de nuestros contemporáneos como de los de otros tiempos, cuyas vidas y escritos están en nuestras manos para usarlos como sabias guías. Enumerar todos estos medios de esa manera hace que parezcan fuentes separadas de enseñanza, pero en realidad no es así. Funcionan juntos de cien maneras distintas. Parte del arte de ser cristiano es aprender a ser sensible a todos ellos y a ponderar lo que pensamos que estamos oyendo desde un compartimento junto a lo que se está diciendo en otro.

Solo cuando hemos dejado todo eso muy claro podemos empezar a hablar de “reglas”. Por supuesto, *hay* reglas. El Nuevo Testamento tiene muchas. Hay que dar las limosnas en secreto. No se puede denunciar ante la ley a otro cristiano. Jamás tomarse la venganza personalmente. Ser amable. Ser siempre hospitalario. Dar dinero con alegría. No ser afanoso. No juzgar a otro cristiano por asuntos de conciencia. Perdonar siempre, etc., etc. Y lo más preocupante de esta lista tomada al azar es que la mayoría de cristianos ignora una gran parte de sus puntos con mucha frecuencia. No es tanto que nos falten reglas claras; me temo que de lo que carecemos es de la enseñanza que dirija nuestra atención a lo que realmente hay en nuestros documentos principales, sobre todo en la enseñanza de Jesús.

Las reglas deben entenderse, no como leyes arbitrarias ideadas por un Dios distante para impedir que nos divirtamos (o para ponernos algunos aros éticos para saltarlos como una especie de examen moral), sino como postes señalizadores de una manera de vivir en la que el cielo y la tierra se traslapan, en la que el futuro de Dios irrumpe en el presente, en la que descubrimos cómo es y se experimenta la genuina humanidad en la práctica.

Cuando empezamos a vislumbrar esto, descubrimos que los ecos que oíamos al principio de este libro se han convertido en una voz. Es, por supuesto, la voz de Jesús, llamándonos a seguirle en el nuevo mundo de Dios, ese en el que los indicios, los carteles indicadores y los ecos del mundo presente se convierten en la realidad del siguiente. Ya hemos considerado, con cierta extensión, la espiritualidad que el evangelio cristiano ha de generar y sostener. Volvemos, en conclusión, a los otros tres “ecos”: justicia, relaciones y belleza.

La justicia. Nueva consideración.

Efectivamente, Dios tiene la intención de arreglar el mundo. De nuestros corazones mana un clamor por justicia, no solo cuando somos víctimas de la injusticia, sino cuando vemos que otros también lo son. Es una respuesta al anhelo, a la demanda, del Dios vivo de que su mundo no sea un lugar de anarquía moral, donde los abusones acaben siempre ganando, sino de tratos limpios y justos, de honradez, veracidad y honestidad.

Pero para ir desde ese anhelo y la demanda a algo que se acerque a la justicia que Dios pretende, hay que recorrer un camino muy diferente del que el mundo normalmente espera e incluso exige. El idioma mayoritario del mundo a este respecto es la violencia. Cuando las personas con poder ven suceder cosas que nos les gustan, lanzan bombas y envían tanques. Cuando las personas sin poder ven suceder cosas que no les gustan, rompen escaparates de los comercios, se hacen explotar en lugares concurridos y estrellan aviones contra edificios. El hecho de que hayan demostrado un destacado fracaso para cambiar las cosas no hace que la gente deje de seguir por la misma vía.

En la cruz, el Dios vivo cargó sobre sí la furia y la violencia del mundo, padeciendo una enorme injusticia —los relatos bíblicos procuran subrayar esto— y renunciando incluso a responder con amenazas o maldición. Parte de lo que los cristianos hemos llamado “teología de la expiación” es la creencia de que de alguna manera Jesús acabó con el poder del mal cuando murió cargando su peso, negándose a transferirlo o a dejarlo en circulación. La resurrección de Jesús es el principio de un mundo en el que un nuevo tipo de justicia es posible. Mediante la ardua labor de la oración, la persuasión y la acción política es posible hacer que, por un lado, los gobiernos, y por otro, los grupos revolucionarios, vean que hay una manera diferente de actuar que no es la violencia sin fin y el combate de la fuerza con la fuerza. Las revoluciones (principalmente) tranquilas, llenas de oración, que han derrocado el comunismo de la Europa oriental son un maravilloso ejemplo. La extraordinaria labor de Desmond Tutu en Sudáfrica es otro. Los intentos de poner en marcha programas de “justicia reparadora” en los sistemas de trabajo de policía y justicia criminal nos ofrecen uno más. En cada caso, los observadores se han visto tentados a sugerir que el camino de la no violencia parece débil e inefectivo. El resultado sugiere otra cosa.

Trabajar por una justicia reparadora, sanadora—ya sea en las relaciones individuales o internacionales, o en algún punto intermedio entre ambas—es, por tanto, un llamamiento cristiano primordial. Determina toda una esfera de la conducta cristiana. La violencia y la venganza personal quedan canceladas, como el Nuevo Testamento deja muy claro. Todo cristiano está llamado a trabajar en todos los niveles de la vida, por un mundo en el que la reconciliación y la restauración sean puestas en práctica, anticipando de ese modo el día en que Dios realmente pondrá todas las cosas como es debido.

Esto *no* significa abogar por una santa anarquía en la que no haya orden, gobierno o medios para asegurar el cumplimiento de las leyes en el conjunto de la sociedad. Es interesante que el pasaje en el que Pablo prohíbe la venganza personal (al final de Romanos 12) vaya seguido del pasaje en el que con mayor claridad dice que Dios quiere que las sociedades tengan un orden y gobierno firmes (al principio de Romanos 13). Dios, como sabio Creador, usa a las autoridades, incluso donde ellas no le reconocen y donde cometen muchos errores, para traer al menos una medida de orden a su mundo. La alternativa es la ruptura del orden social y cultural, una situación en la que los poderosos y ricos siempre ganan. Precisamente porque Dios se preocupa con pasión de los débiles y los pobres, su diseño es que haya gobiernos y autoridades que puedan parar los pies a aquellos que, mediante la

avaricia y la fuerza, podrían explotarlos. Sin duda, Dios preferiría que las autoridades gobernantes le reconocieran e intentaran decretar leyes más de acuerdo con su voluntad. De hecho, los cristianos deberíamos hacer campaña por esto—por ejemplo, en asuntos como el de la deuda global—sobre la base de que es bueno para todos, no simplemente de que es lo que propone nuestra tradición. Incluso cuando las autoridades no reconocen a Dios, él las usa, al menos en cierta medida, para refrenar el mal y promover la virtud. Descubrir lo que esto significará en la comunidad internacional de la aldea global, así como en los países en particular, es una de las cuestiones principales que se nos plantean hoy.

Trabajar por la justicia de restauración y reconciliación tampoco significa ignorar el hecho de que el mal esté ahí. En realidad, nos exige que nos tomemos muy en serio las acciones malignas. Solo cuando se les ha puesto nombre, se las ha reconocido y tratado, puede tener lugar la reconciliación. De otro modo, todo lo que tenemos es una parodia del evangelio, una especie de gracia barata en la que todo el mundo finge que todo está muy bien, aun sabiendo perfectamente que no es así. Descubrir cómo abordar el mal tanto a nivel local como global es otra de las tareas principales que tenemos por delante hoy. El evangelio cristiano nos desafía a madurar moralmente en sentidos que buena parte del mundo ni ha soñado.

El clamor por justicia en el mundo, pues, es algo de lo que la iglesia cristiana debe ocuparse y hacerse eco, en respuesta adecuada a la voz del Dios vivo. El evangelio de Jesucristo y el poder del Espíritu indican que hay caminos a seguir. Este llamamiento puede y debe generar programas y planificaciones en varias áreas diferentes, desde la globalización y el comercio justo hasta las reformas gubernamentales y sociales, desde resaltar la difícil situación de las minorías desfavorecidas hasta señalar las acciones de los gobiernos poderosos para aplastar a la oposición tanto en casa como fuera. Los cristianos deberían ser enérgicos en su defensa y procurar la justicia que todos los hombres anhelan y que irrumpe en el mundo, de una manera nueva e inesperada, por medio de Jesús.

Relaciones. Nueva consideración

Relacionarse es algo que sigue siendo fundamental en la vida humana. Hasta los ermitaños necesitan de alguien que les traiga comida y agua, y muchas almas solitarias escogen, como parte de su tarea diaria, orar por personas de cerca y de lejos. La justicia habla de ordenar nuestras relaciones a todos los niveles, en particular a mayor escala, a la de la sociedad y el mundo en su totalidad; pero el anhelo de relacionarse llega más hondo que el mero evitar injusticias o conseguir nuestros derechos. Habla de intimidad, amistad, disfrute mutuo, admiración y respeto. Habla de eso que, para muchas personas, buena parte del tiempo, hace que la vida valga la pena. Una y otra vez, en el Nuevo Testamento está claro que la comunidad cristiana está llamada a ser modelo de nuevos patrones para la relación entre los hombres, nuevos estándares para cómo tratarnos unos a otros.

La palabra clave, por supuesto, es “amor”, y se ha escrito mucho del amor en sí. Pero quiero llamar la atención sobre algo más, algo frecuentemente ignorado en el clamor por mejores y más claras reglas de conducta cristiana: que deberíamos ser verdaderamente bondadosos unos con otros. “Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo. Por tanto, imiten a Dios, como hijos muy amados, y lleven una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros” (Ef 4:32-5:2). La búsqueda de justicia degenera con demasiada facilidad en la exigencia de *mis* o *nuestros* derechos. El mandamiento de bondad pide que no dediquemos el tiempo a mirarnos a nosotros mismos y nuestras necesidades, derechos o “daños en espera de reparación”, sino a mirar a los demás y sus necesidades, presiones, sufrimientos y alegrías. La bondad es una manera primordial de madurar como ser humano, de establecer y mantener las relaciones más ricas y profundas.

Por eso, a los cristianos se nos llama a aprender cómo lidiar con la ira. Sucederá; enojarse es algo inevitable como parte de la maltrecha situación del mundo. Para no airarnos de vez en cuando, tendríamos que desarrollar la piel de un rinoceronte. Pero la pregunta es: ¿Qué vamos a hacer con nuestra ira? Una vez más, el mandamiento de Pablo es claro, enérgico y práctico. Enójense, pero no pequen (probablemente alude al Salmo 4:4). No permitan que la puesta de sol les encuentre enojados. No se guarden las cosas; en otras palabras, no permitan que las cosas se enconen y empeoren. Nada de amargura, ira, enojo, malicia o abuso. Nada de mentiras (Ef 4:25-31; Col 3:8-9). Vale la pena considerar los modelos de relación que conocemos y preguntarnos hasta qué punto serían diferentes si todos los implicados, aunque solo fuera en principio, se apuntaran a vivir de acuerdo con esos preceptos. Y si una vida así parece imposible, la respuesta es que el perdón siempre tiene que estar en el orden del día. Esto es lo que deberíamos esperar de un pueblo que ora el Padrenuestro.

Vemos de nuevo, bajo el encabezamiento de lo que podríamos llamar “ética”, la victoria de la cruz de Jesucristo y el poder del Espíritu. La petición del Nuevo Testamento para que haya una nueva manera de relacionarse unos con otros —una manera de bondad, que acepte el hecho del enojo, pero se niegue a permitirle dictar los términos del compromiso—se basa sinceramente en lo que consiguió Jesús. Su muerte ha llevado a cabo nuestro perdón; muy bien, tenemos que pasarlo unos a otros. Tenemos que llegar a ser, nos han de conocer como, el pueblo que no guarda resentimientos, que no anda malencarado. Tenemos que ser el pueblo que sabe decir “lo siento” y que sabe cómo responder cuando otras personas nos lo dicen a nosotros. Es de destacar, una vez más, cuán difícil sigue pareciendo esto, teniendo en cuenta todo el tiempo que la iglesia cristiana ha tenido para pensar en ello y cuánta energía ha gastado en exponer el Nuevo Testamento, donde ese consejo está tan claro. Quizás es porque hemos intentado, si acaso, hacerlo como si fuera una simple cuestión de obedecer

un mandamiento artificial, y entonces, al encontrarlo difícil, hemos dejado de intentarlo porque no parece que nadie más sea muy bueno en ese aspecto tampoco. Tal vez pueda ser diferente si hacemos memoria con frecuencia de que nos estamos preparando para vivir en el nuevo mundo de Dios, y que la muerte y resurrección de Jesús, que por el bautismo constituye nuestra propia nueva identidad, nos ofrece la motivación y la energía para intentarlo otra vez y de una nueva manera.

Cerca del centro de cualquier debate de relaciones encontramos, naturalmente, la cuestión del sexo. En esto, una vez más, el Nuevo Testamento es escueto y enérgico. Como en la discusión sobre el enojo, usa muchos términos diferentes, como queriendo asegurarse de que ninguna de las distorsiones de la sexualidad humana (que eran tan conocidas en el mundo antiguo como lo son ahora) pudiera introducirse inadvertidamente por omisión. Mire lo que hay en cualquier quiosco de prensa del mundo occidental; vea la televisión un día o dos; pásese por las ciudades donde se congrega tanta gente. Y luego considere pasajes como los siguientes:

¿No saben que los malvados no heredarán el reino de Dios? ¡No se dejen engañar! Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los sodomitas, ni los pervertidos sexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. Y eso eran algunos de ustedes. Pero ya han sido lavados, ya han sido santificados, ya han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios.

(1 Corintios 6:9-11)

Entre ustedes ni siquiera debe mencionarse la inmoralidad sexual, ni ninguna clase de impureza o de avaricia, porque eso no es propio del pueblo santo de Dios. Tampoco debe haber palabras indecentes, conversaciones necias ni chistes groseros, todo lo cual está fuera de lugar; haya más bien acción de gracias. Porque pueden estar seguros de que nadie que sea avaro (es decir, idólatra), inmoral o impuro tendrá herencia en el reino de Cristo y de Dios. Que nadie los engañe con argumentaciones vanas, porque por esto viene el castigo de Dios sobre los que viven en la desobediencia. Así que no se hagan cómplices de ellos. Porque ustedes antes eran oscuridad, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de luz (el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad) y comprueben lo que agrada al Señor.

(Efesios 5:3-10)

Por tanto, hagan morir todo lo que es propio de la naturaleza terrenal: inmoralidad sexual, impureza, bajas pasiones, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría. Por estas cosas viene el castigo de Dios. Ustedes las practicaron en otro tiempo, cuando vivían en ellas. Pero ahora abandonen también todo esto: enojo, ira, malicia, calumnia y lenguaje obsceno.

(Colosenses 3:5-8)

El problema es que el mundo moderno, como buena parte del antiguo, ha llegado a observar lo que a veces se llama una vida sexual activa no solo como la norma, sino como algo sin lo cual no puede

vivir nadie en su sano juicio. La única cuestión es: ¿Qué formas particulares de actividad sexual encuentra usted excitantes, satisfactorias o mejores para su calidad de vida? La tradición cristiana temprana, y normativa, en línea con la tradición judía principal (y, en este asunto, con la bastante posterior tradición musulmana) se planta en este punto contra la visión habitual del paganismo antiguo y moderno y pronuncia un vehemente no.

El propio Jesús habló severamente acerca de los deseos que manan del corazón humano: fornicación, robo, asesinato, adulterio, avaricia, maldad, engaño, libertinaje, etc. (Mr 7:21-22). Las malas conductas sexuales se enumeran junto a toda clase de otras categorías igualmente importantes, pero eso no es excusa para decir que no importan. A lo largo de los primeros siglos del cristianismo, cuando en la sociedad griega y romana se practicaba abiertamente todo tipo de conducta sexual conocida en la raza humana, los cristianos, como los judíos, insistían en que la actividad sexual tenía que quedar limitada al matrimonio de un hombre y una mujer. El resto del mundo, entonces como ahora, pensaba que estaban locos. La diferencia (¡ay!) es que hoy la mitad de la iglesia parece que también lo piensa.

No estaban locos. El quid de la nueva creación es que es nueva *creación*. Y, aunque se nos ha enseñado que la procreación no será necesaria en el nuevo mundo de Dios (porque la gente no morirá), las imágenes que la Biblia usa para describir el nuevo mundo—imágenes sobre las bodas del Cordero (Apocalipsis) o sobre el mundo nuevo naciendo del vientre del viejo (Romanos)—indica que la relación varón/hembra, entretendida de manera tan capital en el relato de la creación de Génesis 1 y 2, no es un fenómeno accidental o transitorio, sino que es más bien un símbolo del hecho de que la creación misma lleva en su interior la vida dada por Dios y el potencial procreador. Solo plantearnos la cuestión desde este ángulo ya establece un agudo contraste con la manera en que, en nuestra cultura actual, la actividad sexual ha quedado casi completamente desligada de todo el asunto de construir comunidades y relaciones, y ha degenerado en una simple manera de afirmar los derechos de uno mismo a elegir su propio placer a su propia manera. Digámoslo sin rodeos: en lugar de ser un sacramento, el sexo se ha convertido en un juguete.

El argumento que Pablo usa en 1 Corintios es particularmente instructivo en vista de la manera en que hemos abordado todo el tema de la conducta cristiana. Lo que usted haga con su cuerpo es importante, dice, porque “Con su poder Dios resucitó al Señor, y nos resucitará también a nosotros” (1Co 6:14). En otras palabras, precisamente porque la meta final no es un cielo desencarnado ni una mera redistribución de la vida en esta tierra, sino la redención de la creación en su totalidad, nuestro llamamiento es a vivir en nuestros cuerpos *ahora* de una manera que anticipe la vida que viviremos *entonces*. La fidelidad conyugal es un eco y una expresión de la esperanza de la fidelidad de Dios a toda la creación. Los otros tipos de actividad sexual simbolizan y encarnan las distorsiones y corrupciones del mundo actual.

La ética sexual cristiana, en otras palabras, no es simplemente una colección de viejas reglas que ahora tenemos libertad de dejar a un lado porque tenemos mejores conocimientos (el peligro de la Segunda Opción). Tampoco podemos apelar en contra del Nuevo Testamento diciendo que cualquier deseo que encontremos dentro de nuestro más profundo yo tiene que ser un don de Dios (el presupuesto natural de la Primera Opción). Jesús fue muy claro al respecto. Sí, Dios conoce nuestros más profundos deseos; pero la famosa antigua oración que (con temblor) reconoce este hecho no da la implicación de que esto signifique que han de ser satisfechos y llevados a cabo tal como son, sino más bien que necesitan ser limpiados y sanados:

Dios omnipotente, para quien todos los corazones están manifiestos, todos los

deseos son conocidos y ningún secreto se halla encubierto: Purifica los pensamientos de nuestros corazones por la inspiración de tu Santo Espíritu, para que perfectamente te amemos y dignamente proclamemos la grandeza de tu santo nombre; por Cristo nuestro Señor. Amén.

Otra famosa antigua oración lo expresa incluso más tajantemente:

Dios todopoderoso, solo tú puedes ordenar los afectos y voluntades rebeldes de los pecadores: Concede gracia a tu pueblo para amar lo que tú dispones y desear lo que tú prometes; a fin de que, en medio de los rápidos y variados cambios del mundo, nuestros corazones permanezcan fijos allí donde se encuentran los verdaderos goces; por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

Llevamos demasiado tiempo viviendo en un mundo, y por desgracia incluso en una iglesia, donde la oración se ha trastocado: las voluntades y sentimientos de los hombres se consideran sacrosantos tal como son ahora; donde se exige a Dios que mande lo que ya amamos, y prometa lo que ya deseamos. La religión implícita de mucha gente hoy es simplemente descubrir quiénes son realmente y entonces tratar de vivir en consecuencia, lo cual es, como muchos han descubierto, una receta para una humanidad caótica, inconexa y disfuncional. La lógica de la cruz y la resurrección, de la nueva creación que da forma a toda la vida verdaderamente cristiana, señala en una dirección diferente. Y uno de los nombres principales para esa dirección es el gozo: el gozo de relaciones sanadas y potenciadas, de pertenecer a la nueva creación, de encontrar, no lo que ya teníamos, sino lo que Dios está deseando darnos. En el corazón de la ética cristiana está la humildad; en el corazón de su parodia, el orgullo. Diferentes caminos con diferentes destinos, y los destinos ponen color al carácter de los que viajan por sus caminos.

Belleza renacida

Por fin, volvemos a la belleza. El anhelo de belleza, y el sentido de placer e incluso alivio que sentimos cuando la descubrimos, se ve (como observamos antes) atenuada por varios misterios. La belleza se nos escurre entre los dedos; el narciso se marchita, el atardecer se termina, la belleza humana decae y muere. Cuanto más cerca estamos de la belleza, más nos desconcierta. Si simplemente tomamos el mundo tal como es, con todo su drama, delicadeza y majestad, tendemos a caer en el sentimentalismo panteísta o en el brutalismo de un mundo en el que lo único que importa de veras es el poder, un mundo del que Dios parece haberse evaporado. (Esta era más o menos la tesis de la escuela “brutalista” de arquitectura, cuyas monstruosidades de hormigón todavía salpican algunas de nuestras ciudades).

La solución que propuse anteriormente era que la belleza que alcanzamos a ver en la creación se puede entender mejor como parte de un todo mayor, y que ese todo más amplio es lo que se llevará a cabo cuando Dios renueve el cielo y la tierra. Un símbolo obvio para esto es la evocadora imagen bíblica del árbol. El árbol del conocimiento en el jardín del Edén llevaba el fruto prohibido, que ofrecía una sabiduría que se podía obtener sin someterse al Creador. Una sabiduría terrible, con un terrible precio; y el árbol de la vida se quedó fuera del alcance de la desterrada raza humana. Pero entonces, en el clímax de la epopeya, el descendiente de la mujer colgaba de otro árbol, que revelaba con absoluta claridad el extenso resultado del mal: violencia, degradación, desdeñosa religión organizada, brutalidad imperial, la traición de amigos. Y, sin embargo, al cabo de muy poco, los primeros cristianos estaban hablando de la cruz, no como el odiado signo del cruel dominio imperial, sino como la revelación definitiva del amor de Dios. Y en el último escenario, en la Nueva Jerusalén donde cielo y tierra se encuentran, el árbol de la vida crece libremente a las orillas del río, con sus hojas ofreciendo sanidad a las naciones. El signo de la redención habla con fuerza de la belleza restaurada, de algo de la creación original que se había estropeado y ahora se está arreglando. Sirve como un puntero que señala en la dirección en que debemos encaminarnos ahora, una vez más marcada por la cruz y la resurrección.

Lo que quiero proponer, conforme nos acercamos al final de este libro, es que la iglesia debería despertar de nuevo su hambre de belleza a todos los niveles. Esto es esencial y urgente. Es capital para la vida cristiana que celebremos la bondad de la creación, consideremos su actual estado de destrucción y, en la medida en que podamos, celebremos de antemano la sanidad del mundo, la nueva creación. Arte, música, literatura, danza, teatro y muchas otras expresiones del placer y la sabiduría humanos, pueden ser exploradas de nuevas maneras.

Esta es la cuestión. Las artes no son esas migajas, bonitas pero irrelevantes, que hay por el borde de la realidad. Son autopistas al centro de una realidad que no se puede alcanzar a ver, ni mucho menos entender, de ninguna otra manera. El mundo presente es bueno, pero está roto y, en cualquier caso, incompleto; el arte, en todas sus modalidades, nos capacita para entender esa paradoja en sus muchas dimensiones. Pero el mundo presente está también diseñado para algo que todavía no ha ocurrido. Es como un violín esperando ser tocado: hermoso a la vista, agradable al tacto y, sin embargo, si uno no ha oído un violín en manos de un músico, no se creería la nueva dimensión de belleza todavía por revelar. Tal vez el arte pueda mostrar algo de eso, pueda atisbar las futuras posibilidades que preñan el presente. Es como un cáliz: de nuevo hermoso a la vista, agradable al tacto, pero esperando ser llenado con el vino que, colmado a su vez de posibilidades sacramentales, da al cáliz su más pleno significado. Tal vez el arte pueda ayudarnos a mirar más allá de la belleza

inmediata con todos sus misterios y a vislumbrar esa nueva creación que hace que cobre sentido no solo la belleza, sino el mundo en su totalidad, y nosotros en él. Tal vez.

El artista puede entonces unir fuerzas con quienes trabajan por la justicia y con quienes luchan por relaciones redentoras, y juntos animar y apoyar a aquellos que desean una espiritualidad genuina, de redención. La manera de encontrarle sentido a todo esto es mirar adelante. Mirar al tiempo que viene, cuando la tierra rebose con el conocimiento del Señor como rebosa el mar con las aguas; y entonces vivir en el presente a la luz de esa promesa, seguros de que se hará totalmente realidad porque ya se cumplió cuando Dios hizo por Jesús en el Domingo de Resurrección lo que va a hacer por toda la creación. De manera gradual, estamos vislumbrando una verdad para la que todo énfasis se queda corto: que las tareas que nos aguardan como cristianos, los senderos que tenemos que andar y las lecciones que tenemos que aprender son parte de la gran vocación que nos alcanza en la Palabra de Dios: la palabra del evangelio, la palabra de Jesús y del Espíritu. Somos llamados a ser *parte de* la nueva creación de Dios, a ser *agentes de* esa nueva creación aquí y ahora. Somos llamados a ser *ejemplo de* y a *exhibir* esa nueva creación en sinfonías y en la vida familiar, en justicia reparadora y en poesía, en santidad y en servicio a los pobres, en la política y en la pintura.

Cuando uno ve cómo rompe el amanecer, piensa en la oscuridad de otra manera. “Pecar” no es simplemente quebrantar una ley. Es la pérdida de una oportunidad. Habiendo oído los ecos de una voz, somos llamados a venir y conocer al que la profiere. Se nos invita a ser transformados por la voz misma, la palabra del evangelio, esa que declara que el mal ha sido juzgado, que el mundo ha sido arreglado, que la tierra y el cielo se han unido para siempre y que la nueva creación ha comenzado. Somos llamados a convertirnos en personas que pueden hablar, y vivir, y pintar, y cantar esa palabra de manera que los que han oído sus ecos puedan venir y echar una mano en el proyecto mayor. Esta es la oportunidad que se presenta ante nosotros, como don y posibilidad. La santidad cristiana no es (como la gente suele imaginar) un asunto de negar algo bueno. Consiste en madurar y asir algo incluso mejor.

Hechos para la espiritualidad, nos revolcamos en la introspección. Hechos para el gozo, nos conformamos con el placer. Hechos para la justicia, clamamos por venganza. Hechos para relacionarnos, insistimos en nuestros propios modos. Hechos para la belleza, nos quedamos satisfechos con el sentimiento. Pero la nueva creación ya ha empezado. El sol ha empezado a salir. Los cristianos somos llamados a dejar atrás, en la tumba de Jesucristo, todo lo que pertenece al estado incompleto y de destrucción del mundo presente. Es hora, en el poder del Espíritu, de asumir nuestro papel, un papel plenamente humano, como agentes, heraldos y administradores del nuevo día que está amaneciendo. Esto, bien simplificado, es lo que significa ser cristiano: seguir a Jesucristo al nuevo mundo, el mundo nuevo de Dios, que él ha abierto de par en par ante nosotros.

Para profundizar ...

Este libro sólo ha sido capaz de rascar la superficie de un amplio número de apasionantes y complejos temas. Los que quieran profundizar en estas cosas, proseguir con los breves debates y examinar asuntos de manera más completa por sí mismos, tienen todo un mundo de literatura a su alcance, de todos los niveles, desde principiante a erudito. Una de las primeras necesidades básicas es una buena traducción moderna de la Biblia. En realidad, es mejor tener dos versiones diferentes, puesto que ninguna traducción es perfecta y es bueno leer versiones distintas de vez en cuando. Lo importante es hacerse con una traducción contemporánea y empezar a leerla.

Hay varios diccionarios bíblicos disponibles para ayudarle en su lectura: entre los recientes está el *HarperCollins Bible Dictionary* (edición revisada), editado por Paul J. Achtemeier, y el *Eerdmans Dictionary of the Bible*, editado por D. N. Freedman. Dos magníficas obras de referencia que cubren el vasto campo de la historia y creencias de la iglesia cristiana son el *Oxford Dictionary of the Christian Church* (tercera edición), editado por F. L. Cross y E. A. Livingstone, y el *Oxford Companion of Christian Thought*, editado por Adrian Hastings.

[Nota de Editor] Hay tres series de libros que pueden ayudar a profundizar más en el conocimiento bíblico: Colección Teológica Contemporánea, Biblioteca Teológica Vida, y Comentarios Bíblicos con Aplicación: Nueva Versión Internacional. Recomendamos visitar sus páginas web: <http://bit.ly/BTVida>, <http://www.clie.es/index.php3?page=shop/coleccion#29>.

En lo que respecta a la figura central del cristianismo, Jesús, tal vez pueda mencionar mi propio libro *El desafío de Jesús*, que intenta extraer algo de los temas que otros y yo hemos trabajado a un nivel más académico y mostrar su relevancia para la labor de los seguidores de Jesús en el mundo contemporáneo.

Sin embargo, no estaría bien dar la impresión de que profundizar en estas cosas después de leer este libro consistiera simplemente en leer más libros. La iglesia, con todos sus fallos, es en su corazón la comunidad de los que están intentando seguir a Jesús. Y en su compañía pueden encontrar ayuda, ánimo y sabiduría los que están empezando a explorar estas cosas por sí solos. Como podemos decirle a alguien que está empezando a disfrutar la música: no se conforme con escucharla, busque un instrumento y una orquesta y únase a ella.

About the Author

N.T. WRIGHT (doctorado por la Universidad de Oxford) es profesor de Nuevo Testamento en la Universidad escocesa de St. Andrews, uno de los teólogos evangélicos más destacados de nuestro tiempo, y autor de más de 30 libros, entre ellos *El verdadero pensamiento de Pablo* (Colección Teológica Contemporánea).

Visit www.AuthorTracker.com for exclusive information on your favorite HarperCollins author.

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

SIMPLEMENTE CRISTIANO

Por qué el cristianismo tiene sentido

Edición en español publicada por

Editorial Vida – 2012

Miami, Florida

©2012 por N. T. Wright

All rights reserved under International and Pan-American Copyright Conventions. By payment of the required fees, you have been granted the non-exclusive, non-transferable right to access and read the text of this ebook on-screen. No part of this text may be reproduced, transmitted, down-loaded, decompiled, reverse engineered, or stored in or introduced into any information storage and retrieval system, in any form or by any means, whether electronic or mechanical, now known or hereinafter invented, without the express written permission of Zondervan.

EPub Edition © FEBRUARY 2012 ISBN: 978-0-829-75809-2

Originally published in Great Britain under the title:

Simply Christian: Why Christianity Makes Sense

Copyright © 2006 by N. T. Wright

Published by permission of Wm. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan.

Editor de la serie: *Matt Williams*

Traducción: *Juan Carlos Martín Cobano*

Edición: *Loida Viegas Fernández y Juan Carlos Martín Cobano*

Diseño interior: *José Luis López González*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO,
EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL.
© 1999 POR BÍBLICA INTERNACIONAL.

Esta publicación no podrá ser reproducida, grabada o transmitida de manera completa o parcial, en ningún formato o a través de ninguna forma electrónica, fotocopia u otro medio, excepto como citas breves, sin el consentimiento previo del publicador.

ISBN: 978-0-8297-5808-5

CATEGORÍA: Vida cristiana / General

12 13 14 15 16 ♠ 8 7 6 5 4 3 2 1

About the Publisher

Founded in 1931, Grand Rapids, Michigan-based Zondervan, a division of HarperCollins*Publishers*, is the leading international Christian communications company, producing best-selling Bibles, books, new media products, a growing line of gift products and award-winning children's products. The world's largest Bible publisher, Zondervan (www.zondervan.com) holds exclusive publishing rights to the *New International Version of the Bible* and has distributed more than 150 million copies worldwide. It is also one of the top Christian publishers in the world, selling its award-winning books through Christian retailers, general market bookstores, mass merchandisers, specialty retailers, and the Internet. Zondervan has received a total of 68 Gold Medallion awards for its books, more than any other publisher.



[Share Your Thoughts](#)

With the Author: Your comments will be forwarded to the author when you send them to zauthor@zondervan.com.

With Zondervan: Submit your review of this book by writing to zreview@zondervan.com.

Free Online Resources at

www.zondervan.com/hello



Zondervan AuthorTracker: Be notified whenever your favorite authors publish new books, go on tour, or post an update about what's happening in their lives.



Daily Bible Verses and Devotions: Enrich your life with daily Bible verses or devotions that help you start every morning focused on God.



Free Email Publications: Sign up for newsletters on fiction, Christian living, church ministry, parenting, and more.

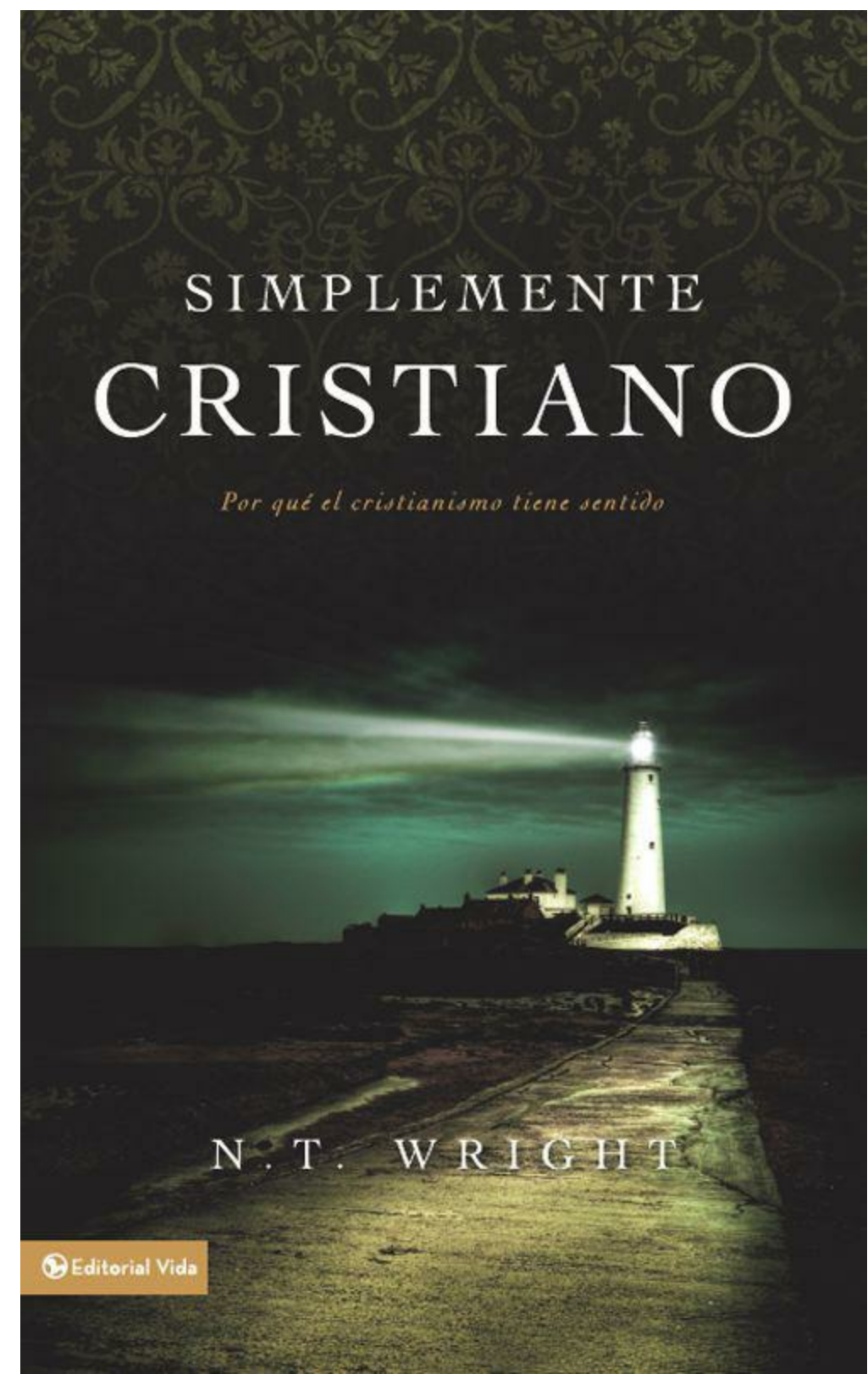


Zondervan Bible Search: Find and compare Bible passages in a variety of translations at www.zondervanbiblesearch.com.



Other Benefits: Register yourself to receive online benefits like coupons and special offers, or to participate in research.





SIMPLEMENTE CRISTIANO

Por qué el cristianismo tiene sentido

N. T. WRIGHT

 Editorial Vida